

AD A
CIÓN G



PQ1993
L6
V.1
c.1

135874





1080046553



6#76#173



VIAGES
DE ANTEÑOR.

TOMO I.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

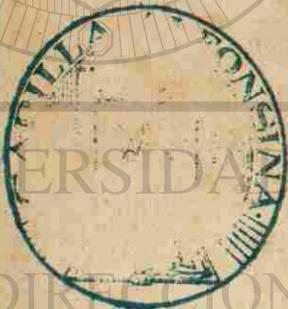
BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

19881



BIBLIOTECA

Se han depositado los cinco juegos que manda la ley en cuyo supuesto se perseguirá según ella á todo el que contrahaga esta obra.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

135874

Tom. 1.



*Lo que pasa en este asilo debe envolverse en las
sombras del misterio.*

VIAGES DE ANTENOR

POR GRECIA Y ASIA,
CON NOCIONES SOBRE EGIPTO;

MANUSCRITO GRIEGO DEL HERCULANO,

TRADUCIDO EN FRANCÉS

POR M.^r DE LANTIER;

Y EN CASTELLANO

POR D.ⁿ BERNARDO MARIA DE CALZADA.

Nueva edicion enteramente corregida, conforme á la
última edicion del original francés, y adornada con
láminas.

Ament meminisse periti!

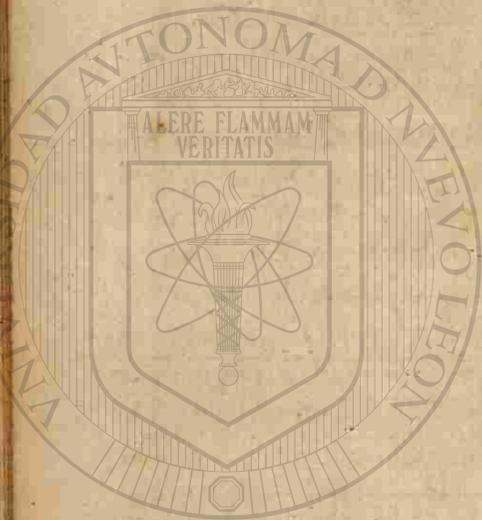
Virg.

BURDEOS,
IMPRENTA DE D.ⁿ PEDRO BEAUME,
ALAMEDA DE TOURNY, N.^o 5.

1823.

15513

PQ 1993
L 6
V 1



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

PRÓLOGO

DEL TRADUCTOR FRANCÉS.

VIAJANDO por la Italia, llegué á Nápoles, y lo primero que hice fué visitar aquel famoso Vesuvio, cuya erupcion primera se verificó, segun algunos autores, bajo el imperio de Tito, año 79 de nuestra era, costando la vida al célebre Plinio. A mi vuelta, quise ver el Herculano, aquella ciudad que se acababa, por decirlo asi, de desenterrar (a). Bajé, á la luz de algunas hachas, á aquella

(a) Mandó el Duque de Elbœuf, en el año de 1756, escavar un pozo en su casa de Portici, y descubrieron, bajo una bóveda, columnas y estatuas. Cedió despues aquel terreno al Rey de Nápoles: este Soberano hizo escavaciones en el espacio de muchas millas, y desenterró aquella ciudad antigua. Está á 73 piés de profundidad, bajo muchas capas de tierra y de piedra vitrificadas. Tenia un teatro de tres pisos, de 500 piés de circunferencia, sentado sobre pilastras de ladrillo, cubiertas de un hermoso barniz, y adornadas con cornisas de mármol.

habitacion de los Gnomos, hundida en tierra cerca de ochenta piés; pero la humedad, la frescura y el humo de las hachas abreviaron mi paseo.

Volví á Portici, hermosa casa del Rey de Nápoles, á dos leguas de esta capital, en una bellissima situacion, á la orilla del mar y al pié del Vesuvio. Enamorado de la amenidad de aquel sitio, me establecí en él imaginariamente, exclamando:

Abite hinc, urbanae molestæque curæ!

Recorriendo el museo del Rey, que estaba lleno de cuanto se habia desenterrado del Herculano, hasta nueces, huevos y pan, ví á unos hombres ocupados en descifrar algunos manuscritos casi ya pulverizados. Eran unos rollos cilindricos, muy parecidos á los del tabaco. Costó muchísimo el desarrollarlos. Sirviéronse, para aquella operacion, de un bastidorcillo de tapicería inclinado, sobre el cual estendian, por medio de tornillos, aquellos pergaminos negros y acribillados, que se forraban con un

lienzo ó papel grasiento. Así que descubrian alguna palabra, la escribian, y adivinaban lo que no podia leerse por la palabra antecedente y la subsiguiente. No habia puntos ni comas; pero la inteligencia y sabiduría de los comisionados lo suplía todo.

Como yo admirase aquel trabajo ingenioso, me dijo el abate Spalatini, que era uno de los cooperadores, y hombre de talento y de mucha urbanidad, que aquellos rollos se habian sacado de las ruinas del Herculano, que era una ciudad enterrada, diez y siete siglos habia, bajo la lava del Vesuvio. — « Nos lisonjeábamos, continuó Spalatini, de hallar entre estos escombros los fragmentos que nos faltan de tantos autores celebrados, como de Polibio, de Dionisio de Halicarnaso, de Diodoro de Sicilia, de Sallustio, de Tito Livio, etc.; pero, en vez del oro que buscamos, solo hemos recogido hasta ahora un mineral medianísimo, esto es, algunos libros griegos sobre la música, la medicina, la moral y la retórica. » Roguéle que me permitiese

recorrer aquellos antiguos trozos. Ví un rollo voluminosísimo, en el idioma griego, cuyo título era: *Vuges de Antenor por Grecia y Asia*. Pregunté al Abate ¿si conocia aquella obra?— «No tengo tiempo, me respondió, para leer tanto fárrago, dejando aparte que es de un autor muy poco conocido (a).» Como

(a) Se engaña el abate Spalatini. Muchos sabios, como consta á los estudiosos, hablaron de Antenor. San Agustín, Ciudad de Dios, libro VII, cap. 15, hace su retrato de este modo: *Inenormis proceritas, succulenta gracilitas, rubor temperatus, oculi caesi quidem, sed vigiles, et in aspectu micantes; speciosus et immeditatus incessus*. Con todo eso, no se puede menos de convenir en que los eruditos no se conforman sobre la época de su existencia. Lilio Girardo afirma que Antenor era un estatuario, y aquel mismo de quien habla Pausanias, esto es, aquel que hizo las estatuas de Harmodio y de Aristogiton. Cuando Xerces hizo su irrupción en la Grecia, se las llevó; y Alejandro, despues de la toma de Persepolis, las devolvió á los Atenenses. «Lo que prueba, dice él mismo, mi dictámen, es que Antenor conoció á Aristides en su ancianidad; y Aristides era Arconte en la olimpiada setenta y dos, cuatrocientos ochenta y nueve años ántes de Jesucristo. Pedro Colwio, autor exactísimo, niega abiertamente esta asercion: quiere

yo tenia aun mis retazos de griego en la cabeza, le supliqué que me los prestase por algunos dias. Encerréme por veinte y cuatro horas en mi cuarto; pero conocí que mi familiaridad con la lengua de Homero no era tanta, que pudiese traducir aquel viage. Volví al Abate, y le pedí permiso para llevarmelo á Paris,

que Antenor haya vivido mucho mas tarde, en la olimpiada noventa y tres de Coroebo, cuatrocientos ocho años ántes de Jesucristo, el de cuatro mil treientos seis del período Juliano, y treientos cuarenta y seis de la fundacion de Roma. Este sabio cómputo le atrajo un mentís formal de Juan Wower, y muchas injurias, y el título de *Doctor asinorum*; en lo que Wower no tiene razon. Defiende este que Antenor no compareció hasta el reinado de Alejandro el Grande, treientos cuarenta años ántes de Jesucristo; lo cual no es un error disimulable, pues hay sesenta y ocho años de diferencia; y añade que este autor griego fingió haber vivido en una edad mas remota, para con esto hacer sus Memorias mas agradables, persuadiendonos á que vió y conoció á los grandes personajes y filósofos que presenta sobre la escena. Esta paradoja eriza el pelo á Godescalo Stewequio, que se encoleriza hasta llamarle impudente. «Es palpable, dice, que si Antenor hubiera nacido en el tiempo de Alejandro, hubiera hablado de aquel héroe, del in-

ofreciendole, sobre mi palabra de honor, devolverselo acabada que fuese la traduccion: titubeó un poco, pero al fin cedió á mis vivas instancias.

Luego que llegué á la sobradamente famosa Lutecia, asocié á mi trabajo á uno de mis amigos, versadísimo en el griego, y de cuya profunda erudicion saqué grandísima utilidad.

Pero, aparte todo esto, seria un escepticismo ridículo dudar de la vida de Antenor, quien existió lo mismo que Aristoteles y Platon, visto que su obra existe.

Deseo que el público agradezca mi

cenio de Efeso, de la batalla de Cheronea, y del asesinato de Filipo de Macedonia. » De la misma opinion son Cornelio Celso y Priceo. Pero es verdad que la defienden con una especie de moderacion que hace dudoso su convencimiento íntimo.

¿Que debemos concluir de esta diversidad de opiniones? que Antenor existió realmente; y que, en quanto á la época de su existencia, lo mas acertado es abandonar la crítica á los sabios, y decir modestamente:

Non nostrum inter vos tantas componere lites.

trabajo, y que se me perdone lo débil de la traduccion, á favor de lo antiguo y singular de la obra.

¡ Dichoso yo, si los sabios me leen por curiosidad, y las demas gentes por ocio, con el fin de adquirir sin trabajo algunas nociones sobre las costumbres y usos antiguos! Las mugeres hallarán acaso en las aventuras amorosas remedio contra el fastidio y los vapores, y dulce alimento para su sensibilidad.

En quanto á los versos que se encontrarán sembrados en esta produccion, digo que me esforcé todo lo que pude para esplicar bien el pensamiento y la poesía del testo; pero toda traduccion de un gran poeta es una figura trabajada en cera, que quiere representar un cuerpo animado.

PREFACIO DE ANTENOR.

CUANDO dí á luz mis Viages, contaba ya veinte y siete olimpiadas, quiero decir, que el sol habia descripto, desde mi nacimiento, ciento y ocho veces su círculo anual. Los dias de mi vida han desaparecido como las líneas de sombra que pasan sobre un cuadrante. Dicese que el tiempo es un punto entre dos eternidades. ¡Que de hombres he visto nacer y morir! Un río, cuyas ondas se suceden, se azotan y se chocan unas con otras, es viva imágen de las generaciones que he visto desaparecer. ¡Cuántas revoluciones, combates y batallas, tan importantes entónces, y hoy tan olvidadas! ¡Que se han hecho aquellos tiranos, aquellos cabezas de bandos, que enfurecidos á fuerza de orgullo, y avaramente sedientos de riquezas y de dominacion, subieron, de delito en delito, hasta el gobierno del estado, y desde aquella altura, como genios maléficos llevados sobre nubes, sembraron sobre su patria desolaciones y lutos? No son ya mas que un polvo vil, revuelto con las maldiciones de los pasajeros; ¡y yo todavía existo! Pero cuando da la hora de la muerte, ¿que mas tiene haber vivido dos siglos que dos días?

Mas si alguno, envidioso de mi larga vida, deseara conocer el secreto con que me la he alargado, le diré que mi receta se halla en aquel ramo de la medicina, que se llama *Higiéna*. Toda mi ciencia se reduce á mucho ejercicio, frecuente uso del agua y del hidromel (*a*), repetidas mansiones en el campo, sobriedad en comidas y placeres, aseo en el cuerpo, y paz en el alma.

Para divertir á mis contemporáneos y á la posteridad, á quienes miro delante de mí como jueces temibles, voy á referir las censuras que han asaltado á mi obra en el instante de su publicacion, no para refutarlas, sino para aliviar la imaginacion del lector; pues con esto tendrá á mano los tiros que deberá asestarme.

Los Viages de Antenor, dice un sofista de Atenas, son unas fantasías extravagantes é informes: y si me comisionaran para ponerles nombre, los llamaria las *Locuras de Antenor*. En esta tan irregular produccion trastornó

(a) Es agua cocida con miel, ó tambien con vino añejo. Esta bebida es bonísima para los biliosos y los ancianos. Preguntó el Emperador Augusto á un ciudadano de Roma, de mas de cien años de edad, ¿de que medios se habia valido para conservar aquel vigor de alma y de cuerpo?—No de otros, le respondió, que del hidromel por dentro, y del aceite por afuera.

totalmente el órden de la cronología, que es el único hilo que puede guiarnos, por entre las edades, al camino de la historia. ¡Que filósofo del Liceo ó del Pórtico leerá sin indignacion, y sin rasgar las hojas, una obra que reúne en una escena misma personajes cuya existencia estuvo separada por el transcurso de un siglo y mas!

Un peripatético, dotado de bellísima memoria que le suple el ingenio, así como una lámpara suple la luz del sol, pretende que he espigado en campo ageno, sin hacer esta confesion. « Si Antenor, dice, no fuera un plagiarío, y no hubiera querido, como nos cuenta Esopo, adornarse con las plumas del pavo real, hubiera imitado á los autores graves, que indican al pié de cada página las minas de donde han sacado su oro: cosa que aumenta la importancia de un libro, con mucho provecho del autor, pues la acumulacion de nombres y de líneas contribuye necesariamente al volúmen de la obra.

Un académico me reprende el haber sembrado difusamente la ciencia y las reflexiones, y con tal torpeza, que es preciso que las mugeres y los desocupados me lean bostezando, y que los médicos les prohiban la lectura, del mismo modo que se prohíbe á los estómagos débiles el jugo del ababol.

A un hijo de Helicon se le da poquísimo

del trastorno de mi cronología y de mis plagios; pero mi estilo no tiene para él colorido ni imágenes. « Mas quiero, así lo dice, leer y releer mis versos que tan insípida prosa. »

Un dialéctico me envía á su tratado de lógica, para que aprenda á escribir metódicamente.

Un geómetra quiere probar con su matemática, que á cada paso yerro en las distancias y en las medidas.

Un sacerdote de Baco me culpa de irreligioso y de ateísta.

Un sectario de Epicuro me acusa de supersticioso; y en fin alguno de los chistosos de Atenas fallará que los amores de Fanor y los míos son pesados, fiños y mal hilados.

Confieso que alguna vez mi amor propio exasperado me ha puesto las armas en la mano para parar y rechazar las aceradas flechas de mis Zoilos. No me hubieran faltado razones, y especialmente injurias; pero hubiera perdido mi quietud, y alterado mi sangre. Mas quiero que mi libro caiga suavemente, como un cuerpo ligero que baja por el aire, que no con el fracaso y velocidad de una encina tronchada por el viento.

Lo que no puedo, es satisfacer á los que por reforzar su erudicion desearan saber la época de mi muerte, porque todavía vivo.

ADVERTENCIA

SOBRE ESTA TRADUCCION.

Los Viages de Antenor se imprimieron en Madrid en 1802, traducidos por el Teniente-Coronel Don Bernardo María de Calzada, mas tan mutilados, y por decirlo todo tan mal traducidos, que estábamos muy lejos de poder decir que la España poseia esta obra. Noticias históricas, noticias biográficas, pinturas de costumbres, cuadros interesantes de la vida privada, discursos filosóficos, escenas tiernas, que, al mismo tiempo que amenizan la obra, sostienen y avivan la atención del lector: de todo esto la traduccion de Calzada habia robado al público una porcion tan considerable, que no será exageracion decir que le habia privado de una cuarta parte del original.

Cuando se leen algunos de los pasages mutilados, se cree que este ultraje ha debido ser obra del espíritu monacal que dirigia á los censores españoles, curas y frailes casi todos en aquella época; mas hay muchos otros tan indiferentes á las costumbres, á la religion y á la política, que no se acierta á encontrar la causa de su espulsion: y no hallando razones para atribuiría á la censura, el lector se vé

forzado á pedir cuenta al traductor de este atentado literario.

Sea de esto lo que quiera, la mutilacion existia, y con ella se habia defraudado á los Españoles de una parte, bajo todos respetos importantísima, de esta obra.

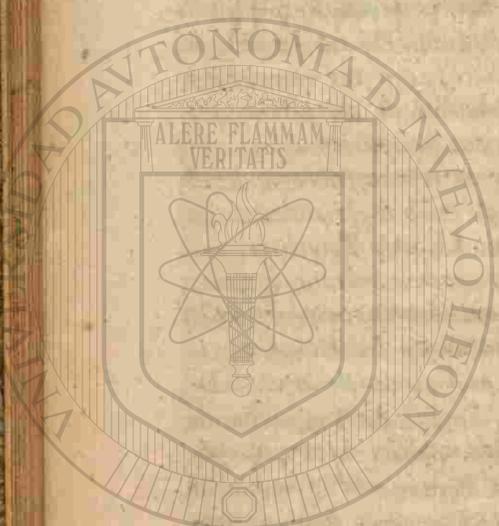
Mas no es este el solo defecto de la traduccion de Calzada; contiene otro muy grave, que es estar mal desempeñada. Calzada, aunque se preconiza miembro de varios cuerpos literarios, se puede decir, sin temor de cometer una grande injusticia, que carecia de la aptitud necesaria para traducir los *Viages de Antenor*. Comete errores groseros de geografia, los comete gramaticales; y no pocas veces intérprete infiel, hace decir al original lo contrario de lo que ofrece su testo.

La presente traduccion repara todas estas faltas. El público español poseerá en ella la obra de los *Viages de Antenor* completa; la poseerá purgada de todos los vicios que abundan en la de Calzada, y se apropiará así una produccion tan interesante como instructiva.

El mérito de esta es tan universalmente reconocido, que es ocioso el hablar de él; y quince ediciones sucesivas hechas en Francia le publican demasiado. Se hallan en ella vastos y utilísimos conocimientos; y las formas dramáticas, de que ha usado el autor, los hacen gravar en la memoria sin pena. El lector viaja

con él por los dos pueblos mas célebres de la Grecia, Atenas y Esparta. Pasa con él á Egipto, esta cuna de las ciencias y las artes, y corre con él una parte del Asia. Se instruye en las leyes y costumbres de todos estos pueblos, y asiste á sus fiestas, á sus juegos, á sus asambleas públicas, y á sus ceremonias religiosas. Vé á muchos de sus personages célebres: conversa con Saso, asiste á los banquetes de Bion, y se reposa en la modesta mansion que sirve de asilo á Aristides en su destierro. Aristipo, Crates, Teofrasto, los sacerdotes egipcios parecen sobre la escena, y discute con ellos sus sistemas; y penetrando luego en el interior de las habitaciones privadas, estudia los pormenores de la vida doméstica.

Tanta variedad de conocimientos y un método tan favorable á la memoria recomiendan singularmente esta obra, sobre todo en España, en la cual debe generalizar con facilidad una instruccion escogida, tan útil siempre, pero mas todavía en esta época, en que todos los conatos de los Españoles se dirigen á establecer un gobierno protector, cuyas ventajas solo puede apreciar el hombre ilustrado.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y DOCUMENTACIÓN

VIAGES DE ANTENOR

POR GRECIA Y ASIA.

CAPITULO I.

Su pais. Su nacimiento milagroso. Su educación. Su partida para Atenas.

NACÍ en Efeso, ciudad de Ionia, donde estaba el magnífico templo de Diana. Mi madre, que vivía consagrada al culto de aquella Diosa, era á la edad de catorce años, ya por su estremada devoción, ya por la pureza de sus costumbres, el ejemplo de las sacerdotisas jóvenes, y la admiración de las ancianas. Su hermosura, su juventud daba mayor realce á sus virtudes, y gozaba de una felicidad completa; pero sobrevino un acaecimiento imprevisto y prodigioso, que contristó la vida de la que poseía el favor del cielo y de los hombres.

Habia ya algun tiempo que la amable y

virtuosa Eufrosina, que así se llamaba mi madre, padecía y se marchitaba como una flor de otoño. Antes de mucho se la llegaron á notar síntomas de embarazo. Voló de boca en boca la novedad, impulsada de la maledicencia; ¡Cuanta fué la admiración y las inquietudes de la comunidad! Creyeron ya las sacerdotisas ver á Diana vengando la profanación de su templo con la aparición de algun monstruo, ó con el desórden de los elementos; pero el cielo se mantuvo sereno, y ningun monstruo espantó la tierra. Con esto calló la calumnia, y volviéron las sacerdotisas á usar de indulgencia con mi madre, la cual afirmó, con todo el candor de la inocencia, que su pensamiento estaba tan virgen como la mirada del pudor.

Solamente se acordaba de que un día que se quedó dormida en el último recinto del templo, se la habia aparecido Apolo, bajo la forma de un bellissimo jóven, con los cabellos sueltos y coronados de laureles; que la habló del himeneo, y del deleite puro é íntimo de las uniones celestiales; que la turbacion y el delirio de sus sentidos la despertaron, pero que el Dios habia desaparecido. Ya fuese fraude de algun sirviente jóven del templo, ó ya fuese, en efecto, que Apolo hubiera querido honrar con sus favores á la bella Eufrosina, lo cierto es que su virtud

quedó tan blanca y tan pura como la azucena cuando se abre.

Parióme bajo un techo campestre. De todas partes acudiéron á verme en la cuna, porque me tenían por hijo de una deidad.

Mi madre, aunque tan muchacha todavía, se consolaba con pensar que algun día seria yo el alivio y el apoyo de su vejez; pero una enfermedad rápida y aguda abrevió la carrera de su vida. Tenia yo entónces diez años; pero mi alma y mi cuerpo eran superiores á mi edad: y si, como algunos filósofos lo afirman, la duracion de la vida de los individuos está en razon del tiempo que emplean en el desarrollo total de sus facultades, multiplicando el número de los años por el número siete, digo que debe causarme poquísima admiracion haber vivido mas de lo que comunmente viven los hombres, pues mi pubertad fué muy tardía.

Al morir, la desgraciada Eufrosina me confió á un sacerdote anciano, amigo y consejero suyo. Este me llevó á Efeso, donde empezó á educarme. Toda su moral se reducía á venerar á los ministros de los Dioses, y á tener por una virtud suprema la economía, ó mas bien la avaricia; porque era el mortal mas avaro que hubiese pisado la tierra. Encargóme espresísimamente, al morir, que me guardara bien de no ponerle mas de un

óbolo bajo la lengua para pagar á Caron su pasage : añadiendome que , si no queria pasarle por aquel precio , se aguardaria gustosísimo á la orilla , aunque fuesen cien años.

Estaba yo en la primavera de los mios , cuando aquel viejo sicofanto dejó sus tesoros con la vida.

Sintiendome agitado de nuevas necesidades , pareciendome que era otra mi existencia , y viendome libre , sin carrera , sin parientes , y sin patria , determiné hacerme cosmopolita . Partí pues para Atenas , inflamado con los deseos de seguir á los filósofos , y de ejercitarme en la elocuencia y en la gimnástica.

CAPITULO II.

*Sus estudios en Atenas. Sus observaciones.
Su presentacion á Aristipo. Su retrato.*

APLIQUÉME desde luego al dialecto del pais . Estudié aquella armonía de language , y aquella espresion noble que distingue á los Atenienses de lo restante de la Grecia . Dime particularmente al estudio de la pronunciacion ; porque los Atenienses cuidan tanto de la pureza de su acento , que lo exigen hasta en las amas que crian á sus hijos .

No habia entónces morada mas deliciosa que Atenas . Sus habitantes eran dulces y amables . Sus fiestas y juegos se sucedian sin cesar : amaban los placeres , la libertad y la gloria . Pero Isocrates comparaba aquella ciudad á las mugeres mundanas , á quienes se tributan pasajeros afectos , sin quererlas de modo alguno para mugeres propias .

Estaba la soberanía en el pueblo , no en el número de los ciudadanos , compuesto de artesanos y jornaleros , cuales se ven en las monarquias ; pero cada Ateniense era un hombre distinguido , que tenia esclavos propios , á no ser que fuese muy indigente . Junta base el pueblo por la madrugada en la plaza pública , ó en el teatro de Baco . Cada ciudadano , cuando llega á la pubertad , tiene voto deliberativo en aquella asamblea , y debe asistir bajo pena de multa . Un dia ví á muchos magistrados , llamados Lexiarcos , que andaban por ámbas aceras de las calles , atajandolas con una cuerda teñida de bermellon , que llevaban agarrada por sus extremos . Iban llevandose al pueblo por delante , para obligarle á que se presentara en la asamblea . Si la cuerda llegaba á señalar á algun perezoso , aquel habia de pagar la multa ; y los ciudadanos , esentos de aquella señal , recibian tres óbolos por su derecho de asistencia .

Seguí á los Lexiarcos . Abrióse la sesion

con un sacrificio á Ceres. Sacrificaron los sacerdotes un cochinillo de leche, y con su sangre purificaron el recinto. Despues pronunció esta imprecacion un magistrado: *Perezca, maldito de los Dioses, con toda su raza, cualquiera que obrare, hablare ó pensare contra la república.*

Aquella junta general debe ser á lo menos de seis mil hombres para hacer una ley. Los senadores propusieron el asunto del decreto. Los oradores en pié desplegaron su elocuencia para admitirlo ó impugnarlo; pero estaban subordinados á la ley de los clépsidros, esto es, que habian de terminar sus arengas en el tiempo fijado por unos relojes de agua. Despues de grandes debates y estruendosos clamores, pasó el decreto á pluralidad de los sufragios, que se dan por la estension de las manos. Confieso que aquellos gritos tumultuosos, y aquellas oleadas de las turbas, conmovidas y agitadas como las del Euripo, me dejaron para siempre una impresion nada favorable contra los estados democráticos.

Lo que me dió una idea mas ventajosa de los Atenieses, es el establecimiento de sus fiestas. Un dia, un gefe de familia me convidaba á comer para celebrar los dias de su hijo ó de su amigo, ó tal vez el hijo me convidaba para celebrar los dias de su padre ó de su esposa: estos dias eran sagrados.

Los filósofos celebraban los dias del nacimiento de Socrates y de Platon. Epicuro habia mandado en su testamento, que se celebrasen los de su padre, de su madre, de sus hermanos, y el suyo.

El quinto dia del nacimiento de un niño, convidan para ir á sacrificar á los Dioses. Se suspenden coronas en las puertas: si es varon, se forman de ramas de olivo; si hembra, de fajas de lana, simbolo de sus tareas. Convocanse en tales dias la familia y los amigos, y los padres manifiestan su gozo con un banquete solemne, en que, la cabeza coronada de rosas, se hacen libaciones al genio que preside al nacimiento, se sirve el vino á copas colmadas, y se pone en la mesa queso del Chersoneso, repollo cocido con aceite, un cordero engordado para esta fiesta, y las aves y pescados mas esquisitos.

Al dia décimo del nacimiento del niño, se le pone á este nombre, y se le da un padrino que preside los sacrificios y el festin. La madre, despues del parto, está cuarenta dias sin ir al templo. Se celebra tambien con una comida el dia que se desteta al niño.

Quando se le inscribe en una de las tribus, dura tres dias la solemnidad. El primero es el dia del festin, el segundo el del sacrificio, el tercero el de la inscripcion en la clase de ciudadano. El festin es por la noche entre

los ciudadanos de la tribu, los parientes y los amigos, y se admiten tambien á él otros convidados. Señalase tambien este dia con una fiesta de antorchas en honor del genio que preside al nacimiento. Se toman vestidos magníficos, se cantan himnos, y se agitan hachas encendidas. El tercer dia, los padres se presentan á la asamblea, y juran sobre el altar, que el nacido es legitimo, hijo de Atenienses y ciudadanos. Bajo la fé de este juramento, se le inscribe en la tribu, y se le corta la cabellera, la cual se consagra frecuentemente á Apolo. Presentanse á su tribu los niños de entrámbos sexos, los varones á la edad de tres ó cuatro años, y las hembras cuando se las desposa.

Fuí testigo de la ceremonia de un jóven que habia llegado á los diez y siete años, época en que acaba la adolescencia. Suspendióse á su puerta una corona de laurel; el padre nos dió un festin en que se apuró una ancha copa en honor de Hercules, haciendo primero á este una libacion, y pasando luego la copa de mano en mano, hecho lo cual se inscribió en el registro el nombre del jóven adulto.

Estos jóvenes se consagraban despues á la patria ante el altar de Aglaura, y prestaban el siguiente juramento:

« No deshonraré jamas la profesion de las

armas; jamas salvaré mi vida con una huida vergonzosa; combatiré hasta la muerte por mi patria; seré obediente á los magistrados, á las leyes, y á todo lo que está decidido por el consentimiento del pueblo. Si alguno viola ó intenta destruir las leyes, le denunciaré, y me opondré á ello solo ó en union de todos.»

Divertíame mucho en los ejercicios del gimnasio, y aun llegué á ganar algunos premios en la lucha, en la carrera y en el disco. Conseguí formarme una constitucion robusta. ¡Cuanto tuve despues que aplaudirme de aquella educacion física! ¡cuantas veces me fué útil! ¡cuanto ha contribuido á mi felicidad!

La frecuentacion del gimnasio me proporcionó amistades con algunos jóvenes, y uno de ellos me presentó al celebrado Aristipo. Aquel filósofo cuya alma flexible se adaptaba á todas las situaciones de la vida, que soportaba la buena ó mala fortuna con la misma serenidad y entereza, estaba entónces en el otoño de su edad; pero su moderacion en los placeres y en las aficiones, y su indiferencia filosófica sobre los acaecimientos de la vida, prolongáron su virilidad.

No habia en Atenas hombre mas amable é instruido. Estendianse sus talentos hasta sobre el arte de las comidas. Los cocineros le consultaban acerca de la delicadeza y con-

dimento de los manjares. Era muy apasionado á comer bien, y decia que si esto fuera reprehensible, no se darian tan grandes festines y convites en honor de los Dioses. Para con las mugeres ocultaba su erudicion con el velo de lo chistoso, y solo dejaba caer aquellas agudezas que podian divertir las. Gustaba de agradarlas, y se complacia de su mismo rubor y resistencia. Como se dominaba perfectamente, destilaba sobre ellas la seduccion; y las envolvía en ella con tanto arte, que pocas evitaban sus lazos. Su casa era el punto de reunion de la mejor sociedad. Su filosofia dulce y suave, su jocosidad, las sales de su entendimiento, y sus dichos ingeniosos y lisonjeros hacian delicioso su trato. Estaba dotado de tal sagacidad, que para conocer á un hombre no necesitaba mas que oírle hablar. «Que hable como quisiere, decia; con tal que hable, eso me basta.»

Conocia profundamente los negocios, y era ligero y entretenido en las concurrencias y festines. Escogia las espresiones con felicidad, y sus chanzas eran finas sin ser picantes. Con la misma facilidad que hablaba de la política, hablaba del amor, de la moral, de la religion, de los placeres y de la muerte.

CAPITULO III.

Comida de Aristipo.

CONVIDÓME á comer, algunos dias despues de mi presentacion. Fuí á su casa al ponerse el sol, y hallé que habia muchos convidados. No aguardaban mas que á Aristipo y á la filósofa Lastenia, su amiga, á quien yo no conocia. Entráron juntos. Aristipo llevaba un vestido de púrpura, empapado en olores suavísimos. Lastenia iba adornada con toda la sencillez y gallardía de las gracias. Caianle sobre la espalda sus cabellos castaños y ensortijados. Flores decoraban su cabeza y seno, y este era su mas rico ornato. Nos hicieron bañar; nos perfumáron con éncias; y luego entrámos en el salon del convite, donde quemaban inciensos y perfumes. En lo interior se veia un bufete, en el que ostentaba el lujo vasos de oro, de plata y sobredorados, y algunos guarnecidos de piedras preciosas. Saliéronnos al encuentro unos esclavos con coronas de flores, que nos pusieron sobre las cabezas (1), y con jarros para verternos agua sobre las manos. Sorteóse el rey de la fiesta. Cayó la suerte sobre Xantes el peri-

dimento de los manjares. Era muy apasionado á comer bien, y decia que si esto fuera reprehensible, no se darian tan grandes festines y convites en honor de los Dioses. Para con las mugeres ocultaba su erudicion con el velo de lo chistoso, y solo dejaba caer aquellas agudezas que podian divertir las. Gustaba de agradarlas, y se complacia de su mismo rubor y resistencia. Como se dominaba perfectamente, destilaba sobre ellas la seduccion; y las envolvía en ella con tanto arte, que pocas evitaban sus lazos. Su casa era el punto de reunion de la mejor sociedad. Su filosofia dulce y suave, su jocosidad, las sales de su entendimiento, y sus dichos ingeniosos y lisonjeros hacian delicioso su trato. Estaba dotado de tal sagacidad, que para conocer á un hombre no necesitaba mas que oírle hablar. «Que hable como quisiere, decia; con tal que hable, eso me basta.»

Conocia profundamente los negocios, y era ligero y entretenido en las concurrencias y festines. Escogia las espresiones con felicidad, y sus chanzas eran finas sin ser picantes. Con la misma facilidad que hablaba de la política, hablaba del amor, de la moral, de la religion, de los placeres y de la muerte.

CAPITULO III.

Comida de Aristipo.

CONVIDÓME á comer, algunos dias despues de mi presentacion. Fuí á su casa al ponerse el sol, y hallé que habia muchos convidados. No aguardaban mas que á Aristipo y á la filósofa Lastenia, su amiga, á quien yo no conocia. Entráron juntos. Aristipo llevaba un vestido de púrpura, empapado en olores suavísimos. Lastenia iba adornada con toda la sencillez y gallardía de las gracias. Caianle sobre la espalda sus cabellos castaños y ensortijados. Flores decoraban su cabeza y seno, y este era su mas rico ornato. Nos hicieron bañar; nos perfumáron con éncias; y luego entrámos en el salon del convite, donde quemaban inciensos y perfumes. En lo interior se veia un bufete, en el que ostentaba el lujo vasos de oro, de plata y sobredorados, y algunos guarnecidos de piedras preciosas. Saliéronnos al encuentro unos esclavos con coronas de flores, que nos pusieron sobre las cabezas (1), y con jarros para verternos agua sobre las manos. Sorteóse el rey de la fiesta. Cayó la suerte sobre Xantes el peri-

patético, quien ordenó los brándis, y arregló las leyes de la comida, y los tiempos en que habíamos de beber.

Nos colocámos sobre camillas, al derredor de una mesa que laváron repetidas veces. Las cubiertas de nuestras camillas eran de color de púrpura.

Entró en aquellas circunstancias el sofista Filoxenes; y sorprendido de la abundancia y del aparato del festin, arqueó las cejas, y dijo á Aristipo, que tanta profusion y lujo no sentaban bien á un filósofo. Aristipo le satisfizo sin alterarse: « Mi querido Filoxenes, dame el gusto de contarte entre los nuestros. » — Eres sobradamente agasajador, Aristipo: no hay fuerzas para resistirte. — Ya que Aristipo le vió colocado, y comiendo con buenas ganas, le dijo: « Estimado Filoxenes, para responder á tu censura sobre la suntuosidad de mi mesa, te voy á contar lo que me sucedió con Andron el estoico. Compré en su presencia una perdiz por cincuenta dracmas (ciento y ochenta reales de vellon): me reprendió, lo mismo que tú, un gasto tan excesivo. Escuchéle sosegadamente, y le pregunté: ¿Comprarias la perdiz, si no te costase mas que un óbolo? — ¿Quien lo duda? me respondió. — Pues yo, Andron, estimo las cincuenta dracmas lo mismo que tú un óbolo. — Veo que no es la ostentacion y la

buena mesa lo que te exaspera, Filoxenes, sino el gasto. » — El sofista conoció muy bien la aplicacion, pero no por eso comió menos.

El primer servicio consistió en ostras y en varias especies de conchas marinas, unas crudas y otras compuestas; en huevos frescos de gallinas y de pavos reales (los de estos últimos eran mas estimados); en piés de puerco; en cabezas de cordero; en menudillos de ternera, y en langostas, de que gustan mucho los Atenienses, y abundan los mercados. Nosotros reservámos las primicias de los manjares para el altar de Diana.

En el segundo servicio, pusieron caza, aves, y esquisitos peces.

Advertí que muchos convidados daban platos á sus esclavos. Dijéronme que aquella era la costumbre, y que todo convidado podia regalar á sus amigos.

Al empezar la comida, gustó Aristipo ligeramente una copa de vino, y la entregó á su inmediato, para que la fuera pasando de mano en mano á la redonda. Aquel primer brándis es el símbolo de la fraternidad de los convidados. A él se siguiéron otros. Aristipo brindó á nuestras saludes, y nosotros le correspondimos al instante. La copa primera tenia un tercio de vino sobre dos de agua. Insensiblemente se fué esta disminuyendo, y se acabó por saciarse con vino puro.

Lastenia tomó despues una cítara, y cantó, acompañandose, un himno en honor de Baco, con voz suave, melodiosa y flexible. Poscia el arte de modularla á cualquiera tono, y los versos eran de su propia composicion. Su canto puro, hechicero, hacia algunas veces olvidar su belleza, y esta á su turno distraia frecuentemente la atencion del oyente. Se la aplaudió mucho mas aun con el corazon que con las manos.

Todos los convidados, con ramos de laurel y de mirto en las manos, cantáron alternativamente acompañandose con la lira.

Rogóse á Cleomenes el Tebano, poeta ditirámico, que cantase un ditirambo: gran adorador de Baco, no deseaba otra cosa. Empezó por decirnos que el culto de este Dios habia sido trasportado por los Frigios á la isla de Naxos, de donde se habia esparcido al resto del Arquipiélago, y llegado hasta Tebas. Baco no halló adoradores mas celosos y mas entusiastas que mis compatriotas. Bien pronto adoptáron este género ditirámico los poetas griegos. Se le quiso al principio sujetar á leyes, dandole las trabas de la oda; mas la libertad y el desórden son la esencia de esta poesia, la cual acompañada de la danza fué inventada para animar á los danzantes, por su atrevimiento y por la viveza de sus movimientos.

En el origen de este género, los poetas ditirámicos quisieron imitar los furores de la embriaguez; y quebrantando todas las barreras, hicieron pasar á su poesia la locura y la indecencia que reinaba en las fiestas de Baco, y las mas audaces y mas obscenas expresiones. La estravagancia subió á tal punto, que para designar un hombre sin juicio, se decia que era un compositor de ditirambos. De aquí tiene tambien origen este proverbio: «*Esto es menos intelígible que un ditirambo.*»

Limitóse este al principio á celebrar el nacimiento de Baco; abrazó despues todas las acciones de este Dios; y bien pronto el ingenio atrevido y turbulento de los poetas aplicó este género de poesia no solo á todas las divinidades, sino tambien á las acciones de los hombres.

El ditirambo exige todavía mas sublimidad, entusiasmo é invencion que la oda: es necesario que el poeta, impaciente con el Dios que le agita, presente ideas nuevas, fuertes y maravillosas: su diction debe ser animada, impetuosa y estrepitosa, sus movimientos rápidos y variados. Empero para apoyar con el ejemplo, mas persuasivo siempre, la idea que os doy del ditirambo, voy á cantar uno del poeta Timoteo: al punto le entonó con una voz agradable, y todos parecieron encantados de esta obra maestra de poesia.

Cuando llegó mi vez, confesé, aunque con rubor, que yo no entendia la música; con lo que hice ver que habian descuidado mi educacion (a).

Alabó uno de los convidados á Aristipo su magnificencia, su buen gusto, su mesa esquisita, y exaltó su felicidad; á lo que Filoxenes repuso: Epicuro no gastaba mas que un as (cosa de seis maravedís) en cada comida, y sin embargo era feliz. — ¿Y lo era tambien, le preguntó Lastenia sonriendose, cuando atormentado por los dolores de la gota exclamaba: *Soy dichoso; este es el último y el mas afortunado dia de mi vida?* — No lo dudo, Lastenia. — Pues yo, Filoxenes, opino que aquello era jactancia y descaro filosófico. — Por lo menos, dijo Aristipo, supone mucho valor, pues él mantuvo aquella firmeza hasta su último instante. La naturaleza no puso esclusivamente la felicidad en ser rico ni en ser pobre, sino en la flexibilidad del alma, y en la sabiduría de la conducta, porque el pobre goza de las mismas sensaciones y deleites que el rico. ¡Que extravagantes son los mas de los hombres! Cuando tratan de

(a) Con todo eso, los Atenienses no se vanagloriaban de diestros en la música. Poseian la perfeccion de este arte las dos naciones de menos talentos y más groseras. Los de Beocia sobresalian en tocar la flauta, y los de Arcadia en el canto.

comprar bienes y muebles, toman todas las precauciones imaginables á efecto de no ser engañados; pero cuando se trata de un sistema de conducta que los haga felices, no ponen el menor cuidado. Muchas veces ha variado la escena del mundo en el tenor de mi vida. Mas de una vez he trocado mi capa de púrpura por un paño muy grosero; y circundado de la indigencia he hecho producir rosas á un campo aridísimo.

Era yo dueño de muchos bienes, cuando dejé á Cirena mi patria, para ir á Atenas á gozar de sus delicias, y á cultivar mi razon. Estudié, bajo la direccion de Socrates, con mucho empeño, pero con no menos iba tras de los placeres: de modo que ansioso de felicidad agoté en poco tiempo mis riquezas. Abri los ojos en el mismo borde del abismo. Vendí muebles, caballos, joyas y vestidos. Envolvime en una capa grosera, caminé con los piés desnudos, puseme un sombrero viejísimo, y fuí á ocultar mi vida en Enoe, pueblo del Atica. Allí me mantuve con legumbres y raíces; y allí me forjé nuevos placeres, porque mi carácter enérgico era superior á la situacion mia. El paseo y el estudio llenáron mis ocios. Cierta dia se llegó á mí un hombre rico á preguntarme: que le llevaria por instruir á su hijo? — Seiscientas dracmas, le respondí. — Por Baco te aseguro,

me replicó, que con ese dinero podría comprar un esclavo. — Harás bien, le añadió: compra uno, y con eso tendrás dos. — Laches se encolerizaba contra los filósofos que estaban sin cesar á las puertas de los grandes. — Eso significa, le dije, que los médicos acuden diligentes á la puerta de sus enfermos.

Como el placer debe ser el primer móvil de todo ser que piensa, y como uno de nuestros filósofos, poeta, ha dicho muy felizmente *que el amor haría adorar á la divinidad en un país de ateos*, no descuidé el culto de este hijo de Venus; mas en lugar de las brillantes hermosuras de Atenas, escogí una aldeana sencilla, inocente y fresca como la primavera. Abriase la rosa sobre su frente virginal, ligeramente empañada por el sol. Para agradarla, me hice igual suyo; ayudaba á sacar agua y á ordeñar su cabra; cargaba á mis espaldas el haz de leña, encendía el fuego, limpiaba las yerbas, y comía con la madre y la hija sobre una mesa tan maltratada por los años como la de Baucis. Un plato de legumbres, un pedazo de queso componian todos nuestros servicios. Cuando asistí despues á los banquetes suntuosos y elegantes de Dionisio de Sicilia, reía de los juegos de la fortuna. Mi amable Milza tenia todo el candor y la inocencia de su edad y de su clase. Acuerdome que en un momento

muy vivo, en que yo solicitaba con ardor mi felicidad, me preguntó si la prometia casarme con ella. « El matrimonio, la respondí, pondría el colmo á mis deseos; pero os amo demasiado para proponeroslo. El oráculo de Delfos me ha declarado que mi primera muger moriria seis meses despues de la boda: ¿querríais esponer vuestra vida? — No, no quisiera morir. — Ni yo esponeiros, me sois demasiado cara. » Fué pues forzoso el pasar sin la ceremonia del matrimonio. Hallaba esta intriga tanto mas agradable, cuanto que no me distraia nada de mis estudios, y que bebia en la copa del placer sin pasion y sin temer la embriaguez. El triste Filoxenes le dijo entónces: « ¿Confesaréis que hoy no trataríais de seducir á esa muchachita? — Trataria todavía de agradarla, si me inspiraba deseos. — ¡Como! ¡un filósofo como vos, discípulo de Sócrates! — Un filósofo como yo sabe lo que valen las preocupaciones y los sofismas de los pretendidos sabios. Si una muger científica os pudiera ser útil por sus conocimientos y su talento, ¿os negaríais al placer de escucharla? — Buscaria por el contrario su conversacion. — Si fatigado por la sed y el calor, hallárais una sombra fresca bajo la cual corriese una agua clara, pienso que beberíais de esta, y que os reposaríais debajo de aquella. — Sin duda; lo uno y lo

otro tienen su utilidad y su fin. — Pues bien: así como el agua, la sombra y la muger científica tienen su utilidad y su fin, así también tiene su utilidad y su fin la muger hermosa, que es el placer, del cual me permito gustar, como me permito gozar de la frescura de la sombra, y de la conversacion de una muger amable é instruida.»

Cayó despues la conversacion sobre el soberano bien. «Epicuro, nos dijo Aristipo, quiere que consista en el placer y en la carencia del dolor. — Esa definicion, replicó Filoxenes, ha desacreditado su moral y sus costumbres. — Pero sin razon, añadió Aristipo, porque, aunque se leía á la puerta de su jardin: *Aquí es el deleite el soberano bien*, no daba á sus huéspedes mas que pan y agua, y decia que no podia vivirse arregladamente sin seguir la senda de la sabiduria y de la justicia.»

Filoxenes. Zenon, gefe de los Estoicos, opinaba que la salud, la reputacion, las riquezas y las demas ventajas no eran bienes, y excluyó de la clase de males la pobreza, la ignominia y el dolor. «La virtud sola, dijo, basta para la felicidad nuestra, y el sabio siempre es dichoso, cualquiera que sea su situacion.» — *Aristipo*. Creo muy bien que el sabio tiene mas motivos de consuelo que los que no lo son, ya sea en las tribulaciones, y ya en las cadenas; pero solamente un loco

puede esclamar que es feliz en un caso igual. Un ignorante, que bebe buen vino y que disfruta de su manceba, es seguramente mas afortunado que un sabio en una prision, reducido á pan y agua. — *Filoxenes*. El sabio de Zenon es un ser sin pasiones, cuya alma ni aun siente los latidos de la compasion. Los Estoicos graduan de debilidad este sentimiento. — *Aristipo*. Ese ser exagerado se parece al sabio verdadero, del mismo modo que una estatua de Hermés á un ser animado. No es ese mi hombre. — Ni el de mi sexo, repuso Lastenia. — *Aristipo*. Los Peripatéticos son los filósofos mas razonables: convienen en que el hombre es un compuesto de cuerpo y de alma. Necesitase pues la reunion de los bienes físicos y morales, para componerle un existir agradable y análogo á los deseos de la naturaleza. Salud, bienes y consideraciones, son para ellos verdaderas riquezas: dolores y escasez, males verdaderos; pero la virtud es superior á todos los bienes, y el vicio es el mayor de todos los males. — *Filoxenes*. Nunca confesaré que las riquezas sean verdaderos bienes. — *Aristipo*. ¡Como que! ¿ni aun cuando asistes á una buena comida? — Este chiste dió mucho que reír. — Mas para terminar la disertacion, continuó Aristipo, vease cual es mi dictámen sobre este objeto. No creo que la felicidad

consista solo en los placeres; lo que sí creo, es que está en el mas activo uso de nuestras facultades, y en los cuidados y trabajos con que procuramos dichos placeres, ó sea la fortuna ó la celebridad.

Y para demostraros casi matemáticamente cuan poco aseguran nuestra felicidad las grandezas y los caudales, os citaré el ejemplo de Dionisio de Siracusa, á cuya inmediatecion viví mucho tiempo. Tenia despejado talento y rectitud de juicio; pero la ambicion le constituía desgraciadísimo. Rodeado del lujo, y sentado en el trono, venia frecuentemente á buscar consuelos á mi lado, cuando yo jamas necesité que él me consolara. Cierta dia me ofreció un puesto eminente para fijarme en su corte. « No me quiteis, le dije, la dulzura de vivir con mis iguales. » Siempre estaba circundado de sospechas y de terrores. Habia mandado fabricar una casa subterránea, circuida de un foso ancho, en la que no entraban su muger é hijos hasta que se despojaban de sus ropas, porque temia que llevasen armas ocultas. Nunca iba sin coraza. A su barbero, porque dijo un dia, chanceandose, que su vida estaba entre sus manos, le mandó matar; y en lo sucesivo el propio se quemaba la barba (a). Dió muestras de amarme

(a) No menos agitado vivia Cromwel de los terrores

mucho, si es que los tiranos pueden amar, porque me colmó de beneficios. Verdad es que yo contribuía á que comiese delicadamente. Yo era el presidente de sus festines, y me embriagaba con él. Un dia le dí una leccion muy filosófica. En una expansion de amistad ó de generosa franqueza (bien que algo acalorado del vino), me dijo que formara un deseo, y que juraba satisfacerme. Pedile tantos granos de trigo quantos produjese el número de las casas de un tablero de ajedrez, doblando siempre, y empezando por un grano en la primera casa, dos en la segunda, cuatro en la tercera, y así de las demas. Todos rieron de la cortedad de mi peticion, y Dionisio me la otorgó riendo mas que todos. Pero luego que hicimos el cálculo, hallámos que no hubiera podido pagarme todo el trigo de la Sicilia y del Egipto.

En otra ocasion le pedí un talento que necesitaba. « ¿ Es posible? me preguntó con risa sardónica. ¿ Pues no me has dicho mil veces que el sabio de nada necesitaba? — Y he dicho bien, le repuse; pero dad, y luego ventilarémos este asunto. » Así que tuve la suma

de la tiranía. Iba siempre con coraza, cargado de armas ofensivas, y rodeado de satélites. Tenia doce habitaciones para dormir, y ninguno sabia en cual de ellas pasaría la noche.

pedida, le añadí: «Ya veis que el sabio de nada necesita.»

Aquí llegaban, cuando entraron algunos jóvenes. Dejaron la mesa para bailar, porque el baile es uno de los mas grandes placeres de los Atenieses.

El poeta Cleomenes tomó la lira, y cantó sus versos bailando. Vino despues á descansar junto á mí, y le pregunté si se terminaban todos los festines con este ejercicio. — «Sí, me dijo, los Griegos son de todos los pueblos de la tierra los que gustan mas de la danza; es entre nosotros una parte de la gimnástica: aun los médicos la ordenan en muchas enfermedades: es cosa de todas las edades y condiciones, y anima las fiestas y los banquetes. Anacreon, el padre del placer, decia en su vejez, que estaba siempre dispuesto á danzar. El anciano Socrates ha bailado, inspirado por Aspasia. Todos nuestros filósofos hacen el elogio del baile (a). En todas las fiestas, despues de haber cantado las alabanzas de la divinidad que se quiere honrar, se ejecutan bailes que representan los rasgos mas bellos de su vida. Bailanse el triunfo de Baco, las bodas de Vulcano, y las de Pales: muchachas, coronadas de flores y

(a) Aristoteles, Ateneo, Xenofonte, Plutarco y Luciano han elogiado el baile.

adornadas con vestidos elegantes y con sus atractivos, bailan los amores de Diana y Endimion, la huida de Dafné, el juicio de Paris, y el rapto de Europa á quien el Amor lleva sobre las ondas.»

Volviéron despues á la mesa, y sirviéron varios postres para escitar el apetito, y aceitunas y vino. Al acabar, hicimos nuestras libaciones, y bebimos en honor de Jupiter Salvador (2).

Habia yo estado atento á los discursos de Aristipo. Hablaba con tanta erudicion y gracia, y su filosofía era tan adaptada á la debilidad y naturaleza del corazon humano, que imponia silencio y atencion.

CAPITULO IV.

Enamorase Antenor de Lastenia. Sus conversaciones y correrías con ella.

PERO la bella Lastenia atrajo á ratos mis ojos ácia su persona. Mezclóse poco en la conversacion; pero su acento era tan puro, su voz tan persuasiva y lisonjera, y tal su espresion cuando hablaba, que para mí fué un pesar la sobriedad de sus palabras. Separéme de ella llevándome su imagen impresa en el corazon.

Por una casualidad feliz la encontré al dia siguiente por la mañana en el Partenon (3).

pedida, le añadí: «Ya veis que el sabio de nada necesita.»

Aquí llegaban, cuando entraron algunos jóvenes. Dejaron la mesa para bailar, porque el baile es uno de los mas grandes placeres de los Atenieses.

El poeta Cleomenes tomó la lira, y cantó sus versos bailando. Vino despues á descansar junto á mí, y le pregunté si se terminaban todos los festines con este ejercicio. — «Sí, me dijo, los Griegos son de todos los pueblos de la tierra los que gustan mas de la danza; es entre nosotros una parte de la gimnástica: aun los médicos la ordenan en muchas enfermedades: es cosa de todas las edades y condiciones, y anima las fiestas y los banquetes. Anacreon, el padre del placer, decia en su vejez, que estaba siempre dispuesto á danzar. El anciano Socrates ha bailado, inspirado por Aspasia. Todos nuestros filósofos hacen el elogio del baile (a). En todas las fiestas, despues de haber cantado las alabanzas de la divinidad que se quiere honrar, se ejecutan bailes que representan los rasgos mas bellos de su vida. Bailanse el triunfo de Baco, las bodas de Vulcano, y las de Pales: muchachas, coronadas de flores y

(a) Aristoteles, Ateneo, Xenofonte, Plutarco y Luciano han elogiado el baile.

adornadas con vestidos elegantes y con sus atractivos, bailan los amores de Diana y Endimion, la huida de Dafné, el juicio de Paris, y el rapto de Europa á quien el Amor lleva sobre las ondas.»

Volviéron despues á la mesa, y sirviéron varios postres para escitar el apetito, y aceitunas y vino. Al acabar, hicimos nuestras libaciones, y bebimos en honor de Jupiter Salvador (2).

Habia yo estado atento á los discursos de Aristipo. Hablaba con tanta erudicion y gracia, y su filosofía era tan adaptada á la debilidad y naturaleza del corazon humano, que imponia silencio y atencion.

CAPITULO IV.

Enamorase Antenor de Lastenia. Sus conversaciones y correrías con ella.

PERO la bella Lastenia atrajo á ratos mis ojos ácia su persona. Mezclóse poco en la conversacion; pero su acento era tan puro, su voz tan persuasiva y lisonjera, y tal su espresion cuando hablaba, que para mí fué un pesar la sobriedad de sus palabras. Separéme de ella llevándome su imagen impresa en el corazon.

Por una casualidad feliz la encontré al dia siguiente por la mañana en el Partenon (3).

¿Vendréis, me preguntó, á admirar nuestras obras magistrales? — En cuanto le es posible, Lastenia, á un extranjero conocer las bellezas de un arte en que no está iniciado. — Pues yo, Antenor, quiero servir de guía ó de mistágo (a).

Empecemos por la estatua de Minerva, que es obra de Fidias: su altura es de treinta y seis codos. Está en pié, cubierta con su égide y con una túnica blanca. En una mano tiene su lanza, y en otra una victoria de cuatro codos de alto; y su casco remata en un esfinge. — Me parece, Lastenia, que veo muchos bajos relieves. — Estan primorosamente trabajados, Antenor: las partes visibles del cuerpo son de marfil, esceptuando los ojos donde el iris está figurado por una piedra particular. Se gastaron en esta obra cerca de tres millones de oro. Examinadla atentamente. ¡Que magestad! ¡que carácter tan sublime! ¡que aire de cabeza! Respira la Diosa, é impone veneracion. La lámpara de oro, que tiene delante, arde todo el año, y solo una vez se le echa aceite: la mecha es de amianto, que nunca se consume. Os sorprende la altura de esta Minerva; pero mas lo quedaréis cuando

(a) Dice Ciceron, que los mistágoos eran los que mostraban los tesoros y demas particularidades de los templos de los Dioses.

veáis en Olimpia al Jupiter del mismo artífice y de la materia misma.

Al salir del Partenon, me ofreció Lastenia llevarme al Pecilo, llamado asi, dijo ella, á causa de la variedad de sus cuadros pintados por Micon y Polignoto, dos de nuestros mas grandes pintores, que fuéron los primeros que empleáron cuatro colores. Es un pórtico abierto, y uno de los mas bellos monumentos de Atenas. El frente está adornado con muchísimas estatuas, y entre otras la de Solon, aquel gran legislador, aquel sabio, que decia: « Dejemós á los otros mortales la riqueza, y quedemos con la virtud. » — Ya que estuvimos entre ellas, me dijo: Mirad aquel segundo cuadro, que es la famosa obra maestra de la toma de Troya. Ya veis los Griegos juntos en consejo, tratando del atentado de Ajax contra Casandra, hija de Priamo. He allí al osado Ajax. En aquel grupo de cautivas se distingue á la desventurada Casandra. ¿Que objeto os fija mas la atencion? — Casandra. — Y con razon. — Polignoto cogió el momento en que acaba de ser violada por Ajax en el templo de Minerva. Un velo cubre parte de su rostro: pero se la vé, al través, el rubor de su frente y todos los síntomas del pudor ultrajado. Los Atenien-ses estan enamorados de aquella figura, y nada admiran tanto como la inteligencia con

que el artifice venció la dificultad de tal asunto.

Al lado de la toma de Troya ví la batalla de Maraton, del mismo pintor. Leí en el cuadro, en letras mayúsculas, los nombres de todos los guerreros principales, menos el de Milciades. — ¿Pues como no está Milciades, pregunté admirado, á la cabeza de esta lista? — Por no estarlo será mas famoso, respondió Lastenia; pero Polignoto le omitió, por no mortificar el amor propio de los Atenieses (a).

Desde el Pecilo pasámos á ver la Venus de Gnido de Praxiteles. Esta célebre estatua, me dijo Lastenia, es retrato de la famosa Frine, que fué una de las mas hermosas mugeres de la Grecia. Dicho artifice, despues de haber estudiado muchas actitudes, abrazó la en que está, porque la juzgó mas favorable para que luciera todo el garbo de su talle, y todas las perfecciones de su persona. ¡Que obra tan grande! Parece que se mueve, que se anima, y que habla; y llega á tanto la ilusion, que muchísimos aficionados acaban por aplicar sus labios sobre los de la Diosa (4).

(a) Sed præfulgebant Cassius atque Brutus, eo ipso quod effigies eorum non videbantur. Hay no obstante autores, y entre otros Pausanias, que dicen que Milciades no quedó olvidado.

Ya que hubimos admirado bastante aquella estatua grandiosa, me dijo Lastenia que iba á pasearse segun su costumbre. Un aire puro, añadió, alamedas deliciosas, y un ejercicio moderado, facilitan el juego de los resortes, y dan al alma nueva expansion, y aun la dan virtudes, si hemos de creer á Socrates y á Aristipo. — « ¿Es dudable, preguntan ellos, que el alma no haga sus funciones mas noble y fácilmente en un cuerpo bien dispuesto, que en otro enclenque y cacoquimio? » — El ejercicio pues es quien da esta disposicion feliz. — Pedí permiso á Lastenia para acompañarla. — Con mucho gusto mio, Antenor; y pasaremos por el Ceramico (5). Vamos á reverenciar allí los restos de un hombre grande, y á esparcir algunas flores sobre su tumba. Llegámos en efecto, y ella se acercó á un sepulcro de mármol, donde leí esta inscripcion: « *Esta tierra cubre el cuerpo de Platon. El cielo contiene su alma. Hombre, cualquiera que fueres, venera sus virtudes, si eres honrado.* »

Despues de habernos casi prosternado ante las cenizas de aquel bello ingenio, fuimos á sentarnos bajo los plátanos arrogantes que bordan el Iliso. No sé si la serenidad del cielo, la dulce temperatura del aire, ó el silencio de la soledad, fué lo que dispuso nuestras almas á la confianza, ó si nos arrastró alguna feliz simpatía; pero lo cierto es que asi que

estuvimos bajo la sombra de los plátanos, y que vimos correr á nuestros piés el agua pura y límpida del río, animó nuestra conversacion una dulce tranquilidad. El sobrehumano Platon fué el objeto. — Es un filósofo á quien amo, me dijo Lastenia: ¡que espresion tan florida! ¡que aticismo! por eso le llaman la abeja del Atica, ó el Homero de los filósofos. Continuamente pulia sus obras; y, cuando murió, halláron correcciones sobre sus tablillas. Llamase su escuela la Academia. Viajó mucho. Cuentase de él una singularidad que pinta bien su modestia. A su vuelta de Sicilia, pasó por Olimpia para ver los juegos. Alojáronle con unos estrangeros de respeto, á quienes ocultó su nombre. Caminó con ellos hasta Atenas, y los hospedó en su misma casa. Suplicáronle que los llevase á la de Platon. — «Aquí le teneis,» les dijo mostrándose. — ¡Juzgad de lo sorprendidos que quedarían (6)! Pasaba un dia por Agrigento, cuyos habitantes eran dados al lujo de la mesa y de los edificios. «Los Agrigentinos, dijo entonces, fabrican como si hubiesen siempre de vivir, y comen como si comieran por la última vez.» Dijole uno que todo el mundo maldecia de él. — «Dejadlos decir, replicó, que yo viviré de manera que los haré mudar de lenguaje.» No quiso dejar su casa por huir de una epidemia que reinaba en su

barrio, diciendo que aun cuando supiera prolongar su vida, no iria á vivir sobre el monte Atos. — ¡Aprobais su filosofia? — No, Lastenia, porque me parece muy exagerada. Su imaginacion ardiente y poética ha creado un mundo ininteligible, y ha querido establecer una forma de felicidad, que solo puede convenir á los espíritus de este mundo imaginario. Mucho mas razonable le encuentro, cuando habla de los deleites, del dolor, del desprecio de las riquezas, y cuando nos recomienda el amor á los hombres y á la honradez, y cuando nos anuncia las recompensas destinadas despues de la muerte á los buenos, y los suplicios reservados á los malos. Dicese que su virtud ha sido amancillada por una debilidad. Tenia zelos de Xenofonte, el cual, rival suyo en genio y en talentos, tenia sobre él la gloria militar.

Empeñóme mucho lo atractivo de la conversacion de Lastenia. — Platon, la dije, á pesar de lo grave de sus costumbres, sentia una secreta inclinacion ácia las mugeres. Le sospechan de haber sacrificado algunas veces al amor. — La calumnia, Antenor, es un gusano que pica siempre las mejores frutas. Dicese que Axiotes, muger de talento, se disfrazaba de hombre para ir á oírle: otras mugeres la imitaron, y con este motivo esparció la envidia rumores injuriosos. Pero, no obs-

tante, lo que da á sospechar que no hallaba immoralidad alguna en los placeres del amor, es su sistema de union entre ámbos sexos en su República.

Quiere que en una fiesta se junten los guerreros y las jóvenes; que los magistrados pongan los nombres de unos y de otras separadamente en dos urnas, y que aquellos cuyos nombres salgan en cada sorteo queden unidos por algunos dias; que los hijos que nazcan de tales matrimonios efimeros les sean inmediatamente quitados; que queden confundidos entre ellos, y que las madres den su leche al primero que las presenten; y que luego que los dos amantes hayan satisfecho los deseos de la patria, se separen y vivan libres, hasta que los magistrados vuelvan á llamarlos para otro nuevo concurso. De manera que las mugeres podian pertenecer sucesivamente á muchos guerreros. Este plan extravagante es el descarrío de una imaginacion exaltada, y dudo que nunca se adopte (7).

Lo que si pudiera todavía suscitar algunas dudas sobre el amor desinteresado de aquel bello ingenio, son los ternísimos versos que compuso para Agatis. Dicen así:

Cuando Agatis consiente, cariñosa,
En pagarme los males que he sufrido,
Se me asoma á los labios toda el alma
Para pasarse á los del dueño mio.

En aquel momento llegó Aristipo, que venia de la casa de campo de Anaxagoras, adonde fué para anunciarle la muerte de su hijo. « Asi que le di esta nueva, dijo Aristipo, me respondió friamente: *Ya sabia yo que le habia engendrado mortal.* » Alabó Aristipo la respuesta, porque hallaba en ella estoicismo y valor; pero no la alabó Lastenia, porque la creia falta de sensibilidad. Para terminar la disputa, le dió Lastenia parte de nuestra conversacion sobre Platon. — Le he conocido, dijo Aristipo: era de alta estatura, de anchas espaldas, de frente espaciosa, y de poco pelo. Su exterior era agradable y respetoso, por la modestia, gravedad y nobleza de su porte. Lo sublime de su ingenio, sus conocimientos generales, lo benigno de su carácter, y lo chistoso de su conversacion, estendiéron su nombre por toda la Grecia. Decian que era hijo de Apolo; y tambien que estando su madre Perictionea sobre el monte Himeto, sacrificando á las Musas con Ariston su marido, depositó al niño Platon entre unos mirtos, y que volviendo despues le encontró rodeado de un enjambre de abejas, unas revoloteando sobre su cabeza, y otras untándole los labios con miel.

Añaden que Sócrates vió en sueños que un cisne se escapó del altar del amor, se paró sobre las rodillas del niño Platon, echó á volar otra

vez, y encantó con la suavidad de sus gorgeos á los hombres y á los Dioses. Murió de ochenta y un años, el mismo día de su nacimiento. Habíanle convidado á una comida de boda. No comió mas que aceitunas, porque era estremadamente sobrio. Enamoró á todos los convidados con su alegría y con sus chistes. Lejos estaban de prever la catástrofe de aquella fiesta. Acometióle un desmayo al acabar la comida. Diéronse prisa á suministrarle toda suerte de socorros, pero en vano; espiró en los brazos de sus amigos. Fué inclinado á la melancolía, como Sócrates y Empedocles. Si este es el fruto de la sabiduría y de la ciencia, convengamonos en que es mal empleado el trabajo de cultivar el árbol que lo lleva.

En cuanto á la moral de Platon, él siguió la de Sócrates, su maestro, que ciertamente no es la mia. Estos sabios desprecian los deleites, y yo defiendo que son el colmo de la felicidad, cuando los sazonan el entendimiento y la delicadeza. Los preceptos de Zenon, y los de todos aquellos elevados profesores de sabiduría, me causan lástima. Para las aflicciones nos recetan la lectura de libros serios, cargados de moral. Nos alegan, para consolarnos, la necesidad del mal, la fatalidad, y lo desgraciado de la condicion humana. Es burlarse el querer suavizar un mal con la idea de que somos miserables. He conocido á uno

que, quando se hallaba pesaroso, recurria á los licores agradables: raciocinaba aquel hombre como buen fisico. El alma unida al cuerpo está incesantemente tiranizada por él. Si el movimiento de la sangre es sobrado lento, si los espíritus no estan bastante purificados, ó si la cantidad es insuficiente, caemos en abatimiento y tristeza; pero si con bebidas cambiamos aquella disposicion del cuerpo, recibe nuestra alma impresiones nuevas, y recobra, digamoslo asi, su movimiento y su vida. El grave Platon conocia el precio de la alegría; porque, el día que murió, le halláron bajo su almohada una coleccion de chistes. — Mas ya es tiempo de que os deje: voy á comer á casa de Xenofanes, que opina que la luna está habitada, y que sobre la tierra la suma de los bienes es mayor que la de los males: en lo que no convenimos, porque creo que los Dioses habian bebido néctar con un poco de esceso, cuando concibiéron el capricho de arreglar este globo terraqueo.

Ya que estuvo distante, dije á Lastenia: «Allá va el hombre mas amable y mas feliz de Atenas.» — El mas amable, os lo confieso, Antenor: es el encantador de las mugeres, y tanto mas peligroso quanto que nunca perturba su presencia de espíritu el amotinamiento de las pasiones. En cuanto á su felicidad, la juzgo problemática. ¿Os acordais de

lo que se le escapó ayer, hablando de aquella aldeana que quiso: «Bebia en la copa del placer sin pasion y sin temer la embriaguez?» Pues tambien en otra ocasion dijo de Lais: *Yo la poseia, sin que me poseyese.* Quiero decir con esto, que él nunca ha tenido otro modo de amar y de sentir. Tiene el corazon en la cabeza. Medita sobre lo que goza, en el mismo acto de gozar. ¿Es felicidad eso? ¿puede haberla sin las dulces ilusiones de la amistad ó del amor? Siempre ha vivido con sosiego amando, y jamas ha conocido las inquietudes de los zelos, que son la verdadera prueba del amor. Dijéronle un dia que Lais, con quien él vivia, no le amaba. «Tampoco pienso, replicó, que me aman los peces, y sin embargo los como con mucho gusto.» Advirtióle un amigo suyo secretamente, que la misma le era muchas veces infiel. «Si la pago, repuso, no es para que otros no la disfruten, sino para disfrutarla yo.» Diogenes le reprendió el que viviese con una ramera pública, pero él le dijo: «¿Te parece absurdo que habite yo una casa que otros han alquilado?» Pues no es mas activo en la amistad, la cual segun él es una palabra sin significacion. «Los locos y los necios, dice, la buscan por miras interesadas; y los sabios se contentan consigo mismos, sin cuidarse de los demas.» Con igual ligereza trata del amor de la patria.

Segun él, es una inconsecuencia y un absurdo aventurar el descanso y la vida pór un monton de ignorantes é insensatos. Frecuentemente suele decir que es estrangero en todas partes; al contrario de Socrates, quien decia que era ciudadano del universo. — En aquel mismo instante divisámos á lo lejos dos personas echadas bajo un plátano. Luego que pudimos distinguir las, exclamó Lastenia: «¿Huyamos, huyamos, que es Crates!» La celebridad de aquel nombre me paró, como tambien á otras personas; y vimos á Crates y á Hiparquia su muger, que se olvidaban de que tenian espectadores. Reímos mucho de aquella distraccion ó de aquel cinismo. Entónces se puso Crates en pié, y ví un hombreillo feo, jorobado, sucio, y cubierto de andrajos, que nos apostrofó en estos términos: «¿Que decis? ¿por que reis tan neciamente? ¿no comeis delante de testigos? ¿os ocultais para plantar un árbol? Andad, pobres hombres, que yo soy quien debo reirme de vuestra imbecilidad. No hay mas mal que el que se hace á los hombres.» Mientras esta arenga, se compuso Hiparquia, se levantó, nos hizo un saludo, y partió con su espose querido.

CAPITULO V.

Historia de Hiparquia y de Crates. Retrato de Lastenia.

CONTÉ-á Lastenia lo que nos habia dicho Crates. Bien conocido es, me replicó : es, con Diogenes el cinico, el mas desvergonzado de su secta. — Ese cinismo, Lastenia, me sorprende menos en un hombre ; ¡pero su muger!.... — Es mas loca que el marido, continuó Lastenia. Tiene habilidades, talento, erudición y hermosura ; pero su amor á la filosofía ha exaltado su imaginacion. Iba á menudo á oír á Crates ; y seducida por su elocuencia y por sus sofismas, se determinó á casarse con él, prefiriendole á los partidos mas sobresalientes de Atenas. Representáronla sus padres lo indigno y bajo de su eleccion. Respondióles que no podria hallar marido mas hermoso ni mas rico, y que se daria de puñaladas si se le rehusaban. Desesperados los padres, recurrieron al mismo Crates, quien prometió esforzarse á disuadirla y á disgustarla de él. — Pusosele delante desnudo : « Ved aquí, la dijo, el monote que tanto deseais, con su joroba y con su ridicula figura. » Luego la mostró su báculo y sus alforjas, añá-

diendola : « He aquí todas mis riquezas. Pensadlo bien ; porque si os quereis casar conmigo, es preciso resolveros á participar de mi miseria, y á llevar la vida de la secta cinica. » — La respuesta de Hiparquia fué abrazarle, llamandole su esposo. El casamiento se celebró públicamente bajo el pórtico. Vistióse ella de andrajos, y se abandonó seguidamente al mas asqueroso cinismo. Pero Crates tiene mérito y filosofía. Para darse totalmente al estudio, dicen unos que arrojó su dinero al mar, exclamando : *Ya soy libre.* Y aseguran otros, que lo depositó en casa de un banquero, con órden de que se lo entregasen á sus hijos, si eran ignorantes y estólidos, ó bien que lo diesen al público, si eran filósofos, porque entónces no necesitarian de riquezas (8). Preguntáronle una vez ¿ de que aprovechaba la filosofía ? « Aprovecha, respondió, para contentarse con legumbres, y para vivir esentos de cuidados y de inquietudes. » En todo es singular. Se abriga mucho en el verano, y se desabriga en el invierno. Su desaseo es repugnante. Se viste con pieles de carnero no preparadas ; lo cual junto con su fealdad le constituye una especie de monstruo.

Acompañé á Lastenia hasta su casa. ¡Cuanto me costaba ya dejarla ! ¡cuanto aumentaba su belleza el atractivo de su conversacion ! Atormentada mi alma con una actividad nueva,

como que sentia nuevas necesidades, y aspiraba á otra existencia. Pero voy á daros á conocer la amable Lastenia, haciendo su retrato fiel, porque si pretendiera hermosearlo, la desfiguraria.

La afición á la filosofía y al estudio la trajo á Atenas, á la edad de veinte años, donde frecuentó mucho las escuelas, é hizo amistad con Aristipo.

Aunque algo irregular en sus facciones, tenia linda tez, mucha frescura, frente pequeña, labios encarnados, y bellos dientes; y con esto era, segun la opinion comun, la mas hermosa muger de la ciudad. Su fisonomia era noble, modesta y penetrante, y su talle magestuoso. Era muger de talento profundo y luminoso, pero solamente lo mostraba en alguna conversacion importante, ó con la pluma en la mano. Dijéronla un dia, que su juicio era superior á su talento, y esta alabanza la lisonjeó mucho. Gustaba de lo verdadero y de lo natural en todas las cosas. Era sagacisima y de fino gusto en conocer las bellezas y defectos de cualquiera obra, y en distinguir la bachillería de un sofista de la sana lógica de un sabio.

Los átomos de Democrito y de Epicuro, los números de Pitagoras, y las ideas de Zenon sobre Dios, y sobre el mundo á quien tenia por un animal perfecto, eran el objeto

de sus burlas. Socrates y Aristipo la parecian los filósofos mas razonables.

Aunque instruidisima, no tenia los caprichos ni el humor que se atribuye á los literatos, los cuales ya se entregan á una locuacidad importuna, ó ya se encierran en un silencio despreciador. Lastenia hablaba poco y escuchaba mucho, y citaba con frecuencia la máxima de Zenon: *Que la naturaleza nos ha dado dos orejas y una sola boca, para enseñarnos que debemos oír mas que hablar.* Y añadía: *El silencio es el ornamento de las mugeres.* Gustaba de decir cosas lisonjeras, y escuchaba con indulgencia á los tontos, cosa rara entre las personas de talento. Era tan bienhechora que, con tal que hubiese hecho algun bien, no consideraba el dia perdido. « El gozo de hacer bien, decia, es mas dulce y mas íntimo que el de recibirlo. Conviene menudearlo, porque es un placer que no se gasta. Mientras mas un individuo lo disfruta, mas digno se hace de disfrutarlo. Acostumbrase el hombre á su prosperidad, y aun llega á ser insensible á ella; pero la complacencia de ser autor de la prosperidad de otro siempre dura. »

Decíame un dia: « No tengo los vastos pensamientos de los filósofos, ni esa sensibilidad que abraza no solo á todos los individuos de la patria, sino á todo el género humano. No,

yo no estravió mi alma en esta vasta estension: concentro en derredor de mí mis pensamientos y mis afectos; existo mas en mí misma y en los objetos que me inspiran aficion. Creo las virtudes y la sensibilidad de mi sexo mucho mas cerca de la naturaleza, que el entusiasmo y los sentimientos exagerados de los hombres por la patria y por la gloria.»

El amor á las riquezas era una pasion que su alma no conocia. Un hombre rico que necesitaba de su crédito, la envió cierto dia dos jarros de oro, de un trabajo esquisito; pero ella se los devolvió llenos de escelente vino, y con recado de que todo el que le quedaba estaba á su disposicion.

Sus inclinaciones eran tan sencillas como su alma. Amaba con pasion el campo y las flores. Todo su adorno se reducía á un aseo estremado. En los libros queria perspicacia, pureza de estilo, nobleza, ideas profundas, y mas verdad que imaginacion. Un dia arrojó uno encolerizada, diciendo: «Todo él es ingenio.» Amaba la pintura, la música y el baile; pero especialmente la poesia, á la cual llamaba la música del alma.

Veíase en su biblioteca, al lado de Euclides, Democrito y Platon, Hesiodo, Anacreon, Homero, Euripides y Sofocles. La lectura, decia frecuentemente, es para con el genio lo que son á las plantas los rayos del sol. Pregun-

táronla; como podia reunir los placeres y las obligaciones de la sociedad al tiempo que empleaba en el estudio? y respondió: «Tres cosas arrojan por la ventana las mugeres de Atenas, que son el tiempo, la salud y el dinero. Yo soy muy económica de estas tres cosas; pero, en cuanto al tiempo, me gobierno como aquellos que tienen medianos bienes, y que por medio de una economía interior se ponen al nivel de los mas opulentos.»

Tal era la amable Lastenia, cuya memoria no ha padecido alteracion en mí despues de treinta años que hace que los Dioses nos la han arrebatado.

CAPITULO VI.

*Acusacion y juicio del filósofo Cleanto.
Noticias sobre Aristipo.*

TENIA yo permiso para visitar á Lastenia. A la mañana siguiente, me preguntó; como habia pasado la noche? — Paseandome, la respondí, por las orillas del Iliso. ¿Volveis allá hoy por la mañana? — No, Antenor, porque voy al Areopago. ¿Conoceis á Cleanto, el filósofo del Pórtico? pues ese está citado para dar cuenta de su conducta. — ¡Que me decis, Lastenia! ¿aquel personage sabio y

yo no estravió mi alma en esta vasta estension: concentro en derredor de mí mis pensamientos y mis afectos; existo mas en mí misma y en los objetos que me inspiran aficion. Creo las virtudes y la sensibilidad de mi sexo mucho mas cerca de la naturaleza, que el entusiasmo y los sentimientos exagerados de los hombres por la patria y por la gloria.»

El amor á las riquezas era una pasion que su alma no conocia. Un hombre rico que necesitaba de su crédito, la envió cierto dia dos jarros de oro, de un trabajo esquisito; pero ella se los devolvió llenos de escelente vino, y con recado de que todo el que le quedaba estaba á su disposicion.

Sus inclinaciones eran tan sencillas como su alma. Amaba con pasion el campo y las flores. Todo su adorno se reducía á un aseo estremado. En los libros queria perspicacia, pureza de estilo, nobleza, ideas profundas, y mas verdad que imaginacion. Un dia arrojó uno encolerizada, diciendo: «Todo él es ingenio.» Amaba la pintura, la música y el baile; pero especialmente la poesia, á la cual llamaba la música del alma.

Veíase en su biblioteca, al lado de Euclides, Democrito y Platon, Hesiodo, Anacreon, Homero, Euripides y Sofocles. La lectura, decia frecuentemente, es para con el genio lo que son á las plantas los rayos del sol. Pregun-

táronla; como podia reunir los placeres y las obligaciones de la sociedad al tiempo que empleaba en el estudio? y respondió: «Tres cosas arrojan por la ventana las mugeres de Atenas, que son el tiempo, la salud y el dinero. Yo soy muy económica de estas tres cosas; pero, en cuanto al tiempo, me gobierno como aquellos que tienen medianos bienes, y que por medio de una economía interior se ponen al nivel de los mas opulentos.»

Tal era la amable Lastenia, cuya memoria no ha padecido alteracion en mí despues de treinta años que hace que los Dioses nos la han arrebatado.

CAPITULO VI.

*Acusacion y juicio del filósofo Cleanto.
Noticias sobre Aristipo.*

TENIA yo permiso para visitar á Lastenia. A la mañana siguiente, me preguntó; como habia pasado la noche? — Paseandome, la respondí, por las orillas del Iliso. ¿Volveis allá hoy por la mañana? — No, Antenor, porque voy al Areopago. ¿Conoceis á Cleanto, el filósofo del Pórtico? pues ese está citado para dar cuenta de su conducta. — ¡Que me decis, Lastenia! ¿aquel personage sabio y

grave? ¿de que pueden acusarle? — De haber nacido pobre, Antenor. Llegó á esta ciudad no mas que con cuatro dracmas. Los Atenienses opinan que un hombre indigente y falto de todo es enemigo de todos; y hay una ley que obliga á cada ciudadano á declarar sus medios de subsistencia. No deja de darme cuidado Cleanto. Le he ofrecido el crédito de Aristipo y el mio, pero no ha querido admitir mi oferta. Me tiene inquieta y curiosa, y por eso quiero ir á ver como sale de la acusacion, porque en fin todo el mundo sabe que nada tiene, y que pasa los dias en la escuela de Zenon. Acompañé á Lastenia al Areopago. Luego que el acusado compareció, le preguntaron los jueces severamente ¿con qué oficio ó trabajo se mantenía? Entónces Cleanto puso delante de los jueces á un jardinero y á una panadera vieja, y les dijo que respondiesen por él. El jardinero dió testimonio de que todas las noches le sacaba Cleanto agua para el riego; y la panadera lo dió de que, cuando salia de casa del jardinero, iba á su casa á amasar para ella. Esta justificacion le granjeó á Cleanto la estimacion y el aprecio de toda la concurrencia; y los mismos jueces, asombrados de aquella grandeza de alma, le hicieron cuantiosos regalos; pero él los rehusó diciendo: « Ya veis que tengo un tesoro en mi trabajo. » Cuantos espectadores habia

le aplaudiéron, gozosos de ver su desinterés, y le llevaron en triunfo.

Al entrar en casa de Lastenia encontramos á Aristipo, quien de allí á poco nos dejó.

Como aquel galan filósofo era el objeto oculto de mis zelos, me aventuré á decir á Lastenia, que aquel hombre tan sosegado y apático, ó habia de sentirse agitado de su amor, ó habia de tener el alma petrificada por la cabeza de Medusa. — Aristipo protesta que soy la muger que mas ha amado; y yo confieso que su jovialidad, su talento y sus luces divirtiéron mi imaginacion, y empañaron los afectos de mi alma; pero no ha tenido arte para alimentar aquella ilusion. Quiso agradarme, y lo logró; pero el entendimiento, aunque entretiene, no quema; es un fuego de fósforo: el amor no pasa de un sentimiento comun y despreciable, cuando no lo acompaña algo de embriaguez y de entusiasmo. Pero como yo no tenia mas que veinte años, fui seducida, y acaso lo fui tanto por el amor cuanto por el lenguaje y adhesion de Aristipo; y no hay duda en que mi debilidad y mi inclinacion le hubieran dado el triunfo, si sus chistes, sus chanzas y sus ligerezas no hubiesen poco á poco entibiado mi corazon. Cuando hablaba, le encontraba yo mil gracias, y me daba la enhorabuena de su conquista; y cuando se iba, mis reflexio-

nes le eran contrarias, y me afirmaba en mis repulsas. Por fin, fijó mi irresolucion un pasage de su conducta. Ya sabeis el desastrado fin del hombre mas sabio de todos, esto es de Socrates. Aristipo era su amigo, y dejó de visitarle desde que le condenáron á beber la cicuta. Preguntéle el motivo. — « Si yo pudiera, me contestó Aristipo, romper sus hierros, volaria á socorrerle; pero como me veo imposibilitado de servirle, me ahorro el dolor de verle padecer: ¿á que viene inventarse penas? Cierta dia que habia yo de dar una gran comida, me dijéron que estaba espirando un amigo íntimo mio. Inmediatamente participé la novedad á mis convidados, y corrí á emplear todas mis atenciones en el enfermo. No pude retardar su muerte ni un minuto: espiró una hora ántes de ponerse el sol. Envié al instante á llamar á mis amigos, y no fuéron del todo inútiles mis gastos. — Vuestra filosofía, le dije, es de una complexion felicisima, porque podeis disfrutar de todos los placeres, menos el de verter lágrimas. »

Aquel adquirido conocimiento de su carácter me determinó; y despues de una penosa lucha le envié á llamar. El se portó con su ordinaria ligereza, diciendome cosas agradables y lisonjeras. Resistí á la seduccion. « Querido Aristipo, le dije no sin algun en-

cogimiento, aprecio vuestra inclinacion, y os aseguro que vuestra filosofía amable, y lo chistoso y penetrante de vuestro entendimiento, serán, miétras viviere, el encanto de mi vida. Nacisteis para instruccion y para adorno del mundo; pero confesadme que no nacisteis para amar. — ¿Que decis, Lastenia? ¿por que quereis echarme tan cruelmente del templo del amor? — Porque no teneis, Aristipo, el don de amar, y porque amais por sistema y por conveniencia, y no por sentimiento. — Pero, Lastenia, las máximas son necesarias hasta en el amor: este Dios es un niño, y como tal se ha de jugar con él, y no tratarle gravemente. Las pasiones tumultuosas y ponderadas cansan al alma, y la cargan de nubes. El céfiro es quien abre las flores, y el boreas quien las marchita y abate. — Pues bien, Aristipo, os cojo la palabra: os deberé mi reposo y mi filosofía. Habeis des- embarazado mi entendimiento de muchas preocupaciones; me habeis ilustrado: permitidme, pues, que yo os ilustre á mi vez. En vos el amor no es mas que una fantasía y un movimiento del amor propio: quereis parecer amable, pero se os da poco de amar ó de ser amado. Ceñios pues á la amistad, que es un sentimiento mas sosegado, y mas análogo á la esencia de vuestra alma. — ¿Que hablais, Lastenia? ¿quereis encerrarme en el estrecho

círculo de la amistad? — Sí, con tal que me juzgueis digna de ser objeto de la vuestra. — No puedo rehusar, Lastenia, un título tan lisonjero, porque sois muy amable, y valeis mucho; pero con dificultad apagaré el fuego que han encendido en mí vuestros sobrados atractivos. — Consultaos bien, estudiad vuestros gustos y vuestra alma: con las gracias del ingenio, el prestigio de los placeres, y la seducción de los sentidos, encontraréis mil amantes; pero solo el mérito puede fijar la amistad. — Me temo, Lastenia, que teneis razon. Vaya pues: repudio al amor, y abro mi puerta á la amistad.»

Desde entónces es amabilísimo nuestro trato. Ni zelos ni querellas escitan entre nosotros altercados. Cuando reincide en su defecto habitual, hablándome de galantería, le digo riéndome: «Cuidado que os engañais; mirad que vamos por el camino de la amistad.»

CAPITULO VII.

Modo de pensar de Lastenia sobre el amor.

Compone Antenor una tragedia para agradarla.

VISITÉ con sobrada frecuencia á la amable Lastenia, y se me clavó en el alma el dardo

del amor. Siglos de vida hubiera yo dado por ser amado de ella algunos meses. Díjome un día, hablándome de la mala eleccion de algunas mugeres en sus inclinaciones: «Jamás amaré hombre que no tenga talento y erudicion. Si puede perdonarsenos alguna flaqueza, es solo en el caso de que el talento y mérito del objeto amado publique que nuestra inclinacion está purificada por un gusto fino y delicado. Amar á un necio, es identificarse con él, es poner carteles de que se tienen sentidos, y no alma; y es despojar á Venus de su ceñidor. La Diosa de las bellas artes, Minerva, ha fijado su residencia en Atenas, como el clima mas dulce y el mas favorable á los progresos del talento y del genio. Descuidar el culto de esta divinidad, es caminar sobre las huellas de los bárbaros, es sumir su alma en las tinieblas.»

Aquel discurso bastó para dedicarme al estudio, y para buscar la gloria; de manera que concebí el proyecto de componer una tragedia. Trabajé en ella misteriosamente, con el ardor é impetuosidad de un jóven. Mi plan fué obra de una semana, y mis versos la de un mes; verdad es que empleaba hasta las noches. Instaba el tiempo, porque estábamos ya en la primavera, que era el tiempo en que se celebraban las grandes fiestas de Baco. El asunto de mi pieza era la muerte de Aquiles,

dada por Paris en el instante en que iba á casarse con Polixena.

Acabado mi drama, se lo leí á cinco jóvenes amigos míos, iniciados en los misterios de la literatura. No se conformáron en sus elogios ni en sus censuras. Uno aprobaba lo que criticaba el otro: este queria suprimir, aquel pretendia aumentar. Finalmente, despues de haber analizado, desmenuzado, criticado y aprobado mi drama durante toda una mañana, se retiráron aquellos bellos espíritus, dejandome mas indeciso que ántes de la lectura.

Confié mis ansias y mi suceso á otro amigo, sabio sin presuncion, que cultivaba las letras solo por hacerse feliz. — Escuchad, me dijo, el pasage de Policeto de Siciona, célebre estatuario. Trabajaba á un mismo tiempo dos estatuas semejantes, la una en público, y la otra en secreto: para esta consultó solamente con su ingenio, y para la otra admitió cuantos consejos le diéron, corrigiendo, añadiendo y quitando á gusto de los críticos. Acabadas ámbas obras, las espuso una al lado de la otra. Censuráron amargamente la estatua pública, y la de su ingenio reunió todos los sufragios. — «Atenienses, exclamó entonces Policeto, la figura que criticais es obra vuestra, y la que admirais es obra mia.» Aconsejos pues, añadió mi amigo, que conféis

en vuestras fuerzas, y que sigais vuestra Minerva. — Con mucho placer hubiera yo consultado á Lastenia, cuyo buen gusto y sana crítica conocia; pero aspiraba yo á sorprenderla y admirarla con un golpe maestro.

Cuando ya hube pulido, limado y dado el último color á mi cuadro, encontré á Eupolis, poeta dramático, á quien habia yo visto muchas veces en casa de Lastenia. Me convidó á ver una comedia suya, que habia de representarse en las fiestas de Baco. Parecióme favorable el momento para confiarle el secreto de mi produccion y pedirle sus luces, y añadirle que esperaba de su amistad un lenguaje sincero. Así me lo prometió, y con tanto mas celo quanto que él mismo lo exigia de los amigos suyos. Le convidé á comer para el dia siguiente: tratéle con espléndidez, y acabada la comida empecé mi lectura. Escuchó atentamente, me detuvo sobre ciertos menudos reparos, y me hizo observaciones juiciosas; pero quedó satisfecho de mi ensayo, me aseguró que tendria un éxito lisonjero, y me dejó prendado de él y de mi obra.

Inmediatamente la presenté al primer arconte y á los jueces nombrados con él para admitir ó desechar las piezas (a): el primer

(a) Habia en Atenas un tribunal nombrado para

arconte no aprobó la elección de mi asunto: « Para los Atenenses, me dijo, el verdadero objeto de la tragedia es castigar la tiranía: las escenas trágicas producen dos grandes ventajas; el pueblo aprende, por las pinturas que se le ofrecen de las acciones y crueldad de los tiranos, á detestar el gobierno absoluto, y á amar la libertad. » Sin embargo, á pesar del asunto de mi pieza, los jueces me fuéron favorables, y fuí inscripto en los registros. Esperé la representacion con toda la impaciencia de un poeta jóven.

Llegó aquel dia. Así que salió el sol, corrí al teatro que se abre á aquella hora, porque en las grandes dionisiacas se representan diez ó doce piezas al dia, y no se acaba el espectáculo hasta entrada la noche. Estaba adornada la escena con decoraciones muy bien ejecutadas por una parte, y por otra con un vasto anfiteatro que se levantaba hasta una grande altura.

Acudió el pueblo de monton, y subia, bajaba, gritaba, reia, y se rempujaba sucesivamente. En medio de aquel tumulto ví entrar á los nueve arcontes ó magistrados primeros, á los tribunales de justicia, al senado de los

juzgar las piezas teatrales. Algunas veces se juzgaban, en pocos dias, hasta cien tragedias. Cada poeta debia hacer representar tres dramas trágicos, y uno sático.

quinientos, á los oficiales generales del ejército, y á los ministros de los altares, que ocupáron las gradas inferiores. Las mugeres se colocáron lejos de los hombres y de las cortesanas.

Los Atenenses ricos traian tapices y almohadones de púrpura. A otros, miéntras la representacion, les trajéron vino, pastas y frutas. El número de los espectadores ascendia á treinta mil. ¡Que concurrencia para un autor (a)!

Di á los actores, para causar mas impresion, un calzado altísimo, máscaras nuevas, y vestidos talarés y magníficos. En mi drama salian sombras de los sepulcros, hacia comparecer divinidades infernales, hórridas y lividas, armadas con antorchas, y entrelazado el pelo con serpientes; y habia tambien horribles espectros que rugian. Viendome pues apoyado con tantos medios, y casi no dudando del éxito, me coloqué lo mas inmediato que pude de Lastenia, para gozar en mi ánimo de sus aplausos y de sus lágrimas. — Abrióse la escena, llegó el coro al número

(a) Pericles estableció fondos para que se distribyeran á los ciudadanos pobres que no podian pagar sus asientos en los espectáculos; y el pueblo pronunció pena de muerte contra quien propusiese aplicar aquellos fondos á otros usos.

de quince personages (a), precedidos de un flautista que arreglaba la marcha. Los que hacían el coro eran ancianos y jóvenes de ámbos sexos, que representaban sacerdotes y guerreros (b). Apoderóse de mí el terror, y se sucedieron rápidamente mis pulsaciones. Primero escucháron los espectadores en silencio, sin señal alguna de aprecio ni de reprobación; pero á poco empezó el murmullo, el cual, semejante al viento ligero precursor de las borrascas, creció, se elevó, y prorumpió en silbidos y en risas inmoderadas. Mis espectros y sus rugidos solo asustáron á las mugeres y á los niños. Heme aquí transido, helado, palpitante, y fuera de mí. ¡Que caída tan dolorosa! ¡y delante del objeto de mi amor! A pesar de todo, contaba yo mucho sobre mi último acto, en el que había reunido, como en un foco, toda la importancia de la pieza. Aquiles moribundo presentaba, á mi modo de entender, un cuadro muy patético. Pero súbitamente empezó á tronar, sobrevino la lluvia, y que-

(a) Los coristas eran quince en la tragedia, y veinte y cuatro en la comedia.

(b) Los coros cantaban todos juntos cuando los actores se retiraban, ó bien se mezclaban frecuentemente en la acción, y cantaban ó declamaban con los personages.

dáron el teatro, los actores y el autor abandonados. Todos huyéron, y yo tambien huí avergonzado, desesperado, persuadido á que aquello solo á mí podía sucederme, y maldiciendo á Tespis el inventor de la tragedia (a).

No tanto eran mi suplicio los silbidos del público, cuanto la irreparable afrenta que me envilecia para con Lastenia, que era por quien yo había procurado volar al templo de la gloria.

En las pesadas horas de la noche me asaltó una calentura, y al dia siguiente solo medité proyectos siniestros. Quise huir de Lastenia y del mundo, sepultarme en un desierto, y terminar allí una vida odiosa. Entre estas angustias crueles pasé dos dias, solitario, aprehensivo, y sin tomar reposo ni alimento.

Al tercer dia por la mañana recibí un billete de Lastenia, la cual me preguntaba á que planeta me había retirado, y me pedía con instancia que fuese á verla. Hizome vacilar un necio amor propio; pero en fin pudo mas el amor que la vanidad. Fui allá: un pasmo me sobrecogió á la puerta; temia que supiese ya mi desastre. Así que alcanzó á verme, se vino á mí, y me alargó la mano con aire afectuoso y risueño, diciendome: «¿Que es eso, pobre autor? ¿con que ha

(a) Como el teatro no tenia techo, se iban los espectadores cuando llovía.

caido vuestro drama, y yo no os puedo consolar en vuestra desgracia? Algo mas presumia yo de vos y de mí. » Estas palabras, y la dulce serenidad de su rostro, templaron mis ansias. — ¿Con que sabeis, Lastenia, que soy el desgraciado autor que?..... Espiró la palabra en mis labios. — Sí, Antenor; y desde ayer no mas. Eupolis es quien os ha nombrado, y quien anunció la caida de vuestra tragedia. — ¿Como, Lastenia! ¿el mismo Eupolis?..... Pues á él se la leí, y me aplaudió, y me aseguró de un éxito dichoso. — ¿O traicion de autor! Bien, Antenor, se vé que sois un jóven adepto. ¿Posible es que os fiáseis de vuestro competidor? ¿No veiais que vuestra desgracia realizaba su gloria? Pero decidme, ¿cual fué vuestro objeto al componer esa obra? ¿Soñásteis como Esquilo (cuando estaba guardando una viña), que Baco os mandaba hacer una tragedia? ¿ó queriais ilustrar vuestro nombre adquiriendo gloria? — No, Lastenia; yo os lo juro, no ambiciono los aplausos del público: otro sufragio mas lisonjero inflamó mi ánimo. Un dia me dijisteis que jamas amariais á un hombre sin letras ni talento. Inmediatamente me dediqué al estudio, y compuse esa pieza infeliz para conciliarme una mirada vuestra. — ¿Con que no aspirábais mas que al sufragio mio? — No mas que al vuestro, Las-

tenia; y por obtenerlo daria yo toda la gloria de Sofocles y de Euripides. ¡Ay de mí! puede perjudicarme una tragedia tan vergonzosamente silbada. — Nada temais, pues ántes bien os será útil, habiendome dado á conocer vuestro corazon, y aun la estension de vuestro ingenio; porque el drama, bien que débil y mal concebido, no podia producirlo un hombre sin talento. — Su caida pues será mi embeleso, Lastenia. — Nada perdisteis, Antenor. — Al oír esto, me arrojé á sus piés, le juré un amor ternísimo, y la rogué que me abriese su corazon, y que me alumbrase con algun rayo de esperanza. — ¿Con que quereis que yo os ame, Antenor? ¿Sabeis que tengo treinta años de edad, y que sois un niño en comparacion mia? — Con eso, Lastenia, quereis decirme que sois mas instruida y mas amable que yo; pero el amor desarrollará mi talento y los resortes de mi alma, y me levantará hasta vos. — En fin, por entre el velo de la timidez me dejó divisar que era amado.

Un necio triunfa cuando alcanza la conquista de una muger que ordinariamente no vale mas que él, ó que, sin gusto en su eleccion, le prefiere por motivos poco lisonjeros; pero Lastenia honraba aquel á quien distinguia. Los mayores filósofos, los hombres mas amables, los sujetos mas principales de

Atenas estaban á sus piés, y nunca habia profanado ni el amor, ni su corazon, por una aficion poco digna. Solo habia amado á Aristipo, y este sentimiento y su conducta con él hacian su elogio.

Vine vengado de Eupolis, ó por mejor decir, aun me costó este pesares y lágrimas. Apasionado de la jóven Glicería, los unió el himeneo. El dia de este fué señalado con fiestas, con pompas y placeres. La noche vino á prestar su velo á delicias mas dulces: ¡mas que noche! hallóse al dia siguiente á los dos esposos en los brazos el uno del otro, sin movimiento y sin vida.

Despues del mal éxito de mi tragedia, época bien cara á mi corazon, la mas dulce claridad hermoseó mi existencia. Todo entregado al amor y á Lastenia, pasabase mi vida deliciosamente al lado de esta. Paseábamonos todos los dias por las riberas del Cefiso ó del Iliis: frecuentemente, huyendo los paseos concurridos, trepábamos por colinas cubiertas de olivos, de laureles y de viñas. Allí estendiendo sus miradas sobre un vasto horizonte, contemplando el nacer y el morir del sol, Lastenia esclamaba en su entusiasmo: « ¡Que magnífico cuadro! como todo es mezquino y miserable en nuestras ciudades!..... » Asi decia que en el recinto de las murallas no se respiraba.

En una de nuestras correrías me dió una tierna prueba de la bondad de su corazon. Errábamos por la campiña, y hallámos una aldeana llorosa, que suspiraba y gemia. Vuela á ella Lastenia, y se informa de la causa de su llanto. La desgraciada la lleva ácia su vaca que acababa de espirar: era toda su riqueza, su único recurso, y con su leche alimentaba dos hijos. « ¡Ay de mí! van á morir de hambre. » Lastenia la consuela y la promete otra vaca, corre á la ciudad, y se la trae. « Estoy contenta, me dice, de este dia; es necesario negarse las cosas superfluas, para proporcionar lo necesario á los otros. »

Por desgracia, la prolongacion de la misma situacion produce el hábito, y el hábito lo marchita todo: el placer del dia de mañana debe ser diferente del de la vispera. Al principio, solo habia deseado el corazon de Lastenia: ser amado de ella, me parecia el colmo de la felicidad. Bien pronto otros deseos mas ardientes, mas impetuosos, abrasaron mi sangre y mi imaginacion. Lejos de respirar á su lado una felicidad pura, una calma deliciosa, me consumia un fuego secreto, y no la encubria la causa. Solicitaba favores, mas ella me rechazaba con severidad. « El amor, me decia Lastenia, es mucho mas vivo y mas amable, adornado de su ilusion, que despues de la posesion que disipa su prestigio. — Si

el placer destruye algunas veces el encanto que circunda al objeto amado, solo es despues de habernos embriagado con la ambrosia de los Dioses. El tiempo, tal vez el dulce y largo hábito de la felicidad, debilitan el amor; mas si nos privamos de sus favores, ¿que queda? el pesar de haber perdido hermosos días. — Estais bien lejos de la delicadeza del jóven Trasonides: estaba, segun la espresion de un sofista, tan enamorado de su amor, que rehusó el poseer á su querida, de miedo que la posesion no entibiase sus deseos, y no turbase el encanto de su pasion. Dionisio de Siracusa presentó un dia al voluptuoso Aristipo tres bellas cortesanas, permitiendole que escogiese una, y Aristipo aceptó las tres, diciendo que no le habia salido bien á Paris el haber escogido. Mas luego reflexionó que era hermoso vencerse, y al punto despidió las tres ninfas, y volvió á su casa, encantado de su razon y de su triunfo. — Vuestra comparacion no tiene ninguna semejanza con mi situacion; Aristipo no amaba, y en cuanto á ese Trasonides tan delicado y tan gran metafísico, no se deben alabar las virtudes cuya fuente no se conoce.»

En aquel momento entró Aristipo, y dijo á Lastenia: « A buscaros vengo para llevaros al Areopago, porque van á juzgar á la desventurada Eudoxia. » — Me habeis estreme-

cido, repuso Lastenia: ¡cuanto la compadezco! pero conozco que su culpa es grave. ¡Envenenar á su amante! ¡que atrocidad! — Las apariencias deponen contra ella, Lastenia: pero Eudoxia está inocente. El público que siempre es ligero, y que siempre está pronto á condenar, pide á voces su suplicio. Es una barbarie. Escuchad algo de su catástrofe que acaban de contarme.

CAPITULO VIII.

Historia de Ificrates y de Eudoxia.

IIFICRATES, que vivia ciegamente enamorado de Eudoxia, tuvo el arte de inspirarla una pasion tan viva como la suya. Eudoxia era hermosa, jóven y tierna, y de corazon ingenuo y amenísimo; pero tan limitada de imaginacion que no sabia mas que amar, no conocia el arte de variar las escenas del amor, de hermosearlas, y de encadenar el corazon con los encantos del ingenio. Los entreactos del amor son largos. Ificrates al contrario tenia una actividad inquieta: ávido de deleites y de instruccion, acariciaba á todos los gustos y á todas las artes; pasaba del estudio á los placeres, y de los placeres á los negocios. No conocia mas que dos modos de emplear el

el placer destruye algunas veces el encanto que circunda al objeto amado, solo es despues de habernos embriagado con la ambrosia de los Dioses. El tiempo, tal vez el dulce y largo hábito de la felicidad, debilitan el amor; mas si nos privamos de sus favores, ¿que queda? el pesar de haber perdido hermosos días. — Estais bien lejos de la delicadeza del jóven Trasonides: estaba, segun la espresion de un sofista, tan enamorado de su amor, que rehusó el poseer á su querida, de miedo que la posesion no entibiase sus deseos, y no turbase el encanto de su pasion. Dionisio de Siracusa presentó un dia al voluptuoso Aristipo tres bellas cortesanas, permitiendole que escogiese una, y Aristipo aceptó las tres, diciendo que no le habia salido bien á Paris el haber escogido. Mas luego reflexionó que era hermoso vencerse, y al punto despidió las tres ninfas, y volvió á su casa, encantado de su razon y de su triunfo. — Vuestra comparacion no tiene ninguna semejanza con mi situacion; Aristipo no amaba, y en cuanto á ese Trasonides tan delicado y tan gran metafísico, no se deben alabar las virtudes cuya fuente no se conoce.»

En aquel momento entró Aristipo, y dijo á Lastenia: « A buscaros vengo para llevaros al Areopago, porque van á juzgar á la desventurada Eudoxia. » — Me habeis estreme-

cido, repuso Lastenia: ¡cuanto la compadezco! pero conozco que su culpa es grave. ¡Envenenar á su amante! ¡que atrocidad! — Las apariencias deponen contra ella, Lastenia: pero Eudoxia está inocente. El público que siempre es ligero, y que siempre está pronto á condenar, pide á voces su suplicio. Es una barbarie. Escuchad algo de su catástrofe que acaban de contarme.

CAPITULO VIII.

Historia de Ificrates y de Eudoxia.

IIFICRATES, que vivia ciegamente enamorado de Eudoxia, tuvo el arte de inspirarla una pasion tan viva como la suya. Eudoxia era hermosa, jóven y tierna, y de corazon ingenuo y amenísimo; pero tan limitada de imaginacion que no sabia mas que amar, no conocia el arte de variar las escenas del amor, de hermosearlas, y de encadenar el corazon con los encantos del ingenio. Los entreactos del amor son largos. Ificrates al contrario tenia una actividad inquieta: ávido de deleites y de instruccion, acariciaba á todos los gustos y á todas las artes; pasaba del estudio á los placeres, y de los placeres á los negocios. No conocia mas que dos modos de emplear el

tiempo: gozar, ó trabajar. Decia que la agitación era la vida del alma. Seducido al principio por la belleza de Eudoxia y por la dulzura de su carácter, la pasó la falta de ingenio, ó mas bien la venda del amor le ocultó esta imperfección. Pero despues de la embriaguez de una pasión feliz, comenzaron á fatigarle las conversaciones á solas. Quiso inspirar á su amante el gusto de la instruccion: la leía, la explicaba los mejores autores, desenvolviendola sus bellezas: pero fatigaba un terreno árido é ingrato. Eudoxia escuchaba por complacencia: frecuentes distracciones y largos bostezos anunciaban su fastidio y su inaptitud. Ificrates, viendo la inutilidad de sus lecturas, las abandonó. Mas sus visitas fueron mas raras y mas cortas, hallaba siempre pretextos para aligerarlas. El ojo de una amante penetra luego la mas ligera frialdad. Se quejó Eudoxia, se exhaló en reproches, unas veces con el tono de la sensibilidad, otras con acrimonia; pero las quejas, el mal humor, los ruegos mismos pueden producir el estímulo, mas no vuelven el amor. La sensible Eudoxia, desesperada por la ineficacia de sus esfuerzos, quiso ensayar medios mas seguros: la ignorancia es crédula y supersticiosa. Había oido hablar de una muger que componia filtros para inspirar el amor. Avistóse con ella, y esta desgraciada la prometió el brebaje

y un efecto cierto. Contóla que un jóven, á quien habia hecho comer una fruta preparada, sentia todos los dias á la misma época, por espacio de una hora, un violento acceso de amor. He aquí la confeccion de estos filtros.

Se invoca primeramente á las divinidades infernales, se ponen despues pescados en un vaso, con yerbas, huesos de ranas, hipomanes, y sangre de una muger.

Eudoxia guardaba esta poción detestable, esperando á que Ificrates, que padecia de mal de estómago, se quejase de esta incomodidad. Propusole entónces un específico seguro contra esta, y se le presentó. Ificrates repelió muchas veces la mano de su amiga; negaba la virtud del remedio, pero en fin vencido por las instancias de Eudoxia consintió en beber. Sin duda que la infame megera habia mezclado en él yerbas venenosas, cuya propiedad ignoraba, pues al punto sintió Ificrates la primera operacion del veneno: sobreviniéronle convulsiones, dolores agudos en las entrañas, y ardores insufribles. — «¡Ay! exclamó, ¿Eudoxia, que has hecho? ¡yo me muero! ¡me has envenenado!» Asustóse Eudoxia, y perdió el color, mas no la esperanza de que aquello fuese solamente un efecto pasajero del filtro. Pero el mal se aumentaba, fermentaba el veneno, y el desgraciado Ificrates se abrasaba. «¡Me muero!

gritó. ¡Que tormento tan horrible! ¡tú me has dado la muerte! ¡sí, tú!» — Eudoxia, á la vista de su amante cubierto con las sombras de la muerte, se estremeció, se desesperó, fué, vino, llamó, imploró socorros. Corrieron á buscar al médico: llegó este, y declaró que Ificrates moriria del veneno. En efecto, se le trastornó todo el rostro, se le torció la boca, se le hundieron los ojos, y se le puso lívido el color. «¡Acabadme por compasion! gritaba el infeliz. En nombre de los Dioses, os pido que abrevieis mi suplicio, porque sufro en mis entrañas el tormento de Prometeo. ¿Que te hice, Eudoxia? ¿que te hice para que me dieras un veneno tan cruel?» A estas razones, la desesperada y aturdida Eudoxia se arrojó sobre él, le estrechó en sus brazos, y se quedó pasmada é inmóvil. Recobró luego sus espíritus, y exclamó así: «¡Ificrates mio, querido Ificrates, yo soy tu asesino y tu verdugo!..... ¡yo, que te idolatro!..... ¡dejame inspirar tu veneno, y morir contigo!..... ¡Aquella muger bárbara me engañó! yo creí que te daba un filtro para que me amaras. ¡Mirame, por los Dioses! ¡perdoname el delito!.....» Suspiros y sollozos la interceptaron las voces. Ificrates, que vió su inocencia y su dolor, levantó ácia ella sus caidos ojos, la alargó una mano, y la dijo con moribunda voz: «Amada Eudoxia, yo

te perdono: sí, te perdono: sé feliz....» Dicho esto, espiró. Su amante desatentada, horrorizada, lívida y convulsa, quiso matarse á puñaladas, pero cayó en tierra exánime. Levantáronla, lleváronla á su cama, y en ella estuvo tres días en un delirio continuado, sin caersela de la boca las palabras veneno, muerte, é Ificrates. Así que recobró sus sentidos, inundó su cama de lágrimas, invocando la muerte, y pidiendola como una gracia.

No tardó en esparcirse por Atenas la noticia de aquel envenenamiento. Tuvieron á Eudoxia por un monstruo, por una Euménide, cuando Eudoxia no es mas que una amante ternísima. Un areopagita es quien me ha contado este suceso terrible. — Ya sabeis que el segundo arconte la denunció, y que segun la ley ha ya ocho días que estan espuestos al público su nombre y su delito. Todo Atenas acude al Areopago; y aunque muchos miembros de aquel tribunal se hallan noticiosos de la equivocacion y de la inocencia de Eudoxia, Ificrates ha muerto, el delito existe, y nuestros magistrados tienen precision de pronunciar una sentencia. Vamos, porque la causa es interesantísima. — Inmediatamente encendieron hachas los esclavos, porque solo de noche se congregaba el Areopago. Dimonos priesa á subir la colina (9). Ya estaban los trecientos jueces ocu-

pando sus asientos. Corria á sus piés la sangre de las víctimas que acababan de inmolar, cuyos miembros sangrientos todavía palpitan. Sobre una mesa se veian las dos temibles urnas, llamada la una *de la misericordia*, y la otra *de la muerte*: esta segunda era de bronce, y la otra de madera.

Oímos súbitamente un ruido confuso. Todos se levantaron, y miraron ácia donde se notaba el movimiento. Vióse llegar á la desventurada Eudoxia rodeada de la guarda escita. Su palidez, su penoso andar, su melancolía profunda, el desórden de sus cabellos, el de sus vestidos, y particularmente su hermosura, enternecieron los corazones de todos. Yo oia sollozos, y veia correr lágrimas. Luego que estuvo junto á las víctimas, el arconte-rey (a) formó su acusacion, y la denunció como envenenadora. Entónces uno de los areopagitas la mandó que prestase el juramento ordinario. Acercóse Eudoxia con paso lento y firme, colocóse entre las víctimas sangrientas, paseó sus tristes ojos por toda la concurrencia, y luego exclamó en voz alta: «Atenienses, juro por los Dioses y por las Euménides que tienen aquí cerca su templo, que yo soy quien envenené á Licrates mi amado, y que por ello merezco la

(a) Así nombraban al segundo arconte.

muerte.» Calló dicho esto, y cayó desmayada.

Los areopagitas sin mas informacion se levantaron sucesivamente, tomaron dos piedrecitas, una blanca y otra negra, con el dedo pulgar, el index y el del medio, y fueron á echar la una de las dos en una de las dos urnas. Mientras esta ceremonia lúgubre, palpitan todos los corazones, y aguardaban con susto la fatal sentencia.

Vueltos otra vez los jueces á sus asientos, abrieron las urnas, y contaron las piedrecitas. Fué mayor el número de las blancas. Los magistrados entónces trazaron con la uña sobre una tablita cubierta de cera una línea corta, lo cual anunciaba la absolucion del acusado; asi como la línea larga denotaba la condenacion. Presentaron la tablita al público, y este dió ponderados aplausos á la prudencia y benignidad de aquel juicio. El tribunal sabio se sintió movido á compasion á la vista de una infeliz, enloquecida y culpada por un exceso de amor.

Asi que Eudoxia dió señales de vida, la noticiaron su perdon. «; Ah, que perdon! exclamó: solo la muerte es un favor para mí.»

Tal fué la célebre sentencia del Areopago. Eudoxia no sobrevivió mucho tiempo á ella. Perdió el reposo, y huyó de sus ojos el dulce sueño: tanto de dia como de noche no veia mas que espectros, ó la irritada sombra de

su amante, que la acosaba reprochandola su muerte. Por último, murió pronunciando el nombre de Ificrates.

Aquella escena lastimosa dejó profundamente pesarosa el alma de Lastenia, quien me contó otra sentencia que honra mucho la sabiduría y luces del Areopago.

Telecides, muger de la rica Siciona, casó segunda vez con Pisodoro. Tenia un hijo de su primer marido, llamado Licio, jóven de lucidas esperanzas. En el segundo matrimonio tuvo otro hijo, el cual, así que llegó á la edad de la adolescencia, dió entrada en su alma al odio y á los zelos. No podia tolerar á su hermano: bien es cierto que su mismo padre nutria é irritaba el aborrecimiento. Agitados ámbos de las furias, llevaron á Licio á un parage solitario, y allí le degollaron. Su madre le lloró mucho tiempo al lado de sus asesinos, confiandoles sus ansias y dolores. Pero, al fin, la justicia del cielo descubrió su maldad. Todo se supo; y al saberlo, Telecides respiró tambien la venganza y el delito. Con un activo veneno mató á los dos culpados. Prendieronla, y llevaronla á muchos tribunales, en los que no se atrevieron á condenarla ni absolverla. Llevóse la causa al Areopago, donde, despues de largo y maduro examen, se decretó que las partes compareciesen dentro de cien años,

Yo no me atreví á volver á hablar á Lastenia sobre que me hiciese dichoso; pero un acaecimiento determinó su indecision, y me hizo el hombre mas afortunado del mundo.

CAPITULO IX.

Lucha Antenor con un toro. Esperanza lisonjera.

Nos íbamos paseando por el campo, y subimos á una eminencia llamada la Colina de los caballos, adonde se dice que Edipo fué á llorar sus desgracias. Gritó Lastenia súbitamente: volví la cabeza, y ví que un toro furioso la embestia. — Huid, la dije, y al punto me lancé delante de la fiera: no tenia yo mas arma que un garrote largo, con que le sacudí: irritado el animal quiso destrozarme: evité su acometida, eché á huir, y dió tras mí. Unos pastores, armados con una especie de clavos, acudieron á defenderme. Agarré una, esperé á mi enemigo, y cuando quiso herirme con las astas, le sacudí con mi clava, y le derribé muerto en tierra. Gritaron los pastores aplaudiendo mi victoria, y me coronaron, como en los juegos olimpicos, con una corona de olivo. Inquietabame, sin embargo, el no ver á Lastenia. La busqué, y la

divisé por fin sobre la colina, desde la cual había visto mi batalla y mi triunfo. Corrí hasta llegar á sus piés, y en ellos deposité mi corona. Echóme entónces los brazos al cuello, diciendome : « Abrazo al nuevo Teseo, vencedor del toro de Maraton : á ese le debo la vida, y á ese le recompenso con este abrazo. » Aquel fué el primer abrazo del cariño : ¡ que dulce para mi corazón !

Alejámonos, y nos hallámos pronto en un recinto formado por rocas áridas, en las cuales se elevaban de trecho en trecho pinos y olivos. Nos sentámos al pié de una gran roca. El aspecto de esta soledad sombría y agreste, su silencio, solo interrumpido por el grito de algunas aves salvages, y la caída de una cascada que corría sobre nuestra cabeza y se precipitaba á nuestros piés, nos echáron en una dulce distraccion. No hablábamos : ¡ que delicioso instante ! el fuego del deleite circulaba por mis venas y abrasaba á mi alma. Cerré á Lastenia en mis brazos, la robé algunos besos, y respiré el perfume de su boca. Perdido de amor y de deseos, aspiré á la suprema felicidad. « Detencos, mi caro Antenor, exclamó Lastenia ; diferid vuestra victoria, es ya segura : mañana pasaremos el día en mi casita de campo ; que sea señalado este día en vuestra vida como el mas bello y feliz. » Hablandome así, se escapó de mis brazos, y

no osé retenerla. La noche se acercaba, volvímos á la ciudad, y yo fuí á esperar en mi casa, en la agitacion y el tormento de la impaciencia, el despertar de la naturaleza.

¡ Cuanto tardó la noche en recoger sus velos ! creía al sol encadenado bajo del horizonte. En fin un rayo de luz se lanza en el espacio ; el astro parece y le inunda de luz. Prostername delante de él, exclamando en mi entusiasmo : Alma vivificante del universo, padre de la naturaleza, retarda hoy tu páso, como hiciste en otro tiempo para prolongar los placeres de Jupiter y Alcmena : yo no soy el Tonante, pero Lastenia vale por todas las divinidades del Olimpo.

CAPITULO X.

Papel enojoso de Lastenia. Conversacion de Antenor con el filósofo Xenocrates.

LLENO de regocijo, de resultas de mi victoria, iba al día siguiente á visitar á Lastenia, cuando recibí de su parte un billete que decía : « Siento, querido Antenor mio, verme precisada á diferir nuestro paseo del campo, por una sagrada obligacion que me llama adonde parto luego : os noticiaré mi vuelta : conservad vuestra salud, y sed feliz. »

Me aterró aquel billete. Créime burlado y vendido, y maldije al amor, á mi estrella y á Lastenia. Corrí á su casa desesperado, é hice mil preguntas sobre su partida. Nada pudieron decirme, y aquel misterio me llenó de terrores y de sospechas. Vagué por las calles y por las plazas; me fui desde el Pnix al Ceramico, y desde el Ceramico á la calle de las Trebedes, caminando por acaso y sin objeto, absorbido en mis pensamientos, sin ver nada, hablando solo, y exclamando de tanto en tanto: ¡la ingrata! ¡la pérfida! ¡la falsa!.... Al pié de la escalera que va á la ciudadela, le di un codazo á un hombre que me detuvo, me nombró, y se me quedó mirando: ví que era el filósofo Xenocrates, á quien yo conocia. «Jóven, me dijo, ¿que tienes? parece que vas fuera de tí: ¿estás enfermo? — ¡Ojalá que estuviese muerto! — Ya te entiendo: ¿tienes penas y pesares? — Soy el mas desventurado de los hombres, Xenocrates. — Puede ser que sí, Antenor; pero sigueme.» — Agarróme por la mano, y subimos á la ciudadela. «Mira, me dijo, enfrente de tí los propileos, ó los vestibulos de la ciudadela, que es un monumento magnífico, erigido por las órdenes de Pericles: estan cubiertos de mármoles blancos, y se entra á ellos por cinco puertas grandes. Mira allí á la izquierda el templo de la victoria. Henos aquí ya en la ciudadela. Examina todas esas esta-

tuas animadas por el cincel de Miron, de Fidias, y de los mas celebrados artífices. Allí estan Mercurio y las tres Gracias, que se atribuyen á Socrates. Saluda los retratos de Pericles, de Formion y de Timoteo. Pero mira aquellos dos altares: el uno es el del Pudor, que debiera ser servido por las Gracias, y el otro es el de la Amistad, asilo de las almas nobles y sensibles..... Pero no me oyes, estás sordo y ciego: ¡que flaqueza! pon los ojos sobre las casas de la ciudad. — Ya las veo, Xenocrates. — Representate ahora, Antenor, cuantos sinsabores, pesares y males habitáron en tiempos pasados bajo esos techos, y cuantos los habitan todavía, y cuantos los habitarán en la serie de los siglos. Cesa pues de afligirte, como si fueras el único individuo paciente, y como si debieras estar esento de los males que acompañan á la humanidad. Pero vamos á pasearnos al jardin de la Academia (10), ese es mi paseo favorecido: la sombra de los plátanos, la salubridad del aire y la frescura de las aguas templarán la efervescencia de tus espíritus. Conviene distraerte. Un ser dotado de razon no debe dejarse abatir por un reves que frecuentemente suele incluir el gérmen de su felicidad.» — Hallámos el jardin solitario. Sentemonos, dijo Xenocrates, sobre este banco, y hablemos. Un filósofo debe ser médico del alma: con que así abreme

la tuya, y verteré en ella las dulces lecciones de la filosofía. ¿Es causa de tus pesares la ambición chasqueada, ó tu fortuna destruida?

—No, Xenocrates: no estaria por eso tan pesaroso; mi dolor me angustia allá en lo mas hondo del corazon. — Me parece, Antenor, que lo adivino: es mal de amor. A tu edad se da mucha importancia á tales niñerías: la indiferencia de una muger, sus rigores, su infidelidad, y una mirada mas ó menos tierna perturban la cabeza de un jóven, y trastornan á sus ojos la gran naturaleza; y todo esto por un objeto adornado con los colores de nuestra imaginacion, que acaso será desdichado de allí á poco. — Vos, Xenocrates, estais en vuestro otoño, y á tal edad se ríe de una pasion que es juntamente la delicia y el tormento de nuestra juventud. — He pasado, Antenor, como cualquiera otro, por la primavera de la vida, y he cometido sin duda muchas faltas; pero he podido señorear mis sentidos, y sobreponerme al imperio de la hermosura y del amor. Mas de una sacerdotisa de Diana es menos virgen que yo. Sabianlo en Atenas, y estaba yo en la estacion de los placeres, cuando la famosísima Lais, que oyó citar mi continencia y mi apatia, se atrevió á apostar que triunfaria de ellas, y que me seduciria. Envióme un atento recado para que fuera á verla. — Muchas veces, Xenocrates, he oido

nombrar á esa cortesana; pero la conozco porquisimo. — Pues primero, Antenor, voy á bosquejarte algunos de sus lineamentos.

Lais es natural de Sicilia. Un General ateniense la transportó á Grecia. Ella se estableció en Corinto, se votó al culto de Venus, y vendia sus favores al que mas daba. Hallabase dotada de rarísima belleza y de esquisito talento. Los pintores iban á verla para tomar modelos á presencia de la hermosa proporcion de su persona. Apeles fué quien logró sus primicias. Él la vió volviendo de la fuente, y quedó pasmado de su hermosura. Llegóse á ella, la lisonjeó, y la redujo á que se fuese á comer con él á casa de unos amigos suyos. Estos se burlaron de él, objetandole que, en vez de una ninfa ejercitada, les llevaba una jóven inocente. — «No os dé cuidado, les dijo Apeles, que la educaré tan bien que ántes de tres años sabrá bien lo que se hace.» Cumplió la palabra. Lais llegó á ser una de las cortesanas de mas nombre. Corinto, á quien ha hermo-seado con soberbios edificios, fué el teatro de sus placeres. Cuando iba al templo de Venus, el pueblo transportado la seguia en tropel, y la rendia acatamiento como á la Diosa de la hermosura. Toda la Grecia la amó. Demostenes fué espresamente á Corinto para comprar su hermosura; pero maravillado del precio la renunció, diciendo que no com-

praba él tan caro un arrepentimiento. El anciano escultor Miron ambicionó tambien sus favores, pero fué desechado. Atribuyó su desgracia á sus canas, y por eso las ocultó bajo una peluca, y volvió á ver á Lais, quien le dijo: « Eres necio en pedirme una gracia que he rehusado á tu padre. » Burlabase Lais muy á menudo de la decantada sabiduría de los filósofos. « No sé, decia, si serán mas austeros que los demas hombres: lo que sí sé, es que no frecuentan menos mi puerta. » Pero aquella hermosura altiva que vendia sus favores á tan elevado precio, los franqueaba de balde al cínico Diogenes. Imitaba á los médicos caritativos que curan á los pobres gratis.

Tal era la bella Lais. Acudí á su llamamiento. La encontré en su tocador. Por Jupiter, ¡que lujo! ¡que inutilidades!

Estaba rodeada de palancanas y de aguamaniles de plata, de espejos grandes y pequeños, de agujas para separar los cabellos, de hierros para rizarlos, de tiras de varias telas para cogerlos, de encajes para rodearlos, y de polvos amarillos para esparcirlos sobre ellos y dorarlos. Veianse tambien sobre aquel altar de Venus cajas con arrebol y albayalde, para hermohear la piel; otras con negro, para teñir las cejas; y otras con opiata, para los dientes. Y no hablo de muchísimas

esencias, ni de la planta partenon, con que nuestras damas hermosas sahuman sus lienzos, ni de las almohadillas de olor que llevan en sus faltriqueras. Ví tambien con admiracion que aquella hermosura se refregaba los párpados con unos polvos muy astringentes. Preguntéla ¿cual era su utilidad? y me respondió que servian para estrechar los párpados, y hacer los ojos mas grandes y rasgados; y añadió que todas las damas usaban de la misma receta.

Pero lo que me hizo reir, fué ver, en medio de aquellos trofeos del lujo y del engaño, una pequeña biblioteca que contenia las piezas teatrales de Menandro, de Aristofanes, de Euripides y de Sofocles. A estos se seguian los poetas eróticos, Demofilo, Mosco, Anacreon, y todas las producciones del dia. Son los libros que leen nuestras mugeres de moda, las cuales leen, no para madurarse el juicio, sino para ostentarse eruditas, y hablar con elegancia.

Recibíome Lais con la sonrisa en los labios, y me alegó no sé que pretextos sobre el deseo que tenia de verme. Destilaban de su boca elogios y palabras dulces. Segun ella, era yo el filósofo mas grande y mas sabio, y me confirmaban en esta sabrosa preocupacion sus miradas lisonjeras y acariciadoras. Preguntéme ¿que cosa era un filósofo? — Es un hombre, la respondí, que hace por su volun-

tad y por su razon lo que hacen los demas por temor de las leyes y del castigo. — ¡Y que es necesario, repuso Lais, para ser dichoso? — Lo contrario de lo que haceis, la añadí. — Veo que no sois cortesano, Xenocrates. — Pero todo esto lo dijo continuando su tocador, poniendose sus polvos amarillos, peinandose las cejas, estendiendose con arte el arrebol y el blanquete sobre sus frescas mejillas y hermoso seno, perfumandose el pelo con esencias, sembrando en él piedras preciosas y cigarras de oro, y poniendose en las orejas almendras, tambien de oro, en forma de figuras. — ¡Que de trabajo, la dije, para desfigurar los dones de la naturaleza! — Acaso tenéis razon, Xenocrates; pero me precisa obedecer á la moda, que es una divinidad con su culto y con sus ritos. — Y con muchas víctimas, Lais. — Pero, Xenocrates, yo creo que aun la mas rígida filosofía debe convenir en que puede rectificarse y hermosearse la naturaleza, y en que los prestigios del arte sirven á lo menos para disimular sus defectos. — Sí, Lais; pero el arte debe siempre tomarla por modelo, é imitar en muchos casos hasta sus imperfecciones.

Dos muchachas esclavas pusieron á Lais una túnica sobremanera blanca, y se la recogieron por debajo del pecho con un ancho ceñidor: la túnica bajaba, en pliegues ondu-

lantes, hasta los talones, y todo el ruedo inferior lo adornaban cintas de varios colores. Pusose Lais por encima otra túnica mas corta y una especie de mantilla, rodeada de manera que señalaba todos los contornos de su voluptuoso cuerpo. Despues cargó su cuello de perlas y de piedras preciosas, y se metió en las faltriqueras almohadillas de olores. Todo este aparato no se hizo sin descubrir á mis ojos un seno hermoso, brazos muellemente torneados y blancos como el alabastro, un pié delicado y breve, y una pierna perfecta. Asi que dió la última mano á tan largo afán, despidió á sus esclavas, y quedamos solos. Hizome sentar á su lado sobre una camilla cubierta de púrpura; y como notase que no obstante tantos atractivos y gracias conservaba yo mi fria gravedad, se determinó á confesarme que, despues de haber visto á sus piés á los hombres mas amables y á los mayores personajes, la seria muy lisonjero conquistar á un sabio que era el honor de la filosofía; y diciendo esto me apretaba cariñosamente la mano, y la ponía unas veces sobre sus rodillas, otras sobre su corazon. Yo la respondí que hartos triunfos la habian dado todos aquellos grandes hombres, y que se atuviese á ellos, pues mi conquista nada aumentaria sus glorias. Noté que su pierna estaba medio descubierta, y se lo advertí fria-

mente. « ¿Que os parece? me dijo. — Muy bien hecha, si no la descubrierais. » Esta calma filosófica la sorprendió. Sin embargo, se apoderó de mi mano, y me dijo: « El amor es el alma del universo, ha desenvuelto el caos y animado la naturaleza: es el fuego que Prometeo ha robado al cielo: este fuego sagrado circula en las aguas y en los aires: da á cada instante la vida á millones de seres; inflama á los hombres, abrasa á los Dioses, y me agita en este momento. Ved mi seno cual palpita. » Decíame esto separando sus velos, y llevándome á él la mano. « Es cierto, la dije, que sus vibraciones son frecuentes. ¿Teneis fiebre? — Sí, una fiebre ardiente, que enciende vuestra presencia. — Si es así, voy á retirarme, porque me reprendería el causaros la menor incomodidad. — Permaneced, yo lo quiero. — ¿Que exigis de mí? — Que me ameis, » respondiome, enlazandome en sus brazos, é imprimiendome un beso. Desplegó entónces todo su arte, la seducción de miradas tiernas y lascivas, la sonrisa hechicera que promete y alienta, el desórden que abrasa y arrastra los sentidos. « Perdeis vuestro tiempo y vuestros besos, la dije levantandome; podeis ser una Circe muy peligrosa, pero hallaréis en mí un Ulises. A dios, Lais, añadió, pues me voy por escusaros el desaire de una repulsa. » Y la dejó, dicho esto, mas encendida

de su confusion y de su vergüenza que de su amor fingido. — Vuestro estoicismo, dije á Xenocrates, es inimitable (11). ¿ Con qué Lais perdió su apuesta? — Pero no quiso pagarla, Antenor, alegando que ella habia apostado seducir á un hombre y no á una estatua.

En esto se llegaron á nosotros algunas gentes, y nos noticiaron que Teofrasto estaba á los últimos de su vida. Disputaron sobre su edad; pero todos fuéron de dictámen de que moria abrumado de años y de fatigas, pues contaba ya noventa y nueve años cuando compuso su famoso libro *de los Caracteres* (12), que cualquiera diria ser obra de un jóven vivisimo y alegre.

Aprovechéme de la ocasion para evadirme. Necesitaba yo estar solo, y queria buscar á Lastenia; pero perdí pasos y trabajo. Estaba despechado y fuera de mí.

CAPITULO XI.

Papel anónimo mas consolador que el primero. Consecuencias del papel. Muerte de Teofrasto.

AMANECIA el sexto dia despues de mi desgracia. Llamó un esclavo á mi puerta, y me entregó un billete que contenia estas pala-

mente. « ¿Que os parece? me dijo. — Muy bien hecha, si no la descubrierais. » Esta calma filosófica la sorprendió. Sin embargo, se apoderó de mi mano, y me dijo: « El amor es el alma del universo, ha desenvuelto el caos y animado la naturaleza: es el fuego que Prometeo ha robado al cielo: este fuego sagrado circula en las aguas y en los aires: da á cada instante la vida á millones de seres; inflama á los hombres, abrasa á los Dioses, y me agita en este momento. Ved mi seno cual palpita. » Decíame esto separando sus velos, y llevándome á él la mano. « Es cierto, la dije, que sus vibraciones son frecuentes. ¿Teneis fiebre? — Sí, una fiebre ardiente, que enciende vuestra presencia. — Si es así, voy á retirarme, porque me reprendería el causaros la menor incomodidad. — Permaneced, yo lo quiero. — ¿Que exigis de mí? — Que me ameis, » respondiome, enlazandome en sus brazos, é imprimiendome un beso. Desplegó entónces todo su arte, la seducción de miradas tiernas y lascivas, la sonrisa hechicera que promete y alienta, el desórden que abrasa y arrastra los sentidos. « Perdeis vuestro tiempo y vuestros besos, la dije levantandome; podeis ser una Circe muy peligrosa, pero hallaréis en mí un Ulises. A dios, Lais, añadió, pues me voy por escusaros el desaire de una repulsa. » Y la dejé, dicho esto, mas encendida

de su confusion y de su vergüenza que de su amor fingido. — Vuestro estoicismo, dije á Xenocrates, es inimitable (11). ¿ Con qué Lais perdió su apuesta? — Pero no quiso pagarla, Antenor, alegando que ella habia apostado seducir á un hombre y no á una estatua.

En esto se llegaron á nosotros algunas gentes, y nos noticiaron que Teofrasto estaba á los últimos de su vida. Disputaron sobre su edad; pero todos fuéron de dictámen de que moria abrumado de años y de fatigas, pues contaba ya noventa y nueve años cuando compuso su famoso libro *de los Caracteres* (12), que cualquiera diria ser obra de un jóven vivisimo y alegre.

Aprovechéme de la ocasion para evadirme. Necesitaba yo estar solo, y queria buscar á Lastenia; pero perdí pasos y trabajo. Estaba despechado y fuera de mí.

CAPITULO XI.

Papel anónimo mas consolador que el primero. Consecuencias del papel. Muerte de Teofrasto.

AMANECIA el sexto dia despues de mi desgracia. Llamó un esclavo á mi puerta, y me entregó un billete que contenia estas pala-

bras: « Seguid á ese esclavo sin rezelo, que él os guiará bien. » Como no pude conocer la letra, le pregunté, y me respondió que tenia la órden de acompañarme, y no la de hablar. — Anda, pues, que ya te sigo.

Despues de una hora de camino llegámos á una puertecilla. Abrióla el esclavo, y entrámos en una calle de chopos, al cabo de la cual se presentaba una preciosa casa. Entróme en una sala octógona, sencillamente amueblada, bien que con fino gusto, y desapareció. Delante de la casa habia un terrado adornado con columnas pareadas del órden dórico, que dominaba un gran jardin. Gocé en él de una admirable perspectiva. Descubria el mar cuya superficie plateaba el sol, y tambien el campo risueño con su verdura, rico con los frutos y flores, y cubierto de bonitas habitaciones y de verdes colinas. Al pié del jardin paseaba sus aguas el Cefiso. Estuve un cuarto de hora como encantado con semejante vista, creyendome transportado á los Campos Elisios. Pero no tardé en acordarme de que estaba solo, de que ignoraba por que me conducian allí, y quien la habitaba.

Para cerciorarme, bajé del terrado: recorrí un cuadro lleno de rosas y de las flores mas bellas de la primavera, que tenia en el centro un tazon de mármol blanco, en el que dos nayas des vertian de sus urnas abundantes aguas.

Era sobrada mi preocupacion para ver bien, y así mis estraviados ojos buscaban por todos lados la divinidad de aquel pequeño Elisio. Una calle de plátanos me llevó á una pradera esmaltada de flores, y cortada en muchos parages por un arroyuelo que corria sobre unas guijas. Terminaba la pradera un bosquecillo, en cuyo interior, á derecha y á izquierda, divisé dos gabinetes de verdes hojas. Entré en el de la izquierda, y en él ví dos estatuas de mármol de Paros: la una representaba al amor, el cual con maligna sonrisa ajustaba una flecha sobre su arco, y la dirigia contra una ninfa que estaba enfrente, y que doblaba la rodilla, y tendia los brazos al amor, como rogandole que no la hiriera. Era obra de Alcámenes.

Inquieto siempre pasé á visitar el gabinete opuesto. En medio, sobre un pedestal, estaba el grupo de las tres Gracias, obra magistral, digna de Fidias que era su autor. La primera tenia en la mano un ramo de mirto: la segunda una rosa, para significar la primavera; y la tercera, un huesecillo, simbolo de los juegos de la niñez. Estaba el amor á sus piés, sonriendose con ellas, y mirandolas con benignos ojos. Puseme á examinar de mas cerca la estatua del medio, y me pareció que era retrato de Lastenia. Transportado entónces exclamé: « ¡Oh querida Lastenia mia! ¡ingrata Lastenia! ¿eres

tú? ¿por que huyes de mí? ¿donde estás?» Oí en esto agitarse el follage; salí del gabinete, y ¿que ví? á la misma Lastenia, que me dijo con aire risueño: «Vedla aquí.» Quedé pasmado de admiracion y de alegría. — ¡Vos sois Lastenia! la dije: ¡la que tanto me habeis hecho padecer! ¡la que me abandonais! — Habeiisme condenado sin oirme, Antenor: los hombres, y especialmente los amantes, son injustos. Pero sentemonos: escuchad, y juzgad luego..... La noche del dia en que vuestro valor triunfó del fogoso toro, me noticiaron que Teofrasto se moria, y que deseaba verme: yo le queria por agradecimiento y por amistad, pues cultivó mi entendimiento y mi alma. Entre la asfluencia de discípulos que tenia en el Liceo (pues se contaban hasta dos mil), me distinguió, y me prodigó sus cuidados y consejos. Le debo la poca filosofía que tengo, y me enseñó á economizar el tiempo. Decíame con frecuencia: «El mayor gasto que puede hacerse, es el del tiempo.»

De algunos años á esta parte vivia retirado en el campo, dondē aun ocupaba el estudio sus ocios. Asi que supe su peligro, pasé á verle. Los cuidados que se deben á la amistad paciente son primero que una promesa hecha al amor dichoso. ¡Ay! encontré á mi amigo moribundo, y con mi presencia se animó.

«¡Amiga mia! exclamó el anciano venerable: ¡que rápida es nuestra existencia! ¿Por que diéron los Dioses á las cornejas y á los ciervos una carrera tan larga (13)? ¡Oh naturaleza! unos seres mudos é inanimados vivirán muchos siglos, y quizá existirán mientras durare el mundo: ¡y el hombre, dotado de inteligencia, cuyo pensamiento te abarca y te comprende, cuya alma es una emanacion de la divinidad, no tiene mas que un pasage instantáneo! ¡El primer instante de su vida toca al de su muerte! ¡Los astros que le alumbran hoy, alumbrarán mañana su tumba!» Qui-sele persuadir á que su fin no estaba tan cercano. «No temo la muerte, me dijo. ¡Ah! la vida es un viage que se hace de meson en meson. Llegué ya á las puertas de la nada, y es preciso entrar.» Hablóme despues sōsegadamente de sus disposiciones, de sus obras literarias, de su Tratado de las plantas, y de sus Caracteres, que preferia á todos sus escritos. En el momento de espirar, me tomó la mano, y se la puso sobre su corazon diciendome: «Vé aquí lo que es la vida del hombre.» — Le he llorado dos dias en esta soledad, porque no me pareció bien entregarme á los placeres al dia siguiente de la muerte de mi amigo. ¿Que decis, pues? ¿me hallo tan culpada? ¿os quejais de mí con razon? — De ningun modo: la amable Lastenia

no puede estraviarse siguiendo los movimientos de su corazón. Diciendo esto, la cerré entre mis brazos y la di un beso. — Salgamos de aquí, Antenor, me dijo sonriéndose, porque este asilo puede serme peligroso. — No os olvideis de vuestra promesa, Lastenia, y especialmente de lo que he sufrido. — No, Antenor, no lo olvido; pero el amor no ha dado todavía la señal. Acabemos de ver mi pequeño retiro: venid á ver mi pajarera.

El enrejado de alambre estaba entrelazado con ramas de granados y de laureles. En el centro de la pajarera corría una fuente sombreada por un mirto, y había en ella muchísimos pájaros de los más raros y vistosos. — Aquí, me dijo Lastenia, sobre este banco de césped, vengo á pasar horas enteras en escuchar la dulce melodía de estos musiquillos: aquí me complazco en observar la amable sencillez de sus costumbres que contrastan tanto con el artificio de las nuestras; y aquí comparo su tranquila felicidad con la inquietud y con las pasiones que consumen al corazón humano.

Pero entremos en aquel recinto de olmos y de cipreses (14). — Triste me parece su aspecto, Lastenia. — Como que han de habitarlo la melancolía y el duelo, Antenor. ¿Veis aquella urna? pues es la que contendrá mis cenizas, cuando este rayo de la esencia su-

prema que me anima se reuna al alma del universo. Aquí vengo muy á menudo á familiarizarme con la muerte. Sois más jóven que yo, y acaso vendréis algun día á derramar flores sobre ella, y á llorar á vuestra amiga. — Dejemos, Lastenia, esos pensamientos afflictivos. — ¿Por que afflictivos? Si nuestra alma sobrevive á la disolucion de nuestro cuerpo, no puede ser más que para nuestra felicidad; si es aniquilada, ¿este polvo que huellan vuestros piés es desgraciado? Dejemos correr la vida dulce y sosegadamente, y miremos la muerte como un sueño suave que termina una jornada penosa. Vamos ahora á visitar lo interior de mi soledad, que es un regalo de Aristipo, que he aceptado con el fin de volverlo, muerta yo, á él ó á sus herederos. — ¡Dichosísimo aquel, Lastenia, que pudiera consumir toda su vida á vuestro lado! — Me guardaria yo bien, Antenor, con el amante que fuese más apasionado, de encerrarme aquí para siempre: todas las rosas se trocarian pronto en adormideras. Advertid que la flor del placer solo se cria sobre los arbustos espinosos.

Estábamos ya entónces sobre el terrado; y Lastenia, después de haberme dado á admirar la belleza del sitio, el magnífico cuadro del mar, del rio y de la campiña, me llevó á la sala. — Aquel gabinete de la izquierda, me

dijo, es el santuario de las Musas, y en él encontraréis libros selectos, y el retrato de Homero, de Hesiodo, de Anacreon y de Platon. ¿Quereis rendirles vuestros homenajes? — No, Lastenia, sino ántes bien llevadme al templo del amor. — La alameda que á él guia, Antenor, es risueña; pero la vuelta suele ser muy triste. Visitemos no obstante la capilla de Flora, que está enfrente, y en ella veréis hermosas flores. — Con dificultad veo, Lastenia, porque mi pensamiento y mi alma habitan en una región superior. — Comprendo que os importuno, Antenor; pero debéis usar de alguna indulgencia con una propietaria deseosa de que admiren su buen gusto y su ingenio en la disposicion y adornos de su casa.

La sala de Flora era de forma ovalada, incrustada de mármoles blancos, con pilastras de pórfido. Toda la circunferencia estaba guarnecida de vasos y de cajones de preciosa madera, donde se ostentaban á porfía bellísimas flores. — ¿Que os parece, Antenor, este pequeño templo? — Digno de la Diosa; mas no veo ni lecho ni sillas. — Se puede hallar uno y otro: tirad de ese cordon. — Obedecí, y al punto se medio-abrieron dos bastidores, que me dejaron ver en el fondo un lecho cubierto de ricos tapices. En el centro habia un nichito ocupado por una estatua que tenia el dedo sobre la boca, como para im-

poner silencio: era el Dios de este, llamado por los Griegos *Sigalion* (15). « Esta divinidad, me dijo Lastenia, os advierte de que lo que pasa en este asilo debe envolverse en las sombras del misterio. » Ví la aurora de mi felicidad: tomé á Lastenia en mis brazos, y la precipité á los piés del Dios. Su resistencia fué una mezcla de amor, de deleite y de pudor. ¡Dioses inmortales, conocéis esos transportes, esos éstasis, esos besos de fuego, dados, devueltos, y mil veces repetidos! ¡esa embriaguez, ese furor de placer, que ninguna espresion puede trazar! Las horas huyéron en este arrobamiento celeste.

Un dulce sueño nos encadenó despues el uno en los brazos del otro. Al despertar, el aire refrescado por la cercanía de la noche nos convidaba á gozar de la belleza de la campiña, y de los encantos de la naturaleza. Nos paseámos bajo los plátanos en la pradera. Entretanto pusieron unos esclavos la mesa del festin sobre el terrado. Tomámos el baño, y despues cenámos. La delicadeza de los manjares, la frescura de la tarde, la vista del ocaso del sol que derramaba profusamente por los aires la púrpura, el oro, y los mas brillantes colores; la embriaguez voluptuosa de nuestros sentidos, y nuestra dulce y tierna intimidad, fruto de estos placeres, todo esto junto vertia en nuestras almas torrentes de felicidades,

¡Ay sueño encantador, y como te has desvanecido! ¿Que se hizo aquella hermosura, ídolo de los mortales? ¿no es ya mas que un despreciable polvo? ¿su alma está en el seno de los Dioses, ó evaporada en el espacio? ¡O amada Lastenia mía! ¿oyes hoy mis pesares y suspiros? ¿ves estas lágrimas que derramo, despues de treinta años de separacion?

Al dejarme, me dijo: « Querido Antenor, te he hecho feliz, y tambien á mi misma. Nunca olvides, cuando se te hubiere apagado el amor, que me debes fidelidad y agradecimiento. Creed que una muger sensible y delicada que se abandona á su amante, lo hace, menos arrastrada por sus propios deseos que por el placer mil veces mas dulce y mas íntimo de gozar de los transportes y felicidad de aquel. » Desde este día no existí mas que para Lastenia; mi alma y mi vida no se separaban de su lado. Me alejé del Gimnasio, de la Academia y del Liceo. Pero como yo sabia que Lastenia amaba los dones del entendimiento, daba al estudio los instantes en que no podia verla, deseoso de ponerme á su nivel. Me instruía leyendo obras polémicas, estraia, y me sumía en las abstracciones de la metafísica. Estudiaba la esencia del alma: cada filósofo ú secta me llevaban á un laberinto de que no podia salir. El resultado de mis lecturas era que el alma era un fuego.

sutil, un rayo del sol, una porcion del éter, de la divinidad, un espíritu puro, un ser simple, compuesto, que reside en el cerebro, en el corazon, en el diafragma, en la sangre, en todo el cuerpo; que perece, que es inmortal. Fatigado un día de tantas incertidumbres y de todos aquellos sistemas, hablé de ello con Lastenia, y me dijo: « Arregla los movimientos de tu alma, y goza de sus placeres, como gozas del sol y de los beneficios de la naturaleza, sin procurar levantar el velo que ningun mortal ha penetrado jamas. » Al instante deseché aquel fárrago de una filosofía abstracta, y estudié á los poetas y á los oradores. ¡Que resorte tan admirable es el amor! ¡que talentos y virtudes no haria brotar, si tan á menudo no lo rompiese la hermosura!

Desaprobó Lastenia mi retiro. « No des, me dijo, en imitar á Democrito el bufon, que se metia en los sepulcros para darse al estudio. La vida contemplativa no es la de tu edad. El estudio esencial de un jóven es el del mundo, y es el libro en que debe leer con frecuencia. Como que estás entre los hombres; y como que has de vivir con ellos, necesitas conocer sus usos, sus costumbres, y la diversidad y estrañeza de sus caracteres. En el torbellino del mundo, y en su esfera de actividad, se descubren y se desarrollan los hombres. Tú no has de ser un libro, sino un in-

dividuo de la especie humana. El trato del mundo, cuando hay entendimiento, puede suplir el estudio de los libros; en vez de que la ciencia y la teoría sin la práctica dan al hombre en la sociedad un aire ordinario y prestado, y le hacen inepto para todo. Si acaso es permitido ocultarse en la soledad, es allá al declinar nuestra carrera, cuando ya todo se ha visto y apurado, y cuando se ha pagado la deuda á la patria.»

CAPITULO XII.

Va á alojarse en casa de Polifron. Conducta de Eucaris, muger de este.

FORZADO á mudar de habitacion, Lastenia me proporcionó una en casa de Polifron, uno de sus amigos. Trabé fácilmente amistad con él y con Eucaris su muger, que era jóven y bella. La primera vez que Polifron me presentó á esta, la hallé con Filon, jóven Ateniense, de una figura interesante, que asistia á su tocador: echabase polvos amarillos Eucaris, y se daba con albayalde. Salí luego con Polifron, el cual preguntó á su muger cuales eran sus proyectos para aquel dia. Respondióle Eucaris, que iria con Filon al Odeon (16). Algo sorprendido de la estrecha

union de Eucaris con un jóven, y de la seguridad filosófica del esposo, le pregunté si Filon era hermano de su muger. «No, es un primo mio á quien amo y estimo mucho.» Pensé que este primo podia abusar del parentesco.

Víle despues muy asiduo en la casa, entrando libremente en el aposento de Eucaris, en donde yo no penetraba mas que con el marido. No dudé pues de una inteligencia íntima entre estas dos personas; pero nada dije, ni aun á Lastenia, por no violar los derechos de la hospitalidad.

Sin embargo Eucaris era decente en su conducta, la tierna modestia respiraba en su rostro y en sus miradas, y se citaban su piedad y religion. Antes de casarse, habia sido una de las dos caneforas. He aquí lo que son estas. Cerca del templo de Minerva Poliada (a), hay una casa habitada por dos vírgenes, que los Atenienses llaman *caneforas*, es decir porta-azafates. Estas vírgenes estan consagradas por algun tiempo al servicio de la Diosa, y el dia de la fiesta de esta van por la noche al templo, y reciben de la sacerdotisa de Minerva azafates que llevan sobre la cabeza, sin que ni aun la sacerdotisa sepa lo que contienen. Hay en la ciudad, cerca de

(a) La Poliada, ó protectora de la ciudad.

la Venus de los jardines, un cercado desde el cual se baja á una caverna: allí es donde estas dos virgenes depositan sus azafates y toman otros, que llevan al templo con el mismo misterio. Despues de esta ceremonia se las despide, y las suceden otras. Un dia que asistia con un amigo á las fiestas de Eleusis (17), alcancé á ver á Eucaris sobre un banco con un gran número de devotas. « Veis á estas buenas mugeres, me dijo mi amigo, pues van á permanecer aqui por devocion doce horas seguidas, sin tomar ningun alimento. — ¿Que libro es el que leen con tanta atencion? — Un libro escrito en lengua egipcia, con gerooglíficos. — ¿Como! ¿entienden este idioma enigmático? no las creia tan sabias. — No, no comprenden nada de él; los sacerdotes solo poseen la llave de su contenido, pero creen hacer su religion mas augusta y mas respetable, prescribiendo oraciones en una lengua ininteligible. Mirad con que cuidado conservan estas buenas mugeres su libro; está encerrado en una piel teñida de color encarnado. »

Sin embargo, la devocion de Eucaris no me deslumbraba. Sabia que las mugeres asocian frecuentemente los misterios del amor y los de la religion. Un dia temblé por ella, porque creí que tocaba en la catástrofe de su intriga. Debia yo comer en casa de Polifron.

A la hora de la comida nos fuimos él y yo á su casa. Quisimos entrar en el cuarto de su muger, mas la puerta estaba cerrada. Un esclavo dijo á Polifron que Filon acababa de entrar en él. Estremecíme á estas palabras, y creí ver la puerta despedazada y por tierra; mas Polifron con un estoicismo digno de Zenon: « No turbemos al primo, me dijo, y vamos á esperar al comedor. » Quedé petrificado, y no osé ya pronunciar el nombre de este peligroso primo; mas con grande admiracion mia el sosegado marido me preguntó si le conocia particularmente. — Muy poco, no le encuentro en ninguna parte. — Es porque vive retirado, y apenas frecuenta mas casa que la mia: es un escelente sugeto, valiente como Temistocles; ha hecho ya seis campañas de tierra y de mar: ha sido herido en el famoso combate en que Cabrias, nuestro general, aunque abandonado por los aliados, no pudo ser roto (18). Este jóven mandará un dia los ejércitos de la república; aunque soy pariente suyo, me es permitido hacer su elogio. No tiene las costumbres, ni las monerías, ni los melindres de los jóvenes de hoy dia, que son habladores y estan llenos de vanidad. Se los vé afectar el tener muchedumbre de criados; se hacen seguir por esclavos que llevan un asiento de tijera, para que se sienten en el paseo ú en las plazas:

visten, como las mugeres públicas, vestidos bordados, adoban su tez como ellas, se rizan, se perfuman, se ponen lunares, llevan en el bolsillo espejos y tocadores. Filón no tiene ninguna de estas necedades. — Este jóven entró en el mismo momento con Eucaris, y la comida fué servida. Polifron estuvo muy amable y muy galan con su muger, y colmó de atenciones á su primo. Todos parecian muy contentos; solo yo estaba asombrado, tanto mas cuanto que la reputacion, la prohibicion y los principios de Polifron no tenian mancilla. Asi es que su circunspeccion ó su adhesion tácita á los amores de su muger me parecian un problema indisoluble. Dichosamente el primo salió así que se acabó la comida, y el esposo, á quien llamáron, me dejó solo con Eucaris. Aproveché pues la ocasion para tratar de penetrar este enigma.

Comencé la conversacion por el elogio de Polifron: alabé su dulzura, sus luces, su integridad, y su adhesion por Eucaris. Esta aumentó las alabanzas, y me aseguró que le amaba mucho, que era su mejor amigo, y que debia á la bondad de su carácter y á su complacencia la felicidad de su vida. — «Y á mas de esto, no le creo susceptible de zelos. — No, tiene el alma demasiado noble y elevada, para mancharse con un defecto tan bajo. — Me atreveré á confesaros que, asimi-

landole á muchos otros, he temblado por vos ántes de comer, cuando ha hallado cerrada la puerta de vuestro aposento, y cuando le han dicho que estábais en él sola con Filón. Estoy lejos de formar sospechas poco favorables á vuestra reputacion; pero cualquiera otro marido hubiera podido amostazarse. Perdonad si me esplico con esta libertad.» Eucaris, lejos de avergonzarse, me sonreia tranquilamente. «¡La sangre fria de mi esposo parece que os sorprende! os sorprenderéis mas, cuando sepais que vivo con su primo como con él, y que tiene aquel los mismos derechos y los mismos privilegios. — Convengo en que mi sorpresa redobla; pero vuestra confianza me honra, y os prometo la mayor discrecion. — Os doy las gracias; pero podeis hablar, todo el público está en mi confianza, y Polifron tambien. ¿Esta confesion os sorprende sin duda? — Tanto como la indulgencia de vuestro marido. ¿Acaso las mugeres de Atenas gozan del privilegio de tener dos? — Sí, yo; mas tal vez soy yo la única. — Os felicito, y os apruebo el aprovecharos de él. — Sin duda no conocéis una ley de Solon, que me permite este doble matrimonio. — No, en verdad, pero la hallo admirable, para las mugeres se entiende. Dignaos hacerme conocer una ¡y que os favorece esclusivamente. ¿Habréis

hecho al estado algun servicio señalado? — No he tenido tal felicidad, voy á tratar de aclararos este problema. Cuando me casé con Polifron, no podia conocerle mas que por la estimacion general que habia adquirido en el mundo: yo no conocia sus cualidades fisicas y morales. — ¿Teneis alguna queja de su caracter, de algo de dureza, de su economia? — Lejos de esto, tiene una dulzura y una atencion encantadoras, y su generosidad no tiene mas límites que los de sus bienes y los de la razon; mas un hombre de un moral escelente puede ser marido muy mediano. Un año de indulgencia y de prueba de mi parte no ha hecho mas que agravar sus faltas. — Empiezo á comprenderos: Polifron, á pesar de vuestros encantos, no les paga mas que un ligero tributo. — Cualquiera seria suficiente para una muger honrada, pero el menor tributo está fuera de su posibilidad. — Entiendo: no es mas que un marido ideal; padece nulidad. — Polifron muy convencido de su inaptitud me propuso someterme á la ley de Solon, que permite á una muger, cuando es heredera (y yo lo soy), el recibir en su lecho al pariente mas cercano de su marido (19). Al principio rehusé, pero él me instó. — Y vos cedisteis. — Me nombró á su primo: yo sabia que este tenia mérito y costumbres, y acepté. Desde entónces vivimos

los tres en los lazos de la mas dulce intimidad. » La felicité por ello, pero no la oculté que encontraba singular esta armonía.

CAPITULO XIII.

Otra muger muy adicta á las leyes de Solon sobre los deberes de los maridos.

ESTA conversacion me unió mas estrechamente con esta muger de dos maridos: con el sexo una confianza llama otra. Un dia la encontré en conversacion muy animada con una muger larga, flaca, seca, que tenia largos brazos, cuello largo, faz prolongada, y que no era ya mas que una flor de otoño. Iba á retirarme; pero esta muger se despidió al instante de Eucaris, diciendola con una voz fuerte y con aire colérico: « Recomendadle que cumpla con su deber en adelante; y que de otro modo, aseguradle de mi parte que le citaré delante de los Arcontes. »

Despues que salió, pregunté á Eucaris lo que tenia aquella muger, que habia salido con los ojos centellantes y el rostro enrojecido. — Está furiosa contra su marido, y quiere citarle ante la justicia, y separarse de él, ó forzarle á mas consideraciones con ella. — ¿Es tal vez un hombre duro, brutal, ze-

loso? — No, es un hombre amable y bien educado. — ¡Ah! entiendo: ¿acaso está privado, como Polifron, del fuego sagrado de Prometeo, y su muger pide un suplente? — Tampoco, su situacion es diferente: ademas ella no es heredera, y no ha llevado mas que el dote ordinario de una Atenienesa, tres vestidos y algunos muebles. Añadese á esto, que tiene tres hijos de su marido debidos á la proteccion de Juno. — ¿Y como es eso? — Viendose estéril los primeros años de su matrimonio, fué á presentarse al templo de Juno para recibir de un sacerdote lupercal el don de la fecundidad; y he aquí como se comunica este favor. Despojase la muger de sus vestidos, se tiende en tierra, y el sacerdote la azota las espaldas con correas de macho cabrío. — ¿Y el secreto es sin duda infalible? — Los sacerdotes lo aseguran. Mi amiga, despues de esta cerimonia, ha tenido tres partos sucesivos: por lo cual veis que la cerimonia merece nuestra creencia, y que su marido se halla en una posicion bien diferente de la de Polifron. Mas debeis saber que hay una ley de Solon, que ordena á los esposos el llevar al menos tres veces por mes su tributo al altar del himeneo. Parece que el marido de esta muger falta á la ley; porque esta acaba de confiarme sus negligencias, sus omisiones, y los malos pretestos con que colorea su indi-

ferencia y frialdad. — Se vé que esta muger tiene, como Socrates, un profundo respeto por la ley; y aunque no sea ni jóven ni liada, no se puede negar que su cólera es legítima. Es necesario confesar que vuestro Solon era el amigo de las mugeres, y que no ha olvidado los intereses del sexo en su código. — Espero, sin embargo, arreglar este asunto; hablaré al negligente esposo, y le atraeré á su deber. »

Reí mucho con Lastenia de la grave inculpacion de esta muger. « Ese es, me decia mi amiga, el carácter de las Atenienesas: bajo la influencia de un clima seco y abrasador, nuestras doncellas estan casi condenadas á una clausura asiática, mas las casadas gozan de una gran libertad. Los maridos Atenieneses aman de tal modo el órden y la paz en sus matrimonios, que tratan á sus mugeres con mucha consideracion é indulgencia: perdonan la primera debilidad, y olvidan la segunda. »

CAPITULO XIV.

Sentencia pronunciada contra Focion : bella acción de Lastenia.

EN esta época fué cuando el pueblo Ateniense señaló su arrebatamiento y ligereza con una sentencia eternamente vergonzosa. Tal es el pueblo en todos tiempos y países, esto es bárbaro y frívolo, dócil y enagenado, ciego é insolente. Decia Epicuro : « Jamas he pensado en agradar al pueblo : lo que sabe, no lo apruebo ; y lo que aprueba, lo ignoro. »

La historia ha grabado sobre bronce las virtudes y talentos de Focion. Era un filósofo de genio rígido, á quien nunca viéron reír ni llorar. Conciliaba la filosofía y la elocuencia con el valor y la ciencia de un guerrero. Desdeñaba los placeres, y su mesa era escuela de frugalidad. Ya fuese al campo, ó ya estuviese al frente de las tropas, siempre caminaba descalzo y sin capa, como no hiciese un frio excesivo. Cuando la llevaba puesta, los soldados decian : « Focion con capa, señal de invierno crudo. » Le llamaban por excelencia el hombre de bien. Pues á este grande hombre se atrevieron los Atenienses á acusar de inteligencia con los enemigos del estado.

Le quitáron el mando de las tropas, y se presentó al pueblo, á los ochenta años de su edad, para defender su causa. Habia en la plaza un concurso prodigioso. Yo tambien estaba. Vi comparecer al anciano venerable, lleno de canas, y llevando como en triunfo sobre su rostro la calma y serenidad de la inocencia. Subió á la tribuna con paso firme. Tres veces abrió la boca para justificarse, y otras tantas le impuso silencio el clamoroso tumulto de aquella desenfrenada plebe. Pasáron á votar sin oírle, y fué condenado á morir por unanimidad de sufragios. Inmediatamente le llevaron á un calabozo los soldados. Todos los buenos temblaban de cólera, y solo un cortísimo número tuvo valor para despedirse de él. Pero Focion iba andando con igual serenidad á la que mostraba en las batallas. Uno de sus íntimos amigos le dijo, anegado en lágrimas : « ¡ Querido Focion mio, que injusta es vuestra sentencia ! — Ya yo me la aguardaba, le replicó : esta es la suerte que han tenido los ciudadanos mas ilustres de Atenas. ¿ Que se puede esperar de un pueblo que, despues de haber condenado á muerte á seis capitanes inocentes, gritaba : seria espantoso que no se permitiese al pueblo hacer lo que quiera, y como lo quiera ? ¿ de un pueblo que por un decreto todavía mas horrible mandó que se cortara la mano dere-

cha á todos los prisioneros que se hiciesen en el mar; que en un combate habiendo tomado dos galeras enemigas, hizo echar todos los prisioneros al agua (a)? ¿de un pueblo, cuyos embajadores enviados á Lacedemonia declararon espresamente que el mas débil debía estar sometido al mas fuerte: la naturaleza, decian, lo ha decidido así? Sin embargo, este pueblo habia erigido altares á la piedad. Un dia habiendo sabido que los Argivos habian matado á mil y quinientos de sus conciudadanos, hizo llevar á la plaza pública los sacrificios espiatorios, y pidió á los Dioses que apartasen del corazon de los Atenieses un pensamiento tan atroz (b).» Seguíle con el pueblo, que cometió tambien la vileza de llenarle de injurias y de oprobrios. Un hombre mal vestido y de malísima cara usó la bajeza de escupirle en el rostro. Focion, sin descomponerse, exclamó: «¿No podrán impedir á ese

(a) Estas atrocidades fueron castigadas: habiendo sido los Atenieses derrotados en un combate naval, el vencedor los hizo inmolar á todos á la vindicta pública.

(b) Proponiase á los Atenieses el introducir, á ejemplo de los Romanos, los combates de gladiadores: el filósofo Demonax se levantó exclamando: Atenieses, echad por tierra los altares de la Piedad y de la Misericordia.

hombre que haga cosas tan indignas?» Entré en la prision con muchos amigos suyos. Así que el verdugo le presentó la cicuta, uno de ellos le preguntó: ¿si tenia algo que encargar para su hijo? — Sí, tengo, le respondió; y es decirle que olvide la injusticia de los Atenieses. — Tomó seguidamente la copa, levantó los ojos al cielo, los bajó sobre nosotros, se sonrió, y se echó á pechos el fatal brebaje. Luego se acostó sobre una cama de tablas, sin proferir una queja, y sin la menor alteracion; y espiró, como Sócrates cuyas virtudes tenia.

Murió el 19 Targelion (Mayo), dia de la festividad de Jupiter, llamada *Diasia*. Hacian los caballeros una procesion en honor de Jupiter; y al pasar por delante de la prision, unos se quitáron las coronas de las cabezas, y otros echáron á llorar.

Aquel espectáculo doloroso me traspasó el corazon. Corrí á casa de Lastenia, que por este suceso estaba en cama; pues, como queria tanto á Focion, habia lastimado su alma la atroz injusticia de los Atenieses. Así que llegué, empecé á llorar: ella me entendió, y me acompañó con lágrimas abundantes. Viniéron á decirnos que un decreto prohibia dar sepultura á quien se debian erigir altares. Lastenia, que era intrépida en hablandose de obrar bien, me propuso que arrostrásemos

el furor del pueblo, y que fuésemos de noche á recoger los preciosos restos de aquel hombre grande.

Marchámos entre la oscuridad, acompañados de un solo esclavo. Vendiéronnos el cadáver, y Lastenia lo mandó transportar á su casa de campo. Trabajámos toda la noche para abrirle una huesa en el jardín, y la cubrimos con una gran piedra, en la que se puso esta inscripción: *Apreciable y sagrada tumba, depósito en tu hueco las reliquias de un hombre de bien. Conservalas fielmente para devolverlas algún día al sepulcro de sus antepasados, cuando Atenas fuere mas juiciosa.*

CAPITULO XV.

Discurso y paseo de Lastenia. Encuentro de Diogenes. Desayuno en el campo sobre la yerba.

CONTINUABA Lastenia hermo­seando mis dias. No habia cosa que alterase su serenidad. Para nosotros habia olvidado el amor sus caprichos é inconstancias. Mezclábamos con lo agradable de sus placeres el delicioso entretenimiento de la lectura. Nunca acababan nuestras conversaciones. Pascábamonos, en las mejores horas del dia, á las orillas del

Iliso, ó por parages poco frecuentados. «El amor, me decia Lastenia, es hijo de la naturaleza, y gusta de los frescos céspedes, de los prados, de la sombra de los bosques, y del canto melodioso de los pájaros. Hasta la filosofía se complace bajo doseles de hojas, y por los valles, y cerca de las rústicas cabañas. Conviene que sean risueñas las entradas de la sabiduría. Los jardines de Epicuro estan llenos de plátanos, y nuestros pórticos y liceos se ven circundados de grandes alamedas de bellos árboles.» — Salimos, una hermosa madrugada, al apuntar la aurora, para ir á desayunarnos al campo. Dos esclavos nos llevaban las provisiones, y yo bajo del brazo el alimento espiritual de los Caracteres de Teofrasto, porque sus máximas y retratos solian ser pábulo de nuestras conversaciones y disputas. Andábamos muy poco á poco, respirando la frescura de la mañana, cuando nos dió en ojos una perspectiva espantable.

Vimos varias personas reunidas en torno de un árbol. Nos acercámos, y vimos á una vieja que acababa de ahorcarse. Estaban discutiendo sobre el motivo de su despecho, y compadeciendo su desventura, cuando un hombre, con capa andrajosa y remendada, con un palo en la mano, con unas alforjas al hombro, con barba larga, sin zapatos y sin túnica, se paró junto al cadá-

ver, y exclamó: *¡Que dichosos fuéramos, si todos los árboles diesen semejante fruto!* A todos enfadó aquel sarcasmo; y aun yo iba á responder al imprudente, cuando Lastenia me dijo: «*¿Pues no conoces á Diogenes el cínico? Alejemonos, porque es un hombre á quien no puedo tolerar; y no porque no tenga penetracion, entendimiento ameno, agudezas felices, y bastante elevacion en su ánimo, sino porque su mordacidad, su porquería, y muchas de sus máximas son repugnantísimas. Dice que el sabio, para ser dichoso, ha de vivir independiente de la fortuna y de toda preocupacion; y que el rigor de las estaciones y las necesidades de la pobreza le han de encontrar impasible; y que las clases, las riquezas, los honores, la fama, y los miramientos que nos debemos unos á otros, no son á sus ojos mas que impostura y error.*» Su habitacion era un tonel que ahora está en el templo de la madre de los Dioses, el cual tonel rompió un jóven, y los Atenienses le infligieron por ello un castigo ejemplar, y diéron otro tonel á nuestro Cínico. Causa asco verle metido en su madriguera. Aseguran que allí, abandonando todo pudor, aísla sus deleites, diciendo que quisiera satisfacer con tanta facilidad las necesidades de su estómago. En verano se revuelca sobre la abrasada arena, y en invierno anda

descalzo sobre la nieve. Véle allí, que va ácia el río; sigamosle. *¿Cuanto orgullo y fanfarronada se esconde bajo aquellos harapos!* Ahora se acerca á aquel muchacho que está bebiendo agua del río, y le habla: escuchemos. — *Diogenes.* «*¿Que haces, niño?* — *Niño.* Estoy bebiendo. — *Diogenes.* *¿Y sin taza?* — *Niño.* *¿Para que la quiero?* *¿pues no tengo el hueco de la mano?* — *Diogenes.* *¿Por Jupiter, que dice bien! ese muchacho me enseña que tengo algo de superfluo.*» — Mirale, Antenor, como arroja su escudilla por mueble inútil. Has de saber que el otro dia viendo á los jueces que llevaban á un hombre al suplicio, por haber robado una redomilla en el tesoro público, dijo: «*Ahí van unos ladronazos que llevan preso á un ladroncillo.*» Pero apartemonos, que temo se me acerque. *¿Que contraste forma su filosofía con la de Aristipo!* *¿En que se parece el decoro, las costumbres y la finura de este, al asqueroso cinismo del otro?* Aristipo se plega á todas las situaciones, sabe usar de los dones de la fortuna, y sobrellevar sus rigores; y Diogenes, como un animal inmundo, no sabe mas que vivir en el lodo. Ocurriósele un dia decir á Aristipo: «*Si te contentaras con legumbres, no te humillarías á obsequiar á los principes.*» — Y si Diogenes, repuso Aristipo, obsequiara

á los príncipes, no se veria precisado á vivir con legumbres. » No perturbe pues nuestros placeres ese personage vil: vamos á sentar á la sombra sobre el pendiente de aquella colina, y desayunemonos. El almuerzo era frugal, pero esquisito. Teníamos dátiles de Fenicia, y el pan, que era del mejor trigo, estaba amasado con leche, aceite y sal. Nuestra situacion era sumamente agradable. Un horizonte brillantísimo se abria delante de nosotros. El sol, que estaba á las puertas del Oriente, deslumbraba con infinitos resplandores. « ¡Que magnificencia, exclamó Lastenia encantada de ver aquel soberbio cuadro! ¡Que inmenso foco! Sol, ¿quien te ha criado? ¿donde está tu Criador? ¿que océano de fuego alimenta tus luces? » Estas reflexiones nos llevaron á hablar del politeismo. Lastenia abominó y despreció la multitud de Dioses, sus oráculos, sus misterios, y sus templos hechos carnicerías. Se habia hecho una religion para ella, para su uso, ó mas bien sus principios eran el teismo puro. No reconocia, como Sócrates, mas que un Dios vengador del crimen y remunerador de la virtud. « La virtud, decía, no consiste ni en las oraciones, ni en los ritos, ni en las privaciones; es toda activa: hallase en la cadena reciproca que nos une, y en el bien que el hombre debe hacer al hombre. Tal es la religion de las personas

ilustradas, la que debe agradar al Ser supremo, la que inspira el amor y el reconocimiento, y no el terror. Si en las obras de este primer autor hallamos dificultades y contradicciones, todas nacen de nuestra ignorancia, ó de la desproporcion que hay entre él y nosotros. ¡O gran Jupiter! quien quiera que seas, cualquiera que sea el nombre que tengas, la inmensidad es tu templo: la tierra, el mar y los cielos son tus altares. No dudo que un día no degraden la razon de nuestros nietos supersticiones tan absurdas como las nuestras; mas pienso que despues de haber adorado gatos, ibis, cocodrilos, dioses Apis, y hombres-dioses, recibirán del cielo el teismo depurado de todas estas supersticiones. Esta es una verdad que no es todavía tiempo de dejar salir de la caja: seria recibida, como lo fuéron de los Troyanos los oráculos de Casandra; y nuestros sacerdotes, unidos por el interes á la religion, persiguen con encarnizamiento á todo atrevido que osa levantar la punta del velo que cubre su hipocresía. Han inmolado á Sócrates, han condenado á Anaxagoras, y sacrificarian á otros.»
 ¡Ay de mí! estos principios que adopté, fuéron los que me separaron largo tiempo de esta muger hechicera.

CAPITULO XVI.

Fiestas de Baco. Desgracia de Antenor.

RENACIA ya la primavera, y se llenaba la ciudad de extranjeros atraídos por las grandes Dionisiacas, ó fiestas de Baco. En su origen no se veía en ellas mas que un cántaro de vino, una cepa, un macho de cabrío adornado de guirnaldas, un azafate lleno de higos, y un falo: hoy esta fiesta ofrece una pompa bien diferente. Fui asistente constante á este espectáculo tan nuevo para mí. Comenzó á la entrada de la noche, y Polifron me condujo á él. Corrimos las calles; toda la ciudad estaba como embriagada. Primeramente parecieron las bacantas y los iniciados cubiertos con una piel de Fauno, y ceñidas las cabezas con una mitra coronada de mirto y de yedra. Con una mano balanceaban los tirso, y con la otra agitaban los címbalos y los cascabeles: marchaban tocando la trompeta. Yo veía desfilar tropas de bacantes y bacantas, coronados de hinojo y de ramos de chopo, los cuales se agitaban, bailaban, aullaban, invocaban á Baco en voces desentonadas, y destrozaban las victimas crudas con las uñas

y con los dientes. Llegóse á nosotros uno de los amigos de Polifron; hablámos de aquel espectáculo, de los gestos y de las contorsiones de los bacantes; y dije que las fiestas de Baco eran las de los borrachos.

Vimos luego una procesion que representaba el triunfo de aquel Dios á su vuelta de la India. Habia hombres disfrazados de sátiros, y en la figura del dios Pan. Otros llevaban machos de cabrío para sacrificarlos: estos montados sobre burros, con la faz rubicunda, imitaban á los Silenos, marchando con la cabeza vacilante; y aquellos, vestidos de mugeres, cantaban cánticos obscenos, y llevaban en el extremo de una percha un objeto llamado *Falo*, delante del cual se arrojaban todas las devotas. Yo reia de estas buenas mugeres, y dije á Polifron: Estos sacerdotes son bribones sagaces. Al oirme esta espresion impía, Polifron me hizo señas para que fuese mas circunspecto; habia mirado á su amigo, y advertido que habia hecho este un gesto desagradable.

Pero un espectáculo mas grato suspendió mis burlas. Vimos venir con paso mesurado á las Caneforas, virgenes jóvenes de la mayor distincion. Caminaban dos á dos, los ojos bajos, vestidas con una túnica sencilla, y de una maravillosa blancura. Llevaban sobre las cabezas unas cestas de juncos, cubiertas con

un velo de púrpura, y llenas de las primicias de muchos frutos, de tortas, de semillas, de sal, y de hojas de yedra. Acompañabanlas criadas, las cuales llevaban en una mano un parasol para preservar á sus amas de los calores, y en la otra una silla de tijera para que descansasen.

Aquel espectáculo me prendó, porque aquellas muchachas vírgenes eran lindas, ó lo parecían. La frescura, la lozanía de su edad, su adorno, su modestia y su silencio atraían los ojos y los corazones, y promovían la piedad. Seguíanlas unos muchachos adornados con túnicas sencillas. Todos los techos de las casas, que eran terrados, estaban llenos de espectadores, y las mugeres alumbraban la brillante pompa con lámparas y hachones.

Recorrió aquella procesion la ciudad mientras pasó una parte de la noche, cantando himnos fálicos y celebrando las virtudes de la Divinidad: detuvo en la plaza mayor. Las vírgenes y los muchachos formáron una gran rueda. Los sacerdotes se colocáron en medio, sacrificáron dos becerrillas y dos machos de cabrío, é hicieron seguidamente las libaciones, y vertieron por tres veces al derredor de las victimas espirantes agua y miel en honor de Baco.

Entré en mi casa contentísimo, y con propósito de ir muy temprano al teatro, para

hallarme en las oposiciones de música y de baile, y asistir á los concursos de dramas nuevos, á pesar de que la memoria de mi desgraciada tragedia me habia preocupado contra los juegos escénicos. La flor de la juventud debia bailar en el teatro enteramente desnuda. Sofocles fué el primero que dió en su primavera este espectáculo á sus conciudadanos en las fiestas de Ceres. Ocho dias ántes Frine, la bella Frine, se habia bañado sin ningun velo á los ojos de toda la ciudad: todos los inteligentes, todos los artistas habian acudido para admirar las bellas proporciones de su cuerpo (a).

Durmiendo estaba yo profundamente, cuando un esclavo de Lastenia me despertó despavorido, rogandome de parte suya que fuese inmediatamente á verla. Salí al momento, y la hallé consternada y con los ojos llorosos. « Amado amigo mio, me dijo abrazandome, preciso es que nos separemos, y que al ins-

(a) En los primeros siglos de la Iglesia se bautizaba á las personas de entrámbos sexos indistintamente en las mismas aguas.

Nota del traductor. La nota anterior no quiere decir nada, si no se advierte que el bautismo se hacia por immersion, es decir suniendo todo el cuerpo desnudo en el agua, y que todos se bautizaban ya adultos, y aun muchos esperaban á la vejez ó á la última enfermedad.

fante te vayas. — ¡Irme!.... ¡dejarte yo, Lastenia!.... ¡yo dejarte! exclamé pálido de terror. — Si, Antenor, porque has ofendido con sarcasmos á los sacerdotes de Baco. Estos ministros de paz son vindicativos é implacables. Te han denunciado al segundo arconte, y este al tribunal de los Heliastas (20): serás indubitablemente condenado, y aun ahora mismo tiemblo ya. Huye cuanto ántes, y nunca olvides á la mas tierna amiga tuya.»

— Quedé mudo, y petrificado como Niobe. Asustada Lastenia de mi estupor, me abrazó estrechamente, me regó con sus lágrimas, y me recordó mi juicio y mi razon. En fin, despues de un largo y pavoroso silencio prorumpí en sollozos y en desesperadas voces. « No partiré, la dije: prefiero la muerte.» Entraron en aquel instante mismo Polifron y Aristipo, que iban tambien á advertirme del riesgo en que estaba. « Amigo mio, me dijo Aristipo, preciso es ausentarse. Convergamos en que lanzar epigramas contra nuestros sacerdotes y sus graciosidades, es hacer el Titancillo, es atacar á los Dioses. No queráis representar aquí á Socrates, y dar á los Anitos y Melitos el gusto de haceros tragar un vaso de cicuta: huid cuanto ántes; que, miéntras esteis ausente, echarémos tortas con miel á la boca de estoserberos para apaciguarlos.»

No me resistí mas, y volví á casa á componer mis negocios. Dabame priesa á ello, cuando entró Polifron todo azorado, sin hablar. « ¿Que es eso? le pregunté: hablad francamente, qué nada tengo ya que temer. — Pues bien, Antenor, armaos de firmeza, que vienen á prenderos.» En efecto, se presentó un oficial del Areopago, acompañado de dos satélites, y me mandó que le siguiera. Abracé á Polifron con ojos enjutos, y marché á la prision.

¡Tremenda caída! ¡venir á parar desde el centro de los placeres, de los deleites y de las delicias del amor, á los grillos, y á la habitacion de los crimenes! Pero las tinieblas y los horrores de la muerte que me circundaron, me asustaron menos que la pérdida de Lastenia. Pasé todo el dia envuelto en un dolor tétrico, y sentado sobre una piedra. Vino la noche: ¡que soledad! ¡que silencio! Angustiabaseme el ánimo, y me aniquilaba la desesperacion. Para mí el tiempo estaba inmóvil como ántes de la creacion del mundo. Iba la noche adelantandose, y redoblandose mis angustias; pero súbitamente oí rechinar los cerrojos, me estremecí, miré, y divisé una luz muy débil: traíala un esclavo, el cual me llamó, y á su voz me conmoví. « ¿Que quieres? le pregunté: ¿quien eres? — Tu amiga, que viene á salvarte: reconoceme. — ¡Cielos! ¿tú eres?

¡oh Lastenia! ¿quien te impulsa para que me socorras? — Antenor mio, la humanidad, la lástima, y el amor; pero ven conmigo, porque en esta habitacion espantosa todo me estrema y horroriza.» Tomóme por la mano, salimos, apresurámos el paso, y nos vimos pronto de puertas afuera de la ciudad. Allí encontré á Aristipo, á Polifron, á un esclavo, y dos caballos. Aristipo me dijo: «Partid, y sabed que no sin gran dificultad hemos conseguido el permiso de sacaros de la prision: el alma del gran sacerdote de Baco se prestó á la compasion: fuéron oidas Lastenia y la humanidad.» Me postre á los piés de Lastenia, sin poder balbuciar mas palabras que agradecimiento..... desesperacion..... y eterna fidelidad. Mandó Aristipo acercar el caballo, y me dijo: «Todos cuatro estamos en peligro, y no querriais esponernos.» Diciendo esto, me abrazáron él y Polifron; y cuando tuve á Lastenia entre mis brazos, fué menester arrancarme de ella: alejáronla, montáronme á caballo, arreólo el esclavo, me precedió, y le seguí. Marchámos toda la noche y una parte del dia siguiente, y parámos, al ponerse el sol, cerca de Oropa, ciudad situada sobre los confines de la Beocia y del Atica, á docientos cuarenta estadios de Atenas (a).

(a) Cerca de nueve leguas y media.

CAPITULO XVII.

Su encuentro al llegar á Oropa. Carta á Lastenia. Respuesta.

AL acercarnos al pueblo, iba yo caminando á pié, cabizbajo, y profundamente conolido. Pasé por junto á un hombre de edad avanzada y sencillamente vestido, que estaba sentado sobre la yerba tomando el fresco. Saludóme, miróme atentamente, y conocí que le habian parado mi melancolia y mi juventud. Vinóse á mí á preguntarme: si tenia en Oropa algun pariente ó amigo en cuya casa alojarme? Respondile que á nadie conocia. — Pues yo seré, me repuso, vuestro huésped y amigo: venid á mi casa, porque me parece que sois desgraciado; y siendolo, debe mi casa ser vuestro asilo.

Movido yo del afectuoso tono y de la fisonomia agradable de aquel hombre, acepté su oferta. — Seguidme, me dijo: yo vivo en el campo, y no está lejos mi habitacion. Al entrar en su casa, me añadió: «Aquí no hallaréis el fasto y la superfluidad de la opulencia, pero disfrutaréis reposo y libertad.» Me presentó á su hijo é hija: esta entraba en la pri-

mavera de su edad, y el hermano acababa su cuarto lustro. La casa de Dioeles, que así se llamaba mi huésped, era cómoda y modesta: cuatro moreras copadas la daban sombra, y no lejos de la casa corría una fuente cuya agua fresca y límpida regaba un jardín y una pequeña pradería que lo terminaba. Los muebles y utensilios correspondían á la sencillez del amo.

Habiame dado Lastenia dos palomas para que con ellas la enviase prontamente noticias mías: este era el uso de la Grecia. Aquellos animales, adiestrados cuidadosamente, y deseosos de volver á ver sus pichonzuelos, se volvian á sus nidos de una volada. Así que bajé de mi caballo, escribí con mano trémula el siguiente billete:

« Los Dioses, cara Lastenia mia, me han dejado la existencia, sin duda para anegarme en amarguras. Dicen que estoy en Oropa; no lo sé: mi alma abrumada, fuera de sí, ignora si habita en la tierra ó en el Tártaro. ¡O Lastenia! ten compasion de esta alma que solo vive por tí y para tí. ¡Feliz el que sabe morir!»

Até este billete al cuello de una de las dos palomas, y la solté. Miétras aguardaba la respuesta, estuve inaccesible á todo consuelo, iba y venia por el campo como un atolondrado, trepaba por las rocas, y me cansaba por las colinas; y en todas partes grababa

el nombre de Lastenia. Cuando encontraba algun eco, sentia alguna dulzura en hacerselo repetir, y á la noche me volvía á casa abrumado de fatiga y de dolor. El primer día no quise tomar alimento; pero al segundo viendome mi huésped obstinado en no comer, me dijo: « Examinaos bien, y si habeis determinado mataros de hambre, teneis razon de absteros; pero, si habeis de comer algun día, mejor es que hoy empeceis: creedme. » Tomé su consejo, y me fué bien con él.

Tuve por fin respuesta de Lastenia; y me notició que los sacerdotes de Baco, por orden de los Heliastas, habian pronunciado solemnemente imprecaciones contra mí. « Se han vuelto, me decia, ácia el occidente, sacudiendo sus vestidos de púrpura, y han votado á los Dioses infernales no solo á tí, sino tambien á toda tu posteridad. Estan persuadidos de ello, y lo hacen creer á otros, que las furias van á apoderarse de tu corazon, y que su rabia no quedará saciada hasta la estincion de tu raza. Pero nuestras furias, amado Antenor mio, son nuestras mismas pasiones, cuando han quebrantado el freno de la razon. ¡Ay de mí! tu ausencia me ha entristecido y alterado mi salud: los consejos y amistad de Aristipo y algo de filosofia sostienen mis fuerzas, y me recuerdan la necesidad de padecer. En fin, me instruyo en la escuela de la

esperiencia y de las desgracias. Veo que las pasiones, parecidas á las tempestades, asolan y destruyen el campo de la vida. A dios, amable amigo mio. Todas las horas del dia te busco, y pido tu persona á los sitios en que solia verte, pero estan sordos y mudos; y entónces derramo lágrimas, como ahora mismo, que mojan este papel. Recogelas, mezcla con ellas las tuyas, y nunca olvides á tu desventurada y sensibilisima amiga. Pasalo bien, y se dichoso.»

Aquella carta irritó mis heridas: la pesadumbre perturbó mi razon y abatió mis fuerzas. Muchas veces, vagando por los montes, estuve á pique de precipitarme en sus abismos. No sé que mano invisible, ó que repentino apego á la vida, me contuvo en la misma orilla del precipicio.

Entretanto el sabio Diocles procuraba fortificar mi alma, y derramar en ella algunos consuelos, con atenciones, con buenas máximas, y con consejos dictados del corazon. Crisila, hija suya, que era fresca y hermosa como Hebe, era tambien sencilla y graciosa; se esforzaba á distraerme, ya cogiendome flores, ya presentandome frutas, ya cantando y tocando la lira; me pedia con frecuencia, dulce y tiernamente, que no me entristeciese; y decia que mis pesares la causaban pena, porque ni podia ver padecer á

un pájaro. Algunas veces suspendian mi dolor sus amables caricias; pero, en quedandome solo, renacia con mayor vehemencia.

CAPITULO XVIII.

Diocles, para consolarle, le cuenta su historia.

UN dia me encontró Diocles tendido sobre una piedra, con el semblante pavoroso, y con los ojos desencajados y fijos, y me reprehendió tanto abandono y flaqueza. «La desgracia, me dijo, alcanza á todos los humanos: jóven sois, aprended á sufrir. A ver si sabeis el siguiente pasage de Democrito. Estaba este en la corte de Dario, cuando el Monarca perdió la muger á quien mas amaba, manifestandose inconsolable por aquella pérdida. Ofreció Democrito resucitarla, con tal que le diesen el nombre de tres personas que nunca hubiesen experimentado desgracia alguna. No las halláron, y aquella prueba sirvió á Dario de consuelo. Yo, como todos los mortales, he pagado muy á menudo mi tributo de dolor. He conocido la adversidad, he aprendido á sobrellevarla, y al fin he visto suceder á las borrascas dias serenos. Mañana por la mañana vendréis conmigo, y veréis,

esperiencia y de las desgracias. Veo que las pasiones, parecidas á las tempestades, asolan y destruyen el campo de la vida. A dios, amable amigo mio. Todas las horas del dia te busco, y pido tu persona á los sitios en que solia verte, pero estan sordos y mudos; y entónces derramo lágrimas, como ahora mismo, que mojan este papel. Recogelas, mezcla con ellas las tuyas, y nunca olvides á tu desventurada y sensibilisima amiga. Pasalo bien, y se dichoso.»

Aquella carta irritó mis heridas: la pesadumbre perturbó mi razon y abatió mis fuerzas. Muchas veces, vagando por los montes, estuve á pique de precipitarme en sus abismos. No sé que mano invisible, ó que repentino apego á la vida, me contuvo en la misma orilla del precipicio.

Entretanto el sabio Diocles procuraba fortificar mi alma, y derramar en ella algunos consuelos, con atenciones, con buenas máximas, y con consejos dictados del corazon. Crisila, hija suya, que era fresca y hermosa como Hebe, era tambien sencilla y graciosa; se esforzaba á distraerme, ya cogiendome flores, ya presentandome frutas, ya cantando y tocando la lira; me pedia con frecuencia, dulce y tiernamente, que no me entristeciese; y decia que mis pesares la causaban pena, porque ni podia ver padecer á

un pájaro. Algunas veces suspendian mi dolor sus amables caricias; pero, en quedandome solo, renacia con mayor vehemencia.

CAPITULO XVIII.

Diocles, para consolarle, le cuenta su historia.

UN dia me encontró Diocles tendido sobre una piedra, con el semblante pavoroso, y con los ojos desencajados y fijos, y me reprehendió tanto abandono y flaqueza. «La desgracia, me dijo, alcanza á todos los humanos: jóven sois, aprended á sufrir. A ver si sabeis el siguiente pasage de Democrito. Estaba este en la corte de Dario, cuando el Monarca perdió la muger á quien mas amaba, manifestandose inconsolable por aquella pérdida. Ofreció Democrito resucitarla, con tal que le diesen el nombre de tres personas que nunca hubiesen experimentado desgracia alguna. No las halláron, y aquella prueba sirvió á Dario de consuelo. Yo, como todos los mortales, he pagado muy á menudo mi tributo de dolor. He conocido la adversidad, he aprendido á sobrellevarla, y al fin he visto suceder á las borrascas dias serenos. Mañana por la mañana vendréis conmigo, y veréis,

por la narracion de mi vida, que nuestro camino está cubierto de malezas y de agudas espinas. »

Al alba del siguiente dia entró en mi cuarto Diocles, con un vaso de miel en la mano. « Seguidme, me dijo, y venid á instruiros. » Atravesamos el jardin, y subimos á una colina. Paróse, en medio del repecho, delante de una urna sombreada por unos cipreses: junto á ella habia una pirámide con esta inscripcion: « *Cenizas sagradas de Eufemia: su alma está con los Dioses.* » No lejos de allí filtraba por entre unas rocas una agua purísima. Diocles acabó de llenar con ella el vaso que contenia la miel, la mezcló, se acercó á la urna, la rodeó con sus brazos, la besó tres veces, hizo libaciones en torno de ella, y despues llamó por tres veces á la sombra de Eufemia, y la recomendó á los Dioses Manes (21).

Yo le observaba en silencio: volvió á mí con los ojos humedecidos de llanto, se los enjugó, y me dijo: Aquella urna contiene las tristes reliquias de lo mas amable que jamas vió el mundo; de un objeto que idolatraba yo; de una esposa que fué el consuelo, la gloria y la dicha de mi vida. Pero quiero que mi historia os enseñe que mientras peregrinamos sobre este globo, es preciso, por decirlo así, zambullir nuestra alma en las aguas del Estigio, para endurecerla contra la adver-

sidad; y que es forzoso igualmente padecer sin murmurar, y creer que nunca deja de mostrarse alguna serenidad por entre las nubes de esta vida.

Nací en Tebas, y aun era muy jóven cuando ya cursaba la escuela de la infelicidad. Diez y ocho años tenia, al tiempo que la ciudad fué sorprendida por los Espartanos, quienes durante las fiestas de Ceres se apoderáron por una traicion de Cadmea, nuestra ciudadela.

Habia dos partidos: el uno favorable á los Lacedemonios, y el otro, muy amante de la patria, los odiaba: yo era de este último; y hallandome entónces adicto al famoso Pelopidas, pariente mio, tuvimos la felicidad de escaparnos con nuestros amigos, y de refugiarnos á Atenas, donde tuvo alivio nuestro infortunio con el generoso acogimiento que debimos al pueblo y á los primeros personajes.

Un decreto nos declaró desterrados de Tebas. Pasados seis meses, nos juntó Pelopidas, y nos dirigió este discurso: « Nuestra patria, nuestros hermanos y amigos están gimiendo entre cadenas. Aquí servimos de carga á los Atenenses, viviendo de sus beneficios: imitemos á su héroe Trasibulo, que con quinientos soldados se apoderó del Pireo, y trastornó la tiranía. Rompamos las cadenas de nuestra patria, y llamemos á la venganza:

el peligro es grande, y el éxito difícil: pero tambien nos espera una gloria inmortal: y si sucumbimos, no solamente Tebas, sino tambien los Griegos y la posteridad erigirán altares sobre el mármol de nuestros sepulcros. » Aquella corta arenga despertó nuestro resentimiento, é inflamó nuestro brio. Juramos sobre nuestras espadas la muerte de los tiranos. Procuramos ocultamente prevenir á nuestros amigos de Tebas. Caron, que era uno de los principales de la ciudad, nos ofreció su casa. Epaminondas alentaba bajo mano el valor de los jóvenes. Arreglado el plan y fijada la época, fué Ferenico con algunos conjurados á ocultarse en el arrabal de Triasia; y nosotros, que éramos doce, todos estrechos amigos, todos amantes de la gloria y del honor, partimos de Atenas. Llegamos á Triasia á media noche, y fué un correo á noticiárselo á Caron. Al amanecer, abrazamos á nuestros camaradas que se quedaban en Triasia, nos prometimos mutuamente valor, venganza y fidelidad, y marchamos á Tebas. Ibamos vestidos sencillamente con unas jaquetillas, llevábamos perros de caza, y en la mano unos garrotes, para que nos tuviesen por cazadores. Caron aguardabanos con intrepidez: pero el débil Hipertonidas, aunque ciudadano bueno y honrado, se estremeció á la vista del peligro;

y sin prevenir á ninguno de los conjurados, despachó un correo para rogarnos que nos detuviéramos. El correo, nombrado Childon, corrió á su caballeriza, buscó la brida de su caballo, no la encontró, y preguntó por ella á su muger. Esta respondió, por acaso, que la habia prestado. Enojóse Childon, y vomitó injurias é imprecaciones contra ella: la muger le pagó en la misma moneda. Pasóse el dia entre violentos altercados, y Childon renunció por fortuna á su viage. Entramos en la ciudad por varias puertas, á eso del crepúsculo de la tarde; pero como empezaba el invierno, tenia encerrados á los habitantes en su casa el frio, el viento y la nieve. Nos hallamos cuarenta y ocho en casa de Caron.

Filidas, que era secretario de los polemarcos Arquias y Filipo, estaba de acuerdo con nosotros, y los habia convidado á cenar, prometiendoles delicadísima cena y hermosas mugeres, porque intentaba embriagarlos y adormecer su vigilancia. A la mitad de la cena, estando ya casi embriagados, les llegó un rumor vago y confuso de que los desterrados estaban en la ciudad. Filidas hizo cuanto pudo para desvanecer la noticia; pero Arquias envió á llamar inmediatamente á Caron. Ya estábamos preparando nuestras espadas y corazas. En esto llamaron á la

puerta, y todos lo estrañamos. Enviámos á un criado fiel para que abriera, el cual volvió despavorido á decirnos la órden del polemenco. Quedámonos en silencio, mirándonos unos á otros: en fin deliberámos, y resolvimos que Caron se presentase con libertad. Caron, intrépido en su riesgo, temia el de sus amigos; sin embargo podíamos sospacharle de traidor, ó cuando menos de débil. Corrió pues al cuarto de su muger, tomó en brazos á su hijo único, niño hermosísimo, y le puso en manos de Pelopidas, diciéndole: « Si os vendiere, vengaos sin compasion en ese niño. » Lágrimas nos arrancó aquella accion heroica. « Ve, le dijimos, que ya conocemos tu buena fé y tu osadia: vuelve á tomar tu hijo: y si pereciéremos, él será nuestro vengador y el de la patria. » No escuchó mas, oró á los Dioses, nos abrazó, y salió. En el camino se mesuró y se tranquilizó el rostro. Asi que llegó á la puerta de la casa del festin, le salieron al encuentro Arquias y Filidas; y Arquias le preguntó: « Caron, ¿ que gentes son esas que acaban de llegar á la ciudad? — ¿ De que gentes me habiais? replicó Caron haciendo el admirado: cuidado no sea algun falso rumor inventado únicamente con el designio de interrumpir vuestros placeres. En fin, haré exactas pesquisas, y vigilaré atentamente, porque no

conviene despreciar las noticias. » El astuto Filidas alabó mucho su prudencia. Volvió con Arquias á la sala, le escitó á beber, prolongó la cena, y le lisonjeó de que pronto llegarían las mugeres. Regresado Caron, nos encontró á todos dispuestos á perecer con las armas en la mano gloriosamente; pero nos volvió la esperanza y la alegría.

Apénas disipado aquel peligro, sobrevino otro. Llegó un correo de Atenas con cartas para Arquias, en las que le circunstanciaban menudamente la conjuracion. Dijole el correo: « Señor, quien os escribe os suplica que leais al momento las cartas, porque tratan de asuntos importantísimos. » Arquias, que ya estaba tomado del vino, se rió del mensaje, y dijo metiendo las cartas bajo su almohadon: « Los negocios serios para mañana. » Esta espresion se convirtió en proverbio.

Nos dividimos en dos partidas: una, á las órdenes de Pelopidas, fué á atacar á Leontidas y á Hipotas en sus propias casas; y la otra, en que yo estaba, bajo el mando de Caron, marchó contra los polemencos. Llevábamnos sobre nuestras corazas vestidos de mugeres, y sobre nuestras cabezas coronas de pino y de chopo, que nos tapaban las caras. Al presentarnos, diéron los convidados gritos de alegría, creyendo que éramos

las cortesanas que habian esperado tanto tiempo. Fuimos entrando, y observando atentamente á cada personage; y hecho esto nos arrojámos con las espadas desnudas sobre Arquias y sobre Filipo: Filidas persuadió á los convidados á que se estuviesen quietos, asegurandoles que nada tenian que temer: y á los que se atrevieron á sacar la cara (como ya estaban casi volcados del vino), se les dió la muerte juntamente con los dos polemarcos.

Mayores dificultades encontró Pelopidas. Llegó con sus compañeros, y llamó á la puerta de Leontidas que estaba ya acostado, y nadie respondió. Abrió, por fin, un esclavo á quien mataron, y despues subiéron al cuarto de su amo, quien despertado ya por el ruido saltó de la cama, y tomó su espada; pero olvidó apagar las luces, y lo erró, porque acaso se hubiera salvado. Defendió la entrada de la puerta, y derribó á sus piés á Cefisodoro, que fué el primero á presentarsele. Siguióle Pelopidas, y acometió á Leontidas: la puerta era estrecha, y el cuerpo de Cefisodoro obstruía el paso: fué la pelea larga y peligrosa; pero al cabo Leontidas cedió y murió, y desde allí corrieron á casa de Hipotas, que tuvo la misma suerte.

Reuniéronse nuestras dos tropas despues de estas hazañas. Despachámos correos á los

desterrados del Atica; llamámos á los Tebanos á la libertad; los armámos, y forzámos las tiendas de los espaderos. Epaminondas y Gorgidas viniéron á nuestro socorro. Por toda la ciudad reinaba la turbacion y el terror: todas las casas estaban alumbradas; el pueblo, consternado y repartido por las calles, aguardando el día con impaciencia. Al amanecer llegaron nuestros desterrados. Convocóse una junta general. Epaminondas y Gorgidas presentáron en ella á Pelopidas y á nuestra tropa circundada de sacrificadores que llevaban las banderolas sagradas, y exhortaban á los ciudadanos á socorrer á los Dioses y á su patria.

Al ver tal espectáculo, dió la multitud grandes voces y ruidosas palmadas, y fuimos acogidos como bienhechores y libertadores de la patria.

Este suceso para siempre memorable reparó muy ventajosamente seis meses de peligros, de pesares y de fatigas, y fortificó mi alma contra los tiros de la adversidad.

Entónces creó Gorgidas un batallon sagrado compuesto de trecientos jóvenes Tebanos. Uno de ellos fui yo. Ya sabeis que en aquel cuerpo se elige un compañero de armas, con el cual se estrecha tierna amistad: es una reunion de amantes y de amados: se pelea junto al amado, y se le debe defender hasta

perder por él la vida. No titubeé en mi elección. Parmenides y yo, atraídos por simpatía natural, volámos uno ácia el otro; y nuestras almas, por decirlo así, se identificaron, ó bien sirviendome de una feliz espresion de Pitagoras, mi amigo era otro yo. Nos tenian por un modelo de amistad, como Castor y Polux, ó como Teseo y Piritoo. Hicimos nuestra campaña primera bajo el mando de Epaminondas, el hombre mas grande de la Grecia. En la batalla de Leuctres peleábamos Parmenides y yo lado por lado, cuando advertí que los Espartanos se le llevaban prisionero: entónces yo me metí furioso y terrible entre mis contrarios, y conseguí libertar á mi amigo; pero en aquel mismo instante me derribaron sin sentidos de una pedrada en la cabeza. Rodeóme el enemigo, y Parmenides me defendió, como yo á él. Declaróse la victoria por nosotros. ¡Que gloriosa fué! la debimos á la bizarría y al ingenio de Epaminondas. Le circundámos en el campo de batalla. Traslucíasele en el rostro una alegría modesta, y atribuía el buen éxito de aquella jornada á nuestro batallon, que hizo, verdad es, hazañas valerosas. Alabó nuestro valor y disciplina, y nos dió gracias de la gloria de que le colmábamos. Pelopidas le dijo que aquella victoria debia regocijarle mucho. — Sí, le replicó, porque sé

cuanto gozo ha de causar á mis padres (22).

Para recoger Epaminondas el fruto de su victoria, entró en Laconia, y la devastó á los ojos mismos de Agesilao. Pasámos á nado el Eurotas, hinchado entónces con las nieves. Epaminondas iba en la fila primera, con la cabeza descubierta, y agua sobre la cintura. Desmintió aquel proverbio famoso: « Que jamas muger alguna de Esparta habia visto el humo de un campo enemigo (a). » No obstante, tuvimos precision de retirarnos. — Pero á su vuelta los Tebanos se atrevieron á poner en juicio á aquel Capitan grande, por haber conservado el mando del ejército algo mas del tiempo fijado por la ley. A su lado estaba yo cuando le noticiaron que los jueces iban á pronunciar sentencia de muerte contra él. Respondió luego, sin la menor alteracion: « Suplico á mis compatriotas, que pongan sobre la lápida de mi sepulcro: *Perdió la vida por haber salvado á la república.* » Aquel reproche avergonzó á Tebas de su ingratitude, y de allí á poco le volviéron el mando.

Y fué para la gloria y la salud de su pa-

(a) Aquellas mugeres, tan duramente educadas y tan bien ejercitadas en los gimnasios, así que víeron cerca al enemigo, sembraron la consternacion y el desórden en la ciudad, con sus gritos y espantos.

tria. Marchámos á Mantinea. Allí ostentó Epaminondas todo su talento guerrero, y acabó de aniquilar el orgullo de la soberbia Esparta. Quedó inundado de sangre el campo de batalla: el valor, el deseo de fama, el odio, y todas las pasiones juntas animaban á los dos ejércitos. Fué horrible la carnicería. Parmenides y yo peleábamos con nuestros escudos unidos, inflamados de un mismo espíritu de gloria, y de un mismo deseo de defendernos recíprocamente. Ibale á herir un Espartano, yo me puse delante, y recibí una profunda herida: caí en el suelo: Parmenides respiraba rabia y venganza, pero recibió otra herida peligrosa, y vino á caer junto á mí. Estrechéle, como pude, en mis brazos, y le llamé; pero yo mismo perdí muy pronto el sentido. Cuando volví en mi acuerdo, me hallé entre las manos de los médicos, rodeado de muchos camaradas míos, y todos llorando. — ¿Que teneis? les pregunté. ¿Se ha ganado la batalla? — Sí, me respondieron: Tebas triunfa, y Esparta queda abatida; pero hemos comprado la victoria con la muerte de nuestro General. — ¿Oh pérdida espantosa, irreparable! pero Parmenides, ¿como no está aquí! — Habia yo olvidado su herida, y nada me respondieron. Habláronme de Epaminondas, y me dijéron que ántes de espirar habia preguntado quien era vencedor. — Respon-

diéronle, que los Tebanos. — Bastante, pues, he vivido, añadió, quedando triunfante mi patria. ¡En que mejor instante podía yo morir! — ¡Oh héroe! ¡oh hombre sin igual! exclamé enagenado; pero decidme, por compasion, ¿que es de Parmenides? — Volviéron á callar, y bajáron los ojos. Entónces fué cuando un débil recuerdo, parecido á un sueño, me presentó sus heridas, y dije en alta voz: ¡Ya no vive! ¡ha muerto! Fuera de mí, y como desesperado, me quité el vendage, y brotó impetuosamente la sangre. Hubiera perecido sin remedio, á no ser por los socorros y dulces insinuaciones y ruegos de mis camaradas. Estuve mucho tiempo penetrado de mi dolor. Huia de toda diversion y de toda sociedad, y la tristeza y el tedio consumian mi juventud. Viendome privado de esperanzas, me creí sacrificado para siempre á llantos y pesares; pero el dolor se embota como el placer, porque la rápida sucesion de las cosas trae nuevos sentimientos.

Opinó mi padre que me distraeria el matrimonio. Resistíme á ello larga temporada; pero tuviéron tanto poder sus ruegos y solitudes, que al fin cedí. No fué dichoso mi enlace. Tan solo por honradez y obligacion vivia familiarmente con mi muger, la cual por su parte me confesó que, si habia casado conmigo, habia sido únicamente por obe-

decer las órdenes de sus padres, y por seguir el dictámen de su propio juicio; y que alimentaba en su alma una pasión oculta é infeliz, cuyo objeto era un Ateniese de quien no había tenido noticia alguna dos años había. Sin embargo de eso, parió un niño, que es Filotas. Parece que este niño había de haber estrechado nuestra unión; pero un día entró mi esposa en mi cuarto, y me dijo: « Conozco tu prohibida, y que mereces una muger que te ame mucho: yo no te puedo hacer feliz. Tersandro, que es mi amado, acaba de llegar: le he visto, y mi amor con su presencia se ha inflamado mas. »— Basta, la dije: casate con Tersandro, pero con dos condiciones: la una, que me quedaré con mi hijo; y la otra, que tú serás quien pida el divorcio; pero te volveré tu dote (23). Conformóse á todo, y nos separámos amistosamente.

Seis meses estuve penando y pasando una vida lenta é insípida, únicamente ocupado en la crianza de mi hijo. Pero un día, al salir del templo de Apolo Ismenio, adonde solía yo ir á admirar el Mercurio de Fidias y la Minerva de Escopas, emparejé en compañía de un amigo mio con dos mugeres, y con un hombre que llevaba acuestas un haz de ramas: este, al pasar, arañó con ellas el rostro de una de las dos mugeres, la cual

dió un grito, y yo acudí á su socorro: sentáronla sobre una piedra, levantáronla el velo, y se desmayó. Acudieron á ella; y solo yo me quedé como en éstasis, clavados los ojos sobre aquel objeto, cuyas facciones, miradas, atractivos y congojas se iban grabando poderosamente en mi alma. Ya que hubo recobrado el uso de sus sentidos, vagaron sus ojos sobre los que la rodeaban, y se encontraron con los míos; y ya fuese porque estos espresaban la inclinación y el dolor, ó ya fuese por un efecto simpático, los detuvo algun tiempo sobre mí. La hablé del susto que aquel accidente nos había causado, y me dió las gracias, pero con voz tan halagüeña y persuasiva, que mi alma se enagenó de gozo, como si en un árido desierto hubiera repentinamente oído los compases de una música armoniosa. Lleváronla á su casa, y yo la acompañé con algunos otros. Fué menester dejarla; pero la amaba ya locamente. No me detengo en la relación circunstanciada de mis amores. Tuve la fortuna de agradar á Eufemia, y de pasar cerca de un año en el colmo de mis felicidades; pero se fraguaba una tormenta. Rogué, por medio de una persona, al padre de Eufemia que me diese su hija en matrimonio. Me la rehusó, declarando á su hija al mismo tiempo que quería absolutamente que se casase con Polemon,

hijo de un íntimo amigo suyo. Desde el nacimiento de sus dos hijos habian jurado estos amigos mutuamente unirlos. El corazón de Eufemia rehusó siempre aquel himeneo, porque una repugnancia invencible la alejaba de Polemon; pero, en fin, enternecida y obligada por los ruegos de su padre, obedeció. Cuando supe aquella novedad, quedé como un desesperado, y determiné robarla, é irme á vivir con ella á un desierto. Aceché el instante en que se paseaba fuera del pueblo con dos compañeras suyas. Acerquéme á ella con las armas en la mano, y con semblante amenazador y adusto; sus compañeras huyéron, pero ella me recibió con aire grave y sosegado. Pintéla mi dolor y mi despecho, y la insté á que se fuera conmigo. — « No creí, me dijo, cuando recibí la declaracion de mi amante, que aquel amante mismo hubiera querido deshonorarme, y que me hubiera aconsejado quitar la vida á mis padres; ni tampoco hubiera yo sospechado que Diocles, aquel á quien amé, fuese un egoísta desapiadado, que quisiese sacrificarme al arrebatamiento de sus pasiones. » — Este discurso tierno y severo me abrió los ojos. Echéme á sus piés, lloré, é imploré mi perdon. — Os perdono, Diocles, por lo que vuestro corazón sufre; mas á condicion de que os alejaréis de mí por algun tiempo. — Pero ¿ os acordáis

réis, Eufemia, de un amante que va á pasar su vida entre lutos y lágrimas? — Y acaso mas, Diocles, de lo que conviene á mi sosiego. A dios, querido Diocles mio, y se tan dichoso como yo deseo. — Dicho esto, reemplazáron su voz sollozos y suspiros.

Aquella misma noche partí, renunciando á mi amor y á mi patria, y mirandome como una víctima del destino, y como un ser desventurado.

Recorrí la Grecia, el Asia menor, el Egipto y la Sicilia, y en ninguna parte hallé reposo ni consuelo, siendome en todas la vida una carga insoportable.

Dos años habian pasado, y aun chorreaba sangre mi herida; y llegaba á tanto mi despecho, que carecia hasta de la esperanza de ser feliz.

Llegué á Corinto, y apénas me habia desembarcado, cuando me conoció un Tebano, y se llegó á mí. Pasados los primeros cumplimientos, le pregunté por el padre de Eufemia, sin atreverme á nombrar á su hija. — Su vida, me respondió, es muy amarga. — ¿ Pues por que? le repuse: ¿ que reveses ha tenido? — Los Dioses, añadió, han apartado los ojos de su hija, y por eso vive enlutado y afligido. — ¿ Que dices, Tebano? ¿ Justos Dioses! ¿ Eufemia es desgraciada? — Sí, lo es: su marido está desterrado de Tebas, por

haber huido cobardemente de una batalla, y no se sabe que se ha hecho. La vida costó á Polemon la vergonzosa conducta de su hijo; y el padre de Eufemia, indignado contra su yerno, ha conseguido que se sentencie el divorcio. Despues ha propuesto otros partidos á su hija; pero ella le suplicó que la dejase vivir sola, y el padre arrepentido (asi dicen) de haber forzado su primera inclinacion, no se atreve á abusar mas de su autoridad.

Yo le escuché con igual ansia á la que mostraria un sentenciado á quien estuviesen notificando su perdon. A cada frase palpitaba mi corazon de pena y de gozo: yo participaba de la afliccion de Eufemia, al mismo tiempo que renacia en mi alma la esperanza. Por segunda vez supe que el valor y la paciencia eran la égide que habia de oponerse á la adversidad. Partí inmediatamente, sin que fuera bastante á retardar mi viage la necesidad del sueño y del descanso. Llegué á Tebas á media noche. ¡Que conmocion tan violenta esperímenté cuando me ví dentro del recinto que habitaba Eufemia! Corrí á ponerme debajo de sus ventanas, y á cantar unas coplas que habia yo compuesto para ella al principio de nuestros amores.

CAPITULO XIX.

Interrumpe Diocles su historia. La continúa á la mañana siguiente.

PERO ya el sol se va elevando, y los ganados retirandose, y el trabajo y mis hijos me llaman; porque en sus brazos es donde olvido mis penas. Mañana, á la hora misma, si es que deseais la prosecucion de esta historia, os la continuaré aquí mismo; pues yo me complazco en contarla delante de la sombra de Eufemia, que sin duda me oye. — Al dia siguiente, al apuntar el dia, volvimos á la colina. Diocles renovó sus libaciones, llamó tres veces á Eufemia, hecho lo cual prosiguió su narracion.

Estuve debajo de las ventanas de Eufemia, cantando coplas. Despertóse con ellas, y quedó maravillada de oír mi voz; pero creyó que era ilusion del sueño. Prestó mas atento el oido, y entónces reconoció las palabras; y no dudando ya de la verdad, abrió con mucho tiento su ventana, y me dijo en baja voz: « Diocles, ¿eres tú? — Sí, yo soy: soy tu amante infeliz, que vengo á espirar á tus ojos. — Pues, Diocles, la hora no es pro-

haber huido cobardemente de una batalla, y no se sabe que se ha hecho. La vida costó á Polemon la vergonzosa conducta de su hijo; y el padre de Eufemia, indignado contra su yerno, ha conseguido que se sentencie el divorcio. Despues ha propuesto otros partidos á su hija; pero ella le suplicó que la dejase vivir sola, y el padre arrepentido (asi dicen) de haber forzado su primera inclinacion, no se atreve á abusar mas de su autoridad.

Yo le escuché con igual ansia á la que mostraria un sentenciado á quien estuviesen notificando su perdon. A cada frase palpitaba mi corazon de pena y de gozo: yo participaba de la afliccion de Eufemia, al mismo tiempo que renacia en mi alma la esperanza. Por segunda vez supe que el valor y la paciencia eran la égide que habia de oponerse á la adversidad. Partí inmediatamente, sin que fuera bastante á retardar mi viage la necesidad del sueño y del descanso. Llegué á Tebas á media noche. ¡Que conmocion tan violenta esperímenté cuando me ví dentro del recinto que habitaba Eufemia! Corrí á ponerme debajo de sus ventanas, y á cantar unas coplas que habia yo compuesto para ella al principio de nuestros amores.

CAPITULO XIX.

Interrumpe Diocles su historia. La continúa á la mañana siguiente.

PERO ya el sol se va elevando, y los ganados retirandose, y el trabajo y mis hijos me llaman; porque en sus brazos es donde olvido mis penas. Mañana, á la hora misma, si es que deseais la prosecucion de esta historia, os la continuaré aquí mismo; pues yo me complazco en contarla delante de la sombra de Eufemia, que sin duda me oye. — Al dia siguiente, al apuntar el dia, volvimos á la colina. Diocles renovó sus libaciones, llamó tres veces á Eufemia, hecho lo cual prosiguió su narracion.

Estuve debajo de las ventanas de Eufemia, cantando coplas. Despertóse con ellas, y quedó maravillada de oír mi voz; pero creyó que era ilusion del sueño. Prestó mas atento el oido, y entónces reconoció las palabras; y no dudando ya de la verdad, abrió con mucho tiento su ventana, y me dijo en baja voz: « Diocles, ¿eres tú? — Sí, yo soy: soy tu amante infeliz, que vengo á espirar á tus ojos. — Pues, Diocles, la hora no es pro-

picia para una conversacion: procura estar, al salir el sol, fuera de la puerta Crenea, en la fuente Dircea, que allá acudiré con una esclava mia.» Inmediatamente marché al parage indicado, donde esperé con vivísima impaciencia á que la naturaleza despertase.

Por fin, hizose de dia, y vi venir á Eufemia. Cuando llegó á mí, se me turbó la vista, me pasmé, temblé, y de manera que estaba junto á ella, y no la veía. « Amado Diocles, me dijo entónces, ¡ con que vuelvo á verte! — Ya toco que hay en la vida, exclamé, relámpagos de felicidad. Amada Eufemia mia, ¡ cuanto he padecido en tu ausencia! » No pudo contener su sensibilidad la expansiva alma de Eufemia, y se dejó ver en sus dichos, en sus miradas, y en sus modestas caricias. — ¡ Dioses inmortales, decia yo, con cuantas delicias habeis recompensado mis tormentos! No, no he padecido lo bastante para merecer tantas dichas. Quisela hablar de su marido. — Polemon es infeliz, me dijo Eufemia: callemos, y compadezcamosle; pero sabe que ya no tengo esposo. — ¡ Ay amada Eufemia! nombrame, en su lugar, esposo tuyo, y acaso serás feliz al ver lo excesivo de mi felicidad. — Sí, Diocles mio; pero necesitamos el consentimiento de mi padre, y voy al instante á hablarle: aguarda la decision en tu casa, que yo te la noticiaré. —

Me aparté de Eufemia embriagado de esperanzas y de amor, y con la idea de que estaba mas hermosa que nunca. Habia el tiempo desarrollado sus gracias, y la naturaleza perfeccionado su obra.

Pero como el rezelo va siempre de par con el amor, fui á visitar á Venus á su templo, para hacermela propicia. Estaba el templo en un bosque cerca de la ciudad: llevé un canastillo de flores y dos palomas. Al entrar, me purifiqué con agua lustral que me presentó un sacerdote (24). Penetré despues hasta el santuario, donde estaba la estatua de la Diosa, y puse sobre el altar mis flores y mis palomas; y seguidamente hincando en tierra una rodilla, la dije: « Diosa de los amores, adorno del cielo y de la tierra, delicias de los ojos y del corazon, tú que das la existencia á todos los seres embriagandolos de deleites, dignate de acoger mi homenaje, y corona al amante mas fiel con tu inmortal mirto. Tú distes á Paris la muger mas hermosa, porque te adjudicó el premio de la hermosura: te reconozco por la divinidad mas hermosa: no hay en la tierra ni en el Olimpo cosa comparabie á tus atractivos: concedeme á Eufemia, que es la muger mas amable entre cuantas hay nacidas, y coronaré tu frente con mirto y rosas, y humeará á tus piés el mas puro incienso. »

Voláron mis ruegos hasta Gnido : Cipris los oyó : ví brillar en torno de su cabeza dos rayos de luz : parecióme que se sonreía ; y yo acepté el agüero , y dí á la Diosa las mas cordiales gracias.

No tardó mucho Eufemia en enviarme á decir que pasase á verla á su casa. Halléla con su padre , á cuyo aspecto temblé , pero luego quedé tranquilo. Me abrazó , llamandome su hijo ; y despues tomó la mano de su hija , y la puso en la mia diciendome : « Te confío su felicidad y la mia : borra de su memoria los pesares que la he causado , y cambia para mí en flores risueñas las adormideras de la vejez. » — Seria inútil que yo intentase pintaros el delirio de mi alegría.

Celebróse nuestra boda con pompa ; y despues de tantos reveses y sufrimientos fuí un hombre dichosísimo. El tiempo , lejos de entibiarlos , dió mas actividad á nuestros amores. Amaba yo á mi esposa por la necesidad irresistible de amarla , pues hubiera sido forzoso aniquilar mi espíritu para destruir aquel sentimiento : mi alma existia para amar á Eufemia , del mismo modo que los ojos para ver , y los oidos para oír.

La serenidad de aquellos dias deliciosos solo se alteró por la muerte del padre de Eufemia , que murió de vejez en nuestros brazos. Su hija se apesadumbró muchísimo ; pero

el tiempo es el Dios que consuela. Volviéron á nuestro asilo la felicidad y la paz , y creyó poseerlas para siempre nuestra seguridad incauta. El hombre , parecido á un bajel que navega por los mares , se vé alternativamente azotado por todos los vientos. Oscurecese el horizonte , y nos amenazan nuevos desastres.

Volvióse á encender la guerra entre Tebas y Lacedemonia ; y me fué preciso dejar á mi muger , y á mis pacíficos hogares , para ir á defender la patria. No os hablaré del dolor de nuestra separacion , porque nos aguardaban mayores desgracias. Fuimos vencidos , y quedé prisionero. Mis ganados y mis bienes fuéron presa del vencedor , y mis campos quedáron devastados. Lleváronme á Esparta , y me encerráron en una prision oscura. Entónces fué cuando medité sobre la inconstancia de los acacimientos , y sobre la movilidad de la fortuna. Consumiame el dolor ; pero la esperiencia y la memoria de las muchas vicisitudes que habian agitado mi vida , me dejáron la esperanza. No me engañó esta , pues la paz se hizo , y recobré la libertad. Corrí á buscar á mi Eufemia á Atenas , adonde se habia refugiado. Pero ¡ ay ! ¡ cuan mudada estaba ! Habiasemarchitado su hermosura con su enflaquecimiento y palidez : no era ya mas que una azucena sacudida por los vientos ; pero en breve mis caricias , el dulce sosiego de su alma ,

y la deliciosa fruicion de volver á ver lo que amaba, la restituyéron, juntamente con la salud, el colorido y frescura que la hermo-seaban.

Pero Eufemia, como nacida entre comodidades, echaba menos nuestra disipada fortuna. « ¡Que importa, dijela un día, la riqueza! ¡cuantos hay dichosos bajo un techo pobre! Un campo tengo en Oropa, que han assolado, pero cuya tierra no han podido llevarse: vamos á trabajarla y á revivirlo. No nos veremos circundados allí del fausto y de los placeres de una gran ciudad, pero tendremos los placeres de la naturaleza. Gozaremos primero de los risueños cuadros de la campiña, luego de su dulce seguridad, y seguidamente de la abundancia de las cosas necesarias. »

Aprobó mi plan; y nuestra pequeña colonia, compuesta de nosotros dos, de mi hijo y de un esclavo, vino á establecerse aquí. Hiceme agricultor; díme á los trabajos campestres; estudié la cualidad de las tierras, la influencia de las estaciones, el régimen de los vegetales; y todo se animó en la habitacion mia.

Mi muger olvidó su pasada fortuna, ocupada dulcemente en sus quehaceres domésticos, distraida en la cultura de las flores, y en la crianza de los animales caseros. Me confesó que nunca hubiera creído que pudiera

hallarse la felicidad tan cerca de la pobreza; y acabó de colmar mis deseos el nacimiento de la amable Crisila en la primavera, como para adornar á la tierra con una nueva flor.

Parecianos ya nuestro asilo una imágen de las islas afortunadas: nuestro campo iba ganando anualmente; y nuestros dos hijos, porque Filotas tambien lo era suyo, crecian á nuestra vista, y alegraban nuestra soledad. Finalmente, corriéron doce años con la rapidez de un río, y fuéron los mejores de mi vida.

Mi muger, que tenia mucho talento y juicio, tenia tambien una debilidad que es perdonable á su sexo, esto es, temia muchísimo á los truenos; y, cuando los habia, iba á ocultarse en un subterráneo, ó se pegaba contra un espeso laurel situado en medio del jardin (25). Chanceabame muy á menudo con ella sobre su miedo, y la decia: « Amada Eufemia, dejemos esos vanos terrores al hombre acosado de los remordimientos, cuyos crímenes llaman la venganza de los Dioses; pero tú, cuya alma es tan pura como el azul de los cielos, y nosotros que los honramos con la inocencia de nuestra vida, ¿por que hemos de temer que nos hieran con sus rayos? » Ella aprobaba mi raciocinio y mi seguridad; pero, por más que se esforzaba, la vista del relámpago y el estampido del trueno sacudian sus nervios, y la llenaban de espanto.

Un dia, ¡ay de mí! ¡oh desastrado dia! seis años han pasado ya desde aquel suceso terrible, dejé á Eufenia para ir á cortar leña al monte: me abrazó, al salir, con una inquietud nunca vista en ella, diciendome: « Amigo mio, te ruego que vuelvas temprano, porque tengo necesidad de verte: no sé lo que siento, estoy muy triste, la melancolia se ha apoderado de mi alma: esta mañana he llorado, y aun ahora mismo me cuesta trabajo contener las lágrimas.» Yo la abracé, y la ofrecí que volveria pronto. No podia resolverse á dejarme ir: y por último me arrancó de sus brazos, y me alejé á paso largo; y ella estuvo viendome ir todo el tiempo que alcanzó á verme.

Estaba el sol tan descubiertó y hermoso, que nos presagiaba un dia bellissimo. A eso de mediodia se levantáron nubes, se oscureció el cielo, y oí algunos truenos; pero despues de una pequeña lluvia se purificó el aire, y el cielo quedó despejado.

Acordéme entónces de lo ofrecido á Eufenia, dejé mi trabajo, y cogí unas violetas para llevarselas, porque gustaba mucho de ellas. « Esas flores, solia yo decirle, te gustan, porque son modestas y tímidas como tú.» Volviame pues alegrísimo. ¡Ay! ¡quien sabe cuando debe afligirse ó alegrarse! Al entrar, solo ví á mis hijos que jugueteaban:

los acaricié, y les pregunté donde estaba su madre. — « En el jardin, » me respondiéron. — Corrí allá, la llamé muchas veces, y no me respondió. Causóme cuidado, y la busqué por todas partes, hasta que en fin la encontré sentada al pié del laurel grande. Soseguéme con aquello, acerquéme, llaméla, pero guardó silencio. « Descansa, dije entre mí: no turbemos su pacífico sueño.» Tenia Eufenia dos palomas que la acompañaban siempre: ví á la una muerta á sus piés, y á la otra gimiendo, y con su pico y sus alas acariciandola y procurando darla vida. « ¡Ay! esclamé, ¡cual será el dolor de Eufenia al despertarse! » Sin embargo de todo, me agitaba un oculto terror, y la volví á llamar, acercandome y tirandola del brazo. Mas ¡oh espectáculo horrendo! en el mismo instante, aquel bello cuerpo que formó el amor y que adornáron las gracias, cayó deshecho en polvo, á causa de un rayo que lo habia herido y disuelto. ¡Ay! ¡la desventurada habia ido á ampararse del laurel miéntras la tormenta! Una preocupacion supersticiosa la dió muerte (26). Empecé á gritar como un loco, me despedacé la ropa, y me arranqué los cabellos. Acudiéron á las voces, me socorriéron, y procuráron consolarme; pero ni atendia, ni escuchaba á nadie, porque estaba desesperado y furioso. Quise matarme: me contuvié-

ron, me trajéron mis hijos, y me los pusieron en los brazos; pero los miré friamente, como si no lo fueran. En fin, sus inocentes caricias y sus lágrimas me sacaron de aquel entorpecimiento. « Llorad, hijos míos, les dije, llorad, pues ya no teneis madre: ya no está en el mundo, ya no la veremos mas: desapareció como una sombra. » Asaltóme una calentura con delirio: quise dejarme morir de hambre, y para ello tiraba ocultamente los alimentos y los remedios; pero lo llegaron á conocer. Cimon, médico hábil y amigo mio, que conoció que era mi alma la que necesitaba cura, me empezó á hablar de mis hijos, y encargó mucho que me los tuviesen siempre al lado. Un dia que yo le aseguré que aborrecia el vivir, y que mi único anhelo era la muerte, me dijo Cimon: « ¿Y quien cuidará de vuestros infelices niños, que quedarán solos sin padres y sin auxilios? » Estas palabras pronunciadas con ternura me conmovieron extraordinariamente. Lo conoció asi, y añadió: « Creed, Diocles mio, que para el que tiene dos hijos todavía puede ser dulce la vida. El tiempo templará vuestra afliccion; y sino acordaós del encadenamiento y de la variedad de las escenas de vuestra vida: no lo dudeis, Diocles, aun gozaréis dias felices. La vejez es el invierno de la vida, mas el invierno tiene sus placeres:

es el instante del reposo. De nada hice caso, porque mi dolorido corazon se habia cerrado á la esperanza. Pero, al fin, la tierna amistad y las dulces insinuaciones de Cimon; y la presencia de mis hijos, y mas que todo un sueño que tuve, me restituyéron á la vida. Era la media noche, y yo dormia con mucho desasosiego, cuando me pareció que me despertaba repentinamente un ruido: ví una claridad al pié de mi cama: admirado de ello, miré mejor, y divisé una muger, con el rostro resplandeciente y la cabeza coronada de flores: quedé pasmado: ella se acercó, y conocí que era Eufemia, la cual se inclinó ácia mí, y me dijo: « Amado Diocles, ¿ que se han hecho tu virtud y tu valor? animate, y recobra tu carácter; y si todavía me amas, cuida de nuestros hijos, porque yo te los recomiendo: vive para amarlos y para hacerlos felices. » Al ver aquella aparición, y al oír aquella voz tan apetecida, me senté sobre la cama, tendí los brazos, y exclamé: « Oh amada Eufemia mia!..... y no pude decir mas. Abrí los ojos, desapareció la fantasma, y quedé en una profunda noche. »

Desde aquel instante cedí á las órdenes de mi querida Eufemia, y á la lástima que me causaban mis hijos. Poco á poco fué entrando la calma en mi ánimo, y por grados fuí conociendo el beneficio de la existencia, y felici-

tandome de haber vencido mi desesperacion. La vida es un bien para quien honra á los Dioses, y para aquel cuya alma honrada y sensible se alimenta con dulces afecciones y con gustos sencillos. Todavía disfruto placeres en mi edad avanzada. Las caricias de mis hijos, las hermosuras de la naturaleza, el trabajo, el descanso en parages frescos y sombríos, y el calor de mi hogar en el invierno, me proporcionan fruiciones esentas de amarguras. Todavía derramo lágrimas sobre las cenizas de mi amada Eufemia; pero lágrimas dulces, que alivian y consuelan mi corazon. Diariamente vengo aquí á hablar con su sombra. La veo y la oigo: ella me oye sin duda; y snele suceder que, para arrancarme de junto á esta urna, es menester enviarme á mis hijos. Con que así, jóven, aprended por mi ejemplo á luchar contra la adversidad. ¿Preveis acaso vuestro destino? ¿Sabeis si lo que llamais desgracia os podrá conducir á una felicidad mas pura y mas durable? Sucede que un acaecimiento, que nos pareció feliz y que hemos deseado con ansia, oculta en sí mismo el germen de nuestros males. Habéis perdido á vuestra querida, no á vuestra esposa, ni á la madre de vuestros hijos.

Lo mismo que cuando en una noche oscura y tormentosa vé el conturbado marineró renacer, juntamente con la calma, la primera luz

del dia, que entónces su alma se expande y respira, y cree que sale del centro de la tumba: del mismo modo desvaneci6 las tinieblas que me cercaban, la curiosa historia de Diocles, su filosofia sencilla y natural, y la esperanza que introdujo en mi alma. Mucho contribuy6 tambien á mi cura la sensibilidad de la amable Crisila, su alegría inocente, y sus conversaciones entretenidas; y no se diga que algun pensamiento amoroso se mezclaba en el gusto con que la miraba yo: sentimientos tales estaban lejos de mí, y en torno de ella todo respiraba candor y virtud.

CAPITULO XX.

Aficion de Crisila por su hermano. Consecuencia de ella.

SIN embargo, esta doncellita tan modesta y tan sencilla me asombraba por la aficion poco moderada que tenia por su hermano: no podian separarse los dos, y se daban los nombres mas tiernos. Yo habia sorprendido á Filotas solicitando de Crisila besos que esta negaba con demasiada molicie para ser obedecida. Vituperaba mucho esta intimidad y la inadvertencia del padre, y aun estaba decidido á

hablar á este, cuando una tarde me dijo: «Vamos á pasearnos, tengo el corazon inundado de gozo, y tiene necesidad de dilatarse en el seno de un amigo: ademas la pintura de dos amantes felices os interesará, y podrá alegrar vuestra imaginacion. Decidme, ¿que os parece mi hija? — Bella, amable, de un carácter hechicero. — ¿Y su hermano? — Me parece razonable, laborioso, y su figura es muy agradable. — Sí, es un escelente mozo: por eso me ocupó de su felicidad, y voy á casarle. — Obrais con prudencia en separarle de su hermana: la juventud..... — ¡Separarlos! pienso al contrario unirlos con un lazo indisoluble: voy á casarlos. — ¡Como! ¿hermano y hermana? — Sí, su matrimonio está resuelto desde el nacimiento de Crisila. ¿Ignorais que una ley de Solon, que hemos adoptado, permite al hermano casarse con la hija de su padre, y no con la de su madre (27)? — Lo ignoraba, y confieso que vuestra confianza me saca de inquietudes. Habia advertido su reciproca inclinacion, y mis ideas la tachaban de inmoral. — Todas las preocupaciones caen delante de la ley, sobre todo cuando esta, en vez de contrariar á la naturaleza, favorece su impulso. La fiesta se celebrará dentro de pocos dias, y me lisonjeo de que tomaréis parte en nuestro gozo.»

Llegado este dia, los parientes y amigos

suspendieron ramos y flores atados con cintas á la puerta de la casa. Cuando fué preciso ir al templo, Crisila, modesta y simple en su adorno, cubierta de un velo encarnado, sin mas compostura que una corona de flores, bajó de su aposento, y se arrojó en los brazos de su padre que la esperaba en el umbral de la puerta al frente de todos los jóvenes del lugar. Estrechó á su hija junto á su seno, y levantando despues los ojos al cielo, pronunció con un tono grave votos por ella y por su hijo. Marchóse al templo, parte de los jóvenes abrian la marcha, y otros seguian cantando el epitalamio, y danzando al son de flautas y trompetas. Crisila iba en medio de ellos, sostenida por su padre. Su joven esposo, coronado de mirto y radiante de gozo y amor, iba á su lado. Ante ellos brillaba la antorcha del himeneo. En la puerta del templo, un sacerdote presentó á cada uno de los dos esposos un ramo de yedra, símbolo de la fuerza del nudo que iba á unirlos. Llevólos despues al altar, donde sacrificó una becerra á Diana y á Minerva, divinidades enemigas del himeneo. Se imploró á Jupiter y á Juno cuya union es eterna, á las Parcas que tienen en sus manos el hilo de nuestra vida, á las Gracias cuyos encantos hermocean nuestros dias, y en fin á Venus á quien el amor debe su nacimiento y los hombres su felicidad.

Los sacerdotes examinaron las entrañas de las víctimas, y declararon que el cielo aprobaba este himeneo. Uno de ellos tomó la corona del esposo y la puso sobre la cabeza de la esposa, y con la corona de esta cubrió la de Filotas.

Volvióse del templo con el mismo orden y repitiendo los mismos cantos. Cuando los dos esposos llegaron á su puerta, se pusieron sobre sus cabezas un canastillo de frutas, presagio de la abundancia de que debían gozar: se llevó á su aposento la antorcha del himeneo, y se la dejó arder allí. Crisila ofreció ramilletes á los jóvenes celibatarios, diciéndoles: « Casaos tambien. »

Pusose la mesa del banquete cerca de la fuente, bajo unos álamos cuya sombra se habia espesado con ramos verdes y cerrados: guirnaldas de flores caian en colgantes bajo esta umbría bóveda en la cual se respiraba una deliciosa frescura.

Al principio de la comida Diocles dió una copa de vino á su hijo, quien la llevó á sus labios y la presentó despues á su muger: esta, despues de haber bebido de ella, la pasó á los parientes, y de las manos de estos la copa circuló por todos los convidados. Acabado el festin, se cantó y se bailó una parte de la noche. Al acostarse los esposos, se les cantó un epitalmio; y cuando despertaron, otro:

Esta boda campestre, este cuadro risueño de la felicidad, llenaron mi alma de dulces emociones; se dilataba á la vista de la dicha de estos tiernos esposos. ¡Cuan felices eran! no respiraban mas que para amarse, para decirselo, y para partir sus placeres y sus penas. Algunas veces Crisila armada de una podadera limpiaba los árboles bajo la direccion de Filotas, ó sosteniendo una regadera humedecia las tiernas flores. Filotas á su vez, cuando la intemperie del aire suspendia sus trabajos, sentado al lado de su muger, la leia los idilios de Teocrito, ó algun diálogo de Platon.

CAPITULO XXI.

Carta de Lastenia.

IBA pasando el otoño, y la oliva prestaba su jugo á esfuerzos de la prensa. La hoja casi seca se desprendia ya de los árboles, y alfonbraba el suelo: triste imagen de la vida humana, cuando la ancianidad nos despoja de nuestro adorno! Escribí una carta á Lastenia, en que la rogaba que se compadeciese de mí, y que viniese á visitar mi asilo ántes de los rigores del invierno.

Me respondió que no podia abandonar á

Los sacerdotes examinaron las entrañas de las víctimas, y declararon que el cielo aprobaba este himeneo. Uno de ellos tomó la corona del esposo y la puso sobre la cabeza de la esposa, y con la corona de esta cubrió la de Filotas.

Volvióse del templo con el mismo orden y repitiendo los mismos cantos. Cuando los dos esposos llegaron á su puerta, se pusieron sobre sus cabezas un canastillo de frutas, presagio de la abundancia de que debían gozar: se llevó á su aposento la antorcha del himeneo, y se la dejó arder allí. Crisila ofreció ramilletes á los jóvenes celibatarios, diciéndoles: « Casaos tambien. »

Pusose la mesa del banquete cerca de la fuente, bajo unos álamos cuya sombra se habia espesado con ramos verdes y cerrados: guirnaldas de flores caian en colgantes bajo esta umbría bóveda en la cual se respiraba una deliciosa frescura.

Al principio de la comida Diocles dió una copa de vino á su hijo, quien la llevó á sus labios y la presentó despues á su muger: esta, despues de haber bebido de ella, la pasó á los parientes, y de las manos de estos la copa circuló por todos los convidados. Acabado el festin, se cantó y se bailó una parte de la noche. Al acostarse los esposos, se les cantó un epitalmio; y cuando despertaron, otro:

Esta boda campestre, este cuadro risueño de la felicidad, llenaron mi alma de dulces emociones; se dilataba á la vista de la dicha de estos tiernos esposos. ¡Cuan felices eran! no respiraban mas que para amarse, para decirselo, y para partir sus placeres y sus penas. Algunas veces Crisila armada de una podadera limpiaba los árboles bajo la direccion de Filotas, ó sosteniendo una regadera humedecia las tiernas flores. Filotas á su vez, cuando la intemperie del aire suspendia sus trabajos, sentado al lado de su muger, la leia los idilios de Teocrito, ó algun diálogo de Platon.

CAPITULO XXI.

Carta de Lastenia.

IBA pasando el otoño, y la oliva prestaba su jugo á esfuerzos de la prensa. La hoja casi seca se desprendia ya de los árboles, y alfonbraba el suelo: triste imagen de la vida humana, cuando la ancianidad nos despoja de nuestro adorno! Escribí una carta á Lastenia, en que la rogaba que se compadeciese de mí, y que viniese á visitar mi asilo ántes de los rigores del invierno.

Me respondió que no podia abandonar á

Aristipo cuya salud declinaba; y ademas (continuaba diciendome) tu pérdida me ha costado mucho. La filosofía es una égide muy endeble contra las penas del corazon. ¡Que fuertes somos en la especulacion, y que flacos en la práctica! Pero pienso que los Dioses, cuando nos separaron, usaron con nosotros de mas indulgencia que crueldad, porque ya habiamos apurado las delicias del amor, y llegados á este apogeo habiamos precisamente de bajar. Ahora, por lo menos, la memoria de aquellos rápidos dias de felicidad acompañará nuestra vida con muy risueñas ilusiones, y nos inspirará dulcísimos sueños; y en aquellos instantes melancólicos en que el alma penosa y abatida necesita de un nuevo espíritu de vida, retrogradará nuestro pensamiento á aquellos periodos de tan corta felicidad, y nos transportará bajo aquellos plátanos hermosos, al jardin que llamábamos nuestro Tempe, en donde las agradables conversaciones, las lecturas y el amor hacian nuestras horas deliciosas. De esta manera, lo pasado estenderá sus beneficios sobre lo presente. Si el destino no nos hubiera sido contrario, tu imaginacion se hubiera insensiblemente resfriado, no me hubiera engalanado mas con sus hermosos colores, y hubiera llegado dia en que yo no habria sido á tus ojos mas que una muger ordinaria.

Aprovechate de la juventud para viajar; imita á nuestros grandes filósofos. Pitagoras, Platon, Democrito y Solon fuéron á coger los frutos de la sabiduría á los climas donde se daban; que aunque Solon sostiene que es necesaria la edad de cuarenta años para viajar útilmente, yo me atrevo á ser de otra opinion. El tiempo de la juventud me parece propisimo para viages, con tal de haber adquirido noticias preliminares, y aptitud para meditar.

Zenon, fundador de la secta estoica, fué á ilustrarse sobre una gran duda. Murió de un siglo menos dos años, diciendo: «Hago mi último esfuerzo para llevar lo que hay en mí de divino á lo que hay de divino en el universo.» Nunca padeció enfermedades. ¡Privilegio hermoso! sesenta y ocho años se aplicó á la filosofía. Los Atenienses, que alguna vez son justos, le erigieron un sepulcro en el Ceramicó; y por un decreto público le dedicaron una corona de oro, y le hicieron honores extraordinarios: «Para que todo el mundo, dice el decreto, sepa que los Atenienses honran el mérito distinguido en vida y en muerte.» Zenon formó su sabio tomándose por modelo á sí mismo. Decía, «que si los sabios no debian amar, como algunos filósofos opinaban, compadeceria mucho á las mugeres virtuosas y lindas, pues habrian

de tener por amantes á los necios. » Sostenia que una parte de la ciencia consistia en ignorar las cosas que no se debian saber. « Un Estoico verdadero, repetia con frecuencia, vive en el mundo como si nada tuviese en propiedad, y ama á sus semejantes, y aun á sus propios enemigos; su estudio particular es el de su alma. Para rectificar su conducta, examina de noche todo cuanto ha hecho de dia, fiscaliza sus faltas, busca el testimonio de su conciencia, huye de las alabanzas y de las honras; vive complacido en la oscuridad; y ni las pasiones ni los afectos tienen imperio alguno sobre él. » Admitia un destino invencible, que es un sistema peligroso. Cierta dia que castigaba á su criado por un robo, este esclamó: « Mi destino era robaros. — Y ser apaleado por mí, » le respondió el filósofo. — Habrás oido hablar del platónico Silanion, que no ha mucho volvió de sus viages: es hombre de gran talento, y lleno de conocimientos útiles, pero marcado con el sello de la singularidad. Dicen que tiene vergüenza de estar alojado en un cuerpo; y por lo mismo ni quiere dejarse retratar, ni tampoco declarar su pais y su familia. Nunca se baña, desecha todo remedio humillante, no come ninguna especie de carne, vive con poco, y aun suele abstenerse de pan; lo cual junto con la intensa meditacion de su

espíritu es causa de que duerma poquísimo. Todo lo que compone participa de su originalidad. Jamas lee lo que ha escrito, y forma mal las letras, y descuida la ortografia. Es tan fuerte su meditacion, que dispone en su cabeza toda una obra, y nada muda al escribirla. Nunca pierde de vista su plan; y cuando le interrumpen, transporta su entendimiento al asunto de que le hablan, y lo discute y lo termina sin distraerse de su trabajo, el cual vuelve á tomar sin leer ni aun las últimas líneas.

Leo de nuevo á Platon, mas confieso que no puedo seguirle en su sublime metafísica: sin duda que mi sexo no tiene la cabeza bastante fuerte para penetrar en sus profundidades. El mundo sensible es, segun él, la idea de un ser intelectual, idea increada y manifestada exteriormente. « La verdad es para Dios, la verosimilitud para el hombre. » No pudiendo comprender todas estas bellas ideas, arrojé el libro con enfado, pero le vuelvo á tomar luego para leer su Fedon, y esta lectura me arranca lágrimas. No sé que ciudad griega pidió una estatua á un estatuario célebre, dejandole la eleccion del asunto. « No os esculpiré un luchador, dijo el estatuario, teneis bastantes atletas; prefiero la virtud á la fuerza: tampoco os esculpiré un guerrero, este mérito es comun: en

cuanto á vuestros tiranos, mas bien romperia sus imágenes: podria representaros á vuestros Dioses, pero teneis tantos en vuestros templos...» Entónces el pueblo le dijo: «¿Que nos harás pues, estatuario? — Lo que hay mas raro sobre la tierra: un hombre que muere por la verdad;» y trabajó á Socrates espirando.

Cuando leo el Fedon, veo á la virtud luchando contra la injusticia y el crimen.

Alabemos para siempre el valor de Socrates, que en la muerte de su maestro (Socrates) osó presentarse de duelo en Atenas, desafiando á sus bárbaros jueces y á este pueblo asesino. Guerreros que han ganado batallas, no tendrían esta intrepidez.

Ahora acaban de decirme que van á quemar los escritos de Protagoras, porque dice en uno de sus Tratados: «No puedo asegurar si hay Dioses.» Estaba dada la orden para prenderle, mas por fortuna suya se escapó. Fué célebre el destino de este famoso sofista: era un ganapan; y habiendole encontrado Democrito, cargado de hacillos de leña colocados en un equilibrio geométrico, concibió alta idea de su talento, y le admitió en el número de sus discípulos.

A dios, amado amigo mio. ¿Te acuerdas de las Androginas de Platon? «Los Dioses, dice en su Banquete, formáron primero al

hombre de figura redonda, con dos cuerpos y dos sexos, y aquello le hizo insolente, tanto que se atrevió á hacerles la guerra. Iba Jupiter á destruirle; pero considerando que destruía al género humano, se contentó con debilitar la Androgina, cortandola en dos mitades. Mandóse á Apolo que las perfeccionara. Desde entónces cada mitad se busca, se desea, y se arrastra la una ácia la otra (28).» ¡Ay, mi Antenor querido! yo soy la mitad separada de tí. Conozco que mi alma ha perdido la mitad de sí misma: me enternezco, me melancolizo, y derramo lágrimas. ¡Con que no hay felicidad permanente sobre la tierra! ¡Ay mi amigo! ni el salto de Leucades ni el paso del Cocito extinguirán el amor que me agita y me consume. Mantente bueno, y se dichoso.....

Esta carta encrudeleció mis dolores y mis penas. Quise disfrazarme, y regresar á Atenas para ver otra vez á mi amable y digna amiga; pero el sabio Diocles me contuvo, poniendome á la vista el cuadro terrible de la desesperacion de Lastenia, si era yo conocido y castigado de muerte á sus mismos ojos.

CAPITULO XXII.

Pasa el invierno en casa de Diocles. Ceremonia del Tauróbolo. Querrela entre los dos esposos. Historia de Arquias.

PASÉ el invierno en compañía de aquella estimable familia: el estudio ocupó mis ocios. Lei y releí á Eurípides, á Homero, á Herodoto y á Tucídides. Adorné mi memoria con bellos versos, y con las riquezas de aquellos ingenios grandes. ¡Dichoso el que nace con afición al estudio, y con inclinacion á vivir solitario en el santuario de las Musas! Ese es el que goza del reposo sin desmayo, y de un placer siempre nuevo: aunque solo, se halla cercado de amigos que alegran su retiro. Pasaba yo las largas noches entre mis huéspedes, junto á su hogar. Su honrada franqueza y sus conversaciones sencillas me tenían mas entretenido aquel rato que lo demas del dia. El sabio Diocles nos contaba los varios sucesos de su vida y los pasages de su tiempo. ¡Con que ansia le escuchábamos! Hizonos frecuentemente la narracion de un sacrificio espiatorio, llamado tauróbolo, que era una ceremonia rara á que se sometió Diomedon, jóven Megariano. Le conocí, nos decia, en

Efeso, en tiempo que iba yo huyendo de Tebas y de mi Eufemia querida. Nos embarcamos juntos para Corinto. Refrescó el viento, mugió el mar, se hinchó, y atormentó una borrasca deshecha á nuestra débil nave. Yo, que llevaba á disgusto el peso de la vida, miraba la borrasca y la muerte con mucha indiferencia; pero Diomedon, que era débil, supersticioso y libertino (cualidades al parecer opuestas, aunque emanadas del mismo principio, que es la debilidad del alma), invocaba á voces á Neptuno, á Tetis, y á todos los Dioses. Bias, que era uno de nuestros sabios y que iba con nosotros, miraba con lástima tanta pusilanimidad; se llegó á Diomedon, y le dijo: « Calla, no sea que los Dioses reparen en que vas en este navío. » Ni el sosiego de Bias, ni sus bufonadas animaron el valor de Diomedon; y como la borrasca continuase, hizo voto de que, si los Dioses le salvaban, espiaria sus culpas, y se regeneraria con el sacrificio del tauróbolo.

Así que desembarcó en Corinto, cumplió con su voto, y quiso que yo fuese testigo de ello. Mandaron los sacerdotes escavar un hoyo bastante profundo. Bajó á él Diomedon, ceñida la cabeza con las cintas sagradas, y con una corona y otros ornamentos misteriosos. Así que estuvo en la hoya, la cubrieron con una tapa de madera agujereada por

varias partes. Trajéron un toro coronado de flores, cuyos cuernos y frente estaban salpicados con laminitas de oro. Lo degolláron con un cuchillo sagrado, y su sangre fué á caer en la hoya por los varios agujeros de la tapadera: y Diomedon, avaro de aquella sangre preciosa, presentaba el rostro, las espaldas, los brazos, y todas las partes de su cuerpo, para recoger en ellas hasta la última gota. Salió de la hoya espantable. Me parece que todavía le veo con el pelo, la barba y el vestido empapados en sangre; pero purgado de sus delitos, y regenerado para la eternidad. Mas, no obstante, aseguran que aquella ceremonia es preciso renovarla cada veinte años, ó que, sino, desaparece su virtud.

La paz que reinaba en el asilo de Diocles parecia como querer desampararlo. Levantábanse nubes en su horizonte: los zelos agitaban el alma de Filotas, y conturbaban la felicidad de ámbos esposos.

Algunos días habia que Filotas se mostraba rezeloso, pensativo y taciturno. Cuando Crisila le hablaba con timidez y dulzura, él callaba, ó respondia agriamente. Al instante bullian las lágrimas en los bellos ojos de aquella tierna esposa, y se conocia que se esforzaba á contenerlas, especialmente delante de su padre.

Una tarde que me volvia del paseo á causa de la lluvia, la encontré recostada sobre una roca empapada del agua que caia, hinchados los ojos de llorar, é insensible á lo riguroso del tiempo. Lleguéme á ella, la enjuagué lo mejor que pude, procuré calentar sus manos delicadas, y la acompañé á una cabaña vecina, que servia de majada. Allí, despues que se le hubo desahogado el corazon, me contó, y no sin sollozos, que habia trabajado secretamente para Filotas una túnica de lana, la cual acababa de presentarle, diciendole: « Esta es obra mia, llevala por el amor de mi; » pero que su respuesta habia sido hacerla pedazos, y que ella moriria de dolor. Diciendo esto, lloró y sollozó mas amargamente. Yo desplegué mi elocuencia para consolarla, y la prometí hacer de manera que se me explicara su esposo, para saber el motivo de tan imprevista mudanza.

Busqué á Filotas, y le encontré poseido de un pesar negro y amargo. Primero se negó á abirme su pecho, pero despues de vivas instancias dejó escapar su secreto. Dijo-me que de algunos días á aquella parte encontraba todas las mañanas flores y ramos de mirto y de laurel colgados á su puerta; que habia oido muchas noches tocar una lira y cantar unas coplas; y que todo aquello era consecuencia de algun amante oculto. — Aun

cuando fuera, le dije, algun amante, ¿en que es culpable Crisila, que lo ignora? Pero quiero aclarar vuestras sospechas, y mostraros cuan injustas son.

A la media noche me subí á un árbol grande que habia enfrente de la casa, y en él aceché la llegada del galan rondador: y no quedáron mis esperanzas frustradas. Al apuntar la aurora, se acercó un hombre á la puerta, colgó sobre ella guirnaldas, tomó su lira, y cantó y bailó á un tiempo mismo. Parecióme que aquel amante no podia ser muy peligroso, siendo tan alegre. Bajéme del árbol con mucho silencio, y le cogí por detras. El quedó sorprendidísimo, pero mi aire risueño le sosegó. Preguntóme ¿que queria, y si era su competidor? — ¿Quien es vuestra dama? le repliqué. — Es una divinidad, me repuso; es una gracia amabilísima; en fin, es la preciosa Crisila: y dicho esto, volvió á su canto y á su baile. Asi que ví yo que su pasion no tenia síntomas tristes, me divertí con ella; pero súbitamente salió Filotas con una lanza en la mano, y dió sobre su jovial competidor. «¡Traidor! gritaba, morirás á mis manos.» Tuve que esforzarme muchísimo para oponerme á su furia, mientras su adversario, tan alegre y sereno como al principio, continuaba su pantomima y sus coplas, irritando por lo mismo mucho mas á nuestro zeloso.

Empezaban á distinguirse ya los objetos, cuando Filotas, que habia mirado mas atentamente á su competidor, exclamó: ¡Oh cielos! ¡Arquias es! ¡Por Jupiter, que soy mas loco que él! ¡cuanto me avergüenzo de mis sospechas! — ¿Quien es ese Arquias? le pregunté. — Seguidme, me respondió, y os contaré su historia.

Ese Arquias, continuó Filotas, es de una de las mejores familias de Oropa; tenia talento, y cultivaba con utilidad la poesia y la música; pero nació con una imaginacion tan viva y con un corazon tan tierno, que iba de hermosura en hermosura rindiendo á todas vasallage. Seguia el carro de la graciosa Foloe, cuando vió á la bella Teona que oscurecia á sus competidoras, como el astro de la noche oscurece á las estrellas. Desde la vez primera que Arquias la vió, quedó ciegamente enamorado de ella. Consiguió agradarla, y tambien que aceptara su mano y su amor. Foloe disimuló su despecho; pero luego que supo el matrimonio, ya no pensó en otra cosa que en venganza. Tenia un hermano, llamado Conon, amante desgraciado de Teona, á quien Foloe inspiró su rabia; y he aquí cual fué su conjuración. Cayó enferma Teona, y esto retardó la celebracion del casamiento. Foloe, que la trataba como amiga, la pidió que la dejase pasar una noche á su lado para cui-

darla, y lo consiguió con sus instancias y falsas caricias. Habia convenido con su hermano en vestirse aquella noche como su competidora, y presentarse á la ventana bajo su nombre; y que, asi que estuviere en ella, llegaría Conon á enamorarla, y pedirla que le admitiese en su casa, y que entónces bajaría ella á abrirle la puerta. Era preciso que Arquias fuese testigo de aquella cita. Un papel anónimo le advirtió que Teona fingia estar mala para romper su concertado himeneo, y casarse con Conon á quien amaba, y á quien habia dado una cita para la siguiente noche. Aquel papel hizo por lo pronto poca impresion en Arquias, y lo tuvo por una malignidad mal tejida; pero pensó mas en ello, y meditó las frases. Volvió á rechazar las sospechas, mas ellas le atormentaron de nuevo. En esta perplejidad sobrevino la noche indicada. Determinóse pues á meterse en el zaguan de una casa contigua á la de su amada, muy persuadido á que su acecho seria inútil.

Llegó Conon, se acercó á la puerta de Teona, hizo una seña, y abrieron la ventana. — ¿Eres tú, Conon? le preguntó una voz débil y tardía. — Sí, amada Teona: yo soy el amante que te adora, y que viene á impedir tu casamiento con Arquias, ó á morir á tus piés: ruegote que bajes, porque tengo que confiarte un secreto.

El desgraciado Arquias escuchaba lo mismo que no se atrevia á creer; pero la falsa Teona bajó, abrió la puerta, y recibió á su amante fingido.

Aquella odiosa escena hizo en Arquias una impresion tan pronta y tan terrible, que en el instante mismo se vió acometido de un acceso de demencia. Se han hecho para su curacion cuantos remedios hay conocidos, pero inútilmente. Su erotomania ha tomado un aspecto chistoso: á nadie ofende con ella, y acaso con ella es feliz. ¡Tan cierto es que conviene á veces atolondrar la razon para disfrutar alguna felicidad! Se pone á la puerta de los templos á ver pasar las mugeres; y si vé en algunas ojos hermosos, pié pequeño, ó talle airoso, se le exalta luego la imaginacion, ó el corazon se le inflama: desde entónces ya no duerme, templa su lira, y va á cantar bajo las ventanas del objeto adorado, donde pasa noches enteras. Esta efervescencia le dura unos quince dias, y despues corre tras nuevos amores. El infeliz amó nuevamente á la misma Foloe, que es causa de su desventura. Seis meses despues encontró á Teona en el templo de Minerva: miróla fijamente con triste ceño; y todos los músculos de su cara se encrepáron, pintandose alternativamente en ella el enojo y el dolor. Sacáron del templo á Teona, cuya alma sen-

sible y benigna no pudo resistir la vista de aquel triste espectáculo, y Arquias recobró luego su jovialidad. Veinte y cinco años ha que está así, porque tiene cerca de cincuenta; pero ni el cuidado de lo futuro, ni la cercanía de la vejez perturban su alegría ni sus amores. — Seria lástima, repuse á Filotas, volverle lo que llamamos razon, porque con ella no lograria mas que pesares é inquietudes.

En aquel instante venia ácia nosotros Crisila, triste, pensativa y temerosa. « ¡Ay! exclamó Filotas : ¡ véla allí ! ¡ cuantas culpas tiene que perdonarme ! voy á echarme á sus piés. » Hizose la reconciliacion, porque Crisila perdonó fácilmente. Confundiéronse sus llantos y caricias, y con ternisimas protestas selláron aquella paz que habia de ser inalterable.

En compañía de esta familia, que acaso era la mas dichosa de este globo, aguardé la vuelta de la primavera. La dulce templanza del aire, y la alfombra verde con que la tierra se cubria, anunciaban su llegada. ¡ Quien no olvidaria por algunos momentos su tedio y su miseria con la dulce serenidad de un bello día del mes de Muniquion (Abril), y con el aspecto del campo, risueño con flores y yerbas, oyendo el armonioso coro de los pájaros !

Determiné entónces seguir los consejos de

Lastenia, é ir á estudiar las costumbres y los usos de las naciones, empezando mis viages por el templo de Delfos, para consultar su oráculo sobre mi futuro destino. Este proyecto no se conformaba con la doctrina que habia yo aprendido en Atenas, donde las gentes ilustradas y de trato fino dejaban los oráculos y las preocupaciones supersticiosas para lo comun del pueblo. Pero el entendimiento humano es un extraño compuesto de debilidades, de razon y de inconsecuencias. Yo no creia en los oráculos, ó á lo menos lo imaginaba así; pero, con todo, mi curiosidad queria consultarlos.

Oprimido el ánimo de tristeza, me despedí de mis amables huéspedes, los cuales me acompañáron un gran trecho. Dandonos los últimos abrazos, llorábamos todos. El buen Diocles estrechandome en sus brazos me dijo : « Ya no os veré mas, porque mi tumba está abierta : pero si pasáreis otra vez por Oropa, venid á echar en ella algunas flores, y á hablar de mí con mis hijos. »

CAPITULO XXIII.

Su llegada á Tebas. Hazaña de Milon de Crotona.

TOMÉ el camino de Tebas. Esta ciudad está situada entre los ríos Asopo é Ismeno: sus cercanías son amenísimas. Atravesé jardines y praderías. Desde lejos, sobre una eminencia, se vé la ciudadela. La ciudad está circundada de muros: se entra en ella por siete puertas, y se ven bellísimos edificios públicos, y soberbias estatuas; pero las calles no estan tiradas á cordel, que es un defecto comun á toda la Grecia. Está la ciudad bajo la proteccion de Baco y de Hercules.

Encontré á Tebas agitadaísima y llena de estrañeros, porque aguardaban al famoso Milon de Crotona, cuyas gloriosas hazañas en los juegos olímpicos habian estendido la fama de su nombre. Toda la ciudad salió á recibirle el día de su llegada: parecia un coloso, porque tenia seis piés de altura; su barba era negra y cerrada; sus cejas pobladas y casi juntas; sus brazos, piernas y ancho pecho escesivamente peludos; andaba descalzo, armado con una clava, y cubierto con una piel de leon, á imitacion de Hercules,

que era su modelo. Así que el Proxenes de la ciudad le alojó (29), llegó un diputado del pueblo y de los magistrados á suplicarle que tuviera á bien hacer en la ciudad las mismas muestras de fuerza y de brio con que tanto se habia señalado en los juegos olímpicos. Milon se convino á ello, y advirtió á los magistrados que mandaran llevar á la palestra, al dia siguiente al salir el sol, un toro de cuatro años.

Antes de ser de dia, estaba ya el Gimnasio lleno de espectadores que de todas partes acudian. No tardó en presentarse el héroe. Marchó ácia los magistrados y ciudadanos principales, precedido de una tropa de músicos, y llevando como Alcides una corona de chopo. Luego que estuvo junto al toro, dió una ojeada á toda la concurrencia, la saludó, desató al animal, lo cogió, y se lo cargó sobre los hombros. Por todas partes resonaron gritos, aplausos y clamorosa vocería. Animado con el estrépito nuestro atleta echó á correr con su carga al derredor del recinto. Aumentáronse las estruendosas palmadas, juntamente con la algazara general. Despues de esta carrera dejó en tierra su pesada carga, y dió al toro tan vigorosa puñada en la cabeza, que el animal titubeó, cayó, y murió. Empezóse de nuevo el estruendo y la gritería, al ver aquella nueva hazaña. Milon entónces dijo á

los magistrados que si querian mandar asar al toro, él se obligaba á comerselo todo entero. Aceptáron la proposicion. Corriéron, se afanáron, encendiéron una grande hoguera, desolláron la bestia, y la asáron.

Miéntras tanto Milon pasmó á todo el pueblo con otro prodigio. Ciñóse estrechísimamente las sienes con una cuerda, contuvo el aliento, é hinchó de tal manera los músculos de la cabeza, que saltó la cuerda. Todo el gran concurso gritó llamandolo prodigio, y aclamando al héroe por superior á Hercules.

Después de este esfuerzo, pasó á descansar bajo un pabellon que se habia levantado en medio de la plaza, y le circundáron los magistrados y los ciudadanos de mayor nota.

Preguntáronle sobre su alimento diario: «Necesito, respondió, diez y ocho libras de pan, diez y ocho de carne, y quince cuartillos de vino.» Preguntóle uno, en voz baja, ¿si era tan prodigioso en el amor como en los demas ejercicios? «No me atreveria á vanagloriarme, respondió, de igualar á Alcides en sus cincuenta trabajos nocturnos.»

Tenia yo á mi lado á un anciano que se sonreia malignamente, y se encogia de hombros: le miré, y me dijo sin mas preámbulo: «Me causan compasion esos atletas; para fortalecerse mas, escogen los alimentos que

les parecen de mayor sustancia, como las carnes de cerdo y de vaca, y un pan muy grosero; pero ese exceso de nutricion no les da mas que una fuerza pasagera, y por otra parte nada valen para las fatigas de los viages y las de la guerra: tienen una estatura deforme, un entendimiento torpe, una inclinacion invencible al sueño, una gran disposicion á la apoplegia, y sobre todo esto sucede rara vez que conserven su vigor por mas de cinco años. Fuera de que yo me rio de todas esas proezas que acaba de ostentar Milon. Mas digno de elogio es lo que hizo un dia que asistió á las lecciones de Pitagoras. Fué el caso, que habiendose desencajado la única columna que sosténia el techo de la sala, él la sostuvo hasta que toda la gente salió fuera (3o).

Me parece, le dije, que no gustais de los juegos del estadio. — No: ¿que cosa mas horrible que ver campeones desnudos, destilando sangre, desgarrarse mutuamente el cuerpo con manoplas, desfigurarse el rostro, romperse los dientes, hacerse algunas veces saltar un ojo, á punto que frecuentemente una madre no puede reconocer á su hijo? Este arte es muy pernicioso á la especie humana: los que se ejercitan en saltar y en la carrera, enflaquecen de la cabeza á las caderas, miéntras que la parte inferior del cuerpo adquiere una

Aristipo cuya salud declinaba; y ademas (continuaba diciendome) tu pérdida me ha costado mucho. La filosofía es una égide muy endeble contra las penas del corazon. ¡Que fuertes somos en la especulacion, y que flacos en la práctica! Pero pienso que los Dioses, cuando nos separaron, usaron con nosotros de mas indulgencia que crueldad, porque ya habiamos apurado las delicias del amor, y llegados á este apogeo habiamos precisamente de bajar. Ahora, por lo menos, la memoria de aquellos rápidos dias de felicidad acompañará nuestra vida con muy risueñas ilusiones, y nos inspirará dulcísimos sueños; y en aquellos instantes melancólicos en que el alma penosa y abatida necesita de un nuevo espíritu de vida, retrogradará nuestro pensamiento á aquellos periodos de tan corta felicidad, y nos transportará bajo aquellos plátanos hermosos, al jardin que llamábamos nuestro Tempe, en donde las agradables conversaciones, las lecturas y el amor hacian nuestras horas deliciosas. De esta manera, lo pasado estenderá sus beneficios sobre lo presente. Si el destino no nos hubiera sido contrario, tu imaginacion se hubiera insensiblemente resfriado, no me hubiera engalanado mas con sus hermosos colores, y hubiera llegado dia en que yo no habria sido á tus ojos mas que una muger ordinaria.

Aprovechate de la juventud para viajar; imita á nuestros grandes filósofos. Pitagoras, Platon, Democrito y Solon fuéron á coger los frutos de la sabiduría á los climas donde se daban; que aunque Solon sostiene que es necesaria la edad de cuarenta años para viajar útilmente, yo me atrevo á ser de otra opinion. El tiempo de la juventud me parece propisimo para viages, con tal de haber adquirido noticias preliminares, y aptitud para meditar.

Zenon, fundador de la secta estoica, fué á ilustrarse sobre una gran duda. Murió de un siglo menos dos años, diciendo: «Hago mi último esfuerzo para llevar lo que hay en mí de divino á lo que hay de divino en el universo.» Nunca padeció enfermedades. ¡Privilegio hermoso! sesenta y ocho años se aplicó á la filosofía. Los Atenienses, que alguna vez son justos, le erigieron un sepulcro en el Ceramicó; y por un decreto público le dedicaron una corona de oro, y le hicieron honores extraordinarios: «Para que todo el mundo, dice el decreto, sepa que los Atenienses honran el mérito distinguido en vida y en muerte.» Zenon formó su sabio tomándose por modelo á sí mismo. Decía, «que si los sabios no debian amar, como algunos filósofos opinaban, compadeceria mucho á las mugeres virtuosas y lindas, pues habrian

de tener por amantes á los necios. » Sostenia que una parte de la ciencia consistia en ignorar las cosas que no se debian saber. « Un Estoico verdadero, repetia con frecuencia, vive en el mundo como si nada tuviese en propiedad, y ama á sus semejantes, y aun á sus propios enemigos; su estudio particular es el de su alma. Para rectificar su conducta, examina de noche todo cuanto ha hecho de dia, fiscaliza sus faltas, busca el testimonio de su conciencia, huye de las alabanzas y de las honras; vive complacido en la oscuridad; y ni las pasiones ni los afectos tienen imperio alguno sobre él. » Admitia un destino invencible, que es un sistema peligroso. Cierta dia que castigaba á su criado por un robo, este esclamó: « Mi destino era robaros. — Y ser apaleado por mí, » le respondió el filósofo. — Habrás oido hablar del platónico Silanion, que no ha mucho volvió de sus viages: es hombre de gran talento, y lleno de conocimientos útiles, pero marcado con el sello de la singularidad. Dicen que tiene vergüenza de estar alojado en un cuerpo; y por lo mismo ni quiere dejarse retratar, ni tampoco declarar su pais y su familia. Nunca se baña, desecha todo remedio humillante, no come ninguna especie de carne, vive con poco, y aun suele abstenerse de pan; lo cual junto con la intensa meditacion de su

espíritu es causa de que duerma poquísimo. Todo lo que compone participa de su originalidad. Jamas lee lo que ha escrito, y forma mal las letras, y descuida la ortografia. Es tan fuerte su meditacion, que dispone en su cabeza toda una obra, y nada muda al escribirla. Nunca pierde de vista su plan; y cuando le interrumpen, transporta su entendimiento al asunto de que le hablan, y lo discute y lo termina sin distraerse de su trabajo, el cual vuelve á tomar sin leer ni aun las últimas líneas.

Leo de nuevo á Platon, mas confieso que no puedo seguirle en su sublime metafísica: sin duda que mi sexo no tiene la cabeza bastante fuerte para penetrar en sus profundidades. El mundo sensible es, segun él, la idea de un ser intelectual, idea increada y manifestada exteriormente. « La verdad es para Dios, la verosimilitud para el hombre. » No pudiendo comprender todas estas bellas ideas, arrojé el libro con enfado, pero le vuelvo á tomar luego para leer su Fedon, y esta lectura me arranca lágrimas. No sé que ciudad griega pidió una estatua á un estatuario célebre, dejandole la eleccion del asunto. « No os esculpiré un luchador, dijo el estatuario, teneis bastantes atletas; prefiero la virtud á la fuerza: tampoco os esculpiré un guerrero, este mérito es comun: en

cuanto á vuestros tiranos, mas bien romperia sus imágenes: podria representaros á vuestros Dioses, pero teneis tantos en vuestros templos...» Entónces el pueblo le dijo: «¿Que nos harás pues, estatuario? — Lo que hay mas raro sobre la tierra: un hombre que muere por la verdad;» y trabajó á Socrates espirando.

Cuando leo el Fedon, veo á la virtud luchando contra la injusticia y el crimen.

Alabemos para siempre el valor de Socrates, que en la muerte de su maestro (Socrates) osó presentarse de duelo en Atenas, desafiando á sus bárbaros jueces y á este pueblo asesino. Guerreros que han ganado batallas, no tendrían esta intrepidez.

Ahora acaban de decirme que van á quemar los escritos de Protagoras, porque dice en uno de sus Tratados: «No puedo asegurar si hay Dioses.» Estaba dada la orden para prenderle, mas por fortuna suya se escapó. Fué célebre el destino de este famoso sofista: era un ganapan; y habiendole encontrado Democrito, cargado de hacillos de leña colocados en un equilibrio geométrico, concibió alta idea de su talento, y le admitió en el número de sus discípulos.

A dios, amado amigo mio. ¿Te acuerdas de las Androginas de Platon? «Los Dioses, dice en su Banquete, formáron primero al

hombre de figura redonda, con dos cuerpos y dos sexos, y aquello le hizo insolente, tanto que se atrevió á hacerles la guerra. Iba Jupiter á destruirle; pero considerando que destruía al género humano, se contentó con debilitar la Androgina, cortandola en dos mitades. Mandóse á Apolo que las perfeccionara. Desde entónces cada mitad se busca, se desea, y se arrastra la una ácia la otra (28).» ¡Ay, mi Antenor querido! yo soy la mitad separada de tí. Conozco que mi alma ha perdido la mitad de sí misma: me enternezco, me melancolizo, y derramo lágrimas. ¡Con que no hay felicidad permanente sobre la tierra! ¡Ay mi amigo! ni el salto de Leucades ni el paso del Cocito extinguirán el amor que me agita y me consume. Mantente bueno, y se dichoso.....

Esta carta encrudeció mis dolores y mis penas. Quise disfrazarme, y regresar á Atenas para ver otra vez á mi amable y digna amiga; pero el sabio Diocles me contuvo, poniendome á la vista el cuadro terrible de la desesperacion de Lastenia, si era yo conocido y castigado de muerte á sus mismos ojos.

CAPITULO XXII.

Pasa el invierno en casa de Diocles. Ceremonia del Tauróbolo. Querrela entre los dos esposos. Historia de Arquias.

PASÉ el invierno en compañía de aquella estimable familia: el estudio ocupó mis ocios. Lei y releí á Euripides, á Homero, á Herodoto y á Tucídides. Adorné mi memoria con bellos versos, y con las riquezas de aquellos ingenios grandes. ¡Dichoso el que nace con afición al estudio, y con inclinacion á vivir solitario en el santuario de las Musas! Ese es el que goza del reposo sin desmayo, y de un placer siempre nuevo: aunque solo, se halla cercado de amigos que alegran su retiro. Pasaba yo las largas noches entre mis huéspedes, junto á su hogar. Su honrada franqueza y sus conversaciones sencillas me tenían mas entretenido aquel rato que lo demas del dia. El sabio Diocles nos contaba los varios sucesos de su vida y los pasages de su tiempo. ¡Con que ansia le escuchábamos! Hizonos frecuentemente la narracion de un sacrificio espiatorio, llamado tauróbolo, que era una ceremonia rara á que se sometió Diomedon, jóven Megariano. Le conocí, nos decia, en

Efeso, en tiempo que iba yo huyendo de Tebas y de mi Eufemia querida. Nos embarcamos juntos para Corinto. Refrescó el viento, mugió el mar, se hinchó, y atormentó una borrasca deshecha á nuestra débil nave. Yo, que llevaba á disgusto el peso de la vida, miraba la borrasca y la muerte con mucha indiferencia; pero Diomedon, que era débil, supersticioso y libertino (cualidades al parecer opuestas, aunque emanadas del mismo principio, que es la debilidad del alma), invocaba á voces á Neptuno, á Tetis, y á todos los Dioses. Bias, que era uno de nuestros sabios y que iba con nosotros, miraba con lástima tanta pusilanimidad; se llegó á Diomedon, y le dijo: « Calla, no sea que los Dioses reparen en que vas en este navio. » Ni el sosiego de Bias, ni sus bufonadas animaron el valor de Diomedon; y como la borrasca continuase, hizo voto de que, si los Dioses le salvaban, espiaria sus culpas, y se regeneraria con el sacrificio del tauróbolo.

Así que desembarcó en Corinto, cumplió con su voto, y quiso que yo fuese testigo de ello. Mandaron los sacerdotes escavar un hoyo bastante profundo. Bajó á él Diomedon, ceñida la cabeza con las cintas sagradas, y con una corona y otros ornamentos misteriosos. Así que estuvo en la hoya, la cubrieron con una tapa de madera agujereada por

varias partes. Trajéron un toro coronado de flores, cuyos cuernos y frente estaban salpicados con laminitas de oro. Lo degolláron con un cuchillo sagrado, y su sangre fué á caer en la hoya por los varios agujeros de la tapadera: y Diomedon, avaro de aquella sangre preciosa, presentaba el rostro, las espaldas, los brazos, y todas las partes de su cuerpo, para recoger en ellas hasta la última gota. Salió de la hoya espantable. Me parece que todavía le veo con el pelo, la barba y el vestido empapados en sangre; pero purgado de sus delitos, y regenerado para la eternidad. Mas, no obstante, aseguran que aquella ceremonia es preciso renovarla cada veinte años, ó que, sino, desaparece su virtud.

La paz que reinaba en el asilo de Diocles parecia como querer desampararlo. Levantábanse nubes en su horizonte: los zelos agitaban el alma de Filotas, y conturbaban la felicidad de ámbos esposos.

Algunos días habia que Filotas se mostraba rezeloso, pensativo y taciturno. Cuando Crisila le hablaba con timidez y dulzura, él callaba, ó respondia agriamente. Al instante bullian las lágrimas en los bellos ojos de aquella tierna esposa, y se conocia que se esforzaba á contenerlas, especialmente delante de su padre.

Una tarde que me volvia del paseo á causa de la lluvia, la encontré recostada sobre una roca empapada del agua que caia, hinchados los ojos de llorar, é insensible á lo riguroso del tiempo. Lleguéme á ella, la enjuagué lo mejor que pude, procuré calentar sus manos delicadas, y la acompañé á una cabaña vecina, que servia de majada. Allí, despues que se le hubo desahogado el corazon, me contó, y no sin sollozos, que habia trabajado secretamente para Filotas una túnica de lana, la cual acababa de presentarle, diciendole: «Esta es obra mia, llevala por el amor de mi;» pero que su respuesta habia sido hacerla pedazos, y que ella moriria de dolor. Diciendo esto, lloró y sollozó mas amargamente. Yo desplegué mi elocuencia para consolarla, y la prometí hacer de manera que se me explicara su esposo, para saber el motivo de tan imprevista mudanza.

Busqué á Filotas, y le encontré poseido de un pesar negro y amargo. Primero se negó á abirme su pecho, pero despues de vivas instancias dejó escapar su secreto. Dijo-me que de algunos días á aquella parte encontraba todas las mañanas flores y ramos de mirto y de laurel colgados á su puerta; que habia oido muchas noches tocar una lira y cantar unas coplas; y que todo aquello era consecuencia de algun amante oculto. — Aun

cuando fuera, le dije, algun amante, ¿en que es culpable Crisila, que lo ignora? Pero quiero aclarar vuestras sospechas, y mostraros cuan injustas son.

A la media noche me subí á un árbol grande que habia enfrente de la casa, y en él aceché la llegada del galan rondador: y no quedáron mis esperanzas frustradas. Al apuntar la aurora, se acercó un hombre á la puerta, colgó sobre ella guirnaldas, tomó su lira, y cantó y bailó á un tiempo mismo. Parecióme que aquel amante no podia ser muy peligroso, siendo tan alegre. Bajéme del árbol con mucho silencio, y le cogí por detras. El quedó sorprendidísimo, pero mi aire risueño le sosegó. Preguntóme ¿que queria, y si era su competidor? — ¿Quien es vuestra dama? le repliqué. — Es una divinidad, me repuso; es una gracia amabilísima; en fin, es la preciosa Crisila: y dicho esto, volvió á su canto y á su baile. Asi que ví yo que su pasion no tenia síntomas tristes, me divertí con ella; pero súbitamente salió Filotas con una lanza en la mano, y dió sobre su jovial competidor. «¡Traidor! gritaba, morirás á mis manos.» Tuve que esforzarme muchísimo para oponerme á su furia, mientras su adversario, tan alegre y sereno como al principio, continuaba su pantomima y sus coplas, irritando por lo mismo mucho mas á nuestro zeloso.

Empezaban á distinguirse ya los objetos, cuando Filotas, que habia mirado mas atentamente á su competidor, exclamó: ¡Oh cielos! ¡Arquias es! ¡Por Jupiter, que soy mas loco que él! ¡cuanto me avergüenzo de mis sospechas! — ¿Quien es ese Arquias? le pregunté. — Seguidme, me respondió, y os contaré su historia.

Ese Arquias, continuó Filotas, es de una de las mejores familias de Oropa; tenia talento, y cultivaba con utilidad la poesia y la música; pero nació con una imaginacion tan viva y con un corazon tan tierno, que iba de hermosura en hermosura rindiendo á todas vasallage. Seguia el carro de la graciosa Foloe, cuando vió á la bella Teona que oscurecia á sus competidoras, como el astro de la noche oscurece á las estrellas. Desde la vez primera que Arquias la vió, quedó ciegameute enamorado de ella. Consiguió agradarla, y tambien que aceptara su mano y su amor. Foloe disimuló su despecho; pero luego que supo el matrimonio, ya no pensó en otra cosa que en venganza. Tenia un hermano, llamado Conon, amante desgraciado de Teona, á quien Foloe inspiró su rabia; y he aquí cual fué su conjuración. Cayó enferma Teona, y esto retardó la celebracion del casamiento. Foloe, que la trataba como amiga, la pidió que la dejase pasar una noche á su lado para cui-

darla, y lo consiguió con sus instancias y falsas caricias. Habia convenido con su hermano en vestirse aquella noche como su competidora, y presentarse á la ventana bajo su nombre; y que, asi que estuviere en ella, llegaría Conon á enamorarla, y pedirla que le admitiese en su casa, y que entónces bajaría ella á abrirle la puerta. Era preciso que Arquias fuese testigo de aquella cita. Un papel anónimo le advirtió que Teona fingia estar mala para romper su concertado himeneo, y casarse con Conon á quien amaba, y á quien habia dado una cita para la siguiente noche. Aquel papel hizo por lo pronto poca impresion en Arquias, y lo tuvo por una malignidad mal tejida; pero pensó mas en ello, y meditó las frases. Volvió á rechazar las sospechas, mas ellas le atormentaron de nuevo. En esta perplejidad sobrevino la noche indicada. Determinóse pues á meterse en el zaguan de una casa contigua á la de su amada, muy persuadido á que su acecho seria inútil.

Llegó Conon, se acercó á la puerta de Teona, hizo una seña, y abrieron la ventana. — ¿Eres tú, Conon? le preguntó una voz débil y tardía. — Sí, amada Teona: yo soy el amante que te adora, y que viene á impedir tu casamiento con Arquias, ó á morir á tus piés: ruegote que bajes, porque tengo que confiarte un secreto.

El desgraciado Arquias escuchaba lo mismo que no se atrevia á creer; pero la falsa Teona bajó, abrió la puerta, y recibió á su amante fingido.

Aquella odiosa escena hizo en Arquias una impresion tan pronta y tan terrible, que en el instante mismo se vió acometido de un acceso de demencia. Se han hecho para su curacion cuantos remedios hay conocidos, pero inútilmente. Su erotomania ha tomado un aspecto chistoso: á nadie ofende con ella, y acaso con ella es feliz. ¡Tan cierto es que conviene á veces atolondrar la razon para disfrutar alguna felicidad! Se pone á la puerta de los templos á ver pasar las mugeres; y si vé en algunas ojos hermosos, pié pequeño, ó talle airoso, se le exalta luego la imaginacion, ó el corazon se le inflama: desde entónces ya no duerme, templa su lira, y va á cantar bajo las ventanas del objeto adorado, donde pasa noches enteras. Esta efervescencia le dura unos quince dias, y despues corre tras nuevos amores. El infeliz amó nuevamente á la misma Foloe, que es causa de su desventura. Seis meses despues encontró á Teona en el templo de Minerva: miróla fijamente con triste ceño; y todos los músculos de su cara se encrepáron, pintandose alternativamente en ella el enojo y el dolor. Sacáron del templo á Teona, cuya alma sen-

sible y benigna no pudo resistir la vista de aquel triste espectáculo, y Arquias recobró luego su jovialidad. Veinte y cinco años ha que está así, porque tiene cerca de cincuenta; pero ni el cuidado de lo futuro, ni la cercanía de la vejez perturban su alegría ni sus amores. — Seria lástima, repuse á Filotas, volverle lo que llamamos razon, porque con ella no lograria mas que pesares é inquietudes.

En aquel instante venia ácia nosotros Crisila, triste, pensativa y temerosa. « ¡Ay! exclamó Filotas : ¡ véla allí ! ¡ cuantas culpas tiene que perdonarme ! voy á echarme á sus piés. » Hizose la reconciliacion, porque Crisila perdonó fácilmente. Confundiéronse sus llantos y caricias, y con ternisimas protestas selláron aquella paz que habia de ser inalterable.

En compañía de esta familia, que acaso era la mas dichosa de este globo, aguardé la vuelta de la primavera. La dulce templanza del aire, y la alfombra verde con que la tierra se cubria, anunciaban su llegada. ¡ Quien no olvidaria por algunos momentos su tedio y su miseria con la dulce serenidad de un bello día del mes de Muniquion (Abril), y con el aspecto del campo, risueño con flores y yerbas, oyendo el armonioso coro de los pájaros !

Determiné entónces seguir los consejos de

Lastenia, é ir á estudiar las costumbres y los usos de las naciones, empezando mis viages por el templo de Delfos, para consultar su oráculo sobre mi futuro destino. Este proyecto no se conformaba con la doctrina que habia yo aprendido en Atenas, donde las gentes ilustradas y de trato fino dejaban los oráculos y las preocupaciones supersticiosas para lo comun del pueblo. Pero el entendimiento humano es un estraño compuesto de debilidades, de razon y de inconsecuencias. Yo no creia en los oráculos, ó á lo menos lo imaginaba así; pero, con todo, mi curiosidad queria consultarlos.

Oprimido el ánimo de tristeza, me despedí de mis amables huéspedes, los cuales me acompañáron un gran trecho. Dandonos los últimos abrazos, llorábamos todos. El buen Diocles estrechandome en sus brazos me dijo : « Ya no os veré mas, porque mi tumba está abierta : pero si pasáreis otra vez por Oropa, venid á echar en ella algunas flores, y á hablar de mí con mis hijos. »

CAPITULO XXIII.

Su llegada á Tebas. Hazaña de Milon de Crotona.

TOMÉ el camino de Tebas. Esta ciudad está situada entre los ríos Asopo é Ismeno: sus cercanías son amenísimas. Atravesé jardines y praderías. Desde lejos, sobre una eminencia, se vé la ciudadela. La ciudad está circundada de muros: se entra en ella por siete puertas, y se ven bellísimos edificios públicos, y soberbias estatuas; pero las calles no estan tiradas á cordel, que es un defecto comun á toda la Grecia. Está la ciudad bajo la proteccion de Baco y de Hercules.

Encontré á Tebas agitadaísima y llena de estrañeros, porque aguardaban al famoso Milon de Crotona, cuyas gloriosas hazañas en los juegos olímpicos habian estendido la fama de su nombre. Toda la ciudad salió á recibirle el día de su llegada: parecia un coloso, porque tenia seis piés de altura; su barba era negra y cerrada; sus cejas pobladas y casi juntas; sus brazos, piernas y ancho pecho escesivamente peludos; andaba descalzo, armado con una clava, y cubierto con una piel de leon, á imitacion de Hercules,

que era su modelo. Así que el Proxenes de la ciudad le alojó (29), llegó un diputado del pueblo y de los magistrados á suplicarle que tuviera á bien hacer en la ciudad las mismas muestras de fuerza y de brio con que tanto se habia señalado en los juegos olímpicos. Milon se convino á ello, y advirtió á los magistrados que mandaran llevar á la palestra, al dia siguiente al salir el sol, un toro de cuatro años.

Antes de ser de dia, estaba ya el Gimnasio lleno de espectadores que de todas partes acudian. No tardó en presentarse el héroe. Marchó ácia los magistrados y ciudadanos principales, precedido de una tropa de músicos, y llevando como Alcides una corona de chopo. Luego que estuvo junto al toro, dió una ojeada á toda la concurrencia, la saludó, desató al animal, lo cogió, y se lo cargó sobre los hombros. Por todas partes resonaron gritos, aplausos y clamorosa vocería. Animado con el estrépito nuestro atleta echó á correr con su carga al derredor del recinto. Aumentáronse las estruendosas palmadas, juntamente con la algazara general. Despues de esta carrera dejó en tierra su pesada carga, y dió al toro tan vigorosa puñada en la cabeza, que el animal titubeó, cayó, y murió. Empezóse de nuevo el estruendo y la gritería, al ver aquella nueva hazaña. Milon entónces dijo á

los magistrados que si querian mandar asar al toro, él se obligaba á comerselo todo entero. Aceptáron la proposicion. Corriéron, se afanáron, encendiéron una grande hoguera, desolláron la bestia, y la asáron.

Miéntras tanto Milon pasmó á todo el pueblo con otro prodigio. Ciñóse estrechísimamente las sienes con una cuerda, contuvo el aliento, é hinchó de tal manera los músculos de la cabeza, que saltó la cuerda. Todo el gran concurso gritó llamandolo prodigio, y aclamando al héroe por superior á Hercules.

Después de este esfuerzo, pasó á descansar bajo un pabellon que se habia levantado en medio de la plaza, y le circundáron los magistrados y los ciudadanos de mayor nota.

Preguntáronle sobre su alimento diario: «Necesito, respondió, diez y ocho libras de pan, diez y ocho de carne, y quince cuartillos de vino.» Preguntóle uno, en voz baja, ¿si era tan prodigioso en el amor como en los demas ejercicios? «No me atreveria á vanagloriarme, respondió, de igualar á Alcides en sus cincuenta trabajos nocturnos.»

Tenia yo á mi lado á un anciano que se sonreia malignamente, y se encogia de hombros: le miré, y me dijo sin mas preámbulo: «Me causan compasion esos atletas; para fortalecerse mas, escogen los alimentos que

les parecen de mayor sustancia, como las carnes de cerdo y de vaca, y un pan muy grosero; pero ese exceso de nutricion no les da mas que una fuerza pasagera, y por otra parte nada valen para las fatigas de los viages y las de la guerra: tienen una estatura deforme, un entendimiento torpe, una inclinacion invencible al sueño, una gran disposicion á la apoplegia, y sobre todo esto sucede rara vez que conserven su vigor por mas de cinco años. Fuera de que yo me rio de todas esas proezas que acaba de ostentar Milon. Mas digno de elogio es lo que hizo un dia que asistió á las lecciones de Pitagoras. Fué el caso, que habiendose desencajado la única columna que sosténia el techo de la sala, él la sostuvo hasta que toda la gente salió fuera (3o).

Me parece, le dije, que no gustais de los juegos del estadio. — No: ¿que cosa mas horrible que ver campeones desnudos, destilando sangre, desgarrarse mutuamente el cuerpo con manoplas, desfigurarse el rostro, romperse los dientes, hacerse algunas veces saltar un ojo, á punto que frecuentemente una madre no puede reconocer á su hijo? Este arte es muy pernicioso á la especie humana: los que se ejercitan en saltar y en la carrera, enflaquecen de la cabeza á las caderas, miéntras que la parte inferior del cuerpo adquiere una

Aristipo cuya salud declinaba; y además (continuaba diciendome) tu pérdida me ha costado mucho. La filosofía es una égide muy endeble contra las penas del corazón. ¡Que fuertes somos en la especulación, y que flacos en la práctica! Pero pienso que los Dioses, cuando nos separaron, usaron con nosotros de mas indulgencia que crueldad, porque ya habíamos apurado las delicias del amor, y llegados á este apogeo habíamos precisamente de bajar. Ahora, por lo menos, la memoria de aquellos rápidos dias de felicidad acompañará nuestra vida con muy risueñas ilusiones, y nos inspirará dulcísimos sueños; y en aquellos instantes melancólicos en que el alma penosa y abatida necesita de un nuevo espíritu de vida, retrogradará nuestro pensamiento á aquellos periodos de tan corta felicidad, y nos transportará bajo aquellos plátanos hermosos, al jardín que llamábamos nuestro Tempe, en donde las agradables conversaciones, las lecturas y el amor hacian nuestras horas deliciosas. De esta manera, lo pasado estenderá sus beneficios sobre lo presente. Si el destino no nos hubiera sido contrario, tu imaginacion se hubiera insensiblemente resfriado, no me hubiera engalanado mas con sus hermosos colores, y hubiera llegado dia en que yo no habria sido á tus ojos mas que una muger ordinaria.

Aprovechate de la juventud para viajar; imita á nuestros grandes filósofos. Pitagoras, Platon, Democrito y Solon fuéron á coger los frutos de la sabiduría á los climas donde se daban; que aunque Solon sostiene que es necesaria la edad de cuarenta años para viajar útilmente, yo me atrevo á ser de otra opinion. El tiempo de la juventud me parece propisimo para viages, con tal de haber adquirido noticias preliminares, y aptitud para meditar.

Zenon, fundador de la secta estoica, fué á ilustrarse sobre una gran duda. Murió de un siglo menos dos años, diciendo: «Hago mi último esfuerzo para llevar lo que hay en mí de divino á lo que hay de divino en el universo.» Nunca padeció enfermedades. ¡Privilegio hermoso! sesenta y ocho años se aplicó á la filosofía. Los Atenienses, que alguna vez son justos, le erigieron un sepulcro en el Ceramicó; y por un decreto público le dedicaron una corona de oro, y le hicieron honores extraordinarios: «Para que todo el mundo, dice el decreto, sepa que los Atenienses honran el mérito distinguido en vida y en muerte.» Zenon formó su sabio tomándose por modelo á sí mismo. Decía, «que si los sabios no debian amar, como algunos filósofos opinaban, compadeceria mucho á las mugeres virtuosas y lindas, pues habrian

de tener por amantes á los necios. » Sostenia que una parte de la ciencia consistia en ignorar las cosas que no se debian saber. « Un Estoico verdadero, repetia con frecuencia, vive en el mundo como si nada tuviese en propiedad, y ama á sus semejantes, y aun á sus propios enemigos; su estudio particular es el de su alma. Para rectificar su conducta, examina de noche todo cuanto ha hecho de dia, fiscaliza sus faltas, busca el testimonio de su conciencia, huye de las alabanzas y de las honras; vive complacido en la oscuridad; y ni las pasiones ni los afectos tienen imperio alguno sobre él. » Admitia un destino invencible, que es un sistema peligroso. Cierta dia que castigaba á su criado por un robo, este esclamó: « Mi destino era robaros. — Y ser apaleado por mí, » le respondió el filósofo. — Habrás oido hablar del platónico Silanion, que no ha mucho volvió de sus viages: es hombre de gran talento, y lleno de conocimientos útiles, pero marcado con el sello de la singularidad. Dicen que tiene vergüenza de estar alojado en un cuerpo; y por lo mismo ni quiere dejarse retratar, ni tampoco declarar su pais y su familia. Nunca se baña, desecha todo remedio humillante, no come ninguna especie de carne, vive con poco, y aun suele abstenerse de pan; lo cual junto con la intensa meditacion de su

espíritu es causa de que duerma poquísimo. Todo lo que compone participa de su originalidad. Jamas lee lo que ha escrito, y forma mal las letras, y descuida la ortografia. Es tan fuerte su meditacion, que dispone en su cabeza toda una obra, y nada muda al escribirla. Nunca pierde de vista su plan; y cuando le interrumpen, transporta su entendimiento al asunto de que le hablan, y lo discute y lo termina sin distraerse de su trabajo, el cual vuelve á tomar sin leer ni aun las últimas líneas.

Leo de nuevo á Platon, mas confieso que no puedo seguirle en su sublime metafísica: sin duda que mi sexo no tiene la cabeza bastante fuerte para penetrar en sus profundidades. El mundo sensible es, segun él, la idea de un ser intelectual, idea increada y manifestada exteriormente. « La verdad es para Dios, la verosimilitud para el hombre. » No pudiendo comprender todas estas bellas ideas, arrojé el libro con enfado, pero le vuelvo á tomar luego para leer su Fedon, y esta lectura me arranca lágrimas. No sé que ciudad griega pidió una estatua á un estatuario célebre, dejándole la eleccion del asunto. « No os esculpiré un luchador, dijo el estatuario, teneis bastantes atletas; prefiero la virtud á la fuerza: tampoco os esculpiré un guerrero, este mérito es comun: en

cuanto á vuestros tiranos, mas bien romperia sus imágenes: podria representaros á vuestros Dioses, pero teneis tantos en vuestros templos...» Entónces el pueblo le dijo: «¿Que nos harás pues, estatuario? — Lo que hay mas raro sobre la tierra: un hombre que muere por la verdad;» y trabajó á Socrates espirando.

Cuando leo el Fedon, veo á la virtud luchando contra la injusticia y el crimen.

Alabemos para siempre el valor de Socrates, que en la muerte de su maestro (Socrates) osó presentarse de duelo en Atenas, desafiando á sus bárbaros jueces y á este pueblo asesino. Guerreros que han ganado batallas, no tendrían esta intrepidez.

Ahora acaban de decirme que van á quemar los escritos de Protagoras, porque dice en uno de sus Tratados: «No puedo asegurar si hay Dioses.» Estaba dada la orden para prenderle, mas por fortuna suya se escapó. Fué célebre el destino de este famoso sofista: era un ganapan; y habiendole encontrado Democrito, cargado de hacillos de leña colocados en un equilibrio geométrico, concibió alta idea de su talento, y le admitió en el número de sus discípulos.

A dios, amado amigo mio. ¿Te acuerdas de las Androginas de Platon? «Los Dioses, dice en su Banquete, formaron primero al

hombre de figura redonda, con dos cuerpos y dos sexos, y aquello le hizo insolente, tanto que se atrevió á hacerles la guerra. Iba Jupiter á destruirle; pero considerando que destruía al género humano, se contentó con debilitar la Androgina, cortandola en dos mitades. Mandóse á Apolo que las perfeccionara. Desde entónces cada mitad se busca, se desea, y se arrastra la una ácia la otra (28).» ¡Ay, mi Antenor querido! yo soy la mitad separada de tí. Conozco que mi alma ha perdido la mitad de sí misma: me enternezco, me melancolizo, y derramo lágrimas. ¡Con que no hay felicidad permanente sobre la tierra! ¡Ay mi amigo! ni el salto de Leucades ni el paso del Cocito extinguirán el amor que me agita y me consume. Mantente bueno, y se dichoso.....

Esta carta encrudeció mis dolores y mis penas. Quise disfrazarme, y regresar á Atenas para ver otra vez á mi amable y digna amiga; pero el sabio Diocles me contuvo, poniendome á la vista el cuadro terrible de la desesperacion de Lastenia, si era yo conocido y castigado de muerte á sus mismos ojos.

CAPITULO XXII.

Pasa el invierno en casa de Diocles. Ceremonia del Tauróbolo. Querrela entre los dos esposos. Historia de Arquias.

PASÉ el invierno en compañía de aquella estimable familia; el estudio ocupó mis ocios. Lei y releí á Eurípides, á Homero, á Herodoto y á Tucídides. Adorné mi memoria con bellos versos, y con las riquezas de aquellos ingenios grandes. ¡Dichoso el que nace con afición al estudio, y con inclinacion á vivir solitario en el santuario de las Musas! Ese es el que goza del reposo sin desmayo, y de un placer siempre nuevo: aunque solo, se halla cercado de amigos que alegran su retiro. Pasaba yo las largas noches entre mis huéspedes, junto á su hogar. Su honrada franqueza y sus conversaciones sencillas me tenían mas entretenido aquel rato que lo demas del dia. El sabio Diocles nos contaba los varios sucesos de su vida y los pasages de su tiempo. ¡Con que ansia le escuchábamos! Hizonos frecuentemente la narracion de un sacrificio espiatorio, llamado tauróbolo, que era una ceremonia rara á que se sometió Diomedon, jóven Megariano. Le conocí, nos decia, en

Efeso, en tiempo que iba yo huyendo de Tebas y de mi Eufemia querida. Nos embarcamos juntos para Corinto. Refrescó el viento, mugió el mar, se hinchó, y atormentó una borrasca deshecha á nuestra débil nave. Yo, que llevaba á disgusto el peso de la vida, miraba la borrasca y la muerte con mucha indiferencia; pero Diomedon, que era débil, supersticioso y libertino (cualidades al parecer opuestas, aunque emanadas del mismo principio, que es la debilidad del alma), invocaba á voces á Neptuno, á Tetis, y á todos los Dioses. Bias, que era uno de nuestros sabios y que iba con nosotros, miraba con lástima tanta pusilanimidad; se llegó á Diomedon, y le dijo: « Calla, no sea que los Dioses reparen en que vas en este navio. » Ni el sosiego de Bias, ni sus bufonadas animaron el valor de Diomedon; y como la borrasca continuase, hizo voto de que, si los Dioses le salvaban, espiaria sus culpas, y se regeneraria con el sacrificio del tauróbolo.

Así que desembarcó en Corinto, cumplió con su voto, y quiso que yo fuese testigo de ello. Mandaron los sacerdotes escavar un hoyo bastante profundo. Bajó á él Diomedon, ceñida la cabeza con las cintas sagradas, y con una corona y otros ornamentos misteriosos. Así que estuvo en la hoya, la cubrieron con una tapa de madera agujereada por

varias partes. Trajéron un toro coronado de flores, cuyos cuernos y frente estaban salpicados con laminitas de oro. Lo degolláron con un cuchillo sagrado, y su sangre fué á caer en la hoya por los varios agujeros de la tapadera: y Diomedon, avaro de aquella sangre preciosa, presentaba el rostro, las espaldas, los brazos, y todas las partes de su cuerpo, para recoger en ellas hasta la última gota. Salió de la hoya espantable. Me parece que todavía le veo con el pelo, la barba y el vestido empapados en sangre; pero purgado de sus delitos, y regenerado para la eternidad. Mas, no obstante, aseguran que aquella ceremonia es preciso renovarla cada veinte años, ó que, sino, desaparece su virtud.

La paz que reinaba en el asilo de Diocles parecía como querer desampararlo. Levantábase nubes en su horizonte: los zelos agitaban el alma de Filotas, y conturbaban la felicidad de ámbos esposos.

Algunos días habia que Filotas se mostraba rezeloso, pensativo y taciturno. Cuando Crisila le hablaba con timidez y dulzura, él callaba, ó respondia agriamente. Al instante bullian las lágrimas en los bellos ojos de aquella tierna esposa, y se conocia que se esforzaba á contenerlas, especialmente delante de su padre.

Una tarde que me volvia del paseo á causa de la lluvia, la encontré recostada sobre una roca empapada del agua que caia, hinchados los ojos de llorar, é insensible á lo riguroso del tiempo. Lleguéme á ella, la enjuagué lo mejor que pude, procuré calentar sus manos delicadas, y la acompañé á una cabaña vecina, que servia de majada. Allí, despues que se le hubo desahogado el corazon, me contó, y no sin sollozos, que habia trabajado secretamente para Filotas una túnica de lana, la cual acababa de presentarle, diciendole: « Esta es obra mia, llevala por el amor de mi; » pero que su respuesta habia sido hacerla pedazos, y que ella moriria de dolor. Diciendo esto, lloró y sollozó mas amargamente. Yo desplegué mi elocuencia para consolarla, y la prometí hacer de manera que se me explicara su esposo, para saber el motivo de tan imprevista mudanza.

Busqué á Filotas, y le encontré poseido de un pesar negro y amargo. Primero se negó á abirme su pecho, pero despues de vivas instancias dejó escapar su secreto. Dijo-me que de algunos días á aquella parte encontraba todas las mañanas flores y ramos de mirto y de laurel colgados á su puerta; que habia oido muchas noches tocar una lira y cantar unas coplas; y que todo aquello era consecuencia de algun amante oculto. — Aun

cuando fuera, le dije, algun amante, ¿en que es culpable Crisila, que lo ignora? Pero quiero aclarar vuestras sospechas, y mostraros cuan injustas son.

A la media noche me subí á un árbol grande que habia enfrente de la casa, y en él aceché la llegada del galan rondador: y no quedáron mis esperanzas frustradas. Al apuntar la aurora, se acercó un hombre á la puerta, colgó sobre ella guirnaldas, tomó su lira, y cantó y bailó á un tiempo mismo. Parecióme que aquel amante no podia ser muy peligroso, siendo tan alegre. Bajéme del árbol con mucho silencio, y le cogí por detras. El quedó sorprendidísimo, pero mi aire risueño le sosegó. Preguntóme ¿que queria, y si era su competidor? — ¿Quien es vuestra dama? le repliqué. — Es una divinidad, me repuso; es una gracia amabilísima; en fin, es la preciosa Crisila: y dicho esto, volvió á su canto y á su baile. Asi que ví yo que su pasion no tenia síntomas tristes, me divertí con ella; pero súbitamente salió Filotas con una lanza en la mano, y dió sobre su jovial competidor. «¡Traidor! gritaba, morirás á mis manos.» Tuve que esforzarme muchísimo para oponerme á su furia, mientras su adversario, tan alegre y sereno como al principio, continuaba su pantomima y sus coplas, irritando por lo mismo mucho mas á nuestro zeloso.

Empezaban á distinguirse ya los objetos, cuando Filotas, que habia mirado mas atentamente á su competidor, exclamó: ¡Oh cielos! ¡Arquias es! ¡Por Jupiter, que soy mas loco que él! ¡cuanto me avergüenzo de mis sospechas! — ¿Quien es ese Arquias? le pregunté. — Seguidme, me respondió, y os contaré su historia.

Ese Arquias, continuó Filotas, es de una de las mejores familias de Oropa; tenia talento, y cultivaba con utilidad la poesia y la música; pero nació con una imaginacion tan viva y con un corazon tan tierno, que iba de hermosura en hermosura rindiendo á todas vasallage. Seguia el carro de la graciosa Foloe, cuando vió á la bella Teona que oscurecia á sus competidoras, como el astro de la noche oscurece á las estrellas. Desde la vez primera que Arquias la vió, quedó ciegamente enamorado de ella. Consiguió agradarla, y tambien que aceptara su mano y su amor. Foloe disimuló su despecho; pero luego que supo el matrimonio, ya no pensó en otra cosa que en venganza. Tenia un hermano, llamado Conon, amante desgraciado de Teona, á quien Foloe inspiró su rabia; y he aquí cual fué su conjuración. Cayó enferma Teona, y esto retardó la celebracion del casamiento. Foloe, que la trataba como amiga, la pidió que la dejase pasar una noche á su lado para cui-

darla, y lo consiguió con sus instancias y falsas caricias. Habia convenido con su hermano en vestirse aquella noche como su competidora, y presentarse á la ventana bajo su nombre; y que, asi que estuviere en ella, llegaría Conon á enamorarla, y pedirla que le admitiese en su casa, y que entónces bajaría ella á abrirle la puerta. Era preciso que Arquias fuese testigo de aquella cita. Un papel anónimo le advirtió que Teona fingia estar mala para romper su concertado himeneo, y casarse con Conon á quien amaba, y á quien habia dado una cita para la siguiente noche. Aquel papel hizo por lo pronto poca impresion en Arquias, y lo tuvo por una malignidad mal tejida; pero pensó mas en ello, y meditó las frases. Volvió á rechazar las sospechas, mas ellas le atormentaron de nuevo. En esta perplejidad sobrevino la noche indicada. Determinóse pues á meterse en el zaguan de una casa contigua á la de su amada, muy persuadido á que su acecho seria inútil.

Llegó Conon, se acercó á la puerta de Teona, hizo una seña, y abrieron la ventana. — ¿Eres tú, Conon? le preguntó una voz débil y tardía. — Sí, amada Teona: yo soy el amante que te adora, y que viene á impedir tu casamiento con Arquias, ó á morir á tus piés: ruegote que bajes, porque tengo que confiarte un secreto.

El desgraciado Arquias escuchaba lo mismo que no se atrevia á creer; pero la falsa Teona bajó, abrió la puerta, y recibió á su amante fingido.

Aquella odiosa escena hizo en Arquias una impresion tan pronta y tan terrible, que en el instante mismo se vió acometido de un acceso de demencia. Se han hecho para su curacion cuantos remedios hay conocidos, pero inútilmente. Su erotomania ha tomado un aspecto chistoso: á nadie ofende con ella, y acaso con ella es feliz. ¡Tan cierto es que conviene á veces atolondrar la razon para disfrutar alguna felicidad! Se pone á la puerta de los templos á ver pasar las mugeres; y si vé en algunas ojos hermosos, pié pequeño, ó talle airoso, se le exalta luego la imaginacion, ó el corazon se le inflama: desde entónces ya no duerme, templa su lira, y va á cantar bajo las ventanas del objeto adorado, donde pasa noches enteras. Esta efervescencia le dura unos quince dias, y despues corre tras nuevos amores. El infeliz amó nuevamente á la misma Foloe, que es causa de su desventura. Seis meses despues encontró á Teona en el templo de Minerva: miróla fijamente con triste ceño; y todos los músculos de su cara se encrepáron, pintandose alternativamente en ella el enojo y el dolor. Sacáron del templo á Teona, cuya alma sen-

sible y benigna no pudo resistir la vista de aquel triste espectáculo, y Arquias recobró luego su jovialidad. Veinte y cinco años ha que está así, porque tiene cerca de cincuenta; pero ni el cuidado de lo futuro, ni la cercanía de la vejez perturban su alegría ni sus amores. — Seria lástima, repuse á Filotas, volverle lo que llamamos razon, porque con ella no lograria mas que pesares é inquietudes.

En aquel instante venia ácia nosotros Crisila, triste, pensativa y temerosa. « ¡Ay! exclamó Filotas : ¡ véla allí ! ¡ cuantas culpas tiene que perdonarme ! voy á echarme á sus piés. » Hizose la reconciliacion, porque Crisila perdonó fácilmente. Confundiéronse sus llantos y caricias, y con ternisimas protestas selláron aquella paz que habia de ser inalterable.

En compañía de esta familia, que acaso era la mas dichosa de este globo, aguardé la vuelta de la primavera. La dulce templanza del aire, y la alfombra verde con que la tierra se cubria, anunciaban su llegada. ¡ Quien no olvidaria por algunos momentos su tedio y su miseria con la dulce serenidad de un bello día del mes de Muniquion (Abril), y con el aspecto del campo, risueño con flores y yerbas, oyendo el armonioso coro de los pájaros !

Determiné entónces seguir los consejos de

Lastenia, é ir á estudiar las costumbres y los usos de las naciones, empezando mis viages por el templo de Delfos, para consultar su oráculo sobre mi futuro destino. Este proyecto no se conformaba con la doctrina que habia yo aprendido en Atenas, donde las gentes ilustradas y de trato fino dejaban los oráculos y las preocupaciones supersticiosas para lo comun del pueblo. Pero el entendimiento humano es un extraño compuesto de debilidades, de razon y de inconsecuencias. Yo no creia en los oráculos, ó á lo menos lo imaginaba así; pero, con todo, mi curiosidad queria consultarlos.

Oprimido el ánimo de tristeza, me despedí de mis amables huéspedes, los cuales me acompañáron un gran trecho. Dandonos los últimos abrazos, llorábamos todos. El buen Diocles estrechandome en sus brazos me dijo : « Ya no os veré mas, porque mi tumba está abierta : pero si pasáreis otra vez por Oropa, venid á echar en ella algunas flores, y á hablar de mí con mis hijos. »

CAPITULO XXIII.

Su llegada á Tebas. Hazaña de Milon de Crotona.

TOMÉ el camino de Tebas. Esta ciudad está situada entre los ríos Asopo é Ismeno: sus cercanías son amenísimas. Atravesé jardines y praderías. Desde lejos, sobre una eminencia, se vé la ciudadela. La ciudad está circundada de muros: se entra en ella por siete puertas, y se ven bellísimos edificios públicos, y soberbias estatuas; pero las calles no estan tiradas á cordel, que es un defecto comun á toda la Grecia. Está la ciudad bajo la proteccion de Baco y de Hercules.

Encontré á Tebas agitadaísima y llena de estrangeros, porque aguardaban al famoso Milon de Crotona, cuyas gloriosas hazañas en los juegos olímpicos habian estendido la fama de su nombre. Toda la ciudad salió á recibirle el día de su llegada: parecia un coloso, porque tenia seis piés de altura; su barba era negra y cerrada; sus cejas pobladas y casi juntas; sus brazos, piernas y ancho pecho escesivamente peludos; andaba descalzo, armado con una clava, y cubierto con una piel de leon, á imitacion de Hercules,

que era su modelo. Así que el Proxenes de la ciudad le alojó (29), llegó un diputado del pueblo y de los magistrados á suplicarle que tuviera á bien hacer en la ciudad las mismas muestras de fuerza y de brio con que tanto se habia señalado en los juegos olímpicos. Milon se convino á ello, y advirtió á los magistrados que mandaran llevar á la palestra, al dia siguiente al salir el sol, un toro de cuatro años.

Antes de ser de dia, estaba ya el Gimnasio lleno de espectadores que de todas partes acudian. No tardó en presentarse el héroe. Marchó ácia los magistrados y ciudadanos principales, precedido de una tropa de músicos, y llevando como Alcides una corona de chopo. Luego que estuvo junto al toro, dió una ojeada á toda la concurrencia, la saludó, desató al animal, lo cogió, y se lo cargó sobre los hombros. Por todas partes resonaron gritos, aplausos y clamorosa vocería. Animado con el estrépito nuestro atleta echó á correr con su carga al derredor del recinto. Aumentáronse las estruendosas palmadas, juntamente con la algazara general. Despues de esta carrera dejó en tierra su pesada carga, y dió al toro tan vigorosa puñada en la cabeza, que el animal titubeó, cayó, y murió. Empezóse de nuevo el estruendo y la gritería, al ver aquella nueva hazaña. Milon entónces dijo á

los magistrados que si querian mandar asar al toro, él se obligaba á comerselo todo entero. Aceptáron la proposicion. Corriéron, se afanáron, encendiéron una grande hoguera, desolláron la bestia, y la asáron.

Miéntras tanto Milon pasmó á todo el pueblo con otro prodigio. Ciñóse estrechísimamente las sienes con una cuerda, contuvo el aliento, é hinchó de tal manera los músculos de la cabeza, que saltó la cuerda. Todo el gran concurso gritó llamandolo prodigio, y aclamando al héroe por superior á Hercules.

Después de este esfuerzo, pasó á descansar bajo un pabellon que se habia levantado en medio de la plaza, y le circundáron los magistrados y los ciudadanos de mayor nota.

Preguntáronle sobre su alimento diario: «Necesito, respondió, diez y ocho libras de pan, diez y ocho de carne, y quince cuartillos de vino.» Preguntóle uno, en voz baja, ¿si era tan prodigioso en el amor como en los demas ejercicios? «No me atreveria á vanagloriarme, respondió, de igualar á Alcides en sus cincuenta trabajos nocturnos.»

Tenia yo á mi lado á un anciano que se sonreia malignamente, y se encogia de hombros: le miré, y me dijo sin mas preámbulo: «Me causan compasion esos atletas; para fortalecerse mas, escogen los alimentos que

les parecen de mayor sustancia, como las carnes de cerdo y de vaca, y un pan muy grosero; pero ese exceso de nutricion no les da mas que una fuerza pasagera, y por otra parte nada valen para las fatigas de los viages y las de la guerra: tienen una estatura deforme, un entendimiento torpe, una inclinacion invencible al sueño, una gran disposicion á la apoplegia, y sobre todo esto sucede rara vez que conserven su vigor por mas de cinco años. Fuera de que yo me rio de todas esas proezas que acaba de ostentar Milon. Mas digno de elogio es lo que hizo un dia que asistió á las lecciones de Pitagoras. Fué el caso, que habiendose desencajado la única columna que sosténia el techo de la sala, él la sostuvo hasta que toda la gente salió fuera (3o).

Me parece, le dije, que no gustais de los juegos del estadio. — No: ¿que cosa mas horrible que ver campeones desnudos, destilando sangre, desgarrarse mutuamente el cuerpo con manoplas, desfigurarse el rostro, romperse los dientes, hacerse algunas veces saltar un ojo, á punto que frecuentemente una madre no puede reconocer á su hijo? Este arte es muy pernicioso á la especie humana: los que se ejercitan en saltar y en la carrera, enflaquecen de la cabeza á las caderas, miéntras que la parte inferior del cuerpo adquiere una

grosura prodigiosa; y los que se dedican constantemente al pugilato y á la lucha enflaquecen desde la cintura hasta los piés, mientras que el resto del cuerpo adquiere un espantoso grosor. Es fácil concebir que los sucos nutritivos se dirigen siempre ácia las partes que estan mas en movimiento: por lo demas, solo gentes agrestes y miserables son las que abrazan estas profesiones.

Llegaron á decirle á Milon, que ya estaba asado el toro. Sentóse á la mesa, y se lo comió todo entero al ruido de una música guerrera (31). Poquisimo maravillado yo de aquel prodigio de glotonería, parti sin informarme de como estaria dispuesto el esófago y el estómago de aquel animal carnívoro, con dos piés y sin plumas, segun la definicion de Platon.

CAPITULO XXIV.

Visita el monte Helicon. Encuentro que allí tuvo.

ANTES de pasar á Delfos, fuí á visitar, junto á la ciudad de Ascra, la montaña Helicon, que es una de las mas fértiles de la Grecia. Dolon, habitador de aquella comarca, me

quiso servir de guia. Subimos, por una pendiente dulce y sinuosa, hasta el templo de las Musas, que era mucho mas sencillo que el de Apolo en Delfos; pero tan airoso en su sencillez, que parecia el asilo de las Gracias, sin dejar de ser el de las hijas de Jupiter y de Mnemosina. Si ellas gustan, como se dice, de los bosques (a) y de su quieta soledad, ninguna morada podia serlas mas agradable que aquella. Al salir de su templo, recorrimos unas hermosas arboledas, y un bosque de encinas y de pinos, cuyas copas tocaban en las nubes. Infinitos arroyuelos, que rodaban sobre guijarros el cristal de sus aguas, mantenian la frescura de aquellos varios bosquecillos, y era tan suave su murmullo, que me parecia oír las voces de las nayades y ninfas de aquellas fuentes. Los ruiseñores y otros mil pájaros parece que repetian las lecciones de las Musas con sus melodiosos acentos. Arboles y plantas exhalaban hasta muy lejos deliciosos perfumes; y en fin en aquel sitio encantado no habia cosa que no sellase en el alma la tristeza juntamente con la felicidad. Llegamos á la fuente de Belerofón, aquella fuente que su caballo hizo brotar dando una patada en el suelo. Sus aguas embriagadoras infunden aquel entusiasmo que engendra las

(a) *Carmina secessum scribentis et otia quærunt.*

grandes ideas y las espresiones sublimes. Mas allá, corría la fuente fatal que sirvió de espejo á Narciso, víctima de su belleza y de su insensato amor. Mas abajo encontramos el río Helicon, donde las Musas mandan hacer cada año la oracion fúnebre del desgraciado Orfeo. Los Tespianos celebran tambien allí anualmente una fiesta en honor de las Musas y del hijo de Venus. Sobre el mismo camino del bosque me mostró Dolon la estatua de Eufemea, nodriza de las Musas, y tambien la de Lino, en una gruta de conchas y piedrezuelas: este era hijo de Urania, y escelen-tísimo músico. Apolo le mató porque habia osado compararse á él (a). Los habitantes hacen anualmente su aniversario ántes de sacrificar á las Musas. Le lloraron las naciones mas bárbaras. Despues vimos un Apolo y un Mercurio en bronce, que se disputan una lira. Aquí, bajo un cenador de laureles, estaba la estatua de Tamiris, que fué desgraciado por su presuncion. Se atrevió á desafiar á las Musas, y ellas le cegaron enteramente, y le hicieron olvidar sus canciones y el arte de la lira: tiene una en la mano, pero rota,

(a) Otros autores refieren que enseñando á tocar la cítara á Hercules que aprendia con dificultad, le castigó, llevado de un movimiento de impaciencia, y que Hercules irritado le mató de un citarazo.

como demostrando que aun querria sacar sonidos de ella. Muy cerca de allí se veia Arion sobre la espalda de un delfin. Despues se presentaba Hesiodo sentado, con una cítara sobre las rodillas, sin embargo de que la cítara no sea el símbolo de este poeta; pues él mismo nos dice que cantaba sus versos con un ramo de laurel en la mano. Asi que le hube considerado algun tiempo en silencio, con una conmocion interior y respetuosa, recorrí, con su poema en la mano (32), el bosque en que tan á menudo se estravió. Aquella memoria me circundaba de un encanto delicioso, porque me parecia que estaba presente su sombra. Sentéme al pié de su estatua, y leí la fábula de Pandora, la primera muger que ha existido. Jupiter, irritado contra Prometeo que habia tenido el atrevimiento de hacer el primer hombre, y de robar el fuego del cielo para animarle, mandó á Vulcano que formase una muger de la tierra. El mismo Vulcano la presentó á la asamblea de los Dioses, que la colmaron de los mas lisonjeros dones. Venus derramó el encanto en torno de ella, y la diéron por nombre Pandora, que significa *todo don*. Jupiter la dió una caja cerrada, y la mandó que la llevase á Prometeo. Me estremecí á la apertura de esta caja de la cual se escaparon todos los males. Epimetea quiso cerrarla, mas ya ne era

tiempo: solo quedó en ella la esperanza, que no pudo escaparse. Participé de la melancolía de aquel gran poeta, cuando después de haber descrito las cuatro edades famosas que precedieron á la suya, esclama: «Nací en la quinta, y quisiera no haber nacido.» ¡Cuantos hombres, desde Hesiodo acá, dijeron lo mismo (33)! Pero mi corazón respiraba leyendo su Teogonía, en la cual nos pinta al amor desembrollando el caos. El Dios Cælo, decia, estaba mutilado, y sus despojos caian al mar. Venus nacia de una espuma preciosa, y su nombre primero fué Filometes, que significa amante de los placeres del amor. Venus es la Diosa de la hermosura. La hermosura deja de ser amable, si no está acompañada de las gracias. De la hermosura nace el amor. El amor dispara unos tiros que atraviesan el alma, y lleva una venda que oculta los defectos de lo amado; tiene alas, y llega, y huye con velocidad. Hesiodo gustó del reposo y del retiro, y no viajó. En una ancianidad muy avanzada cultivaba aun las flores de la poesía. Su estilo elegante y armonioso lleva el sello de aquella antigua gravedad, hija de la sencillez de las costumbres, y demostrativa de la pureza del gusto y de la rectitud de las ideas.

Respiraba yo sobre el Helicon un aire puro y salubre. Iba vagando por valles risueños,

donde se levantaban enormes pinos, y encinas tan antiguas, que estuve tentado de preguntarlas sobre las generaciones rápidas que habian visto pasar. Entristeciome aquel pensamiento, porque me trajo á la memoria lo breve de la vida del hombre.

Bajé á las orillas del Permeso, donde oí los acentos de una voz muy sonora que cantaba sobre el modo lidio (a). Acercóme silenciosamente, y divisé á un hombre sentado bajo un árbol. Luego que dejó de cantar, apoyó su cabeza en sus dos manos, y quedó como sumido en una meditacion profunda. Dudé de si me llegaria; pero una paloma perseguida por un gavilan se arrojó á mis brazos, y yo grité para ahuyentar á su enemigo, y mis gritos advirtiéron al jóven que yo estaba junto á él. Me acerqué mas entónces, mostrandole la paloma palpitante del susto, y le pregunté: que haria de ella? «No imiteis, me respondió, al areopagita que acaban de castigar en Atenas, por haber muerto á un gorrion que se habia refugiado á su seno: dadla libertad.» Lo que hice al instante, y le dije: «He oido vuestras canciones; y si he de creer á la melancolía que se os trasluce en el rostro, temo que teneis mucho que quejaros

(a) El tono lidio correspondia á la tristeza, el dorio á la guerra, y el frigio á las ceremonias de religion.

de la fortuna. — Sí, me replicó: blanco soy de sus tiros: aborrezco la vida, y aspiro á morir. — No sois, le añadí, el único desgraciado: el gran Jupiter abre con mas frecuencia el tonel de los males que el de los bienes. He padecido como vos, padezco todavía, y he aprendido á compadecer los males ajenos. Si puedo consolaros en algo, abrid confiadamente vuestro pecho á un desconocido que quisiera ser amigo vuestro. — Gusta el dolorido, me repuso, de asociarse con otro que lo esté. Sentaos aquí: que, aunque es la primera vez que nos vemos, vuestra fisonomía publica tanto candor y humanidad, que no vacilo en confiaros mis penas.»

CAPITULO XXV.

Historia de Fanor.

SOY Beociano, y me llamo Fanor. Presumo que somos, á poco mas ó menos, de una misma edad. Habrá como unos diez meses que mis padres me enviaron á Atenas para cultivar allí las letras, y ejercitarme en los Gimnasios. Ya sabéis que el Atica es la morada de las Musas; y que, á pesar de Pindaro que nació en Tebas, pasa la Beocia por ser la de los Marsias, lo cual se atribuye á lo grosero

del aire. Luego que llegué á Atenas, como iba tan avariento de placeres y de instrucción, frecuenté las palestras, la academia, el liceo y los teatros, y diariamente iba al Pnyx (34) á oír á los mas celebrados oradores.

Nací con un alma apasionada y fogosa. El mes de Targelion (Mayo) trajo la fiesta de Flora. Las mugeres, para celebrarla, corren de dia y de noche, y bailan al son de trompetas. Las jóvenes se juntan en la pradería que está á orillas del Cefiso, y allí bailan, cogen flores, y con ellas se adornan las cabezas, y siembran los caminos. La que gobierna el baile, que es mas hermosa y va mas compuesta que las otras, representa á la Diosa, y canta un himno en honor de la primavera. Teana iba al frente de aquellas tempranas bellezas. Flora, á quien representaba, no es mas lucida ni mas lozana. Seguí con algunos jóvenes aquella preciosa tropa; pero la gallardía, las gracias y el airoso talle de Teana, que sobresalia de sus compañeras, conciliaban todas las atenciones: me pareció que estaba sobre las esmaltadas praderas de Gnido, viendo á Venus en medio de su corte.

Inflamóse mi corazon á la vista de tantos atractivos; y el nombre de Teana, pronunciado con entusiasmo, y los infinitos elogios suyos que llegaban á mis oídos, atizaban mas y mas aquel fuego naciente. Mientras la cere-

monia, se llevó Teana mi alma y mis ojos, y me separé de ella ciego de puro enamorado.

Al alba del siguiente día, coroné su puerta con mirto y rosas; escribí en ella, y en varios parages de la calle: *Teana es la mas hermosa de Atenas*. Todas las noches cantaba yo bajo sus ventanas, y tocaba la cítara. ¡Cuántas canciones compuse para ella! De día me paseaba en su calle con un vestido purpurado, y el perfume de mis esencias embalsamaba todo el barrio: llevaba flores en las orejas, un baston torneado en la mano, y me acompañaba un esclavo con una silla de tñjera. Finalmente, esperando en agradarla, ostentaba todo el aparato del lujo y de la galantería; pero, no obstante mi fausto, mis canciones y mis esencias, lo mas que conseguí fué verla algunas veces desde lejos, porque salía siempre acompañada de su madre ó de su nodriza (35).

Aquella madre, que vivía sobrecargada del peso terrible de doce lustros, era tanto mas difícil de reconciliar con el amor, cuanto que aquel Dios había sido el ídolo de su mocedad; y aun se conservaban en memoria algunas de sus aventuras amorosas. El Gineconomo (36) la condenó una vez á cierta multa, por haberse presentado en las calles con indecencia, y su nombre fué inscripto sobre una lista, y públicamente espuesto. Como mién-

tras vivió no pensó en mas que en su hermosura y adornos, la cogió la vejez exhausta de recursos contra ella; de manera que el tedio la consumía, y estaba morosa, envidiosa y triste, llorando los placeres y triunfos de su juventud, y particularmente la pérdida de su belleza. Como no tuvo principio ni plan de educacion, no pudo cultivar la de su hija, á la cual no enseñó otra moral que la de cubrir sus inclinaciones con el velo de la virtud y decencia, ocultar los defectos de la persona, y hacer resaltar sus perfecciones. En fin, el resultado de aquella educacion fueron ridiculeces, vanidades y vicios. La pinto como la veo hoy, y no como me parecía ántes. Por desgracia, es el dicho sistema de educacion el que siguen en Atenas las mas de las madres.

El alma de Teana, que estaba tan mal preparada, y nadando en un aire tan corrompido, era forzoso que diese unos frutos dignos de aquella cultura; pero aquella belleza, semejante á los cuadros cuyas imperfecciones disimula un brillante colorido, deslumbraba y seducía. Hermosura, entendimiento, gracia, lozanía, habilidades agradables, hablar hechicero, y en fin cuanto puede apasionar, todo se encontraba en ella reunido.

Para lograr entrada en su casa, procuré ganar á Filena, su ama de leche. Cierta Rey de Macedonia opinaba que no hay plaza in-

tomable, pudiendo introducir en ella un asno cargado de oro: lo mismo sucede con las plazas que guarda el amor. Concerté con la nodriza, que pasaria por un sobrino suyo llegado recientemente á Atenas. Troqué mi magnífico vestido por uno descolorido y grosero, y renuncié á las flores y á las esencias.

Interrumpí á Fanor para decirle que el mediodía hacia desaparecer las sombras, y que, si gustaba, iríamos á buscar asilo y comida, y despues acabaria la entretenida narracion de sus amores. Lo aceptó asi, y me propuso que fuésemos á casa de un amigo de su padre, que era un filósofo pitagórico, que vivia en el campo junto á Ascra. Convine en ello, y llegámos en poco tiempo.

CAPITULO XXVI.

Acogida y retrato del Pitagórico. Sus máximas y su filosofía.

LUEGO que Fanor dió su nombre, el amo de casa nos tomó por la mano en señal de confianza, y nos condujo al baño.

Xenofanes tenia ochenta y dos años de edad; pero el aire de su rostro y la agilidad de su cuerpo desmentian aquella ancianidad.

Conservaba aun todo el verdor del otoño de sus años. Su estatura era menos que mediana, sus ojos vivos, sus movimientos prontos, su voz firme; y su cara sonrosada formaba un contraste respetuoso con su pelo cano. Era admirable lo fiel de su memoria, y la firmeza de su pulso cuando escribia; y era tan activo, que, habiendose visto privado de la mano derecha por una herida á los ochenta años de su edad, aprendió á escribir con la izquierda en una noche (37). Iba descalzo, y llevaba la barba larga.

Al salir del baño, nos presentó Xenofanes unos vestidos, y seguidamente nos fuimos á sentar á la mesa. Empezó ofreciendo á los Dioses incienso y perfumes. Contra nuestra esperanza, y contra las leyes dietéticas de Pitagoras, se cubrió la mesa con manjares esquisitos; pero lo que mas nos admiró, fué la singular conducta de Xenofanes. Asi que nos habia servido un plato, lo aplicaba á la nariz, se saboreaba con el olor, y luego sin tocarlo se lo entregaba á los esclavos; y con todos los platos repitió lo mismo, sin hablar ni comer. Yo reventaba por reir, y especialmente cuando Fanor me dijo en voz baja: «La nariz de este hombre ha de tener una indigestion terrible.» Pero nosotros no nos alimentábamos de humo, pues nuestro apetito honraba el festin. Continuaba el silencio,

tomable, pudiendo introducir en ella un asno cargado de oro: lo mismo sucede con las plazas que guarda el amor. Concerté con la nodriza, que pasaria por un sobrino suyo llegado recientemente á Atenas. Troqué mi magnífico vestido por uno descolorido y grosero, y renuncié á las flores y á las esencias.

Interrumpí á Fanor para decirle que el mediodía hacia desaparecer las sombras, y que, si gustaba, iríamos á buscar asilo y comida, y despues acabaria la entretenida narracion de sus amores. Lo aceptó asi, y me propuso que fuésemos á casa de un amigo de su padre, que era un filósofo pitagórico, que vivia en el campo junto á Ascra. Convine en ello, y llegámos en poco tiempo.

CAPITULO XXVI.

Acogida y retrato del Pitagórico. Sus máximas y su filosofía.

LUEGO que Fanor dió su nombre, el amo de casa nos tomó por la mano en señal de confianza, y nos condujo al baño.

Xenofanes tenia ochenta y dos años de edad; pero el aire de su rostro y la agilidad de su cuerpo desmentian aquella ancianidad.

Conservaba aun todo el verdor del otoño de sus años. Su estatura era menos que mediana, sus ojos vivos, sus movimientos prontos, su voz firme; y su cara sonrosada formaba un contraste respetuoso con su pelo cano. Era admirable lo fiel de su memoria, y la firmeza de su pulso cuando escribia; y era tan activo, que, habiendose visto privado de la mano derecha por una herida á los ochenta años de su edad, aprendió á escribir con la izquierda en una noche (37). Iba descalzo, y llevaba la barba larga.

Al salir del baño, nos presentó Xenofanes unos vestidos, y seguidamente nos fuimos á sentar á la mesa. Empezó ofreciendo á los Dioses incienso y perfumes. Contra nuestra esperanza, y contra las leyes dietéticas de Pitagoras, se cubrió la mesa con manjares esquisitos; pero lo que mas nos admiró, fué la singular conducta de Xenofanes. Asi que nos habia servido un plato, lo aplicaba á la nariz, se saboreaba con el olor, y luego sin tocarlo se lo entregaba á los esclavos; y con todos los platos repitió lo mismo, sin hablar ni comer. Yo reventaba por reir, y especialmente cuando Fanor me dijo en voz baja: «La nariz de este hombre ha de tener una indigestion terrible.» Pero nosotros no nos alimentábamos de humo, pues nuestro apetito honraba el festin. Continuaba el silencio,

cuando habiendo tenido un esclavo la imprudencia de servir dos platos á la vez, se encolerizó Xenofanes, y echó un plato por tierra, pidiendonos perdon de su viveza. «Ese majadero, nos dijo, debia saber que me horro-rizo del número dos. Viendo estais en mi mesa tres saleros y tres frascos: el maestro (asi llaman los discipulos á Pitagoras) asegura que el número dos es funesto. — Pues con todo eso, le dije, parece el mas feliz, porque dos amigos, dos amantes, y dos esposos bien unidos presentan la imágen de la felicidad. — Pero Pitagoras, repuso Xenofanes, que temia el número dos, graduaba el de tres de admirable y de casi divino. — Sí, contestó Fanor, cuando el amor es el tercero. — Jóven, exclamó Xenofanes mirandome, ¿que es lo que haceis? — Pues ¿que hago? le pregunté. — Cruzar la pierna izquierda sobre la derecha: el maestro lo prohíbe, como tambien el cortarse las uñas los dias de fiesta.

Finalizada la comida, y hechas las libaciones, nos convidó á pasearnos en su jardin. Al entrar, me separé para satisfacer una necesidad ligera, y me volví ácia el sol que se ponia. Corrió á mí Xenofanes azorado, y gritandome: ¡Deteneos! ¿que vais á hacer? — Yo me detuve, medio temblando, y le dije: ¿Que os asusta, Xenofanes? — ¿Pues

no veis, me respondió, que manchais la presencia del sol? ¿Ignorais que nada debe hacerse, que sea impuro, delante de esa antorcha de la naturaleza? — Fué de mi aprobacion aquel respeto, y me volví ácia el oriente (38).

Luego que me incorporé con él, me dijo: «¿No es verdad que os he admirado, asi por el lujo de mi mesa como por la estrañeza de mi régimen? Sabed pues la causa: la casualidad os ha servido. Nos está prescrito dar una gran comida una vez al año, pero se nos prohíbe participar de ella. Aquel dia observámos un ayuno rigorosísimo, y nos contentámos con oler los manjares. Lo restante del año no se vé en mi mesa ni carne, ni pescado, ni vino, ni habas, porque todos estos alimentos los prohíbe el maestro.» — Le pedimos que nos explicara la causa. — «Seria horroroso, continuó, comer pescado, pues en otro tiempo fuéron nuestros compatriotas, y habitámos con ellos en el seno del mar. Nuestros primeros padres fuéron pescados. — En la mesa, le repliqué, renegaría yo de filiacion semejante; pero ¿por que prohibir la carne? ¿hemos acaso sido bueyes ó carneros? — No, repuso Xenofanes; pero ¿como os atreveis á ser antropófagos, y os esponéis á devorar á vuestros padres? — ¿Como, Xenofanes! ¿alojais sus almas en las vísceras de esos animales? por cierto que las

dais una linda posada. — Con razon, añadió Xenofanes, creemos en la metempsicosis. Está probado que nuestras almas, que son inmortales, circulan de individuos en individuos. Todo muere y renace en la naturaleza. La materia circula sin cesar, y el sol aspira el agua del mar y de los ríos, que cae en lluvia, humedece la tierra, y alimenta á los mismos ríos, desde los cuales vuelve á elevarse para formar las nubes; pero siempre es el mismo volúmen de agua, y la misma materia que circula sin cesar, y renueva el género humano, y los animales y los vegetales. Puede ser que las moléculas reunidas de Menelao, de Licurgo, y de la hermosa Elena, forman el cuerpo de un infeliz Iliota. Pitagoras se acordaba de haber sido Euforbo en el sitio de Troya, y de haber sido en él herido por Menelao. De Euforbo pasó su alma al cuerpo de Hermolino, despues al de un pescador, y en fin animó á Pitagoras (39). — ¿Pero por que, pregunté á Xenofanes, prohibe las habas ese gran filósofo? — He oido decir, me respondió, á sacerdotes Egipcios, que las habas irritan los sentidos y perturban el entendimiento; y Pitagoras condena los placeres del himeneo, porque segun él es meter un alma en tina prision. Este sabio es el primero que enseñó que todo debia ser comun entre los amigos: sus disci-

pulos habian de vivir entre ellos como hermanos. Renunciamos al vino, á las mugeres, y á comer carne: no llevamos zapatos, y nos dejamos crecer el pelo y la barba.»

Nos habló despues del silencio que exigia el maestro para ser admitido en la comunidad: nos dijo que él habia estado cinco años sin hablar: es una prueba que se ha de hacer con todos los prosélitos. Miétras este noviciado, nunca ví á Pitagoras; pero le oia, y algunas veces me hablaba detras de un velo. — Dadnos el gusto, Xenofanes, de repetirnos algunas de sus máximas. — Ved aquí algunas: « Conviene declarar la guerra á tres cosas: á las enfermedades del cuerpo, á la ignorancia del entendimiento, y á las pasiones del corazon. El mejor regalo que el cielo hace á los hombres, es el de ponerlos en el caso de ser útiles á sus semejantes, y de enseñarles la verdad. Está prohibido el abandonar el puesto sin licencia del que lo manda. El puesto del hombre es la vida. La templanza es la fuerza del alma; el imperio sobre sus pasiones, su luz. El espectáculo del mundo es semejante al de los juegos olimpicos: unos tienen tienda, y no piensan mas que en el provecho; otros pagan con sus personas para comprar la gloria, y otros se contentan con ver los juegos.»

Su método de vida era el siguiente. Al

amanecer, iba á los templos donde hacia purificaciones y sacrificios. Se nutria con los alimentos mas purós, para que su cuerpo no contrajese mancha alguna. Iba vestido de lino de Egipto, como los sacerdotes de aquel país. Se conciliaba la veneracion de los pueblos con un aspecto venerable, una voz armoniosa, y una elocuencia afectuosa y viva. En Crotona solia llegar su auditorio á dos mil personas. Los magistrados fabricáron un edificio soberbio y espacioso en el mismo sitio donde daba sus lecciones.

Le pregunté ¿si era verdad que Pitagoras hubiese hecho prodigios, como detener con unas palabras el vuelo de un águila, y aparecerse en un mismo dia y hora en Crotona y en Metaponto (40)? «Esos prodigios, me respondió, son inútiles para la moral, y por eso no los he verificado. Ved aquí lo que puede creerse en cuanto á la magia que se le atribuye. Para corregir á los habitantes de Crotona, cuyas depravadas costumbres manchaban la castidad del himeneo, se ausentó por algun tiempo de su ciudad. A su vuelta, fingió que venia de los infiernos donde habia visto á los esposos infieles atormentados con terribles castigos. Hizo efecto su ficcion, porque las costumbres se purificáron, fueron respetados los matrimonios, las mugeres se despojáron de su lujo, enviáron al templo de

Juno sus perlas, sus piedras preciosas, y todos los vanos adornos de la hermosura, se presentáron en adelante con vestidos sencillos, y miráron la modestia y el pudor como el mas rico adorno suyo. Los ancianos y aun los jóvenes prefirieron el estudio y la filosofia á la fortuna y á los placeres.» — En aquel instante mismo le trajo un esclavo un pedazo de pan, y un vaso de agua. — «Esta es mi cena, nos dijo. El dia va bajando, y no se nos permite comer despues de puesto el sol.» — Continuó hablandonos de Pitagoras. En la eleccion de sus discipulos, atendia particularmente á la configuracion exterior, la cual, segun él, le respondia de las prendas del alma, porque creia que un bello cuerpo albergaba una bella alma. «Toda especie de madera ó de mármol, decia, no es buena en general para hacer un Apolo ó un Mercurio.» Nos ejercitaba especialmente en la sumision y en la paciencia. Segun él, un verdadero pitagórico no debe soltar lágrimas ni quejas en las desgracias, ni mostrar flaqueza en los peligros; y nada debe haber mas estable que su palabra. Cierta dia entré en un templo de Juno, cuando Eufemo, que era uno de mis condiscipulos, salia de él. Le pedí que me esperara, y me lo ofreció asi. Mis oraciones me arrastráron á una meditacion tan profunda sobre los Dioses y sobre la inmorta-

lidad del alma, que olvidé que me esperaba mi amigo, y salí por la otra puerta. Al día siguiente fui á la concurrencia de los discípulos, y los ví inquietos por la falta de Eufemo: al momento me acordé de su promesa y de mi distraccion. Corrí al templo, y encontré á Eufemo, bajo el vestibulo, sentado sobre la misma piedra donde le dejé la vispera, aguardandome todavía. Todo el mundo sabe la historia de un pitagórico que murió en un meson sin poder pagar al mesonero; pero, ántes de morir, trazó sobre una lámina ciertos caracteres simbólicos que el mesonero fijó en la puerta de la posada. Algun tiempo despues, Lisis, condiscipulo suyo, pasó por aquel parage, vió los caracteres, y pagó las deudas del muerto. — Nos habeis citado, Xenofanes, los sacerdotes Egipcios, de lo que inferimos que habeis viajado por aquel celebrado pais. — Sí, Fanor, fui allá acompañando á mi maestro Pitagoras. — Dadnos pues, Xenofanes, algunas nociones sobre sus pirámides tan nombradas. — La estrella de Venus brilla, y es para mí la señal del retiro. Un verdadero pitagórico debe levantarse ántes que el sol. Si el hospedage os agrada, mañana pasaremos el día juntos, y satisfaré vuestra curiosidad. Dimosle gracias afectuosas, y se retiró.

Rogué á Fanor que se aprovechase de la

frescura y belleza de la noche para acabarme su historia. Fuímonos á sentar junto á un estanque sobre el cual reflejaba la luna sus movibles rayos.

CAPITULO XXVII.

Continuacion de la historia de Fanor.

Os he bosquejado, continuó Fanor, el retrato de Teana. La naturaleza hizo por ella cuanto pudo; pero una mala educacion marchitó los dones de la naturaleza.

La vez primera que me atreví á explicar mis sentimientos, me repelió tan severamente que mi amor propio quedó mortificadísimo, y mi despecho fué tanto que estuve dos días sin verla; pero era sobradamente penoso aquel esfuerzo, y cedió mi vanidad á otro sentimiento mas dulce. Volví á casa de mi tia la nodriza, á quien confié mis disgustos procedidos de la dureza de Teana. Manifestóse sorprendida, y me prometió aclarar el motivo de semejante tratamiento. A la noche fui á saber el resultado. «Fortuna habeis tenido, me dijo mi estimada tia, en que hayan recibido mal vuestra declaracion. ¿A que atolondrado se le ocurre escoger un jueves para empezar un galanteo? — ¿Y que mas tiene»

dije á la nodriza, ese dia que otro cualquiera? todos los dias son buenos para el amor. — No lo creais, Fanor: ¿ignorais que el jueves es dia funesto y de mal agüero (41)? Teana misma me dijo que, por lo mismo que os estimaba tanto, no podia acoger vuestro afecto bajo semejantes auspicios. » En el instante que hablábamos asi, entró aquella hermosura, y se mostró admirada de verme; pero su aire risueño y sus benignas miradas me anunciaron las felices disposiciones de su corazon.

No tardó mucho en oír con indulgencia mis espresiones amorosas; y mi querida tia, á quien yo tenia magníficamente asalariada, me aseguró que adelantaba en la carrera á pasos de gigante. De manera que lo futuro me embelesaba, y lo presente me tenia enamorado y feliz. Mas ¡cuan frágil es el apoyo de nuestras esperanzas!

Un dia que salia de ver á Teana, tan dichoso y tan alegre que tuve que ir á respirar el aire libre, me encontré, despues de haber vagado largo rato, en el Liceo, bajo el pórtico del mediodia, el cual paseé á largos pasos, meditabundo y distraido. Llegóse á mí un Bapto jóven. Ya sabeis que los Baptos son unos sacerdotes afeminados que juran por la diosa Juno, que tienen amistades con mugeres, y que asisten á los misterios de los tocadores: este, que se llamaba Teon, llevaba,

segun su costumbre, una hermosa túnica azul, las cejas teñidas de negro, y ademas iba perfumado con esencias, y fingiendo los quiebro y las monerías de una petimetra (42). « Amigo mio, me dijo tocandome sobre el hombro, ¿no eres el sobrino de Filena, nodriza de la bella Teana? — Sí, le respondí humildemente, acordandome del personage que representaba, y de la sencillez de mi vestido: ¿en que tengo que serviros? — Puedes obligarme, me replicó, y te recompensaré generosamente; pero ¿eres callado? — Lo soy cuando se confian de mí. — Muy bien, repuso el Bapto, me fiaré de tí: sabe, pues, que estoy prendado de la incomparable Teana. — ¡Vos prendado! — Sí, yo, prendado, enamorado, ó como quisieris: lo esencial que exijo de tí, es que empuñes á tu tia para que me consiga una cita de aquella hermosura. Sé que tengo competidores, y entre otros un bribonzuelo que ha tenido muchas veces la insolencia de arrancar mis guirnaldas; pero cualesquiera que sean mis competidores, nunca me asustan: si le descubro, yo le enseñaré á que me respete. » Mientras esto hablaba el Bapto, me hervia la sangre, y me abrasaba el rostro el fuego de la cólera; pero bajé la cabeza, y guardé silencio. « Querido mio, continuó, di á Filena que, si me proporciona una conversacion, no tendrá límites mi generosidad; y

ella debe saber que soy fiel á mis promesas. — ¿Pero mi tia ha tenido otra vez la dicha de seros útil con Teana? — Esos no son negocios tuyos, sino date prisa á cumplir con mi encargo, y á traerme la respuesta. — Fíad de mi celo, dije al Bapto, y creed que es igual á la vuestra mi impaciencia. » Quiso entónces el Bapto gratificarme con algunas dragmas; pero le dije que yo no cobraba la paga hasta hecho el servicio.

Corrí enfurecido á casa de Filena, y empecé á desahogarme con invectivas y reproches sangrientos: ella me escuchó con sosiego y desden, y me respondió que ignoraba el motivo de mi arrebatamiento, y que no esperaba tal premio por sus buenas intenciones. Entónces le balbucí el nombre y los proyectos del Bapto. « Nunca hubiera imaginado, me dijo Filena entre una sonrisa amarga, que un sacerdote, y sobretodo un Bapto, os hubiera podido engañar de ese modo. Id, y aseguralde de parte mia y de la de Teana, que en balde trabaja, y que le exhortamos á que retire sus redes y lleve á otra parte sus flores y sus suspiros. Decidle tambien que Teana le mira con la mayor indiferencia; y si lo dudáis, seguidme: en su cuarto está Teana; y como nada la obliga á disimular, y como no está prevenida, leeréis sus sentimientos en lo interior de su alma transparente como una agua lím-

piada. » Diciendo esto, me llevó á la habitacion de Teana, y no me tuvo á la puerta mas que un minuto, para saber si estaba en estado de recibirme.

Me acogió benigna y afectuosamente: en sus ojos se veia el candor, la sensibilidad y la calma. Lo mismo fué mirarla, que dejar de ser delincuente para mí. Preguntóla Filena, despues de haber hablado otras cosas, si conocia al Bapto Teon. « Le conozco mucho, respondió Teana, porque se le encuentra en todas partes, como que es uno de aquellos seres que poseen el secreto de multiplicarse para importunar mas al mundo. — Pues, Teana, yo sé que ha confiado á cierta persona que está enamorado de vos. — Sí, Filena: no ignoro que quiere dar á entender que me pretende, y que publica mis elogios: pero si continúa mas representando tan mala comedia, yo hablaré á mi madre para que la desenlace. » Al oír aquello, procuré no dar á conocer mis zelos. Hice seña á Filena para que callase, y salí avergonzado de haber sido juguete de un sacerdote, y de haber dudado del corazon de una amante tan tierna.

Volví inmediatamente al Liceo para tener el gusto de burlarme del bello Teon. Paseabase muy erguido, dejando ondear su hermosa túnica azul á merced del viento, y perfumando el pórtico con sus olores. Llegóse

á mi diciendo : « ¿Que hay, buen amigo? ¿que respuesta tenemos? ¿que dice la tia?— Dice que quisiera obligaros contribuyendo á vuestras felicidades; pero sostiene que Teana, no obstante vuestro mérito, se muestra fria á sus vivas instancias; y que además, como os aman tantas mugeres, teme encender sus zelos, y conciliarse su odio. Esta es la respuesta de mi tia, la cual tambien os aconseja, como amiga, que dejéis vuestras pretensiones, y que emprendais otras mas felices.— ¿En esos términos te ha hablado tu tia? no puede ser: ó has oido mal, ó has hecho el mensaje torpemente. A dios: te doy gracias, pero me pasaré sin tus servicios, y trabajaré yo mismo en la obra. » A estas palabras hizo una cabriola, y se disparó como un rayo.

Desde entónces, siempre que nos encontrábamos, me saludaba con un airecillo de suficiencia y de bufonada, como mostrando reirse de mi credulidad; pero yo me reia de verle tan fatuo.

Cuando yo hubiera podido alimentar sospechas, despues de haberme desengañado la misma Teana, su sensibilidad tierna y sus caricias tímidas hubieran acabado de disiparlas. Mi estimada tia, por su parte, ejercitaba su ardiente celo y sus diligencias en favor de su sobrino querido, y el sobrino multiplicaba

sus larguezas. Vivía yo, de aquel modo, deliciosamente seguro y plenamente dichoso; pero iba pronto á oscurecerse aquel dia tan brillante y sereno.

Un dia, despues de comer, fui á casa de Teana á mi hora acostumbrada. Alumbraba su cuarto una claridad muy endeble: divisé á Filena junto á la cama, la cual me hacia señas para que anduviera poco á poco. Acérqueme mas, y me dijo, en voz muy baja, que su amada hija tenia calentura y un fuerte dolor de cabeza: Acaba de dormirse, me añadió; dejemosla descansar, y mañana la veréis mas tiempo. Entristecido yo con tal noticia, pedí que me la dejara mirar un instante. Levanté la cortina; pero su cabeza envuelta en una cofia estaba mirando ácia la parte opuesta. Yo, que me ví privado de la vista de aquel rostro que adoraba, me contenté con exhalar algunos suspiros, y con besar la colcha de la cama. El dia ántes me habia dejado el baston en el cuarto de Filena: fui á buscarlo, encontré la puerta entreabierta, arrempujéla, ví que estaba oscuro, y oí una dulce voz que preguntaba: « ¿Quien es? ¿eres tú? » Quedé inmóvil y mudo de puro sorprendido, porque me pareció la voz de Teana. Lejos de responder, volví á su cuarto para asegurarme de aquella doble vision. « ¿Aun estais aquí? me preguntó mi buena tia; aun no ha desper-

tado: ¡pobre niña! dejadla dormir, porque lo necesita mucho. » Sin darla oídos, me acerqué á la cama, meneé á la enferma, la llamé, y no despertó: quisela tocar la cabeza, pero se me rodó entre las manos, como que era una cabeza de madera: juzgad cual sería mi cólera. Llegó Filena á quitarme aquella figura, pero la di un tremendo bofetón sobre su descarnada mejilla: tiróse á mí enfurecida con las uñas presentadas, y yo la derribé en tierra de otro bofetón: desde allí volé al cuarto donde habia oído la voz de Teana, y en la puerta me encontré cara á cara, ¿con quien? con el Bapto Teon, con aquel sacerdote tan desechado y tan despreciado. Enagenado de rabia me eché sobre él, y le cargué de golpes: defendióse, y entónces le así por la garganta, y empezó una lucha vigorosa; pero di con él en tierra, le pateé, y le hice pedir á voces misericordia. Acudieron á sus alaridos, y tuve que abandonar mi presa, despues de haber señalado mi despedida con muchos y repetidos golpes.

Así que entré en mi casa, empecé á sentir todos los furores de un amor ultrajado. No pensaba en mas que en venganzas y en desatinados proyectos. Quise sacrificar á la perjurá, á su vil amante, y á mí mismo con ellos; pero la imágen de Teana adornada con todas sus gracias, sus hermosos ojos, sus miradas embelesadoras, su dulce habla, se me pre-

sentáron en la idea, y desarmáron mi cólera. Acaso, decia yo entre mí, me engaña la apariencia: puede que no tenga culpa: yo soy quien la ha ofendido, conozco mi falta, y anhele el instante de espirla á sus piés; pero unos momentos despues no habia cosa que pudiese justificarla, siendo para mí un monstruo de perfidia y de ingratitud.

Pasé tres dias entre aquellas convulsiones. Pero en fin triunfó el amor de los zelos y de la desesperacion. Determiné escribirla, humillarme, y pedirla perdon. Fui muy de madrugada á llevarla mi carta (43). Encontré la casa adornada con ricos muebles; ardian delante de la puerta muchas hachas; habia músicos que tocaban instrumentos, cantores de himeneo, y una gran concurrencia. Me quedé turbado y trémulo. Ví salir de la casa unas criadas que llevaban hachones en las manos, y ví arder la antorcha nupcial, que era mas corpulenta que las otras. Seguía Teana, coronada de flores, y hermosa como Venus: iba junto á su madre, y al otro lado, ¡oh que espectáculo! el Bapto Teon, que la llevaba al templo. Alcanzóme á ver Teana, y desvió de mí los ojos sin la menor alteracion. Perdido de furor, y sediento de venganza, quise arrojarle á ellos y matarlos á puñaladas; pero sin duda que algun Dios me ató el brazo, y me sacó de allí por los cabellos,

pues me encontré á cuarenta estadios de Atenas, sin saber donde iba.

Vuelto en mí, determiné pasar á Leucades para hacer la prueba del salto de la roca, y terminar mi desventurada vida, ó arrancar de mi alma la imágen de un objeto que quiero aborrecer. Viajo á pié, porque me distrae el ejercicio, y la agitacion del cuerpo calma la del espíritu. He compuesto por el camino una elegía sobre mi aventura, y me complazco en cantarla.

CAPITULO XXVIII.

*Costumbres de los Pitagóricos al salir el sol.
Máximas de Pitagoras.*

ASI que el primer albor del dia blanqueó los bordes del horizonte, vimos llegar á Xenofanes: pusimonos á examinar lo que hacia. Se sentó sobre un banco de céspedes, con la cara vuelta al oriente. Tomó su arpa, y cantó unos cánticos sagrados. Luego que descubrió el disco del sol, se prosternó delante de él, y lo adoró. Entónces me llegué á él, y le pregunté el motivo de tal ceremonia. « Es, me dijo, un rito de la religion de Pitagoras: debemos preceder al sol, cantar sus alabanzas, y adorarlo asi que se presenta. Debemos tam-

bien en aquellos instantes pasar en revista las acciones del dia ántes, y seguidamente ir á los templos ó á los lugares solitarios, para entregarnos en ellos á la meditacion; despues de lo cual nos vamos á hablar con nuestros amigos, y á hacer una comida muy sobria, miéntras la cual discurrimos sobre algun asunto político ú filosófico: lo restante del dia lo damos á la sociedad: la tarde se emplea, como la mañana, en pasear y en meditar, y acabamos el dia con una cena menos frugal que nuestro desayuno; porque algunos de nuestros Pitagóricos suelen permitirse un poco de carne y de vino.... Pero no me olvido de que os prometí daros algunas noticias sobre Egipto. Voy á llevaros á una capillita que he dedicado á la diosa Isis, ó mas bien á la naturaleza. Está en el inmediato bosque. Allí disfrutaremos del fresco y del silencio.» La capilla era redonda, revestida de estuco. Entraba en ella la luz por tres ventanas ovaladas. La estatua de Isis era de pórfido, y ocupaba el centro. En su pedestal se leia esta inscripcion:

« Soy lo que ha sido, lo que es, y lo que » será siempre. No hay todavía hombre mor- » tal que haya podido quitarme el velo que » me oculta. »

En las paredes habia grabadas muchas máximas de Pitagoras.

« El mejor regalo que hace Dios al hombre, es el de inclinarle á decir la verdad, » y á hacer buenos oficios : estas dos cosas se » parecen á las obras de Dios. »

Leed, nos dijo Xenofanes, la que está enfrente, que me parece una de las mejores tuyas:

« No necesiteis jamas de juramentos, ni de » llamar á la divinidad por garante de vuestras promesas : procurad, sí, dar tan buena » opinión de vuestra probidad, que seais » creídos sobre vuestra misma palabra. »

Esta, dije yo, me parece muy agradable:

« Cuando estoy con mi amigo, no estoy » solo, sin embargo de que no somos dos. »

Sentemonos sobre estos bancos, dijo Xenofanes, y prestadme atento oido.

CAPITULO XXIX.

Fenómenos del Egipto. Partida de ámbos amigos.

EXISTEN tres pirámides mas celebradas que las otras, y que pueden colocarse en la clase de las siete maravillas del mundo : estan junto á Menfis. Solamente os hablaré de la mayor de las tres, situada á los veinte y nueve gra-

dos y cincuenta segundos de latitud. Su fábrica es de piedras, y la menor de ellas de treinta piés de largo, trabajadas con arte maravilloso, y cargadas de figuras geroglificas: cada lado de las pirámides tiene ochocientos piés de ancho, y otros tantos de alto. A ciento y sesenta piés debajo de tierra se encuentran salas que se comunican entre sí por medio de unos ramales llamados *siringos*. Se emplearon en aquellas obras cien mil trabajadores; y por todo el tiempo de treinta años se fuéron sucediendo igual número de obreros de tres en tres meses. Y solamente las legumbres suministradas á los trabajadores costaron diez y seis mil talentos.

Se cuentan mil locuras de la pirámide grande. Segun algunos, la fabricó una cortesana famosa con los caudales que la regaláron sus amantes: otros la atribuyen á la célebre Rodopa: ved aquí su historia.

Era natural de Tracia, de origen oscuro, y fué vendida como esclava. Enamoróse de ella un Griego, la rescató, y se la llevó á Neucrates, ciudad de Egipto. Un dia que Rodopa estaba bañandose, se abatió un águila sobre sus vestidos, tomó uno de sus zapatos; y se lo llevó en el pico hasta Menfis, residencia del Rey Psammis, y lo dejó caer sobre sus rodillas. Maravillado el Príncipe, lo miró atentamente, y formó ventajosa idea del

« El mejor regalo que hace Dios al hombre, es el de inclinarle á decir la verdad, » y á hacer buenos oficios : estas dos cosas se » parecen á las obras de Dios. »

Leed, nos dijo Xenofanes, la que está enfrente, que me parece una de las mejores tuyas:

« No necesiteis jamas de juramentos, ni de » llamar á la divinidad por garante de vuestras promesas : procurad, sí, dar tan buena » opinión de vuestra probidad, que seais » creídos sobre vuestra misma palabra. »

Esta, dije yo, me parece muy agradable:

« Cuando estoy con mi amigo, no estoy » solo, sin embargo de que no somos dos. »

Sentemonos sobre estos bancos, dijo Xenofanes, y prestadme atento oido.

CAPITULO XXIX.

Fenómenos del Egipto. Partida de ámbos amigos.

EXISTEN tres pirámides mas celebradas que las otras, y que pueden colocarse en la clase de las siete maravillas del mundo : estan junto á Menfis. Solamente os hablaré de la mayor de las tres, situada á los veinte y nueve gra-

dos y cincuenta segundos de latitud. Su fábrica es de piedras, y la menor de ellas de treinta piés de largo, trabajadas con arte maravilloso, y cargadas de figuras gèroglificas: cada lado de las pirámides tiene ochocientos piés de ancho, y otros tantos de alto. A ciento y sesenta piés debajo de tierra se encuentran salas que se comunican entre sí por medio de unos ramales llamados *siringos*. Se emplearon en aquellas obras cien mil trabajadores; y por todo el tiempo de treinta años se fuéron sucediendo igual número de obreros de tres en tres meses. Y solamente las legumbres suministradas á los trabajadores costaron diez y seis mil talentos.

Se cuentan mil locuras de la pirámide grande. Segun algunos, la fabricó una cortesana famosa con los caudales que la regaláron sus amantes: otros la atribuyen á la célebre Rodopa: ved aquí su historia.

Era natural de Tracia, de origen oscuro, y fué vendida como esclava. Enamoróse de ella un Griego, la rescató, y se la llevó á Neucrates, ciudad de Egipto. Un dia que Rodopa estaba bañandose, se abatió un águila sobre sus vestidos, tomó uno de sus zapatos; y se lo llevó en el pico hasta Menfis, residencia del Rey Psammis, y lo dejó caer sobre sus rodillas. Maravillado el Príncipe, lo miró atentamente, y formó ventajosa idea del

molde por la forma agradable y reducida del calzado. Fuera de que la accion del águila le pareció cosa milagrosa y estraordinaria. Acaloráronle la imaginacion todas estas circunstancias reunidas, y le infundiéron un ardiente deseo de conocer á la hermosura, cuyo era aquel calzado tan lindo. Mandóla buscar, y la encontró fácilmente. Graduóla el Rey por muy superior á la idea que de ella habia formado á la vista del zapato: enamorado de ella, la tomó por esposa, y mandó erigir en honor suyo aquel soberbio monumento. Pero me parece mas probable que todo el que aquellas pirámides fuéron destinadas para sepultura de los Reyes.

Un prodigio de arquitectura, acaso superior á las pirámides, es el famoso laberinto edificado á la estremidad del Moeris, junto á la ciudad de los Crocodilos. Se entra á él por doce puertas, de las cuales seis miran al norte, y seis al mediodia. No es un palacio solo, sino la union de doce palacios cubiertos con solo un techo de vastísima estension; y los contiene un largo circuito de una muralla anchísima. Todo el edificio se compone de dos pisos, el uno superior, y el otro subterráneo. Cada uno contiene mil y quinientas habitaciones que se comunican entre sí: los pórticos, las galerías, los gabinetes, los cuartos y los terrados forman tantos ambages, y se

repliegan de tal manera, que cuando se entra en ellos, no se puede salir sin alguna guia, ó sin el hilo de Ariadna. Las paredes y los techos son de piedra; las salas estan circundadas de columnas hermosas, y la mayor parte de mármol blanco; y termina el laberinto una pirámide cuyos frentes tiene cada uno doscientos y cincuenta piés de ancho, y por ella se baja á los subterráneos. Yo he visitado el primer piso, pero no el segundo, donde no se entra, á causa de conservarse en él los cuerpos de los Reyes y de los sagrados crocodilos. No se sabe quien fué el fundador de este edificio: se cree que es obra de muchos Monarcas.

Uno de los trabajos mas gloriosos del Egipto, y muy superior á los otros por su utilidad, es el lago Moeris. Es un magnífico estanque, de setenta y cinco leguas de circunferencia, cavado entre dos montañas. Todo aquel terreno estaba en otros tiempos cubierto de arena estéril. Un Faraon, llamado Moeris, concibió uno de los mas bellos proyectos que el entendimiento humano haya podido concebir, y tuvo la gloria de ejecutarlo. Millares de hombres escaváron aquel árido terreno. Mandó construir un canal de cuarenta leguas de largo, y de trecientos piés de ancho, para conducir las aguas del Nilo al gran reservatorio. Aquellas aguas llevadas por el

canal, en el tiempo de la creciente del río, se amontonan en aquel vasto recinto circundado de diques y de montes. En los seis meses en que baja el Nilo, se abren las esclusas; entónces de aquel lago que tiene ochenta leguas de circunferencia, y treinta piés mas elevado que el nivel del Nilo, sale un inmenso volúmen de agua que forma otra segunda inundacion que se dirige como se quiere. Una parte de ella vuelve al río, y sirve para la navegacion; y otra parte dividida en riachuelos lleva la fecundidad hasta las colinas arenosas. Y por rezeló de que aquella mar artificial no rompa sus barreras, se abrió un canal de descargo atravesando la montaña, por el cual se vierten en la Libia las aguas sobrantes. Dicho lago tiene cien piés en su mayor profundidad. Dos pirámides construidas en una isla situada ácia el centro tienen cien piés bajo las aguas, y se levantan otros ciento sobre ellas: cada pirámide remata en una estatua colosal sentada sobre un trono. Esta obra, que es la mas grande y la mas útil que se ha hecho en el mundo, suple en los años de una creciente mediana, conteniendo aguas preciosas que se perderian en el mar.

Pedí á Xenofanes que me diese noticias de la estatua vocal de Memnon. « No he dejado, me contestó sonriendose, de ir á Tebas á rendirla mi homenaje. Memnon es hijo de la Aurora;

una estatua colosal le representa como un hombre en la flor de sus años: tiene la cara vuelta ácia el oriente. Al salir la aurora, la saluda con graciosa voz, como regocijado de ver á su madre; y al ponerse el sol, espresa el dolor de su ausencia con un sonido lúgubre. — ¿Y vos, Xenofanes, dais asenso á semejante milagro? — Sin duda que lo doy, pues yo propio he oido los sonidos. Es menester fiarse algo de los sentidos, por mas que digan los Esépticos. Con todo, yo sospecho que alguno, escondido bajo el pedestal, pega en la piedra que lo forma; y lo que mas descubre el artificio, es que el sonido no parte de la cabeza, sino del plinto ó del trono sobre que está colocada la estatua. » — Xenofanes, habládme ahora del clima de Egipto: ¿es verdad que es mas bello que el de la Grecia? — Me parece, Fanor, que es el mas delicioso de la tierra. Los Egipcios disfrutan robusta salud, debida á la salubridad del aire, y á la templanza de su clima, que varía poquísimamente. Ciertamente los calores de la Tebaida sobrepujan á los que se experimentan en muchas comarcas mas inmediatas al ecuador. Atribuyese este fenómeno á la aridez de las llanuras arenosas que circundan al alto Egipto, y á la reverberacion de los montes que lo estrechan. Pero en el bajo Egipto, la vecindad del mar, la mucha magnitud de los lagos y la

abundancia de las aguas amortiguan los ardores del sol, y mantienen una templanza deliciosa. Ademas de esto, el viento etesiano, ó viento del norte, que sopla en el estío, refresca y purifica la atmósfera. En aquel hermoso clima, siempre está el cielo sereno y sin nubes. Las lluvias, que son rarísimas, ordinariamente no caen hasta los meses de Diciembre, Enero y Febrero, y durante pocos días. En aquella estacion se levantan espesas nieblas, que son mas frecuentes que las llúvias; y en el discurso de todo el año cae un rocío tan abundante, cuando el cielo está sereno, que equivale á una pequeña lluvia. Los vientos meridionales son una de las plagas de aquel pais agradable, y soplan por intervalos desde Febrero hasta fin de Mayo; llenan el aire de un polvo sutil que impide la respiracion, llevan por delante perniciosas exhalaciones, y corrompen en pocas horas las sustancias animales. Hallabame yo en Menfis, un mes de Mayo, y se levantó repentinamente un huracan de aquella especie, que traia por delante torrentes de arena abrasada: un velo espeso cubria el firmamento; el sol parecia de color sanguinoso, y el polvo penetraba en las habitaciones, y quemaba ojos y caras. Al cabo de unas cuatro horas calmó la tormenta, y el cielo volvió á su serenidad. Infinitos desgraciados quedáron sofocados en

el desierto, y un hombre de estremada gordura murió repentinamente en la ciudad, ahogado por el calor. Huracanes semejantes han sepultado ejércitos enteros. Aquella plaga terrible, llamada el gigante Tifon, duró una vez tres dias y tres noches, y se hubiera tragado al Egipto, si hubiera durado mas con la misma violencia. — Dadme á conocer, Xenofanes, ese Nilo tan decantado, y la causa de sus inundaciones.

Los manantiales del Nilo, Fanor, estudiéron mucho tiempo ignorados. El colegio sacerdotal de Tebas, que ha gastado sumas inmensas para descubrirlos, deja al pueblo en esta ignorancia, creyendola un misterio propio para alimentar la piedad. Dichos manantiales estan en la Etiopia, á doce grados del ecuador, sobre una montaña coronada de una reducida llanura cubierta de árboles. Allí se ven dos estrechas aberturas de cisterna, bastante juntas. El río sale del pié de la montaña, frente al norte, y va á formar una laguna que tiene mas de sesenta leguas de circunferencia; y despues de muchos rodeos entra en Egipto, y lo atraviesa, casi en linea recta, de mediodia á norte. Los filósofos de Menfis disputan mucho sobre la causa de su acrecentamiento periódico. El pueblo lo atribuye al dios Serapis; pero las gentes instruidas saben que en los meses de Marzo,

Abril, Mayo y Junio, los vientos del norte acumulan las nubes sobre las cimas de las montañas altas situadas mas allá del ecuador, donde se resuelven en lluvias que caen en torrentes. La reunion, pues, de infinitos arroyos y riachuelos hinchados con las lluvias forma el Nilo, y produce la inundacion. Se gozan en Menfis, en los tres primeros meses, dias muy serenos; pero, luego que se pone el sol, llueve hasta que sale, y á esto se siguen relámpagos y truenos. En los primeros dias del mes de Junio empieza el Nilo á crecer; pero su crecimiento no es notable hasta el solsticio. A esta época se enturbian sus aguas, y toman un color rojizo, de manera que para beberlas es menester purificarlas. Continúa aumentando el Nilo hasta fin de Agosto, y frecuentemente hasta Setiembre. Su elevacion necesaria es de diez y seis codos: si es menor, amenaza hambre; y si mayor, es peligrosa. Hay una coluna delante de Menfis, en la que estan señaladas sus varias crecientes. Desde esta ciudad se publican á lo restante del Egipto. Si la inundacion llega á tocar al décimoquinto ó décimosexto codo, se apodera de los habitadores una alegría universal, y se hacen fiestas y regocijos públicos. Dicese que las aguas del Nilo estan impregnadas de una sal que tiene virtud estimulante, no solo para los hombres, sino tambien para las

bestias. Me aseguraron que habia mugeres que parian hasta cuatro y siete criaturas; pero lo dudo. Lo mas cierto es que las Egipcias usan contra la esterilidad diferentes composiciones: una de las mas fuertes es una infusion de clavo con hiel de crocodilo, cuyas partes todas son afrodisiacas, aunque menos que la hiel y los ojos. Pero volvamos á las aguas benéficas del Nilo.

Se han abierto canales que las llevan hasta las mas distantes campiñas, que son por lo mismo las mas fecundas del universo; porque, en vez de que otros ríos en sus inundaciones se llevan el jugo de las tierras y las deterioran, el Nilo deposita en ellas un limon que las engrasa y fertiliza; y cuando sus aguas se retiran, revuelve el labrador la tierra, mezclando en ella un poco de arena, y siembra sin trabajo y casi sin gasto.

Los tiempos de las siembras son los meses de Octubre y Noviembre, á proporcion de como las aguas se embeben. Y dos meses despues, estan ya las campiñas cubiertas de toda especie de granos y de legumbres. Se cogen las cosechas en los meses de Marzo y de Abril. No hay cosa tan bella como el Egipto en las dos estaciones de estío é invierno. Nunca me he cansado de disfrutar del espectáculo que presenta en estas épocas varias. En los meses de Julio y de Agosto,

me subia sobre una pirámide ó sobre una montaña, y desde allí descubria un vasto mar, sobre el cual se elevaban infinitos pueblos y aldeas, con muchas calzadas para comunicarse entre ellas, y todo entremezclado de bosquecillos y de árboles frutales cuyas copas únicamente se veian. Aquella perspectiva, circunscripta por los montes y los bosques, se termina á lo lejos por un horizonte risueño y bellissimo. En invierno era otra cosa, pues ácia los meses de Enero y Febrero se parecia la campiña á una pradera esmaltada de flores. Por todos lados se veian ganados esparcidos, y una infinidad de labradores y de jardineros. Entónces estaba embalsamado el aire con el perfume de las flores, de los naranjos y limoneros, y de otros árboles; de modo que no podia respirarse cosa mas agradable ni mas sana.

Acababase esta narracion, cuando nos trajeron una merienda pitagórica, la cual comimos sobre los céspedes en la sombra del bosque. No obstante, nos dió Xenofanes un frasco de vino; y acabada la merienda, nos despedimos de aquel rígido filósofo, quien nos dijo abrazandonos: Hijos míos, no olvidéis la siguiente máxima del maestro:

« El hombre solo es dichoso bajo el escudo de la sabiduría. »

CAPITULO XXX.

Descripcion de Leucades. Allí encuentran á Safo, y á dos Griegos infelices.

DIJE á Fanor que le acompañaria hasta Leucades. Dos motivos me animaban: el uno era curiosidad, y el otro deseo de disuadirle de un remedio tan violento. Representéle que ninguno se mataria por ser picado de una espina ocultada entre las flores; que era felicísimo en verse desembarazado de Teana; que la inconstancia y la perfidia de un sexo voluble no debia causar mas admiracion que la inconstancia de los vientos ó la ligereza de la mariposa; y que era necedad afligirse por ello (44). « Conozco, respondió, toda la fuerza de vuestra lógica, y conozco que desprecio á Teana; pero su memoria me persigue y me destroza: la amo todavía con mas furor, y veo que el salto de Leucades puede únicamente curarme. — Pero esponéis vuestra vida, Fanor. — Mas vale perderla que arrastrarla bajo el peso de las aflicciones. Además de que conozco á un hombre, nombrado Maces, que ha hecho cuatro veces aquel salto peligroso; y lejos de perecer, ha

me subia sobre una pirámide ó sobre una montaña, y desde allí descubria un vasto mar, sobre el cual se elevaban infinitos pueblos y aldeas, con muchas calzadas para comunicarse entre ellas, y todo entremezclado de bosquecillos y de árboles frutales cuyas copas únicamente se veian. Aquella perspectiva, circunscripta por los montes y los bosques, se termina á lo lejos por un horizonte risueño y bellissimo. En invierno era otra cosa, pues ácia los meses de Enero y Febrero se parecia la campiña á una pradera esmaltada de flores. Por todos lados se veian ganados esparcidos, y una infinidad de labradores y de jardineros. Entónces estaba embalsamado el aire con el perfume de las flores, de los naranjos y limoneros, y de otros árboles; de modo que no podia respirarse cosa mas agradable ni mas sana.

Acababase esta narracion, cuando nos trajeron una merienda pitagórica, la cual comimos sobre los céspedes en la sombra del bosque. No obstante, nos dió Xenofanes un frasco de vino; y acabada la merienda, nos despedimos de aquel rígido filósofo, quien nos dijo abrazandonos: Hijos míos, no olvidéis la siguiente máxima del maestro:

« El hombre solo es dichoso bajo el escudo de la sabiduría. »

CAPITULO XXX.

Descripcion de Leucades. Allí encuentran á Safo, y á dos Griegos infelices.

DIJE á Fanor que le acompañaria hasta Leucades. Dos motivos me animaban: el uno era curiosidad, y el otro deseo de disuadirle de un remedio tan violento. Representéle que ninguno se mataria por ser picado de una espina ocultada entre las flores; que era felicísimo en verse desembarazado de Teana; que la inconstancia y la perfidia de un sexo voluble no debia causar mas admiracion que la inconstancia de los vientos ó la ligereza de la mariposa; y que era necedad afligirse por ello (44). « Conozco, respondió, toda la fuerza de vuestra lógica, y conozco que desprecio á Teana; pero su memoria me persigue y me destroza: la amo todavía con mas furor, y veo que el salto de Leucades puede únicamente curarme. — Pero esponéis vuestra vida, Fanor. — Mas vale perderla que arrastrarla bajo el peso de las aflicciones. Además de que conozco á un hombre, nombrado Maces, que ha hecho cuatro veces aquel salto peligroso; y lejos de perecer, ha

encontrado en aquella prueba el remedio de cuatro pasiones desgraciadas. — ¿Ignorais, Fanor, el desastrado fin de Artemisa, de aquella Reina de Caria, que peleó tan valerosamente en Salamina?... Ciegamente prendada de un joven natural de Abidos, se vió de él abandonada; y loca de zelos y de ansia de vengarse, se dedicó á perseguirle, le sorprendió en los brazos del sueño, y con un puñal le hizo saltar los ojos. Tuvo venganza aquel crimen del amor; porque los remordimientos, las memorias crueles, y el mismo fuego del cariño, irritado con mas furor en el pecho de aquella amante, la despedazaron desapiadadamente. Despechada pues, y mas apasionada que nunca, fué á buscar á Leucades un remedio á sus males, y allí encontró la muerte.»

Miéntas lo restante del viage, no me habló Fanor de otra cosa que de la ingratitud de Teana, y de su hermosura. Mil veces me juró que renunciaba al sexo ingrato y peligroso. Despues repetia su cantinela lastimosa, y á veces la cantaba yo con él; y de esta suerte llegámos á Leucades.

La isla de Leucades ó Leucates está situada en la mar Ionica, sobre la costa de la Acarnania. En una de las estremidades de la isla, frente de Cefalonia, se levanta una montaña allísima y cóncava que tiene escavada su base

por la continuada impetuosidad de las olas del mar: sobre la cúspide del promontorio se vé una roca que amenaza precipitarse á los abismos del mar, pues se presenta como suspendida en el aire. Dicese que un niño, llamado Leucates, se arrojó desde lo alto de la roca á las aguas por huir de las persecuciones de Apolo, y que dió nombre á la isla.

Muerto Leucates, se estableció un templo y una fiesta en honor de Apolo, y se precisaba á un delincuente, condenado á morir, á que se arrojara desde lo alto del promontorio. Teniase cuidado de pegarle á sus vestidos alas de pájaros, y aun pájaros vivos que le sostenian en el aire, y hacian mas dulce su caída. Muchos barquillos situados al derredor del precipicio le aguardaban para socorrerle (45).

Encontrámos en Leucades tal afluencia de viageros, que nos sorprendió; pero pronto supimos la causa. Fué Fanor á inscribirse entre los que querian dar el salto de la roca, y le dijéron los sacerdotes que la célebre Safo se habia anticipado á él, y habia de saltar al dia siguiente; pero que prestase el juramento, y que saltaria despues que ella. Al oír el nombre de Safo, cuyos talentos, gracias y amores publicaba por todo el mundo la fama, y á quien la Grecia embelesada habia nombrado la décima Musa, pregunté á uno de

los sacerdotes ¿si seria posible verla y hablarla? — « Es difícilísimo, me dijo, que se deje ver. Su amante la ha vendido; y ciega de pesar, de amor y de zelos, viene aquí á buscar su curacion ó la muerte. Vedla allí paseandose sobre los bordes del promontorio, con el rostro pálido y caido, y con sus ojos fijos en la tierra. Medita profundamente, y parece que está inmóvil. Miradla cual anda á pasos largos, agitadísima, inflamada de cólera la cara, gesticulando, mirando al cielo, y lamentandose de sus desgracias. Ahora se adelanta ácia la estremidad de la roca. Sigamosla: reparad como sus ojos miden la profundidad. Ya retrocede: el ruido de las olas espumosas la espanta. Ya su rostro aparece mas sosegado, y pasea sus ojos por esas esparcidas rocas donde estan grabados los nombres de los amantes que verificaron felizmente el salto del promontorio. Ved como se para delante del sepulcro de la Reina Artemisa, como lo mira atentamente, y como se la desprenden del rostro gotas de sudor frio. ¿Que motivo de meditacion para Safo! ¿que relacion tan notoria entre su sensibilidad y sus desventuras!»

Continuámos acercandonos, y observando sus movimientos y su persona, con aquella ansia curiosa que escita un sugeto célebre y desgraciado.

Safo no disfrutaba del lisonjero don de la hermosura. Su estatura era pequeña, su tez morena, sus ojos poco rasgados, pero vivísimos y centelleando ingenio. El deleite, el fuego del talento y la sensibilidad se mostraban alternativamente sobre su fisonomía, ó mas bien se juntaban como colores mezclados entre sí, para componerle un rostro de los mas agraciados y atractivos; de manera que si la belleza, como puede definirse, no es mas que lo que agrada á la vista y lo que agita agradablemente al alma, Safo gozaba de aquella preciosa prerogativa.

Para tener un pretesto de hablarla, empuñé á Fanor en que pidiese á Safo la primacia para el salto del promontorio. Estaba sentada sobre una roca, mirando al mar fijamente, y como si dijera: *He allí mi sepulcro.*

Nos llegámos á ella, y Fanor formó su demanda. Respondióle Safo: « ¿Tambien vos encontrásteis un monstruo de perfidia? No me admiro: hombres y mugeres, todos son ingratos; pero Faon es el hombre mas pérfido de todos. Contadme vuestras desgracias; y si los Dioses son mas crueles con vos que conmigo, yo os concedo vuestra demanda. » — Entónces Fanor le narró la traicion de Teana. — « Sufris, le dijo Safo, un revers bastante comun: no perdeis mas que una muger falsa que era de todos, que amaba á

etro, ó que á ninguno amaba, que era idólatra de sí misma, que no os debía amor ni gratitud, pues nada habíais sacrificado por ella. Pero Faon, el ingrato Faon me lo debe todo: me debe sus talentos, sus conocimientos, su celebridad, y el haber hecho inmortal su nombre, asociandolo al mio. Si Venus me negó la belleza, que es una flor muy frágil, Minerva me dió el talento y el ingenio, que son bienes celestiales, y muy superiores á la hermosura. Sacrifiqué mi reputacion y mi virtud á lo que él llamaba su felicidad: yo vivia solo para él: él era el centro y el fin de mis pensamientos, deseos y afecciones: toda mi alma estaba llena de él, y únicamente para él existia: por ese traidor abandoné á todas mis discípulas, y á la jóven y preciosa Erinnea, que era mi igual en el talento: sacrifiqué al ingrato los tres grandes poetas de este siglo, Arquiloco, Hiponax y Alceo: sí, ¡Alceo que me adoraba! Por Faon me concilié el aborrecimiento de las mugeres que me han pintado con los negros colores de la calumnia (46). Por él me aparté de la senda de la gloria, y dejé las delicias de Atenas, en donde gozaba del doble placer de reinar sobre vuestro sexo y sobre el mio, á impulsos de la admiracion y del amor. Viendome viuda y señora de mí misma, me oscurecí, y huí del mundo. ¿Que no hice? Rehusé

el título de esposa, por no entristecer al amor con las cadenas, y porque el nombre de su amante era para mi corazon mas grato..... Pero ni el tiempo, ni la situacion de mi ánimo, me permiten alargar mas este discurso. Os confiaré el manuscrito donde estan grabadas mi historia y mis desdichas. ¡Ay de mí! ¡lo empecé en el sosiego de los bellos dias del amor y de la soledad! Diréis que Safo vendida, desesperada, y ya cubierta con las sombras de la muerte, tuvo tanta fuerza de alma y tanto imperio sobre su dolor, que depositó en el seno de la posteridad su infortunio y el crimen de Faon. Si perezco, podéis publicarlo; si sobrevivo, os exijo la palabra de que me lo volveréis.» — Se la dimos solemnemente. Entregónos entónces un bastoncillo guarnecido de marfil por los dos extremos, y arrolladas en él unas hojas de papiro escritas de su propia mano. — «En cuanto á la primacia, añadió, que me pedis, os la rehuso: la herida de vuestro corazon está muy somera, y no tardará en cicatrizarse; pero la mia es incurable y profunda. He tomado mi partido; ora pierda mi amor, ora mi vida, lograré descanso. A dios: necesito estar sola.» — Diciendo esto, nos saludó, y se alejó rápidamente.

En aquel mismo instante arribó una nave, de la cual bajaron á tierra dos hombres, y

subieron al templo de Apolo. Sospechámos que serian dos amantes infelices que iban á buscar remedio á sus males. Fuimos á verlos al templo: á los dos se les traslucia en los rostros una melancolía envejecida; el uno estaba en su otoño, y el otro en la flor de su edad. Ambos sentáron sus nombres para dar el salto despues de Fanor.

Teníamos curiosidad de saber la causa de su viage. El de mas edad se apartó de su compañero, y nos llegámos á él. Le cogí, segun costumbre, la barba con la mano derecha (47), y le hice algunas preguntas sobre el jóven que le acompañaba, y sobre el triste motivo que le llevaba á Leucades. — « Ninguno tiene que sea razonable, me respondió: se le ha exaltado la imaginacion, y es de un corazon pusilánime. ¡Pluguiera al cielo que mi desgracia fuera tan quimérica como la suya!

» Ambos somos naturales de Sicione, que es uno de los mas hermosos y ricos países de la Grecia. Habia dos años que mi compañero amaba á la bella Agarista. Estaba determinado su matrimonio; pero aquella hermosura vió en sueños á Diana calzada con coturno, con una media luna sobre la frente, y con un arco en la mano, que la mandaba, bajo pena de los mayores castigos, consagrarla su virginidad. Horrorizada con aquella vision, é

intimidada con las amenazas de la Diosa, arrojó los ruegos de su familia y los llantos de su amante, y se refugió al templo de Diana.

» Ese jóven viene desesperado á buscar su curacion en Leucades. Ya veis que la pérdida de una querida es una pérdida ligera que puede fácilmente reponerse; y con todo se cree el hombre mas desventurado del mundo, como si no existiera yo. — Le aseguré que tenia razon; me lamenté de sus desdichas sin saberlas, y le dejámos satisfechísimo de nosotros. La curiosidad, que es un monstruo lleno de orejas, nos instigó á buscar al compañero de nuestro hombre. Le divisámos grabando letras sobre la corteza de un árbol. Fingimos encontrarnos junto á él casualmente, y le dimos á entender que sentíamos estorbarle. — « No podeis, nos dijo, importunarme, porque sin duda sois infelices que venis, como yo, á buscar en Leucades el fin de vuestras penas. » — Le asegurámos que éramos muy dignos de compasion, y le preguntámos ¿si su compañero era tan desdichado como él? — ¡Ay! esclamó: ni con mucho, por mas que él lo piense: su pérdida es ligera, y su infortunio ideal; pero el mio es irreparable. Os referiré la historia de mi compañero.

Se llama Filoxenes, y está opulentísimo. Casó, no ha mucho, con Tamiris, temprana

belleza, á quien adoraba; y lo que mas li-
sonjeó su amor propio, fué la preferencia
que obtuvo sobre Timantes, mozo amabili-
simo, pero pobre. Por muchos dias fué Fi-
loxenes feliz; pero el himeneo tiene dias ne-
bulosos. Uno de sus esclavos le confió el se-
creto de que su muger habia dado una cita á
Timantes, con la condicion de que él mismo
habia de estar presente. Aquella cláusula no
tranquilizó al esposo sorprendido, y quiso ser
testigo ocular de aquella cita misteriosa. Dis-
frazóse con el vestido del esclavo, y á la pri-
mera vigilia de la noche (a), que era la hora
dada, fué con una luz en la mano á abrir la
puerta de la casa al amante desgraciado,
quien, como iba tan presuroso y tan embria-
gado de alegría, no se detuvo á mirar á su in-
troduccion. Luego que estuvieron en el cuarto
de Tamiis, se puso el esclavo fingido en un
rincon, en donde la luz debilitada le permitia
ver sin ser visto; pero su muger, que á lo
menos era tan astuta como él, habia puesto
en un frasco de escelente vino un licor soporí-
fero. Llenó pues una copa de él, y se la dió
al esclavo, diciendole que para pagarle su
cuidado habia escogido el mejor vino que su

(a) Los Griegos dividian la noche en tres vigili-
as: la segunda empezaba cerca de cuatro horas despues
de puesto el sol.

marido tenia. Filoxenes, que gustaba de be-
ber, y que no sospechaba la virtud que aquel
vino escondia, se echó á pechos toda la copa.
Fué pronto el efecto: cargáronsele los ojos,
de manera que, por mas que se esforzaba á
abrirlos, se le cerraban al momento; y aun-
que mas queria escuchar, nada veia. Luchó
cuanto pudo contra la fuerza del brebage;
pero de allí á poco aprisionó todas sus facul-
tades un sueño profundo. Aprovecháronse
los amantes de tan precioso tiempo; pero,
como que eran jóvenes, fogosos y enamo-
rados, se olvidáron de medir el tiempo que
pasaba. Despues de un pacífico sueño, des-
pertó el marido, aunque sobrado tarde para
su quietud. Acordóse de que no habia ido
allí para dormir; miró, restregóse los ojos,
dudó, y procuró recordarse las ideas. Final-
mente, bien despierto ya, vió á Timantes en
los brazos de su muger. Furiosamente ena-
genado, se levantó, gritó, se arrojó, tras-
tornó y rompió cuanto encontró al paso. Si
hubiera caído un rayo á los piés de aquellos
amantes felices, y si las furias se les hubiesen
repentinamente aparecido con las cabezas ce-
ñidas de culebras y agitando sus antorchas,
no se hubieran asombrado tanto: quedáron
confundidos y aniquilados. Pero Timantes,
que no tardó en reponerse, se opuso á la furia
de Filoxenes, agarró del brazo á Tamiis, y

huyó con ella. El desgraciado esposo, sediento de venganza á los principios, repudió á su muger; pero no puede sobrellevar su separacion, la llora noche y dia, y viene á Leucades á buscar el fin de sus tormentos. No es tan digno de lástima como yo. No se pierde más que una muger loca, que no le ama, y á cuya compañía volverá cuando quisiere; pero á mí me quitó Diana para siempre una amiga adorada, cariñosa, sensible, y que me amaba mucho. — Convenimos con él en que su desgracia era verdadera, y quimérica la de Filoxenes.

CAPITULO XXXI.

Da Safo el salto de Leucades.

EL dia en que Safo habia de dar el salto del promontorio, nos llegamos por mar hasta el pié de la roca. Habia infinitos barquillos colocados en semicírculo, dejando el espacio necesario para recibir á aquella desventurada. Ocho nadadores escelentes la aguardaban para sacarla á tierra. Lo alto de la roca estaba coronado de espectadores atraídos por la celebridad de la víctima. Esta habia ido al templo para que Apolo la fuese propicio. Los sacer-

dotes sacrificaron una ternera, y declararon favorables los auspicios.

Salió Safo del templo, sin flores, sin velo, con los cabellos esparcidos, y se dirigió entre dos sacerdotes á la orilla del promontorio, paseó sus ojos por todos los espectadores, y midió con sosogada vista el espacio que iba á salvar. Todo el mundo, fijos en ella los ojos, aguardaba callando el éxito de aquella prueba terrible. Entónces Safo dobló la rodilla, levantó las manos al cielo, y exclamó: « Divinidades protectoras de los desgraciados, echad una mirada de compasion sobre una víctima infeliz del amor. Si me concedéis el volver á ver mi patria, y el apagar una passion cruel, hago voto de consagrarme á los altares de Diana. ¡O Tetis, recibeme en tu seno! » Dijo, y tres veces se adelantó hasta la estremidad de la roca; y tres veces, á impulso de un movimiento involuntario, retrocedió. Los sacerdotes la exhortaron y la animaron. Por fin, levantó los ojos y las manos al cielo, tomó carrera, y se precipitó. Vimos por los aires á la infeliz Safo dando vueltas sobre sí misma, y despues la vimos dar en el abismo de las aguas, y desaparecerse de la vista de todos. Crecieron los clamores y los sustos de los espectadores. Los buzos se zambulleron para buscarla. Dos veces se la vió debatiendose y luchando contra las aguas, y

dos veces se la engulleron las olas. Por último, la hallaron los nadadores, y la transportaron á tierra: la tendieron sobre la arena, pero fria é inanimada. Apiñáronse las gentes en torno de ella, y esclamáron á voces: ¡No vive! ¡ya murió! Pusela la mano sobre el corazon, y conoçi que aun tenia calor y movimiento. — « ¡Aun vive! grité: ¡socorramosla! ¡salvemmosla! » — La llamáron á la vida con aguas espirituosas y con fricciones: en fin respiró, abrió los ojos, los fijó sobre mí, y haciendo esfuerzos para incorporarse, me dijo: « Cualquiera que seais, os encomiendo mi sepultura. Muero víctima del amor y de la ingratitud. Si por casualidad encontráreis á Faon, habladle de una desgraciada, á quien por recompensa de su amor ha dado la muerte. — Safo, la dije, pensad en vivir y en conservaros, para ser el ornamento y la gloria del mundo. — ¡La gloria! me replicó: ¡que quimera! su ruido no penetra en la tumba. ¡Ay de mí! todo pasa, y solo dejo moribundos en la tierra. » Dichas estas palabras, su último soplo se desvaneció en los aires. Llorábamos todos. Fanor y yo nos apartámos al instante de aquella escena dolorosa, despues de haber encomendado á los sacerdotes las exequias de aquella desgraciada, á las que prometimos asistir.

Caminábamos por la orilla del mar, pensativos y taciturnos. Quería yo dar á Fanor

tiempo para que meditara sobre aquella catástrofe. Pero, en fin, despues de un largo silencio prorumpí así: « ¡Que suerte tan deplorable la de esa muger, á pesar de su talento, de su ingenio, y de lo tierno de su corazon! — Sí, Antenor, es una muerte terrible. — ¡Y que pensais, Fanor, del salto de Leucades, y de su modo de curar? — Qué es un modo infalible. — ¿Os queda todavía, Fanor, alguna gana de ensayarlo? — En eso iba pensando: confiesoos, Antenor, que estoy algo perplejo. — Convenid conmigo, Fanor, en que es un acto de locura. — Sí, Antenor: mucho se le parece. — ¿Quereis, Fanor, que partamos mañana? — Sí, lo quiero: ya me reconcilio con la vida, y entrego á Teana á Pluton y á Proserpina. » — Encontrámos á los dos desesperados de Sicione, que tambien habian de dar el salto de la roca. Fanor les dijo que él cedia su vez al que tuviese mas prisa de los dos. « Os doy gracias, respondió Filoxenes, el remedio me parece sobrado violento: mas quiero ser marido engañado que esposo ahogado: dejo á mi compañerito la gloria y el honor de hazaña semejante. Este le replicó que no abusaria de su favor; que la bella Agarista podía votar su virginidad á la triple Hecate, á Proserpina, y á quien quiesiese; pero que él no daria el salto de Leucades, ni aun por lograr las primicias de la

bella Elena. De manera que la funesta muerte de Safo salvó á tres necios de una muerte casi segura; pero los ministros del templo no habrán dejado de atribuir su curacion á la santidad del parage.

Dije entónces á los dos viajeros, que Safo me habia confiado la historia de sus amores, y que si gustaban se la leeria. Fuimos pues á sentarnos á la orilla del mar sobre un asiento de musgo y alga, y leí lo siguiente.

CAPITULO XXXII.

Historia de los amores de Safo y de Faon.

Ví á Faon por la primera vez en Atenas, bajo el peristilo del templo de Jupiter. Acababa de señalarse en los nobles ejercicios del Gimnasio; el jugo aceitoso de la oliva brillaba aun sobre su descubierto pecho. Un vello ligero, y mas suave que la yerba naciente, empezaba á apuntar sobre lo encarnado de su tez. El jóven Hilas á quien robáron las ninfas, y Cipariso que fué llorado por Apolo, no tuvieron gracias mas seductoras. Venus misma le habia adornado con el don de agradar. Recibió de ella un vaso precioso lleno de una esencia perfumada; la derramó sobre su

cuerpo, y se esparció sobre él el encanto infame de la gracia y de la belleza. Le ví, y me estremecí toda; volvíle á mirar, y me empezó á consumir una fiebre ardiente. Entré en mi casa desatinada y perdida. Prosternéme á los piés de Venus, imploré su piedad. «Hija de Jupiter, la dije, tú inflamas las ondas y el aire; tu llama penetra á lo profundo de la tierra: penetra el corazon de mi amante, haz que yo sea amada, y te reconoceré por la mayor divinidad del Olimpo.» Mi lira, aquella lira tan dulce, ya no dió mas sonidos. El dia me abrumaba con su lentitud, la noche me parecía la imágen de la eternidad de los infelices. Pusoseme todo el cuerpo parecido á los que tienen la icitricia. Cinco veces habia ya el sol descrito su círculo diurno, y mi dolor era todavía el mismo. Por último, me confié á Biblis. «Querida Biblis mia, la dije, ten compasion de mí: yo soy presa del cruel amor: el jóven Faon absorve toda mi alma: corre al Gimnasio, y dile: «Safo quisiera veros,» y le conducirás aquí.» Partió Biblis, y volvió con él. Asi que le ví salvar con pié ligero el umbral de mi puerta, me quedé mas helada que la nieve, y despues me puse trémula, y seguidamente ardorosa. El cruel conoció mi turbacion, bajó los ojos, y se sentó á mi lado. «Hermosa Safo, me dijo, mi corazon se os ha anticipado. Yo os

bella Elena. De manera que la funesta muerte de Safo salvó á tres necios de una muerte casi segura; pero los ministros del templo no habrán dejado de atribuir su curacion á la santidad del parage.

Dije entónces á los dos viajeros, que Safo me habia confiado la historia de sus amores, y que si gustaban se la leeria. Fuimos pues á sentarnos á la orilla del mar sobre un asiento de musgo y alga, y leí lo siguiente.

CAPITULO XXXII.

Historia de los amores de Safo y de Faon.

Ví á Faon por la primera vez en Atenas, bajo el peristilo del templo de Jupiter. Acababa de señalarse en los nobles ejercicios del Gimnasio; el jugo aceitoso de la oliva brillaba aun sobre su descubierto pecho. Un vello ligero, y mas suave que la yerba naciente, empezaba á apuntar sobre lo encarnado de su tez. El jóven Hilas á quien robáron las ninfas, y Cipariso que fué llorado por Apolo, no tuvieron gracias mas seductoras. Venus misma le habia adornado con el don de agradar. Recibió de ella un vaso precioso lleno de una esencia perfumada; la derramó sobre su

cuerpo, y se esparció sobre él el encanto infame de la gracia y de la belleza. Le ví, y me estremecí toda; volvíle á mirar, y me empezó á consumir una fiebre ardiente. Entré en mi casa desatinada y perdida. Prosternéme á los piés de Venus, imploré su piedad. «Hija de Jupiter, la dije, tú inflamas las ondas y el aire; tu llama penetra á lo profundo de la tierra: penetra el corazon de mi amante, haz que yo sea amada, y te reconoceré por la mayor divinidad del Olimpo.» Mi lira, aquella lira tan dulce, ya no dió mas sonidos. El dia me abrumaba con su lentitud, la noche me parecía la imágen de la eternidad de los infelices. Pusoseme todo el cuerpo parecido á los que tienen la ictericia. Cinco veces habia ya el sol descrito su círculo diurno, y mi dolor era todavía el mismo. Por último, me confié á Biblis. «Querida Biblis mia, la dije, ten compasion de mí: yo soy presa del cruel amor: el jóven Faon absorve toda mi alma: corre al Gimnasio, y dile: «Safo quisiera veros,» y le conducirás aquí.» Partió Biblis, y volvió con él. Asi que le ví salvar con pié ligero el umbral de mi puerta, me quedé mas helada que la nieve, y despues me puse trémula, y seguidamente ardorosa. El cruel conoció mi turbacion, bajó los ojos, y se sentó á mi lado. «Hermosa Safo, me dijo, mi corazon se os ha anticipado. Yo os

vi en el templo de Jupiter, y el fuego del amor se introdujo en mis venas. Si el mismo ardor os inflama, nada mas tengo que pedir á Cipris, pues he llegado al colmo de la gloria y de la dicha.» Dijo; y yo demasiado fácil de persuadir, me incliné sobre él: mi seno se abrasó contra su seno, mi faz se animó con un nuevo fuego, y mi alma se empapó en las fuentes del deleite.

En los dias primeros de nuestra embriaguez, me propuso Faon abandonar á Atenas (adonde me llevó el amor á las artes y á la gloria), para retirarnos á una soledad agradable y campestre. — Faon mio, le satisface, pronta estoy á seguirte al monte Rodopo, ó á los desiertos de la Tebaida: por tí dejaria yo el mundo, los placeres, la fortuna y la gloria; porque, ¿que es todo esto en comparacion del amor? Cierta estoy de vivir gustosa contigo en el mas rústico asilo: ninguna de las horas mias será envenenada allí por el tedio: la paz, el estudio, las delicias del campo, y sobre todo mi amante, alegrarán mis dias, y precipitarán su curso: pero tú, ¿podrás soportar la monotonía, el vacío del retiro, el peso de una vida inactiva, y la larga duracion de nuestras conversaciones solitarias? A esto esclamó: «Amabilísima Safo, el tedio no puede estar donde estás tú: tú sabes unir lo sentimental con el sabroso atrac-

tivo de la variedad; tus conocimientos y tu imaginacion lo animan todo, y todo lo vivifican: cuando se está á tu lado, se está en el templo de las Musas.» Mas seducida yo por el cariño que por los discursos de Faon, y arrastrada por mi inclinacion al campo, que es una inclinacion natural á las almas tiernas y á los entendimientos sabios, tuve la debilidad de condescender á sus deseos. Pero con todo procuré buscar una soledad risueña, donde alguna vez pudiera oirse la voz humana, y donde la delicia del descanso y aun la del amor fuese alguna vez interrumpida con los placeres de una sociedad escogida.

Habia yo recorrido una parte de la Grecia. Conocia el valle de Tempe en Tesalia, morada deliciosa, donde le parece á la imaginacion que todo rie, y donde el hombre sensible é ilustrado conoce que puede vivir solo con la naturaleza. Este asilo fué el que propuse á Faon, y el que aceptó con gusto. Partimos muy en breve, gozosos de alejarnos del ruido tumultuoso de Atenas, para disfrutar de los dulces ocios y atractivos del campo, y de los placeres del amor.

Llegamos á Gonno, ciudad de Tesalia, y nos embarcamos sobre el Peneo, para reconocer sus orillas, y buscar una casa que estuviere en una situacion agradable.

Estábamos entónces en medio de la prima-

vera, y el valle de Tempe parecia su templo: abrese este valle al salir de Gonno, entre el Olimpo y el Osa, que amontonaron los fieros hijos de la tierra. Su longitud es de cuarenta estadios (48): su latitud, desigualísima, ya de dos, y ya de cuatro; y el río Peneo la recorre en un canal sosegado, serpenteando al derredor de las islillas cuya verdura y sombra eterniza. Una luz pura reposaba dulcemente sobre los objetos; la frescura de los bosques y de las aguas templaba la accion del sol. Desde el pié de las colinas hasta la orilla del río, todos son vérges y praderas esmaltadas, y pobladas de pájaros cuyos cantos melodiosos se mezclan con las rústicas consonancias de la churumbela campestre. El Osa y el Olimpo, á derecha y á izquierda, nos presentaban pinturas estupendas. Aquí se veian viñas ordenadas en anfiteatro; allí bosques de chopos, de plátanos y de fresnos. Caian en cascadas aguas abundantísimas que formaban al pié de las colinas muchos arroyuelos, los cuales, despues de haber paseado sus olas límpidas por entre las praderas, acaban su curso en el seno del Peneo (a): así, dije á Faon, acabaremos el nuestro en el seno de la naturaleza. Una floresta de árboles que

(a) Aquel delicioso valle produce vino escelente y esquisitas frutas; su aire es puro y sano.

allí espontáneamente crecen, cubria con sus sombras el río. A un aspecto como aquel exclamé: « ¡Esta es la festividad de los ojos! ¡este valle hermosísimo se formó para las felices escenas del amor, de la inocencia y del sosiego! » Despues de haber paseado por las orillas del río, retrocedimos á las cercanías de Gonno, donde estaba el asilo que buscábamos. Dejámos el barco, y llegámos, atravesando bosquecillos de laureles, al pié del monte Olimpo. Hallámos en su falda una casa preciosa que dominaba la llanura, el río y la ciudad, de la que solo distaba veinte estadios.

Pródiga estuvo la naturaleza en hermosear aquel parage. No se veian en él estatuas, ni mármoles, ni obeliscos, ni magníficos estanques, pero sí praderas, arroyuelos y vérges, que nos presentaban sin fausto bellezas de mayor precio. Aquel admirable asilo fué quien fijó nuestra eleccion y nuestros deseos.

Allí se nos pasaba el tiempo con suma rapidez. Lo que únicamente nos causaba inquietud en nuestras dichas, era la demasiada celeridad del tiempo. « Nuestros dias, solia yo decir á Faon, se siguen y se atropellan como las aguas del Peneo: nuestra juventud se pasa, y la muerte viene corriendo ácia nosotros; pero nosotros gozamos. Apuremos los deleites, para que hallandonos la

ancianidad hartos de placeres y de vida, dejemos la existencia del mismo modo que un convidado deja la mesa de un festin. » Para variar nuestros entretenimientos y ocupaciones, le enseñaba yo de día, á la sombra de los árboles, á casar su voz con los sonidos de la cítara; y tambien le enseñaba el ritmo de los versos, y el arte encantador de unir el sentimiento á la armonía y á la viveza de las imágenes. Para este ingrato fué para quien un día, entusiasmada con la poesía y con el amor, compuse aquella óda que circuló por toda la Grecia, y que sin duda repetirá la posteridad (49).

Por la noche, cuando el cielo sin nubes desplegaba el maravilloso espectáculo de aquella inmensidad de estrellas que brillan al traves de un espacio inconmensurable, paseaba yo sus ojos y su pensamiento por aquellos cuerpos errantes y luminosos, y le desarrollaba los sistemas de la astronomía. — « Mira, le decia yo, la estrella de Venus, la cual por la mañana bajo el nombre de Lucifer precede al carro del sol, y luce todavía cuando todas las demas estrellas han desaparecido ya. Por la tarde, bajo el nombre de Vesper, sigue á dicho astro, de quien lo mas que se separa son cuarenta y siete grados y medio. El gran brillo de este planeta proviene, á lo que presumo, de la cadena de montañas altas y ári-

das que la ciñen por todas partes (a). Mostrele despues las siete hijas de Atlas, ó las Pleiadas, que se aparecen por la primavera en la cabeza del Toro. Habian estas perdido á su hermano que un leon despedazó, no cesaban de llorar su muerte, y Jupiter movido á compasion las colocó en el cielo. Esplíquele tambien las fases de la luna, y su revolucion, en torno de la tierra, en veinte y siete dias y un tercio. « Anaxagoras, le decia yo, sostiene que está habitada. Metrodoro opina que es tan absurdo no poner mas que un mundo en el vacío infinito, como decir que no podria crecer mas que una espiga de trigo en una vasta campiña. Epicuro, Democrito y Leucipo son del mismo dictámen. En efecto, vemos seis planetas al derredor del sol, que giran en sus órbitas, y que tienen, como la tierra, un movimiento de rotacion, desigualdades y montañas: ¿por que, pues, no estarian tambien habitados? Lo que estos grandes filósofos dicen de estos planetas, lo estiéndiendo á todos los sistemas planetarios que circundan las estrellas: cada estrella debe ser un sol, esto es, un cuerpo luminoso é inmó-

(a) Bianchini, de Verona, contó, ácia la mitad del disco de Venus, siete mares que se comunican por cuatro estrechos, y otros dos mares ácia las estremidades, sin comunicacion con los primeros.

vil, el cual probablemente estará circundado de sus planetas poblados como la tierra (a). Pero yo creo á Mercurio inhabitable, porque su proximidad al sol debe hacer la intensidad de su accion sobre él mucho mas considerable que el mas grande calor de la tierra (50).

Le esplicé luego la causa de los eclipses que tanto asombran al pueblo. Le hice observar el polo boreal. Contábamos juntos las siete estrellas brillantes de la Osa grande. Le referí la historia de la desgraciada Calisto, á quien la zelosa Juno metamorfoseó en osa, para quitarsela á Jupiter que la amaba; pero este Dios la colocó en el cielo, bajo el nombre de Helita ó de Carro. La estrella que brilla á su lado, es su hijo Arcas, el cual cazando iba á herir á su madre con un dardo, cuando Jupiter, por estorbar aquel parricidio, le transformó en oso, y le fijó en el cielo bajo el nombre de Bootes ó el Boyero. Por mucho tiempo sirvió la Osa grande de guia á los navegantes; pero se descubrió, mas cerca del polo ártico, á Cinosura ó la Osa pequeña, compuesta tambien de siete estrellas brillan-

(a) *Necesse est confiteare*

*Esse alios aliis terrarum in partibus orbis,
Et varias hominum gentes et secla ferarum.*

LUCRET.

tes, que fuéron en otro tiempo unas ninfas que cuidáron á Jupiter cuando niño. Los navegantes se rigen hoy por esta última constelacion, y especialmente por la estrella polar, que está aislada y á la cola de las otras: aparece inmóvil, porque es pequeño el círculo que describe, y solo se aleja del polo dos grados á lo mas (a).

Habléle del ciclo, ó del número de oro del filósofo Meton, que los Atenienses grabáron en la plaza pública (51).

Algunas veces, cuando el mediodía deramaba torrentes de fuego sobre la abrasada tierra, nos retirábamos á una gruta tapizada de musgo; y allí, coronados de flores y blandamente sentados sobre camas de hojas, hacíamos alguna lectura interesante. Leíamos con delicia la Ciropedia de Xenofonte. ¡Que estilo tan encantador! estaba inspirado por las Gracias. — « Esta historia, decia yo á Faon, no es mas que una ficcion ingeniosa, por la cual el autor, bajo el nombre del gran Ciro, ha querido darnos altas lecciones de moral y de política. Platon ha producido el

(a) Las estrellas fijas tienen movimiento, pero de suma lentitud. No cambian de situacion entre sí. Los astrónomos las toman por puntos inmóviles, á quienes refieren todos los movimientos de los planetas que estan debajo de ellas.

sueño de un ingenio de imaginacion, se ha estraviado en los espacios; el plan de su república es tan imposible de ejecutar, como lo seria el de hacer á todos los hombres filósofos. » Xenofonte nos ha presentado con mas claridad y sabiduría el modelo de un gobierno monárquico templado. El quimérico Platon ha querido desterrar á los poetas de su república, coronandolos de flores; mas se ha retractado en un diálogo intitulado *Minos*, en el cual introduce á un personage que pregunta á Socrates; por que es fama general que Minos fué un rey cruel y bárbaro? — Por la misma razon, responde Socrates, que debe hacer temer á todo hombre que ame la gloria, el resentimiento de los hijos de Apolo. Cantaba sobre mi lira las delicias de la primavera, los beneficios de Ceres, la belleza y el poder de Citera, los dulces placeres, y la embriaguez del amor; y cuando Morfeo nos circundaba con sus adormideras benéficas, acostados el uno al lado del otro recibíamos al Dios en nuestros cargados ojos; que existencia tan dichosa! que sueño tan apetecible! pero al despertar, ¡que espantoso!

CAPÍTULO XXXIII.

Interrumpese la lectura. Exequias de Safo.

EN aquel momento llegaron á decirnos que iban á hacer las funerales á la desventurada Safo; acudimos inmediatamente. Fanor dijo á los sacerdotes que renunciaba al salto del promontorio. Objetáronle su juramento á Apolo. Respondióles que era cierto que habia jurado; pero que habia jurado despues, por los manes de Safo, no mantener su juramento.

Estaba ya el cadáver lavado, perfumado con esencias, y vestido con un ropage magnífico. Hallabase espuesto á la entrada del templo, junto á un gran vaso de agua lustral, en que se purificaban los que tocaban el cadáver. Cubrimos su cabeza con un velo, y la pusimos una corona de laurel, adornada con algunas flores. Un sacerdote le puso en la mano una torta de harina y de miel para apaciguar á Cerbero, y bajo la lengua una moneda de plata para pagar el pasage á Caron (52).

Asi quedó á la vista el cadáver lo que faltaba del dia, y toda la noche. Las mugeres que la velaban daban largos gemidos y gritos dolorosos; y algunas en señal de cariño se

cortaban el pelo, y lo depositaban en el ataud, que era de madera de ciprés.

Anuncióse el entierro, segun costumbre, para ántes de salir el sol. Delante iban músicos tocando flautas; unos hombres enlutados, con los ojos bajos, precedian al carro, y unas mugeres cerraban la marcha. En aquel orden subimos á una colina destinada para la sepultura: en ella se hizo la hoguera, se colocó el cuerpo vuelto ácia el occidente, y se le pegó fuego con unas hachas. Miétras el cadáver se quemaba, hicimos libaciones, y echámos en el fuego flores, miel, pan, y algunos despojos de Safo; y la llamámos tres veces. Asi que estuvo consumido el cadáver, se recogieron las cenizas en una urna, y se sepultó en la tierra. A la inmediacion se puso un cipo ó columna (53), sobre la cual se grabó una lira, atributo de la poesía, con este epitafio:

Yace aqui Safo, de la Grecia gloria:
Llorad, Musas y Amores, su memoria.

Plantámos algunos olmos al derredor de la sepultura, y despues la llamámos otras tres veces (54), y con esta despedida última se renováron nuestras lágrimas. Los que asistieron al entierro fuéron convidados al festin fúnebre, y en él celebrámos á porfia el talento y el ingenio de Safo. Finalizada la comida, nos

abrazámos todos, y todos nos despedimos, como si nos viésemos por la última vez (a).

Acabada la ceremonia, nos fuimos á continuar nuestra lectura debajo de una vasta roca donde reinaban el silencio y la frescura.

CAPITULO XXXIV.

Continuacion de la historia de Safo.

ESTÁBAMOS ya cerca del aniversario de una fiesta que los Tesalios celebran cada año en el valle, en memoria de un temblor de tierra que abrió camino á las aguas del Peneo. Los habitantes de Gonno y de los pueblos inmediatos acudieron en tropas á las orillas del rio, que apénas se veía con la multitud de barcos que subian y bajaban. Se ofrecieron innumerables sacrificios. El aire estaba embalsamado con infinitos perfumes. La flor de los mozos de ámbos sexos, separados en dos bandas, con ramos de laurel en las manos

(a) El pueblo de Mitilene la erigió una tumba magnífica, con una inscripcion que recordaba su aventura, y la elevó una estatua de oro. Dejó nueve libros de poesías líricas, elegías, yambos, epitalamios; mas solo han escapado al tiempo dos piezas: la una conservada por Longino, la otra por Dionisio de Halicarnaso.

cantaban á coros, y se correspondian alternativamente con religiosos himnos. Los ecos repetian sus cánticos y alegres gritos; y ya que hubieron cumplido con los ritos y ceremonias, pusieron á la sombra de los bosquecillos, en las íslitas, las mesas del festin. En aquella celebridad, entran los hombres en la primitiva igualdad de la naturaleza, porque confundidos los señores con los esclavos comen juntos, y aun los mismos señores sirven á sus esclavos.

Con esta igualdad crece la alegría y la licencia de la fiesta. Duraron las comidas hasta entrada la noche, y se terminaron con bailes, músicas, y otros ejercicios.

Entre aquel tumulto perdí á Faon: pero tuve la dicha de encontrar á Tales de Mileto, que se paseaba con unos sofistas de Gonno y de Homelis. Este filósofo, que fué despues llamado uno de los siete Sabios de la Grecia, volvia de Egipto; yo le habia conocido en Atenas. Despues de las espresiones de gozo y de amistad, nos llevaron los sofistas á una de las gargantas del monte Osa. Allí un torrente espumoso, que va estrepitosamente rodando por entre rocas, las remueve, y aun suele arrollarlas. Sus aguas se chocan, se parten, se levantan y se precipitan, furiosas y mugientes, en un abismo desde el cual con nuevo furor se lanzan á los aires.

Continuámos subiendo, y nos hallámos entre dos montañas negras, desnudas de todo germen de fecundidad, y sin presentar por todas partes otra cosa que profundos abismos. Las nubes vagaban sobre nuestras cabezas, y debajo reposaba el caos. Veíamos montes desplomados, escondidos bajo sus mismos escombros, y unas rocas amontonadas, y otras amenazando aterrizar con su peso enorme á cuanto se las pusiese por delante. Vueltos al valle, supliqué á Tales que nos refiriese algunas particularidades del Egipto. Fuímonos á sentar, lejos del ruido, bajo unos chopos que estaban á la orilla de un hermoso arroyuelo. La luna enviaba por entre los árboles un resplandor dulce y moderado con la sombra de las hojas. Tales se sentó en medio de nosotros, y empezó su narracion del modo siguiente.

CAPITULO XXXV.

Accion arrojada sobre el Nilo. Del Fenix.

Voy á hablaros de una accion valerosa que se ejecuta en una de las cataratas del Nilo, porque este río tiene muchas, y especialmente dos que caen desde muy alto. « Cerca de la principal, nos dijo Tales, estrecha el

cantaban á coros, y se correspondian alternativamente con religiosos himnos. Los ecos repetian sus cánticos y alegres gritos; y ya que hubieron cumplido con los ritos y ceremonias, pusieron á la sombra de los bosquecillos, en las íslitas, las mesas del festin. En aquella celebridad, entran los hombres en la primitiva igualdad de la naturaleza, porque confundidos los señores con los esclavos comen juntos, y aun los mismos señores sirven á sus esclavos.

Con esta igualdad crece la alegría y la licencia de la fiesta. Duraron las comidas hasta entrada la noche, y se terminaron con bailes, músicas, y otros ejercicios.

Entre aquel tumulto perdí á Faon: pero tuve la dicha de encontrar á Tales de Mileto, que se paseaba con unos sofistas de Gonno y de Homelis. Este filósofo, que fué despues llamado uno de los siete Sabios de la Grecia, volvia de Egipto; yo le habia conocido en Atenas. Despues de las espresiones de gozo y de amistad, nos llevaron los sofistas á una de las gargantas del monte Osa. Allí un torrente espumoso, que va estrepitosamente rodando por entre rocas, las remueve, y aun suele arrollarlas. Sus aguas se chocan, se parten, se levantan y se precipitan, furiosas y mugientes, en un abismo desde el cual con nuevo furor se lanzan á los aires.

Continuámos subiendo, y nos hallámos entre dos montañas negras, desnudas de todo germen de fecundidad, y sin presentar por todas partes otra cosa que profundos abismos. Las nubes vagaban sobre nuestras cabezas, y debajo reposaba el caos. Veíamos montes desplomados, escondidos bajo sus mismos escombros, y unas rocas amontonadas, y otras amenazando aterrizar con su peso enorme á cuanto se las pusiese por delante. Vueltos al valle, supliqué á Tales que nos refiriese algunas particularidades del Egipto. Fuímonos á sentar, lejos del ruido, bajo unos chopos que estaban á la orilla de un hermoso arroyuelo. La luna enviaba por entre los árboles un resplandor dulce y moderado con la sombra de las hojas. Tales se sentó en medio de nosotros, y empezó su narracion del modo siguiente.

CAPITULO XXXV.

Accion arrojada sobre el Nilo. Del Fenix.

Voy á hablaros de una accion valerosa que se ejecuta en una de las cataratas del Nilo, porque este río tiene muchas, y especialmente dos que caen desde muy alto. « Cerca de la principal, nos dijo Tales, estrecha el

río su madre entre dos montes, se enfurece repentinamente, espuma, y se precipita por entre las rocas con estruendo tan horrisono, que infunde terror á sesenta estadios á la redonda (a). Los naturales del país dan aquí un espectáculo mas horroroso que divertido. Se meten dos en una barquilla, el uno para dirigir, y el otro para desaguarla. Despues de haber navegado algun tiempo sobre las aguas agitadas, se abandonan al río que los lanza, como una pelota, á lo mas hondo de aquel abismo. Los espectadores asustados los creen ya sumidos en las aguas; pero el Nilo vuelto ya á su curso los empuja ácia la superficie de sus aguas tranquilas, y se les vé continuar su navegacion alegres y risueños.»

Despues se trató del pájaro llamado Fenix, tan poco conocido y tan nombrado en la Grecia. Pregunté á Tales ¿si lo habia visto, y que pensaba de ello? — Oid lo que yo mismo he presenciado miéntras mi residencia en Menfis. Un diputado de la ciudad del Sol fué á anunciar al Rey Amasis la llegada de un nuevo Fenix. — « Han visto, Señor, le dijo el mensagero, encenderse la hoguera, y yo he partido en diligencia para daros esta maravillosa noticia. No se atreven sin vuestro mandato á tocar á sus cenizas preciosas. » —

(a) Cae de doscientos piés de altura.

Amasis mandó que se buscara cuidadosamente por todos los archivos de Egipto cuanto concerniese á aquel pájaro milagroso. Hallóse que habia dejado verse por la primera vez quinientos años ántes, bajo el reinado de Sesostris. — « Cuidado, dijo el Rey al diputado, que no se toque á la ceniza de que debe renacer el Fenix: aguardemos, sin poner mano en él, á que la naturaleza complete su obra. » — Observáronse las órdenes de Amasis, y compareció en el mundo el segundo Fenix. Ahora os haré su retrato.

Nace en la Arabia, y vive de quinientos á seiscientos años. Es de la magnitud de un águila. Tiene adornada la cabeza con un plumage reluciente, las plumas del cuello doradas, las demas purpuradas, la cola blanca y mezclada de encarnado, y los ojos centelleantes como estrellas: cuando ya cargado de años conoce que se le acerca su fin, hace su nido de canela y de goma aromática, se encierra en él, y despues muere. De sus huesos y tuétano nace un gusano que llega á ser otro Fenix. Su primer cuidado es hacer á su padre los honores del sepulcro. Para esto compone una especie de huevo ó de bola con mirra; mide la magnitud y el peso con sus fuerzas para llevarlo, y lo ensaya varias veces; despues lo vacía en parte, y deposita en su hueco el cadáver de su padre,

y cierra cuidadosamente la entrada con mirra y con otros perfumes. Entónces carga con aquel fardo precioso, y va á quemarlo sobre el altar del Sol en la ciudad de Heliopolis.

— La descripcion de ese pájaro, dije á Tales, es magnífica; pero ¿me asegurais su existencia? — La naturaleza, me replicó, está para los humanos tan cubierta, y tiene tan impenetrables misterios, que fuera temeridad negarlo todo, y simplicidad todo creerlo.

En la isla de Cos tenemos un gusano precioso, que saca de su cuerpo una materia finísima, la cual hila, y con la cual se hacen ricas estofas. Este gusano semejante al Fenix renace de sí mismo. Luego que ha hilado la seda, hace un capullo en que se sepulta. Rompese el capullo, y sale de él un gusano que se transforma en mariposa, y muere despues de haber cobado sus huevos. Estos son otros tantos gusanos recientes que el calor vivifica, los cuales, así que se han alimentado algunas semanas de hojas de morera, hilan la seda hasta que han consumido la materia, y despues se encierran en sus envoltorios. Segun mi opinion, no es el Fenix mas maravilloso que estos gusanos. — Heme aquí, le repuse, casi obligada, segun vuestra analogía, á creer en su existencia. — O á lo menos, añadió Tales, á adoptar un escepticismo razonable. Aun estoy persuadido

á que en Egipto dió lugar el ejemplo del Fenix á la ley tan respetable, que manda á los hijos honrar el cadáver embalsamado de su padre. Es cierto que pueden darle en prenda á sus acreedores, mas con la condicion de sacar cuanto ántes de empeño un objeto tan sagrado; y la misma ley priva de sepultura á los hijos que mueren sin haber cumplido con esta obligacion.

La salida de la aurora suspendió los juegos, las danzas, y la narracion de Tales, quien se despidió de nosotros. Fuíme á buscar á Faon, y nos retirámos satisfechísimos de tan agradable dia.

En efecto, nunca ví escenas mas divertidas ni mas animadas. El río cubierto de barcos, todo el mundo inspirado por la alegría, el baile, la música, aquellas comidas sobre las praderas y en los bosquecillos, aquellos conciertos armoniosos unidos al canto de los pájaros, todos aquellos grupos y aquellos cuadros campestres encantaban la imaginacion, y llenaban al alma de dulces conmociones. Faon hablaba, enagenado, de los placeres de aquella fiesta.

Aquí acababa la primera parte de la memoria. La segunda empezaba así: ¡ Hijas de Helicon, no me abandonéis, porque quiero inmortalizar los crímenes de Faon é interesar la posteridad en mis desventuras! ¡ Cuantas

veces mi mano vaciló y tembló al grabarlo sobre estas tablillas!

Al dia siguiente de la mencionada fiesta, quiso Faon ir á Gonno. Yo no puse atencion alguna en aquel viage, porque no entran fácilmente las sospechas en un alma noble. Pasó el dia siguiente conmigo, pero con aire pensativo y embarazoso. Parecióme que estaba indispuesto, y se lo pregunté; pero me aseguró que no lo estaba. Mi confianza le alentó, y volvió á Gonno. Poco á poco se fuéron haciendo frecuentes las ausencias, y empezáron mis inquietudes. Disimulé, pero observé atentamente sus pasos; y por fin aclaré su embarazo, su tedio, su impaciencia, y los falsos coloridos que daba á sus ausencias; de modo que no pude dudar de su perfidia. Fermentó en mis venas el veneno de los zelos; y queriendo ocultar su actividad, obró con mayor energía. Un dia, por último, no pude menos de reprocharle sus continuados paseos á Gonno. Dióme por disculpa la enfermedad de Meliso, amigo suyo, y me pintó el peligro de su situacion, y cuan melancólico era morir á la flor de su edad. ¡Conozcase la credulidad de los amantes! ¡como gustan de engañarse! ¡ó mas bien conozcase la noble sencillez de mi alma! Creí aquella ficcion, y aun yo misma le exhorté á que le continuara su asistencia, diciendole que las

obligaciones de la amistad eran tan sagradas como las del amor. Una noche, á su vuelta, le ví inquieto y cuidadoso, y le pregunté el motivo. Respondióme que su amigo declinaba visiblemente, y tanto que queria volver á asistirle muy de madrugada, pero que volveria á comer. ¡Ay de mí! aprobé su celo, y él partió al amanecer. No sé que Dios, ó que genio maléfico, me inspiró el irle á esperar al camino. Convidaba el dia á ello, porque las nubes tapaban el sol. Iba yo andando y leyendo á Homero, cuando me encontré con Tales; pero ¡o sorpresa! le acompañaba Meliso, el cual, en vez de estar moribundo, gozaba la mejor salud. No produce efectos tan rápidos la cabeza de Medusa: encendióseme el color, y de allí á un momento me quedé pálida. Conoció mi turbacion Tales, y creyó que me importunaba su presencia. Repuseme pronto, y le aseguré que, lejos de incomodarme, me daria gusto en venir á comer conmigo, juntamente con su amigo Meliso. Aceptáron, y nos volvimos juntos.

A la hora de comer, salí á recibir á Faon que venia corriendo, jadeando y cubierto de sudor, porque el falso no dejó la ciudad hasta lo mas tarde que pudo. Preguntéle por la salud de Meliso. — Gravisima es su enfermedad, me respondió; pero los médicos dan alguna esperanza. — Sí, Faon, me lisonjeo

de que no morirá, y de que cesarán tus ansias. — Y le añadí con mucho sosiego, que teníamos dos convidados á comer.

CAPITULO XXXVI.

Máximas de Tales. Pasages de Solon. Invention del vidrio. Sabe Safo el nombre de su competidora. Fin de la narracion.

¡CUANTO fué el pasmo de Faon á la vista de Meliso! no se queda mas muerto el labrador á quien ha fulminado un rayo, y que vuelto en sí vé muertos en tierra á sus bueyes. Yo me gozaba malignamente con su pena; él estaba sin movimiento y sin palabras. Pero, con todo, nos pusimos á la mesa, y yo estuve tan señora de mí misma, que mantuve y animé la conversacion.

Tales nos habló de moral y de filosofía, y citó una máxima odiosa, la que yo impugné con toda mi dialéctica. — Dijo: « Que debíamos vivir con nuestros amigos, como siendo posible que algun dia fuesen nuestros contrarios. » — ¿Que será de la sociedad? exclamé: ¿que lazo unirá á los hombres? Ni habrá confianza, ni habrá union. — Otras muchas citó tambien mas dignas de él, como

estas: « La cosa mas difícil, es conocerse á sí mismo: la mas fácil, aconsejar á otro; y la mas dulce, el cumplimiento de sus deseos. » Y añadía: « Que para vivir bien, era menester abstenerse de las cosas que se tienen por reprehensibles en los otros; que la felicidad del cuerpo consiste en la salud, y la del alma en el saber. » Le pregunté ¿por que no se habia casado? — « Solon, me respondió, fué á visitarme á Mileto, y me preguntó lo mismo; pero callé. Algunos dias despues, aposté un hombre que fingió que llegaba recientemente de Atenas. Solon le pidió noticias de allá; y el hombre, que tenia aprendida su leccion, le dijo: « No hay mas de nuevo que la muerte de un jóven, á cuyo entierro fué toda la ciudad, porque era hijo del hombre mas honrado de Atenas, quien se hallaba ausente á la sazón. — ¡Ay! exclamó Solon: ¿que digno de compasion es ese padre! ¿como se llamaba su hijo? — Se me ha olvidado su nombre, replicó el paisano; y solamente me acuerdo de que celebraban mucho la sabiduria y la justicia del padre. » Cada respuesta aumentaba el terror de aquel padre tierno. « ¿Seria por ventura, volvió á preguntar temblando, el hijo de Solon? — Cabalmente: él mismo es. » — Solon, al oír esto, se desgarró los vestidos, se golpeó el pecho, y se abandonó á un dolor desmedido. Entónces le tomé la

mano, y le dije riendome: «Sosegaos, que todo esto es una ficcion: ved ahí por que no he querido casarme.» — Desaprobé aquella leccion de Tales, porque la filosofia no nos aconseja que nos privemos de las cosas agradables, pues podemos perderlas, sino que nos enseña á sobrellevar su pérdida.

Faon, no obstante, aunque encendido y cortado, se esforzó, para disimular su inquietud, á aventurar algunos monosílabos: con motivo de una copa de cristal que Tales admiraba, le preguntó ¿si sabia como se habia hallado la composicion del vidrio? — «A la casualidad, le respondió Tales, debemos este descubrimiento. Unos comerciantes de nitro, que atravesaban la Fenicia, se detuviéron sobre las orillas del río Belo: quisieron cocer su carne, y pusieron, por falta de piedras para sostener la vasija, unos pedazos de nitro. Aquel nitro mezclado con la arena, y abrasado por el fuego, se derritió, y formó un licor claro y transparente que se cuajó enfriandose (55).

Por desgracia de Faon, cayó el discurso sobre un catarro que entónces reinaba en la ciudad. Yo pregunté con malicia á Meliso ¿si lo habia padecido? — «No, me respondió, nunca he estado enfermo, y me parece que debo esta escepcion á la costumbre que he contraido de vestir ligeramente, y de ar-

rostrar, á semejanza de los Espartanos, las intemperies del aire y las mudanzas de las estaciones (56).» Miré á Faon mientras esto se hablaba; estaba inmóvil; la vergüenza y la humillacion tenian encorvada su frente ácia la tierra. ¡Que vil es la mentira cuando está ya desembozada! Tan confundido y aterrado estaba Faon, que tuve lástima de él. Por ello mudé de conversacion, y hablé de la funcion de Tempe. Meliso elogió las bellezas que la habian hermosado, y preguntó á Faon ¿cual le gustaba mas de las dos, Filonoma ó Teagena? Y Faon respondió con embarazo y cortedad, que si él fuera Paris, se veria indeciso sobre á cual dar la manzana, mas que no obstante Filonoma era de mayor estatura. — *Meliso.* Pero Teagena es mas bien formada, y su talle es mas suelto y mas ligero. — *Faon.* Asi es; pero Filonoma tiene un exterior mas hechicero y un modo mas jovial. — *Meliso.* Yo hallo en la otra mas espresion y sensibilidad en la fisonomia, y mas gracia en su porte. — *Faon.* Puede ser; pero Filonoma alucina á la primera ojeada, porque es la imagen del placer, é inflama la imaginacion. — *Meliso.* Teagena despierta los sentimientos dormidos, y habla al corazon: procede con mas lentitud, pero con mas seguridad. — *Faon.* Filonoma tiene bellos ojos, fogosos y vivaces. — *Meliso.* Los de Teagena

son azules, pero por lo mismo muestran mas dulzura y agasajo. — Paré aquel diálogo que ya me cansaba, y adiviné que mi competidora era Teagena. Lo económico que anduvo Faon en sus elogios, y las alabanzas que dió á Filonoma, todo esto me confirmó en que amaba á Teagena. No me engañé: la larga violencia que padecí me hizo penosísima la comida. Finalmente, como ya el dia declinaba, se despidieron mis convidados.

Ya quedámos solos. Faon no se atrevia á mirarme. Tenia la cabeza tan inclinada, que le tocaba al pecho. Largo rato estuvimos sin hablarnos una palabra. Por fin, le supliqué que me dijera como habia el Dios de Epidaura obrado tan súbitamente el milagro de sanar á su amigo moribundo. Permaneció mudo con los ojos fijados en tierra. Compadécime de él, y dejando la ironía le reproché la torpeza de sus mentiras, su ingratitude, y su amor á Teagena. — ¡Teagena! exclamó él. — Sí, Teagena: ¡atrevete á negarlo, ingrato! ¿Es este el premio de mis bondades y del amor mas tierno? ¿es esto lo que merecia de tí Safo, la inmortal Safo? ¿Que lastimosas astucias las tuyas! ¿cuanto deben degradarte á tus mismos ojos! ¡Gran triunfo, por cierto, el de engañar á una muger tan escesivamente confiada y generosa, que no pudo bajarse hasta la vileza de sospechar!.... Veamos como

lo desmientes todo. Acusame de injusticia y de error: habla, justificate; acaso podrás todavía engañarme. — Faon cortado, y mas rojo que la púrpura de Tiro, rompió en fin su silencio. Confesó su falta, la atribuyó á la seducción del momento, solicitó su perdón, y prometió no volver mas á ver á Teagena. — ¿Me lo juras? — Te lo juro por Venus y por Apolo; y si me hiciere perjuro, que este Dios me mate con sus saetas, como á la serpiente Piton. — Mientras esto hablaba, estaba de rodillas, jurandome ser fiel. Conociasele tanto amor en los ojos y tanta sensibilidad en la voz, y me era tan dulce el perdonar, que al fin obtuvo su perdón. Pasámos lo que quedaba de aquel dia entre las dulzuras de un desenojo. Cuando íbamos á separarnos, bajaba por el horizonte la estrella de Venus. — «Ya ves, le dije, aquel planeta en que preside la Diosa de Pafos: por testigo lo has tomado de tu fidelidad: tus juramentos ha oido: si los quebrantas, teme su venganza.» Sonrióse al oirme decir esto, y abrazandome tiernamente renovó las protestas de amarme hasta morir. Respondí á ellas con lágrimas y caricias, y me fui sosegada y dichosa.

Estuve tan agitada con el despecho, con los zelos y con el amor, que no sentí la necesidad del sueño, y me puse á pasear vaga-

mente por el campo. Plateaba la luna la superficie de las aguas, y esparcía por la tierra una claridad tierna y voluptuosa. La noche, coronada de estrellas, paseaba su carro en profundo silencio, y toda la naturaleza reposaba. Mi alma, descargada del peso que la habia oprimido, respiraba y se abria á la consoladora esperanza. Me parecia que estaba circundada de la felicidad y del amor; pero el delito velaba á la inmediacion mia. Apénas una dudosa claridad anunciaba la venida de la aurora, cuando entré en mi cuarto. Puseme á escribir nuestra conversacion con Tales. Despues empecé un himno á Venus. A la voz de las Musas circuló por mis venas un sosiego desconocido, y mi corazón descansó de tantas agitaciones. Asi el labrador, abrumado de fatigas y calores, olvida sus faenas al oír el canto del ruseñor; asi descansa de sus trabajos el pastor, tañiendo su zampoña á la sombra de un bosque. En fin, se me cargaron los ojos, y me puse en disposicion de gozar un sueño benéfico y pacífico.

Habia ya el sol andado el tercio de su carrera, cuando desperté. Al instante pregunté por Faon. Respondióme el esclavo que habia salido muy de mañana. Aguardé su vuelta, no sin alguna inquietud. Devoraba el medio-dia la tierra, y aun no parecia. Arrastróme la impaciencia, salí, le busqué, y le llamé;

pero todo lo ocupaba el silencio, y solo el eco se atrevió á repetirme su nombre. Aquella soledad y aquellos desiertos taciturnos me espantaron. Desmelenada, perdida, abrasada con los ardores del sol, y sin aliento, corrí atravesando los campos, subí á las colinas y á las peñas, y visité aquellos asilos secretos y voluptuosos, en que el amor tantas veces me embriagó con sus delicias; pero todos estaban lúgubres y callados. Al cabo, estenuada de fatiga y de sudor, y palpitando de dolor y de miedo, dí la vuelta. ¡Ay! todavía me alucinaba la esperanza de encontrar á mi amante. Entregáronme una carta de parte suya: temblóme la mano, me ericé toda, pero la abrí. ¡Ah perjuro! acusaba á los Dioses de su inconstancia, como si los Dioses fueran los autores del delito. Quedé sin voz, sin color, y sin respiracion. Diéronse prisa á socorrerme. Volví en mí, pero ni derramé una lágrima, ni me era posible. Acabóse el día. Salí á los bosques, vagué por ellos, y me extravié. El astro de la noche, tan rojo como la sangre, se mostraba ya en los términos de la tierra. Entónces grité: « ¡Hecate, terrible Hecate, comparece, ven á vengar mi injuria! ¡Pero no: oculta tu importuna antorcha, cubrete con los mas sombríos velos!.... Mas ¿que es esto? ¡ todos me venden! ¡ Con que calma lleva su carro por entre las brillantes

estrellas que la siguen! ; Que silencio! ; la naturaleza está insensible! » — Reparé que tenia en mi brazo un bracelete tejido con cabellos de aquel pérfido. Me lo quité, lo deslice con los dientes, lo pisé, y lo hice mil pedazos. Entre estas agitaciones y entre tormentos infernales, acabó la noche mas larga que jamas hubo. Al apuntar el dia, partí para Gonno. Quise todavía ver al traidor, abrumarle con mi indignacion y con mis desprecios, y ¿ que sé yo? matarle á puñaladas en los brazos de mi competidora. Llegué á casa de Teagena; pero ya no estaba Faon, porque habia marchado con ella. « ¿ Adonde van? » exclamé: los seguiré hasta el centro del mismo Tenaro. » No pudieron decirme el camino que habian tomado. Apoderóse de mí una calentura y un tremendo delirio; y no hablé en mi enagenamiento de otra cosa que de venganzas, de traiciones y de puñales. Pero ¡ ay! ¿ quien lo creerá? para sosegar me pronunciaban el nombre de Faon, é inmediatamente recobraba mi rostro su serenidad.

Cuando volví en mi acuerdo, me dijeron que estaba en casa del sofista Zenon, quien compasivo y generoso habia querido transportarme á ella. Dijome que Faon y Teagena se habian ligado con un lazo criminal; que era forzoso apelar á mi filosofia, armarme de constancia, y olvidar á un ingrato. Al oír tal

noticia, volví á los accesos de mi tético furor; grité á los Dioses pidiendo venganza, é invoqué á Nemesis y á las Furias. Pero el sabio Zenon, á imitacion de Pitagoras y de Empedocles, empleó las modulaciones de la música para abatir mi despecho. Me rodeó de músicos hábiles. Observó cuales eran los tonos y la melodía que me penetraban hasta el alma, y los hacia repetir; y ya fuese encanto de la armonía (57), ó beneficio de la naturaleza, mi frenesí se calmó poco á poco, pero di en una negra melancolía. Imploré la justicia de los Dioses, y el castigo de los culpados. Zenon, que era secuaz de la filosofia de Epicuro, me decia: « Que la razon era el único númen que yo debia implorar, porque las divinidades, como seres impassibles, no se mezclaban en nuestros negocios, y mucho menos en nuestros amores. » Este sistema, que nos separa del Ser supremo, y que deja á nuestra flaqueza sin apoyo y sin consuelo, no era á propósito para un corazon affligido, y así me pareció odiosísimo. — « ¡ Ay! exclamé: ¿ dejadme creer que Jupiter, que un Dios omnipotente castigará el vicio y recompensará la virtud! ¿ Cuales serian las esperanzas y consuelos del hombre de bien, abatido por los malos, si desviáseis de él los ojos de los Dioses, y si no viese en una vida futura la recompensa de sus trabajos? ¡ Ay, Zenon!

creedme : la religion es el vínculo de la sociedad, y el apoyo de la virtud. » — Asi que algun poco de vida hubo animado mis débiles órganos, partí de Gonno, abandoné mi dulce retiro, y me fuí en busca del pérfido. Supé que estaba en Sicilia : volé allá, llegué, y entré en su casa. Estaba solo, y tocando la lira de marfil que yo le dí, y aun cantando atrevidamente *la escolia* que yo le habia enseñado (58). ¡ Cual se quedó al verme ! cayósele de las manos la lira, se demudó, bajó los ojos, y me pareció que se habia transformado en mármol. Y aun yo misma, desatentada y con el corazon dolorosamente oprimido, permanecí algunos instantes sin hablar. En fin, le reprendí con dulzura su ingratitud, su abandono, y los males que me causaba. No me respondió. Pero yo vencida por el cariño (¡ ah que humillacion !) me puse á sus piés, y reclamé su ternura, los dias de mi felicidad, mi amante, y mi esposo. Atrevióse entonces á decirme que estaba unido á Teagena con un nudo solemne y sagrado. — « ¡ Que nudo mas sagrado, Faon, que el que me une á tí ! ¡ Ingrato ! ¡ pues no sabes que te ligan á mí la honra, el agradecimiento y el amor ! » — ¡ Ay de mí ! pronunciando estas palabras, vertia yo lágrimas á sus piés ; pero los crímenes habian sofocado en su alma los remordimientos y toda sensibilidad. Tuvo, por último, la

barbaridad de declararme que no podia separarse de Teagena. A estas palabras, me entregué toda al furor, arrojé sobre él una ojeada terrible, y salí resuelta á ir á Leucades, ó para perecer, ó para borrar en mi corazon la memoria de tan odioso monstruo. Dentro de poco, ó yo atravesaré el Cocito, ó mi suplicio acabará.

Asi finalizaba la memoria de la inmortal Safo (59). Debajo habia una oda escrita de su mano, y precedida de estas palabras.

« ¡ Cítara divina, corresponde á mis deseos, espresa bien todos los sentimientos que me agitan ! Caliope, tú misma eres.... »

ODA.

¡ O tú, que animas la naturaleza,
Manantial de delicias y de llantos,
Vengame tú, alma Venus, de un perjuro ;
Fulmina, toma parte en mis agravios !

¡ Y vosotras, Tisifone y Megera,
Hórridas furias del Estigio lago,
Lanzad sobre el traidor que me abandona,
Vuestras sierpes y espectros irritados !

¡ El buitre roedor de Prometeo
Devore el corazon de aquel tirano !

¡ Y su sombra infeliz, entre congojas,
Canse al Erebo que oiga sus quebrantos !

Pero ¡ ay triste ! ¿ que digo ? ¡ O Cítarea,
Conservame al amante que idolatro !

¡ De un furioso despecho enagenada,
Maldigo al mismo á quien estoy llorando !

¡ Viva siempre dichoso, si es posible,
Menospreciando así mi amante trato !

¡ Y si de su conciencia el grito horrendo
No amargare sus días desdichados !

¡ Que yo, cuya existencia deplorable
De un invierno sombrío es fiel traslado;
Yo, que ví que mis grandes esperanzas
Como ligera sombra se escapáron ;

Yo, sola, desgraciada en mis cariños,
Y en la florida edad del placer grato,
No tengo mas recurso que la muerte,
Pues aun los Dioses me han abandonado !

¡ Y tú, mi lira, que eres mis amores,
Tú, compañera de mis ocios blandos,
Descansa en paz ! ¡ Mi triste musa espira !
¡ Recibe ya mis últimos abrazos !

¡ Muramos, habitemos el Averno !
¡ Mi espíritu huya del comercio humano !
La imágen de Faon irá conmigo ;
Y hablaré con las sombras de este ingrato.

Acabada la lectura, subimos al sepulcro de aquella desventurada, echámos en él algunas flores, é hicimos libaciones; luego dirigimos oraciones á su sombra, y la recomendamos á los Dioses Manes. Supimos despues que los de Mitilene, compatriotas suyos, habian decretado que se grabara su retrato so-

bre las monedas. Despedímonos de los dos Sicionenses, los cuales se volviéron á su patria curados de su pasion, y especialmente de la gana de dar el salto de Leucades.

CAPITULO XXXVII.

Proyecto de viage de los dos amigos. Su morada en casa de un filósofo escéptico.

PROPUSE á Fanor que me acompañara á Delfos para consultar al oráculo, y desde allí irnos á Laconia, á efecto de ver la celebrada competidora de Atenas, aquella soberbia Esparta, cuyas costumbres y valentía eran la admiracion del universo. Gustóle infinito la proposicion, y empezó á aficionarseme; y ademas él tenia la misma curiosidad que yo sobre sus destinos futuros, y esperaba que la Pitia le abriese el libro de lo venidero.

Partimos para Calcis, y pasámos el río Aqueloo, que es tan famoso por su pelea con Hercules, á quien quiso quitar á Dejanira. Aqueloo, para huir de su ruina, se transformó en serpiente y en toro; pero Alcides, tres veces victorioso, le arrancó un cuerno, y le precisó á ocultarse en lo profundo de las aguas. Aqueloo, por recobrar su cuerno, le cedió el de Amaltea, ó el cuerno de la abundancia.

¡ De un furioso despecho enagenada,
Maldigo al mismo á quien estoy llorando !

¡ Viva siempre dichoso, si es posible,
Menospreciando así mi amante trato !
¡ Y si de su conciencia el grito horrendo
No amargare sus días desdichados !

¡ Que yo, cuya existencia deplorable
De un invierno sombrío es fiel traslado;
Yo, que ví que mis grandes esperanzas
Como ligera sombra se escapáron ;

Yo, sola, desgraciada en mis cariños,
Y en la florida edad del placer grato,
No tengo mas recurso que la muerte,
Pues aun los Dioses me han abandonado !

¡ Y tú, mi lira, que eres mis amores,
Tú, compañera de mis ocios blandos,
Descansa en paz ! ¡ Mi triste musa espira !
¡ Recibe ya mis últimos abrazos !

¡ Muramos, habitemos el Averno !
¡ Mi espíritu huya del comercio humano !
La imágen de Faon irá conmigo ;
Y hablaré con las sombras de este ingrato.

Acabada la lectura, subimos al sepulcro de aquella desventurada, echámos en él algunas flores, é hicimos libaciones; luego dirigimos oraciones á su sombra, y la recomendamos á los Dioses Manes. Supimos despues que los de Mitilene, compatriotas suyos, habian decretado que se grabara su retrato so-

bre las monedas. Despedímonos de los dos Sicionenses, los cuales se volviéron á su patria curados de su pasion, y especialmente de la gana de dar el salto de Leucades.

CAPITULO XXXVII.

Proyecto de viage de los dos amigos. Su morada en casa de un filósofo escéptico.

PROPUSE á Fanor que me acompañara á Delfos para consultar al oráculo, y desde allí irnos á Laconia, á efecto de ver la celebrada competidora de Atenas, aquella soberbia Esparta, cuyas costumbres y valentía eran la admiracion del universo. Gustóle infinito la proposicion, y empezó á aficionarseme; y ademas él tenia la misma curiosidad que yo sobre sus destinos futuros, y esperaba que la Pitia le abriese el libro de lo venidero.

Partimos para Calcis, y pasámos el río Aqueloo, que es tan famoso por su pelea con Hercules, á quien quiso quitar á Dejanira. Aqueloo, para huir de su ruina, se transformó en serpiente y en toro; pero Alcides, tres veces victorioso, le arrancó un cuerno, y le precisó á ocultarse en lo profundo de las aguas. Aqueloo, por recobrar su cuerno, le cedió el de Amaltea, ó el cuerno de la abundancia.

A proporcion de como nos alejábamos de Leucades, iba haciendose mas amable el carácter de Fanor. Su chiste y su amenidad, que una desgraciada pasion habia eclipsado y comprimido, empezaron á desarrollarse; ya solo hablaba, chanceandose, de la infidelidad de la bella Teana, y solia tambien reirse de los dos bofetones tan bien sentados sobre la descarnada mejilla de su tia, y de los gorgoritos del Bapto, cuando le apretaba la garganta: ; tan cierto es que la causa de los mas de nuestros pesares es tan frívola, que basta dejar al tiempo para reirnos algun dia de nuestro dolor y de nosotros mismos!

Caminábamos frecuentemente á pié. Nos deteníamos en los sitios mas amenos; descansábamos á la sombra de los bosques; comíamos junto á los riachuelos y las fuentes con el mejor apetito; y asi llegamos á Calcis, gozosos y satisfechos de lo presente, y poco cuidadosos de lo futuro.

De Calcis pasamos á Anfisa. Fanor conocia en aquel pueblo á un amigo de su padre, llamado Lacides, filósofo escéptico, natural de Cirene. Habia sido discípulo de Arcesilas, y su sucesor en la Academia. Era un hombre seco, de alta estatura, y aunque no pasaba de los cincuenta años, estaba ya calvo. Acojiónos con benignidad y cortesía, nos tomó de la mano derecha en signo de fidelidad, au-

duvo delante de nosotros, nos llevó al baño, y unas criadas llegaron á lavarnos los piés (60). Luego que nos presentamos, nos dijo: « En este mundo todo es dudoso, mas no obstante podeis ser hombres de bien. En mi casa permaneceréis el tiempo que quisiéreis, con tal que me permitais algunas horas de estudio; porque vivir es cultivar la razon, y desplegar todas las facultades del alma. Los conocimientos son el origen de que la felicidad dimana. »

La mesa del filósofo escéptico era mejor que la del pitagórico; pero, con todo, nos ofreció mejor comida en casa de su amigo Bion, si queríamos ir á visitarle. « Es un sabio, dijo, de la secta de Epicuro, que vive en el campo. » Aceptamos con tanto mas gusto, cuanto que Bion era famoso por sus idilios llenos de imágenes campestres, de suave y fácil poesia, y de estilo puro y elegante.

Lacides nos habló, despues de cenar, de sus opiniones y de las de Pirron, gefe de los Escépticos. « He profesado, dijo, veinte y cinco años en los jardines de la Academia; pero me abandonó Epicuro, que predicaba los deleites del alma y de los sentidos. Una de las grandes máximas de nuestra escuela, es que siempre debe suspenderse el juicio, y nunca aventurar decision alguna. Mirad por esa ventanaz: ¿ que es lo que veis sobre aquella colina? — Veo, Lacides, un rebaño de carneros. — Pues

esos carneros acaso no existen, porque es una ilusion de óptica. Por medio de la duda llega el Escéptico á aquel sosiego del alma, que llamamos *ataraxia*. Estando Pirron para naufragar, miraba la borrasca con sosegados ojos; y como se lo echasen en cara, dijo: « ¿Veis ácia el otro extremo del navío aquel animal que está comiendo sin zozobra?..... Pues asi debe ser la impassibilidad del sabio. » Aquel gran filósofo vivía con su hermana, y juntamente con ella entendia en las haciendas de casa, iba al mercado, barria, y practicaba todas las funciones de una criada. Cuando se le hablaba de ello, respondia: « Que todo era indiferente, y que él no creía que una cosa valiese mas que otra. » Lacides añadió que vivir y morir eran una cosa misma. Entonces Fanor le preguntó ¿por que no se moría? — « Porque tanto vale vivir como morir, respondió. » En aquel mismo instante un esclavo rompió una copa. Encolerizóse el Escéptico, y le riñó. — ¿Por que le reñís? le pregunté. — ¿Pues no veís, me contestó, que ha quebrado una hermosa copa? — Veo la copa quebrada, le repuse, del mismo modo que veo los carneros; pero acaso la copa no tiene tampoco existencia; y fuera de esto la *ataraxia*.... aquella paz del alma.... — ¡Valgaos Platon! me replicó: en la escuela opino de un modo, pero en mi casa me gobierno de otro. »

Cayó la conversacion sobre los vicios é injusticias de los hombres. « Pienso, dijo nuestro huésped, lo mismo que Pirron, quien sostiene que la injusticia ó justicia de las acciones depende únicamente de las leyes humanas y de la costumbre, y que no hay nada que sea en sí mismo honrado ó vergonzoso. » Combatimos vivamente una moral tan peligrosa, y él añadió: « Ningun medio tenemos para conocer la verdad: la razon, la imaginacion, los sentidos, todo cuanto está en nosotros y fuera de nosotros, nos engaña: no hay objeto que haga impresion á dos hombres ó á un mismo hombre, en dos instantes diferentes, y de la misma manera. Despues de esto, ¿que podemos pensar de la razon? Mas, en sueños vemos los objetos como si existieran: ¿quien, pues, puede asegurarnos de que nuestra vida no es un sueño continuo? » Pareciónos tan absurdo aquel sistema, que creímos Fanor y yo que habia algun trastorno en la cabeza de aquel Escéptico; pero raciocinaba tan exactamente sobre otros objetos, y mostraba tanta erudicion, que al instante le restablecíamos en su juicio. Al irnos á acostar, le dije que acabábamos de soñar que habíamos cenado bien y delicadamente. — Y yo, replicó, sueño que os he dado la cena de bonísima voluntad.

Nos fué á buscar muy de madrugada para

llevarnos á casa de su amigo Bion. — « Veréis, nos dijo, á un poeta filósofo, muy amante del campo, y resuelto á nunca dejarlo. De él puede decirse, cuando celebra en sus idilios los placeres campestres, que canta lo que ama. Posee muchos bienes, y el don rarísimo de saberlos disfrutar. Pasa una vida deliciosa, y hace de modo que cuantos le rodean participan de su felicidad. Al fin del año reparte sus economías entre sus domésticos y esclavos. Jamas ha rehusado auxilios pecuniarios á hombres de bien. No vive solo en su retiro, porque tiene una compañera amable, mucho mas jóven que él, la cual hace su vida dichosa; su historia es curiosísima: el mismo Bion os la contará. »

CAPITULO XXXVIII.

Llegan á casa de Bion. Sus costumbres y su filosofía. Son presentados á Teofania.

DIJÉRONNOS, al llegar á casa de Bion, que estaba en el inmediato bosque. Al estar ya cerca de él, vimos un rebaño disperso. Lacides nos dijo entonces: « No está lejos Bion, cuando no está lejos su ganado: en efecto, vedle allí. » Presentósenos un anciano bastante fresco, pero tan estrañamente vestido,

que no queríamos creer que fuese el poeta Bion. Iba en traje de pastor, y llevaba sobre su cabeza encanecida por los años una corona de chopo, y en la mano un cayado lleno de flores; no le faltaban sus alforjas para el pan, y su perro le acompañaba. Saludónos cariñosamente; y como notase que Fanor y yo le mirábamos con alguna novedad, nos dijo: « Veo que mi traje os maravilla; pero, tenga razon ó no la tenga, me he vuelto pastor á los setenta años de mi edad. Tan bueno es este oficio como otro cualquiera, y por cierto que yo no lo trocara por el del Rey. Imito á Apolo mi señor, pero con la diferencia de que los que guardo son ganados míos. Mas la calor empieza, y necesitaréis de reposo: vamos á buscar un asilo. Daré órdenes para que os traten lo mejor que se pueda; que, aunque pastor sencillo, no siempre vivo con raíces, ni siempre bebo leche sola. » Hizo entonces una seña á su perro, el cual recogió el ganado; y pastor, perro y corderos, marchábamos en buena compañía. Bion argumentó risueñamente á Lacides sobre sus filosóficos principios, y le preguntó: si realmente existíamos? — Respondió Lacides, que no habia cosa mas sujeta á duda. Entonces el filósofo pastor le dió una gran puñada. El Escéptico se resintió con un grito. — « Esa puñada, le repuso Bion, os la habeis soñado, porque no

hay cosa mas incierta que mi existencia. » Todos réimos al oír la fuerza del argumento, y tambien el mismo Escéptico, que no tuvo que responder.

Asi que Bion metió al ganado en su redil, nos llevó á su majada. « Allí encontraremos, nos dijo, á la amable Psiquis, que estará preparándonos manteca. Psiquis es un nombre afectuoso que yo la he puesto, por lo mucho que se parece á esta divinidad; pero se llama Teofania. Es un dulce regalo que los Dioses me han hecho. Algo disonantes son vuestras edades, porque mi alma no habita ya mas que ruinas, y Teofania está en su primavera; pero, con todo, me lisonjeo de que me es fiel. Tuve la felicidad de hacerla un señalado servicio, al cual debo su amistad. Os contaré esta aventura en la mesa, pero sabed que, lejos de abusar de su gratitud, la llevé una mañana cierta escritura de donacion. — « Ya os veis, la dije, alabrigo de la indigencia, é independiente: si quereis retiraros al campo conmigo, os deberé mis dichas; pero si la compañía de un anciano, sobre quien pronto van á dar las enfermedades, puede contristar vuestros bellos dias (61), libre sois: ningun servicio, ni ningun agradecimiento prescribe el sacrificio de sí mismo y de su libertad. » Al oírme hablar asi, me juró una fidelidad inviolable el alma sensible de Psiquis. Nos

retirámos á este solitario parage, en el que habitamos dos años ha; y no creo que ni el tedio ni los disgustos hayan habitado con nosotros.

Entrábamos á la sazón en la majada, y Bion nos presentó á su temprana divinidad, la cual nos saludó con aquella amenidad y gracia que ni se difine ni se aprende. Al verla, quedámos como en éstasis Fanor y yo. Lacides, que conoció la impresion que nos habia hecho, preguntó á Fanor ¿ que le parecia? — « Una lindísima apariencia, le respondió, una ilusion de óptica preciosa; y mas quiero soñar que la veo, que soñar que veo al rebano. » La misma pregunta me hizo Bion, á la que respondí que me parecia estar viendo á la misma Psiquis, su atractiva fisonomia, sus hermosos ojos negros, su mirar tierno y vivo, y en fin aquella espresion y aquella gracia insinuante que le mereció el nombre de Psiquis (62).

Ninguna ponderacion habia en aquel elogio. Imaginaos una figura celestial; su cabeza y su frente no eran grandes; su fisonomia y sus rasgados ojos negros espresaban sentimientos purísimos. En su alta estatura se notaba la flexibilidad del junco; el órgano dulce y lisonjero de su voz penetraba hasta lo íntimo del alma. Estaba batiendo manteca, y nos la dió á probar; y como batida por tan

bella mano, nos pareció ambrosía. Bion se puso á ayudarla en aquella manipulacion. « Maravillados estaréis, nos dijo riendose, de ver á un filósofo y á un discípulo de las Musas humillarse á ocupaciones tan menudas, y entregarse á este género de vida; pero lo que siento, es haberlo empezado sobradamente tarde. Esta vida pastoral era la de nuestros padres: leed á Homero, que suministra mil ejemplos de ello. En la Siria y en Sicilia se hallan aun gentes honradas que se ocupan en criar ganados, y que en sus ratos ociosos componen canciones sencillas y graciosas. Solo aquí he hallado esta felicidad, tanto tiempo buscada por engañosos caminos. Yo fui, como infinitos, juguete de las necedades humanas; pues atormentado por la vanidad, y por las pequeñas pasiones, me sacrificué durante las tres cuartas partes de mi existencia á las opiniones humanas, como si la conciencia de un hombre de talento no debiera ser el primer juez de sus acciones. He pasado mi vida en contradiccion conmigo mismo, luchando sin cesar contra mis gustos y mis sentimientos, y alejandome del fin á que aspiraba. Por último, he sacudido mis viejos errores, y he visto que el retiro era el puerto del sabio; no hablo de un absoluto retiro, porque los extremos son flaquezas ó manías. Estoy en el mundo para

lo que me agrada: huyo del trato que me cansa, y de las conversaciones que me fastidian: busco un comercio suave con mis amigos: tanto me ofende un placer grosero, como una virtud sobradamente austera; y yo mismo me forjo tranquilas é inocentes fruiciones. El mayor bien de la ancianidad es el reposo. Habito en el campo, porque en él todo ríe, y todo habla en él al alma y á los sentidos. Tanta moderacion necesita la sabiduría como la locura. A los de mi edad nos inclina á la austeridad la flaqueza de los sentidos, y la melancolía del ánimo; y debemos defendernos contra ella, como en la juventud contra la intemperancia. Yo me esmero en animar, cuanto me es posible, mi vida. Quiero poder decir, como no sé que filósofo epicureo: « Los años bien me pueden arrastrar, pero ha de ser de espaldas. »

« Ved aquí nuestro plan de vida: por la mañana, cuando el tiempo está sereno, Teofania y yo llevamos á pacer nuestro ganado; y ya que el sol va subiendo, nos refugiamos á los bosques, y allí, bajo sus sombras, acompaña Teofania su voz con las dulces consonancias de su lira: ya, acostado blandamente junto á ella, compongo idilios; ya leemos á Herodoto y á Tucídides; ó ya, otras veces, recitamos escenas de Sofocles y de Eurípides; ó coronados de rosas cantamos

las escolias de Anacreon. Muy á menudo, en los hermosos dias del verano, comemos en los bosques con leche y frutas; y á la caida de la tarde, cuando ya las sombras empiezan á ennegrecer los valles, conducimos nuestro rebaño; y despues de un paseo variado y agradable terminamos el dia con una cena mas delicada que las de Ulises y de Agamemnon. Este Rey de los Reyes, segun Homero, cenando en casa de Ajax, fué regalado con un toro cocido; y el festin de Ulises, en casa del buen hombre Eumeo, consistió en dos cerdos asados. Acaso hallaréis estrañeza en este modo de existir; pero vivid persuadidos á que la primera estrañeza, y la mayor inconsecuencia del entendimiento humano, es ser constantemente el esclavo y la victima de las costumbres y de las preocupaciones de los hombres. »Llegó un criado á preguntarle ¿en qué sitio y á que hora queria comer? A estas palabras nos previno que nunca comia en el mismo parage, ni á la misma hora. — «Ninguna cosa es para mí tan ridícula, añadió, como fijar el instante de las comidas, y mandar al apetito que llegue á hora señalada. Los animales comen á la voz de la necesidad. En cuanto á la sala de comer, tambien tengo mi poco de manía, porque mi sala está en todas partes, ya sobre una colina, ya á la sombra de los bosques, ya junto á una fuente, y ya

en una gruta de que gustamos mucho. De manera que evitando la insipidez, hija de la costumbre, variámos nuestros placeres: diversidad es la divisa del hombre. Elegid pues hoy el lugar de la escena.» Dijimos que dábamos nuestras voces á la amable Psiquis, la cual decidió que comiésemos en la gruta.

Su entrada era estrecha, pero presentaba una rotunda espaciosa, cortada en la misma roca; recibia la luz por una gran abertura central, hecha en lo alto de la bóveda; y unas claraboyas entreabiertas daban una luz suave y una deliciosa frescura. Tambien encontramos camas sencillas y cómodas.

CAPITULO XXXIX.

La comida. Cancion de Psiquis.

FUÉ excelente la comida. Unos esclavos comenzaron por verternos agua en las manos; despues de lo cual echámos á la suerte el rey del festin, y la suerte cayó sobre mí. Sirvieronnos un pan delicioso, amasado con leche y trigo purísimo, y con aceite y sal. Tuvimos aceitunas de Atenas, dátiles de Fenicia, y las almendras de Naxos, tan buscadas. La buena eleccion de manjares y vinos publicaba la sensualidad y delicadeza del amo. A cada

servicio lavaron la mesa con esponjas. Sirvióse á cada uno de nosotros la porcion en unos platitos, y el mismo Bion hacia las reparticiones. Teníamos copas de muchas magnitudes. Trajéronnos coronas, y nos las pusimos sobre la cabeza, sobre el corazon, y al derredor del brazo.

Pero me admiré de ver junto á las mas hermosas copas, y junto á una vajilla de plata, y de plata sobredorada, vasijas del mas grosero barro. Pregunté la causa á Bion. — « Hago esto, me respondió, para tener siempre á la vista mi primera fortuna, y para acordarme de que en otro tiempo me servia con semejantes platos, como se conserva en Atenas el antiguo Areopago, pobre monumento cubierto de tierra (a).

En medio del festin, tomó Teofania un ramo de mirto y su cítara, hizo muestra de sus bellos brazos, torneados y redondos, ensayó un prelude musical, y hermanando su voz con sus consonancias, cantó las desgracias de Psiquis.

(a) Conservabase igualmente en Roma, por espíritu de religion, en el Capitolio la casa de Romulo, cubierta de paja. Seneca dice: *Colit etiamnum in Capitolio casam victor gentium populus.*

PSIQUIS.

ROMANCE.

Corazones sensibles, que me ois,
A mi destino mísero dad llantos;
Y vosotras, bellezas seductoras,
La cólera temed del Dios de Pafos.

Encantar he sabido cual vosotras,
Y tierna y generosa me hizo el hado:
¿Con un pecho sensible á los amores
Debia yo aumentar los desgraciados?
Mas ¿podríaíslo creer? Venus gemia
Zelosa de mis débiles encantos;
Y aunque jóven, las lágrimas conozco,
De su encendida rabia eterno blanco.

De mí separó lejos mis amantes;
Con el tedio mis días abreviando,
De amar y ser amada la esperanza
Robóme así desde mi abril lozano.

Un oráculo fué por mi familia
Y por el padre mio consultado.
«Vuestra hija, les dijo, á un monstruo horrible
Ayuntará himeneo con sus lazos.

Llevala á los desiertos; que su padre
La abandone á su seno solitario;
Vosotros verteréis amargos lloros,
Empero así el destino lo ha ordenado.»

Acia un desierto árido, espantoso,
De mi vida el autor guió mis pasos:
Recibí en él su larga despedida:

«A Dios, me dijo, o sola prenda que amo;

¡ Con ojos de piedad me mire el cielo ! »
 Dice; y de mí se ausenta. ¡ O día aciago!
 Pálida de terror y moribunda
 Sobre el suelo insensible entónces caigo.
 Mas de repente este lugar de horrores
 Se cambia en un magnífico palacio :
 Un pórtico soberbio, bosques, flores
 Y raudales mis ojos admiráron.
 Turba prodigio tanto mis sentidos :
 Mas, ¡ o sorpresa extrema ! ¡ o Dioses santos !
 En veinte olmos nacientes leo escrito :
 « Tú eres, o bella Psiquis, á quien amo. »
 Yo dudo todavía, abro los ojos,
 Cuando un eco halagüeño, un eco blando,
 « Reina, Psiquis, me dice, en estos sitios,
 A hacerte venturosa me consagro :
 La noche me verá marido tuyo,
 Y desaparecer el día claro.
 Si conocerme intentas, ¡ infelice,
 De la cólera mia teme el rayo ! »
 Tranquilizan mi espíritu estas voces,
 Registro de mi asilo los espacios,
 Me asiento so floridos cenadores,
 Y de un plácido arroyo sigo el paso.
 Pronto la triste noche enluta el cielo,
 Se alza, por la molicie preparado,
 Un lecho en una alcoba esplendorosa,
 En el cual me reclino, aunque temblando.
 ¡ Ay de mí ! de repente á alguno siento,
 Que me agita y me estrecha entre sus brazos,
 Que el seno mio cubre con mil besos,

Su embriaguez á mí ser comunicando.
 Mas ántes de la aurora me abandona.
 La noche trae de nuevo el mismo halago,
 Los mismos besos, los placeres mismos,
 De dos meses el vuelo así llenando.
 ¡ O cual era mi suerte venturosa !
 ¡ Ay de mí ! ¿ que demonios me estraviáron,
 Una vez á lo menos el objeto
 De quien ídolo fuí, ver anhelando ?
 Siempre al alba decíame á mí misma :
 « Es un monstruo sin duda, no hay dudarlo;
 Dejaraseme ver si fuera hermoso,
 Encantarme querría con su encanto. »
 Resuelta pues, distante de mi lecho,
 Una lámpara oculta mi cuidado.
 Mi esposo llega, y me saluda ansioso :
 « Buenas noches, o Psiquis, dueño caro. »
 Con un ardiente beso estrecha luego
 La purpurada rosa de mis labios;
 Mas el placer es un instante solo,
 Y ya el sueño á mi esposo ha subyugado.
 Entónces me levanto dulcemente,
 La lámpara sin ruido á él acercando.
 ¡ Que portentoso objeto ! ¡ grandes Dioses !
 ¡ Que resplandor mis ojos han mirado !
 ¡ Cuanto era bello ! mas ¡ pesar inútil !
 Mientras estoy sus gracias devorando
 En la incredulidad y en el asombro,
 Se derrama mi lámpara, y le abraso.
 Súbitamente entónces se despierta.
 « Temeraria, me dice, ¡ que has osado !

Tiembla (tal de mi madre es el decreto).

El que te está castigo reservado.

¡Reconoce al Amor que por tus gracias
Ardia, reconoce al Dios de Pafos!

A Dios, pérfida. » En lágrimas bañada

Me abandona á estas voces el ingrato.

El relámpago brilla entre las sombras,

Desplomase al momento mi palacio,

Y desde aquel momento solo veo

De negras rocas el conjunto vasto.

« ¡Perdon, perdon! esclamo arrodillada;

Mi perdon ¡o Citeres, te demando!

Concedeme la vida, por tu hijo,

Por aquel que mi esposo se ha llamado. »

« Vivirás, vivirás, desventurada,

Una voz me responde amenazando :

Mas renuncia á tus vanos atractivos,

Y al que te ha enamorado brillo falso.

Horror inspirarás con tu figura.

— O tú, la dije, o Diosa, á quien mi labio

Implora, te perdono tus rigores,

Con tal que aun sea á tu hijo objeto caro. »

Despues de oida esta inmortal sentencia,

Discurso por do quier, bañada en llantos,

El esposo cruel cuanto querido,

Que me ha tan prontamente abandonado,

Buscando : á mi mudanza me acostumbro ;

La belleza no es mas que un don infausto.

No lloro mi pesar, pues para amarte

Mi corazon, Amor, aun me ha quedado.

Entretanto que Teofania con penetrante
y armoniosa voz celebraba los amores y des-
gracias de Psiquis, todos los presentes, aten-
tos y suspendidos, recibíamos cuantas im-
presiones queria hacer en nuestros ánimos.
Ya nuestras almas voluptuosamente arras-
tradas se paseaban errantes por aquellos en-
cantados bosquecillos, disfrutando las felici-
dades de aquella tierna Psiquis ; y ya vivísima-
mente conmovidos llorábamos su infortunio
y la venganza de Venus. Asi que hubo reci-
bido nuestros elogios con mucha modestia,
nos dijo que Bion tenia compuesta, no había
mucho, una breve cancion sobre sí mismo,
que le agradaba cantar. — Yo os la diré, re-
puso Bion, con mi voz ronca y cascada, que
algun dia fué llena y sonora ; pero me ha
vencido el tiempo, y tengo que ceder á sus
ultrajes.

¡ Pobre Bion, que suerte tan funesta

Ha llevado tus ojos á tu espejo !

Enflaqueces y pierdes el cabello,

Y el invierno encanece el que te resta :

¡ Pobre, pobre Bion, cual te haces viejo !

Tu frente, por los años arrugada,

Lanza lejos de tí Risas y Amores ;

Y estos, tan halagüenos y traidores,

La dejan para siempre abandonada.

Si envejezco, saberlo no procuro ;

Sin contarlos jamas, tomo los días.

De lo que, sin lisonja estoy seguro,
 Es de que cuanto mas nos alejemos
 De la edad placentera
 Que vió nacer nuestra pasion primera,
 Tanto mejor se debe
 Gozar del que nos queda, tiempo breve.

Aplaudimos mucho aquel pensamiento moral. Despues recordámos á Bion, que nos habia prometido contarnos el cómo un Dios propicio le llevó á encontrar tan amable compañera. — Con mucho gusto lo cumpliré, añadió Bion: hagamos nuestras libaciones, y desempeñaré mi promesa.

CAPITULO XL.

Como encontró Bion á Teofania.

ESTABA yo en Mileto, ciudad de la Ionia, donde el cielo es puro y sereno, y donde corre el Meandro por entre deliciosas praderas, bajo doseles de chopos, describiendo mil vueltas y revueltas que retardan y hermocean su curso. Este río goza del particular privilegio de que las jóvenes, algunos dias ántes de su himeneo, vayan á ofrecerle sus primeros favores, que aquel Dios se digna de aceptar algunas veces. En aquel voluptuoso clima no

se respiran mas que placeres y amores. Se dan á multiplicar las fruiciones, y á crear nuevos deleites; pero descuidan los del espíritu y los del corazón, que son mas gratos, mas verdaderos y mas durables que los de los sentidos. El placer es sin duda alguna una cosa excelente, pero no puede ser para el hombre un estado habitual y constante: el reposo y la paz consigo mismo y con los otros es el blanco en que debe poner la mira todo hombre sensible y juicioso. Esta es la filosofía de mi maestro Epicuro.

Un dia de invierno hermosísimo comí en el campo. Fué larga la comida, y no volví á la ciudad hasta la entrada de la noche. Distaba de ella solo algunos estadios, cuando encontré dos hombres que muy azorados me preguntaron: ¿si habia encontrado á una muchacha? Al oír mi respuesta negativa, se fuéron. No lejos de allí, un perrillo que llevaba conmigo se paró enfrente de una cerca que seguía el camino; y luego se vino á mí de repente, despeluznado, y ladrando á mas no poder. Sus ladridos y su espanto me hicieron sospechar que podia haber algun pícaro oculto detras de aquel abrigo. Aunque viejo, tenía yo brios y vigor; y así armado con mi garrote me arrimé, y mi perro reforzó sus ladridos. Procuré mirar por encima de la cerca, pero me detenía un foso cenagoso. La noche

De lo que, sin lisonja estoy seguro,
 Es de que cuanto mas nos alejemos
 De la edad placentera
 Que vió nacer nuestra pasion primera,
 Tanto mejor se debe
 Gozar del que nos queda, tiempo breve.

Aplaudimos mucho aquel pensamiento moral. Despues recordámos á Bion, que nos habia prometido contarnos el cómo un Dios propicio le llevó á encontrar tan amable compañera. — Con mucho gusto lo cumpliré, añadió Bion: hagamos nuestras libaciones, y desempeñaré mi promesa.

CAPITULO XL.

Como encontró Bion á Teofania.

ESTABA yo en Mileto, ciudad de la Ionia, donde el cielo es puro y sereno, y donde corre el Meandro por entre deliciosas praderas, bajo doseles de chopos, describiendo mil vueltas y revueltas que retardan y hermosean su curso. Este río goza del particular privilegio de que las jóvenes, algunos dias ántes de su himeneo, vayan á ofrecerle sus primeros favores, que aquel Dios se digna de aceptar algunas veces. En aquel voluptuoso clima no

se respiran mas que placeres y amores. Se dan á multiplicar las fruiciones, y á crear nuevos deleites; pero descuidan los del espíritu y los del corazón, que son mas gratos, mas verdaderos y mas durables que los de los sentidos. El placer es sin duda alguna una cosa excelente, pero no puede ser para el hombre un estado habitual y constante: el reposo y la paz consigo mismo y con los otros es el blanco en que debe poner la mira todo hombre sensible y juicioso. Esta es la filosofía de mi maestro Epicuro.

Un dia de invierno hermosísimo comí en el campo. Fué larga la comida, y no volví á la ciudad hasta la entrada de la noche. Distaba de ella solo algunos estadios, cuando encontré dos hombres que muy azorados me preguntaron: ¿si habia encontrado á una muchacha? Al oír mi respuesta negativa, se fuéron. No lejos de allí, un perrillo que llevaba conmigo se paró enfrente de una cerca que seguía el camino; y luego se vino á mí de repente, despeluznado, y ladrando á mas no poder. Sus ladridos y su espanto me hicieron sospechar que podia haber algun pícaro oculto detras de aquel abrigo. Aunque viejo, tenía yo brios y vigor; y así armado con mi garrote me arrimé, y mi perro reforzó sus ladridos. Procuré mirar por encima de la cerca, pero me detenía un foso cenagoso. La noche

no era oscura. Vi súbitamente asomarse por la cerca una figura....., un espectro, que yo hubiera creído fugitivo del Tártaro, si su voz dulce y persuasiva no me hubiera mostrado una muger moza y desdichada. Dijome con tono melancólico: « ¡ Hombre honrado, en el nombre de Jupiter y de los Dioses hospitalares, os pido que tengais compasion de mí, y que socorrais á una desventurada! » Aquellos dolorosos acentos y aquel órgano suave de voz me penetraron el alma: salvé pues el foso. ¡ Que aspecto! ¡ que cuadro! ví á una muger medio desnuda, con un niño en los brazos: su pecho, su cara y su estendida melena estaban salpicadas de sangre y de lodo; y tan pasada del frio, que la temblaban todos sus miembros. Titubeé en si llegaria ó no; y ella conociendo mi temor se me arrojó delante, me presentó á su hijo, levantó los ojos al cielo, é imploró mi conmiseracion y humanidad. — « ¡ Quien sois? la pregunté: ¿ que haceis en este foso? — No puedo, me respondió con voz debilísima, hablaros ahora: estoy agobiada de penas, y me muerdo de frio y de susto: salvadme, de lástima, y os haré saber mis desdichas. » No vacilé mas, la eché mi capa, la ayudé á salir del lodazal, la di un brazo para que se apoyara, y con el otro tomé al niño: estaba caidísima, y el frio la habia aterido: yo la sostuve y animé cuanto

pude; pero de allí á poco cedió á su debilidad, y se desmayó. Me ví embarazadísimo, y me determiné á llevarla acuestas: con aquella carga pues llegué á Mileto, sumamente fatigado. Mandé encender fuego, la di cordiales, y reparé que estaba gravemente herida en una mano. Cuidé su herida, la hice luego meter en el baño, y la envié vestidos. ¿ Como podré pintaros mi sorpresa cuando la volví á ver? creí que alguna nueva Circe habia transformado en divinidad á una muger espantosa. Habia yo reparado muy bien en sus bellos ojos; pero todo lo demas de su rostro estaba tan deshecho, tan sucio y tan negro, que no pude, ni con mucho, sospechar las perfecciones de aquella amable figura. Echóse á mis piés para mostrarme su agradecimiento: yo la levanté, elogí su belleza, y me felicité de tan feliz encuentro. Cenámos; y cuando ya el alimento y el buen vino hubo restaurado las fuerzas de su cuerpo y espíritu, la supliqué que me contase su historia.... Pero quiero daros el placer de que se la oigais referir á Teofania, que era la misma muger de quien os he hablado; porque la contará con aquella naturalidad y gracia, que yo estoy lejísimos de imitar. La estrella de la noche nos trae el fresco; vamos á respirarlo sobre la colina que tenemos enfrente: allí encontraremos alfombras de céspedes, y miéntas la narracion lle-

varé á pacer mi ganado. Entónces salimos de la gruta. La hermosa Psiquis nos pidió licencia para dejarnos por algunos instantes. Bion tocó su churumbela, é inmediatamente acudió todo el ganado. Aturdiéron el valle los balidos de las ovejas y carneros: uno de estos marchaba, gravemente erguido, á su cabeza; y dos mastines ocupaban los flancos, para mantener la disciplina y el órden. Andando como íbamos, nos dió Bion á observar las comodidades y bellezas de su jardin. — « El de Alcinoó, le dije, tan celebrado por Homero, era, comparado con el vuestro, el jardin de un pastor; y este seria digno del Rey de los Feacos. — En mi juventud, repuso Bion, cuando me acosaba la pobreza, no ambicionaba yo mas que una de las cuatro fuentes de Alcinoó, y algunas fanegas de tierra de su vérgel. Pero la aficion á lo bello, las proporciones exactas, y el deseo de gozar, se van poco á poco insinuando en el alma, y perfeccionando su delicadeza y sensibilidad. ¿Es esto un beneficio, ó un presente funesto de la naturaleza? Dejolo á la decision de nuestros grandes metafísicos, los cuales seguramente no se pondrán de acuerdo sobre este punto. — Pero, Bion, le pregunté, ¿como, habiendo nacido pobre y ambicioso, habeis podido llegar á la opulencia que disfrutais? » — Lacides le dijo entónces que debia á sus

huéspedes la historia de aquella revolucion de la fortuna, porque los divertiria mucho. — Lo haré con gusto, dijo Bion: subamos á la colina, y os haré la tal narracion mientras viene Teofania.

CAPITULO XLI.

Historia de Bion.

ESMIRNA es mi patria: un suceso singular señaló los primeros dias de mi nacimiento. Sorprendió el enemigo la ciudad, y los habitantes amedrentados se salvaron por la puerta opuesta: en aquel desórden me dejó mi ama de cria en un campo raso.

Peró algun Dios cuidó de mí; porque á mis lloros y chillidos acudió una cabra que habia parido poco habia, me dió de mamar, ahuyentó los perros y demas bestias, y me continuó por mucho tiempo aquel caritativo oficio. Retirados ya los enemigos, volviéron los habitantes á sus hogares; unas mugeres me encontráron, y se quedáron sorprendidas de hallarme todavia vivo. Muchas de ellas quisieron darme de mamar; pero yo desviaba la cabeza del pecho, dando agudísimos gritos. Acudió entónces corriendo la pobre cabra, y tomé su teta delante de todas aquellas muge-

res que mostraban su sorprendimiento y alegría. Desde entónces, para que acudiera la benéfica cabra, me escitaban á gritar, y venia al instante.

Mi padre, que fué discípulo del Dios de Epidaura, y hombre de talento y de mundo, no me dejó mas herencia que unos libros de medicina, un Homero, el busto de Esculapio, una cajita llena de retratos y de cifras de pelo de sus queridas, muchas deudas, y un poco de dinero contante. Tomé las monedas y el Homero, y dejé á los acreedores los libros de medicina, el Esculapio, y la cajita de los retratos. Fuí á Atenas llevando, cual Bias, todos mis bienes conmigo; pero como jóven y enamorado de los placeres, sediento de instruccion, sin pensar en mas que en versos, y siempre paseandome por las alturas del Parnaso, miraba yo con superioridad las riquezas, y preferia una sonrisa de Apolo á todos los regalos de Pluto. Pero las necesidades, que solian ser punzantes, avisáron á mi filosofía que el dinero valia para algo, y que era necesario regar las flores del Helicon con algunos hilos de agua del Pactolo. Pero, con todo, opiné que un hombre de ingenio, un discípulo del Liceo, no debia sacrificar al cuidado de enriquecerse mas que un cortísimo período de su vida: porque la sed inextinguible de oro, y la continuada aplicacion

para adquirirlo, esterilizaban el alma y sofocaban sus luces.

Habiase estendido por la Grecia la reputacion de Dionisio de Siracusa. No se hablaba mas que de sus riquezas, de su poder, y de la proteccion que daba á las letras y á las artes. Determiné pues ir á su corte, para arriesgar la entrada al templo de la fortuna. Pedí á Platon una recomendacion: sus cartas, y el peso de su nombre, me consiguieron de Dionisio una acogida de mucha distincion. Antes de mucho fuí admitido á sus diversiones, y poco á poco me fuéron granjeando su confianza mis versos y mi jovialidad.

Supe que aquel Soberano de la Sicilia, que ejercia un poder ilimitado, y que gozaba de todos los dones de la fortuna, era acaso el hombre menos feliz de los nacidos. Bajo sus dorados techos habitaban los rezelos, los temores y los remordimientos. Todo el mundo sabe la historia de Damocles, que se ha contado de mil diferentes modos; pero oid su verdadera version, esto es, lo que he visto yo mismo con mis ojos.

CAPITULO XLII.

Historia de Damocles.

DIONISIO dió una fiesta al pueblo, el cual se amontonaba y se impelia en la plaza que estaba delante del palacio. Paseabase el Príncipe desde una ventana á otra; y Damocles, que era uno de sus mas intrépidos aduladores de corte, le seguia diciendole: « Príncipe mio, ¡que dichoso sois! Todo ese pueblo, todo lo que veis, todas esas riquezas, y mucho mas, todo os pertenece, como que sois dueño de todo.» Tanto repitió aquellas sandeces, y tanto celebró las felicidades de su amo, que Dionisio, cansado de sus torpes adulaciones, le dijo: « Esta tarde quiero que disfrutes de mi felicidad suprema: serás Rey por veinte y cuatro horas: ordena una fiesta, elige tus convidados, que yo asistiré como vasallo, y eso si me convidares.» Abrevio lo restante de la historia. Entró Damocles en el salon del festin con la corona puesta, circundado de sus guardias y de los grandes de su corte. Una orquesta magnífica tocaba marchas triunfales; y nosotros le acompañábamos, juntamente con Dionisio, confundidos entre la multitud. El feliz Damocles se colocó

sobre una suntuosa camilla, bajo un dosel de púrpura, sembrado todo de estrellas de oro y de plata. Las varas y sus remates eran de oro macizo; jóvenes de las mejores familias le rodeáron para servirle. Mientras la comida, tomó la lira una cantarina diestra, y cantó los placeres y las delicias del amor. Un poeta le presentó unos versos, en los que celebraba su talento, su poder, sus virtudes, su valor, su generosidad, la dulzura de su reinado; y todos á porfía aplaudiéron las alabanzas que se daban al nuevo Monarca, al cual, cuando hablaba, escuchaban todos admirados y silenciosos. Damocles se embriagaba con aquellos inciensos y con aquellas lisonjeras veneraciones, y se saboreaba con las delicias de una delicadísima comida. Pero, alzando casualmente los ojos, vió una espada verticalmente suspendida sobre su cabeza, cuya acerada punta le amenazaba, y solo pendiente del techo por una cerda. Aquella vista acibaró su gozo y su apetito; por mas que continuáron prodigandole elogios, y alabándole lo esquisito de los manjares y los vinos de Grecia, se cerráron sus orejas y su estómago, y no vió ya mas que aquella espada que por instantes iba á caer, y pasarle de parte á parte. Hacia gestos tales, que Dionisio y los espectadores se divirtieron mucho. Por último, aquel Rey de un dia, in-

quieto y agitado entre sus grandezas, suplicó á Dionisio que le permitiera abdicarlas. Con aquella leccion emblemática dió á conocer Dionisio la existencia de los tiranos en el centro de los deleites y del fasto que los circunda.

UNIVERSIDAD ADAMANTINA
 ALERE PLAMMA
 VERITATE
 CAPITULO XLIII.

Continuacion de la historia de Bion.

UN dia encontré á Dionisio profundamente melancólico; quise alejarme, pero me llamó, y me dijo: « ¿Filósofo griego, has adivinado alguna vez el enigma de la felicidad? ¿sabes donde existe? » — Oid, le respondí, la respuesta de Anaxagoras á un gran señor que le preguntó: ¿cual era el hombre feliz? « No » es aquel que, cargado de honores y de riquezas, parece dichoso á los ojos del vulgo, » sino aquel que cultiva un reducido campo, » y que mezcla con sus trabajos campesinos » el comercio sin ambicion de las Musas. Es » verdad que su modesto exterior y su sosegada cara no espresan las vivas emociones » de la alegría; pero es porque esta habita en » su corazon. » — Tambien os citaré la bella fábula de Crantor: presenta en los juegos olímpicos á la Riqueza, al Deleite, á la Salud,

y á la Virtud: cada una de estas pide la manzana. La Riqueza dice: Yo soy el soberano bien, porque conmigo se compra todo. El Deleite dice: La manzana me pertenece, porque, si las riquezas se desean, es solo por conseguirme. La Salud asegura que no hay deleite sin ella, y que la riqueza es inútil. Por último, representa la Virtud que es superior á todas tres, porque con oro, deleites y salud, cabe ser miserabilísimo, gobernandose mal. La Virtud logró la manzana. — « La fábula es ingeniosísima, repuso Dionisio; pero seria mas exacta, si Crantor hubiese dicho que el soberano bien, ó la felicidad, es la reunion de las cuatro competidoras: virtud, salud, deleites y riquezas. Pero Crantor y Anaxagoras dicen bien: en el ápice de las grandezas, y nadando entre la molicie y el lujo, estoy cansado de vivir, y me juzgo el hombre mas desventurado de los nacidos. Dame consejos: dime ¿que camino deberé tomar para ver algunos resplandores de esa felicidad fugitiva? ¿que harias en mi lugar? — Me escaparia, Señor, de este vastísimo palacio: dejaria de ser Rey, para volverme particular y hombre: me retiraria á Atenas, que es la morada dichosa de las artes, de la filosofia, del buen gusto, de la cortesía y de la libertad: compraria una bellissima casa de campo: plantaria y fabricaria: hablaria con

quieto y agitado entre sus grandezas, suplicó á Dionisio que le permitiera abdicarlas. Con aquella leccion emblemática dió á conocer Dionisio la existencia de los tiranos en el centro de los deleites y del fasto que los circunda.

UNIVERSIDAD ADAMANTINA
 ALERE PLAMMA
 VERITATE
 CAPITULO XLIII.

Continuacion de la historia de Bion.

UN dia encontré á Dionisio profundamente melancólico; quise alejarme, pero me llamó, y me dijo: « ¿Filósofo griego, has adivinado alguna vez el enigma de la felicidad? ¿sabes donde existe? » — Oid, le respondí, la respuesta de Anaxagoras á un gran señor que le preguntó: ¿cual era el hombre feliz? « No » es aquel que, cargado de honores y de riquezas, parece dichoso á los ojos del vulgo, » sino aquel que cultiva un reducido campo, » y que mezcla con sus trabajos campesinos » el comercio sin ambicion de las Musas. Es » verdad que su modesto exterior y su sosegada cara no espresan las vivas emociones de la alegría; pero es porque esta habita en » su corazon. » — Tambien os citaré la bella fábula de Crantor: presenta en los juegos olímpicos á la Riqueza, al Deleite, á la Salud,

y á la Virtud: cada una de estas pide la manzana. La Riqueza dice: Yo soy el soberano bien, porque conmigo se compra todo. El Deleite dice: La manzana me pertenece, porque, si las riquezas se desean, es solo por conseguirme. La Salud asegura que no hay deleite sin ella, y que la riqueza es inútil. Por último, representa la Virtud que es superior á todas tres, porque con oro, deleites y salud, cabe ser miserabilísimo, gobernandose mal. La Virtud logró la manzana. — « La fábula es ingeniosísima, repuso Dionisio; pero seria mas exacta, si Crantor hubiese dicho que el soberano bien, ó la felicidad, es la reunion de las cuatro competidoras: virtud, salud, deleites y riquezas. Pero Crantor y Anaxagoras dicen bien: en el ápice de las grandezas, y nadando entre la molicie y el lujo, estoy cansado de vivir, y me juzgo el hombre mas desventurado de los nacidos. Dame consejos: dime ¿que camino deberé tomar para ver algunos resplandores de esa felicidad fugitiva? ¿que harias en mi lugar? — Me escaparia, Señor, de este vastísimo palacio: dejaria de ser Rey, para volverme particular y hombre: me retiraria á Atenas, que es la morada dichosa de las artes, de la filosofia, del buen gusto, de la cortesía y de la libertad: compraria una bellissima casa de campo: plantaria y fabricaria: hablaria con

hombres amables y con filósofos : me meteria dentro del círculo de unos pocos amigos : me haria una casa que fuese feliz con mis beneficios ; y siendo sabio sin austeridad , filósofo sin sistema , amante de las letras sin pretensiones de literato , aficionado á los placeres con delicadeza , y solitario sin misantropía , aguardaria con dulcísima incuria á que saliese mi último sol. — Me has persuadido , repuso Dionisio : voy á deponer un cetro sitiado por tantos riesgos y trabajos , y á preparar mi retiro. Con todo , guardame el secreto. Ven mañana por la mañana , y trataremos de acuerdo sobre el proyecto que me ha seducido. » — Despedíme de Dionisio , dandome la enhorabuena de haber hecho semejante prosélito , y de haber adquirido un Rey á la filosofía.

Volví al día siguiente , á la hora señalada ; pero encontré á Dionisio en medio de una corte numerosa , cuyos homenajes y adulaciones recibia. Sonrióse benignamente conmigo , y me hizo seña de que aguardara. Y así que se disipó la cortesana multitud , me habló del esplendor que queria dar á su imperio , de la guerra que meditaba contra los Cartagineses , de las tropas y de los navíos que queria armar ; pero ni una palabra del plan de la vispera. Yo estaba como aturdido. Cuando ya hubo acabado de hablar de su

poder y de sus futuras conquistas , le dije riendome : « Espero , Señor , que en vuestras rápidas espediciones miraréis con benignidad á Atenas , la cual tan generosamente os ofreció ayer un asilo. — Te entiendo , Bion : he meditado sobre ello , pero cada hombre tiene su destino. Conozco que la diadema está circundada de agudas puntas , y que un filósofo es mucho mas dichoso que un Rey ; pero pasense algunos años mas de trabajos , y despues libre de cuidados y de inquietudes disfrutaré , entre el reposo y las Musas , de todos los placeres de la vida , y de mi pasada gloria. — ¿ Podré atreverme , Señor , á preguntaros que edad teneis ? — Sesenta y dos años tengo. — Pues bien , Señor , cada día que continuais respirando , es un día de gracia. — ¿ Y por que así , Bion ? — Vuestro contingente de vida es , Señor , de veinte y dos á veinte y tres años , que es lo que los hombres viven uno con otro. Ademas de que segun los cálculos de la duracion media de la vida en cada edad , no podeis esperar mas que de unos nueve á diez años de existencia. — Pues mi plan , Bion , ya que la porcion de mi vida es tan corta , se reducirá á contar con las de los otros , y á existir á sus espensas lo mas que pudiere. » — Interrumpiéronnos en esto ; y concluí , al irme retirando , que para Dionisio y para los mas de los hombres los frutos

de la sabiduría y de la felicidad nacen en unos árboles exóticos que no saben cultivar.

Volvamos á la causa de mi fortuna. Dionisio, que era ambicioso de toda especie de gloria, envió á los juegos olímpicos una diputacion solemne, para disputar el premio de los versos y de la carrera de los carros. Compomiasse de algunos lectores dotados de voces claras y sonoras, y de muchos carros tirados de cuatro caballos cada uno. Cargáron en nombre suyo los altares de Jupiter de ricas ofrendas. Aquel aparato y la bella voz de los lectores fijáron por unos instantes la atencion de los Griegos; pero no pasó mucho sin que, cansados de la insipidez de los versos, prorumpiesen en murmuraciones, silbasen á los lectores y al poeta, y aun llevasen el insulto y el desprecio hasta saquear y trastornar sus tiendas. Igualmente desgraciado fué su éxito en la carrera, pues los carros mal conducidos se hicieron pedazos unos contra otros; y para colmo de infortunios el navío que regresaba á los diputados y sus reliquias, naufragó sobre las costas de Italia. Abatido Dionisio con aquella afrenta, estuvo muchos dias sin comparecer, comió solo, y vió á muy pocas gentes. Unicamente yo fui admitido á su presencia, el dia siguiente á la fatal noticia. Vine embarazadísimo sobre el porte que habia de mostrar á la entrada, y sobre los consuelos

que habia de dar al amor propio de un poeta que tenia ejércitos á sus órdenes. Yo no quería imitar á Polixenes, que fué enviado á las canteras; y por lo mismo me presenté con la fisonomía tétrica y afligida. Primero me habló Dionisio de cosas indiferentes, y luego con semblante tan triste como el mio me dijo: «Ya sabes mi desgracia en los juegos olímpicos, donde ha sido silbada mi tragedia.» — Respondile que un gran Príncipe como él, lleno de gloria, no necesitaba de un laurel poético para immortalizar su nombre; que, por otra parte, en aquellas tumultuosas concurrencias decretaban las coronas el entusiasmo, la cabala y la preocupacion; y que tambien debia conocer la ligereza é inconsecuencia de los Griegos. Fuera de que, le añadí, el mismo Esquilo no consiguió mas que trece coronas, habiendo compuesto ochenta tragedias; Sofocles diez y ocho, de cerca de ciento y veinte piezas; y Euripides no fué coronado mas que cinco veces, no obstante de haber enriquecido nuestro teatro con mas de ochenta tragedias. — Todo eso lo sé, Bion: los Griegos son ligeros, inconsecuentes y burlones; pero son los dispensadores de la gloria, y tienen en la mano la trompeta de la fama. Quiero absolutamente levantarme de esta caida, y concurrir en Atenas á las fiestas de Baco. Estoy trabajando una tragedia, cuyo

argumento es la muerte de Egeo. Ya te acordarás de que Minos, cuando venció á los Atenienses, les impuso un tributo anual de catorce jóvenes (siete varones y siete hembras), para que sirvieran de alimento al Minotauro. El joven Teseo, nacido para aterrar monstruos, quiso ser uno de los siete jóvenes, resuelto á perecer, ó libertar su patria de tan vergonzoso tributo. Afligido y asustado Egeo de semejante audacia, mandó al piloto del navío que llevaba aquellas tempranas víctimas, que á su vuelta, si su hijo venia vencedor, enarbolase una bandera roja ó blanca, en vez de la negra que se acostumbraba en aquellas ocasiones. Teseo triunfó del Minotauro, y purgó de él á la tierra. Egeo iba diariamente á las orillas del mar, y miraba lo mas lejos que podia, por ver si divisaba el bajel donde venia su hijo. Por fin, lo alcanzó á ver. Era un día sereno: un viento fresco hinchaba las velas, y el navío iba ligeramente sulcando las tranquilas ondas. El piloto y Teseo, enagenados del gozo, olvidaron el orden de Egeo; el pabellon negro ondeaba al arbitrio de los céfiros. Viólo el buen padre, y dando á su hijo por devorado, se tiró al mar. Este asunto, que es importante y nacional, debe gustar á los Atenienses. Todavía no he trazado mas que algunas escenas, porque estoy sobrecargado de negocios. Vosotros sí

que sois dichosos, bellos ingenios, pues habitais siempre sobre el Parnaso, sin tener precision de bajar de él para otras ocupaciones; pero ello es cierto que no es poeta todo el que lo quiere ser. — Ni tampoco es Rey, Señor, todo el que quiere serlo; bien que yo no quisiera ser Rey, sino de mi jardin y de mi querida. — Ve aquí pues, estimado Bion, el servicio que de tí aguardo, unido al mayor secreto. — ¿Os contentaréis, Dionisio, con que os jure guardarlo por la laguna Estigia? — Quiero que me ayudes para la conclusion de mi tragedia. Acaba mi plan, pon en verso las primeras escenas, y yo tambien trabajaré por mi parte. — Rehusé primero por modestia asociar mis pobres talentos á su vasto ingenio; pero insistió, y cedí. Encerréme al momento en mi gabinete. El plan de Dionisio no estaba mas que bosquejado, y lo estendí hasta cinco actos. Dionisio quedó satisfecho; pero, con todo, me hizo algunas observaciones juiciosas, porque ni le faltaba talento, ni literatura. Terminado pues el plan, entré en la poesía. A cada escena iba á consultar con mi Apolo Dionisio: corregimos mucho. Advertí que Dionisio decia siempre *mi tragedia*, fuese porqué á fuerza de repetirlo quisiese persuadirme á que era su autor, ó bien fuese para persuadirse á sí propio. Yo le contestaba tambien sobre el tono de *pues;*

tra tragedia, bien que en sustancia no dejaba de pertenecerle, así por algun centenar de versos que habia en el drama á su modo, como por el precio en que lo compró. Ya, pues, que hubimos suficientemente visto, revisto, tachado y retachado aquel fenómeno trágico, partí para Atenas en un bireme, y presenté al primer arconte el poema del dueño de la Sicilia. Hice resplandecer á sus ojos y á los de los jueces nombrados para admitir ó reprobar las piezas, el precioso metal del oro; y su brillo reflejó sobre la obra, porque fué juzgada digna del concurso. Dirigíme á los Coregos (a), y nada reparé en el gasto de los coros y de las danzas. Dí á los actores ropas tálares, tejidas de oro, esmaltadas de púrpura y de muchas suertes de colores; máscaras dibujadas y coloridas por los mejores maestros; y como era tan del caso una estatura magestuosa y respetable, levanté á mis héroes sobre unos coturnos de cuatro pulgadas de altura; espesé, digámoslo así, sus pechos, sus vacíos, y todas las partes de sus cuerpos á proporcion de sus estaturas; y con unos guantes se prolongaban á la vista sus brazos. Trabajáron las decoraciones

(a) Los Coregos presidian en los coros, y arreglaban el gasto que se hacia para los actores y para los músicos en las fiestas públicas.

los pintores mas celebrados: la primera presentaba una campiña risueña; la segunda, una soledad espantosa, y la orilla del mar, circundada de escarpadas rocas y de profundas grutas; la tercera representaba un soberbio templo, cubierto de oro y de pedrerías, en medio de un vasto bosque de los árboles de Jupiter. Treinta mil espectadores llenaban el teatro. Tuvo Dionisio la recompensa de sus trabajos y de sus gastos. La tragedia, apoyada sobre tan grandes medios, subió hasta las nubes, y el tirano de Siracusa fué declarado vencedor. Por las vivas conmociones que esperimenté, conocí que era padre. Pero, fiel á Dionisio, no arranqué ninguna flor de su corona literaria. Aquella misma noche me embarqué, forzando á vela y remo; y favorecido por los vientos y por Neptuno, llegué en pocos dias á Siracusa.

La noticia de aquel lucido suceso causó á Dionisio un delirio de gozo que casi le perturbó la razon. No hablaba de otra cosa que de su tragedia, porque yo creo que se convenció, al fin, de que era parto de su ingenio. Llamó á todos sus amigos, les notició su triunfo, y lo mismo hizo con toda su corte y con cuantos encontró. Calmado ya algun tanto su enagenamiento, me preguntó: ¿cuales fuéron los versos mas aplaudidos? Yo no falté á citarle los suyos, con lo cual completé

el efecto. Y apenas habia entrado en mi casa, cuando recibí el magnífico don de cien talentos, y un recado de convite para cenar con él. Quiso Dionisio celebrar su triunfo con los amigos. ¡Ay! aquel triunfo tuvo la rápida inestabilidad de las cosas humanas. Ni el lujo ni la profusion dispusieron nunca un festin tan suntuoso. Sirviéronse hasta dos mil pescados, y hasta siete mil piezas de caza en la cena. La camilla del vencedor estaba colocada bajo un dosel cargado de laureles, y aun él mismo llevaba puesta una gran corona. La mesa era de cien convidados. Cuando entró en el salon, resonaron por todas partes las palmadas. Dionisio, animado con la alegría, con el apetito y con los sabrosos manjares, se entregó á su intemperancia. A cada instante circulaban grandes copas de vino; y él bebia siempre á la salud de sus amigos los Atenienses, de Apolo, y de las nueve Musas. Fué tan ardiente su celo, y celebró tanto al dueño del Parnaso, y á las nueve Vírgenes que lo habitan, que cayó embriagado; y de allí á poco terminó sus glorias una indigestion violenta, y acabó su reinado, sus placeres, sus penas, y sus vastos proyectos: tenia sesenta y tres años de edad. Cuando los Atenienses supieron su muerte, dijeron que de muy buena gana le hubieran coronado veinte años ántes, á haber sabido

que por aquel medio libertaban á la Sicilia (a). Acabaré de hablar de Dionisio con un pasage singular que le pertenece. Este Príncipe, abominado de sus vasallos, y objeto de sus imprecaciones, supo que una buena vieja pedia diariamente á los Dioses que la quitaran la vida ántes que á Dionisio. Lisonjeado este de tan tierno afecto, la preguntó el motivo de su plegaria. « En mi infancia, respondió la vieja, oia yo á todos los Siracusanos maldecir á su Príncipe, y desear su muerte: fué asesinado. Sucedióle otro, cuyo bárbaro reinado nos hizo echar menos al anterior. Tuviéron los Dioses compasion de nosotros, y nos libraron de él. Vos, Señor, le sucedisteis, y nos va peor que nunca; y como presumo que el sucesor vuestro valdrá menos que vos, ruego todos los dias á los Dioses por la conservacion vuestra. » — Maravillado Dionisio de la franqueza de aquella muger, la despidió sin tomar venganza alguna.

Muerto aquel tirano, inquieto como un viejo avaro que vé que le rondan su tesoro, ó como un pastor que oye por la noche al

(a) El oráculo vaticinó á Dionisio, que moriria en venciendo á los que valian mas que él. Creyó que el oráculo hablaba de los Cartagineses; pero se desengañó muriendo. Habia vencido Dionisio á los poetas de Atenas, que le eran muy superiores en talento.

lobo girar al rededor de su redil, pensé en poner mi dinero á cubierto de la rapacidad de Dionisio el jóven y de sus favoritos. Embarquéme secretamente para Corinto, desde donde vine aquí á visitar algunos parientes, los cuales me propusieron la adquisicion de esta hacienda. La situacion me sedujo, porque vi que era capaz de adelantamientos y mejoras; y en ello he trabajado, en diversas épocas, por tiempo de cuarenta años.

Llegó Teofania: la colocámos en medio; su perro se le puso á los piés, y asi que nos vió atentos, empezó su historia.

CAPITULO XLIV.

Historia de Teofania.

NACÍ en Mileto, de cuya ciudad os ha hecho Bion la pintura; pero acaso no os habrá dicho que las Milesianas se creen obligadas por una antigua tradicion á dar sus primeros y mejores años al amor; por eso son los comercios de galantería sus principales negocios, y las fruiciones de toda especie su único objeto.

No sé si mi madre, cuando jóven, fué muy celosa del culto de Venus: lo que sí sé, es que á los diez lustros se vió viuda y pobre, y no teniendo mas sociedad que la mia, se retiró

á vivir en el campo, en una sencilla cabaña que poseia á las orillas del Meandro. Entónces tenia yo doce anos. Allí vivimos con legumbres y raices de nuestra huerta, y con el producto de los cestos de juncos que tejíamos en las noches de invierno y en el tiempo de la canícula. Mi madre era una buena muger, esto es, una muger de candor y de probidad, pero de espíritu apocado, crédula y supersticiosa en extremo. El Tártaro la asustaba, y á la menor omision en los ritos y en el culto de los Dioses, la parecia verlo ya abierto bajo sus piés. Al oír el nombre de Cerbero, de las Euménides y de Minos, se estremecia. El temor, mas que el amor, la hacia religiosa, y siempre estaba temiendo la venganza de los Dioses. Aunque era tan pobre, sacrificaba todos los años una cordera negra á Pluton, y hacia lustraciones y libaciones en honra suya casi á todas las horas del dia. Lo que derramaba en la tierra ó en el fuego, era leche, vino ó miel; y en su defecto derramaba agua. Cuando teníamos algun pedazo de carne, quemaba la mejor parte en honor de sus Lares, ó de su Genio, ó de Mercurio, ó de Baco. Los dias de ayuno ó de abstinencia religiosa, que eran las visperas de las fiestas solemnes, no hacia mas que una ligera comida por la noche; y cuando mas tomaba por el dia algun pedazo

lobo girar al rededor de su redil, pensé en poner mi dinero á cubierto de la rapacidad de Dionisio el jóven y de sus favoritos. Embarquéme secretamente para Corinto, desde donde vine aquí á visitar algunos parientes, los cuales me propusieron la adquisicion de esta hacienda. La situacion me sedujo, porque vi que era capaz de adelantamientos y mejoras; y en ello he trabajado, en diversas épocas, por tiempo de cuarenta años.

Llegó Teofania: la colocámos en medio; su perro se le puso á los piés, y asi que nos vió atentos, empezó su historia.

CAPITULO XLIV.

Historia de Teofania.

NACÍ en Mileto, de cuya ciudad os ha hecho Bion la pintura; pero acaso no os habrá dicho que las Milesianas se creen obligadas por una antigua tradicion á dar sus primeros y mejores años al amor; por eso son los comercios de galantería sus principales negocios, y las fruiciones de toda especie su único objeto.

No sé si mi madre, cuando jóven, fué muy celosa del culto de Venus: lo que sí sé, es que á los diez lustros se vió viuda y pobre, y no teniendo mas sociedad que la mia, se retiró

á vivir en el campo, en una sencilla cabaña que poseia á las orillas del Meandro. Entónces tenia yo doce anos. Allí vivimos con legumbres y raices de nuestra huerta, y con el producto de los cestos de juncos que tejíamos en las noches de invierno y en el tiempo de la canícula. Mi madre era una buena muger, esto es, una muger de candor y de probidad, pero de espíritu apocado, crédula y supersticiosa en extremo. El Tártaro la asustaba, y á la menor omision en los ritos y en el culto de los Dioses, la parecia verlo ya abierto bajo sus piés. Al oír el nombre de Cerbero, de las Euménides y de Minos, se estremecia. El temor, mas que el amor, la hacia religiosa, y siempre estaba temiendo la venganza de los Dioses. Aunque era tan pobre, sacrificaba todos los años una cordera negra á Pluton, y hacia lustraciones y libaciones en honra suya casi á todas las horas del dia. Lo que derramaba en la tierra ó en el fuego, era leche, vino ó miel; y en su defecto derramaba agua. Cuando teníamos algun pedazo de carne, quemaba la mejor parte en honor de sus Lares, ó de su Genio, ó de Mercurio, ó de Baco. Los dias de ayuno ó de abstinencia religiosa, que eran las visperas de las fiestas solemnes, no hacia mas que una ligera comida por la noche; y cuando mas tomaba por el dia algun pedazo

de pan, pero no bebia. Teníamos siempre provision de agua lustral, con la que nos purificábamos mañana y noche: llevaba sobre sí piedras sobrenaturales que tenían propiedades maravillosas (63): me hablaba sin cesar de los tormentos de los condenados, del buitre que roía los higados á Prometeo, de la roca de Sisifo, de la rueda de Ixion, de las metamorfosis de los Dioses, y de su venganza. Decíame frecuentemente que un sacerdote de Minerva la habia asegurado que, cuando los Pedasianos estaban amenazados de alguna desventura, le nacia una gran barba á la sacerdotisa de la mencionada divinidad, y que aquello habia sucedido hasta tres veces. El mismo sacerdote la contó la venganza que tomó Baco de los Calidonios. — Coreso, que era uno de los sacerdotes de aquel Dios, se tenia por el mas infeliz de los mortales: amaba á la jóven Calliroe; pero mientras mas la adoraba, mas desden, mas insensibilidad y mas ingratitud le oponia ella. Ya que hubo empleado sin fruto lágrimas, súplicas, y todo cuanto puede aconsejar la violencia y el abandono de un amor ardiente y delicado, recurrió á Baco. Coronó su estatua de pámpanos, de ramas de manzano y de granado, y se echó á sus piés: « Poderoso hijo de Jupiter y de Semele, le dijo, ten compasion de mis tormentos, y venga la injuria

hecha al mas celoso ministro tuyo.» — Llegaron sus ruegos hasta el Dios. Acometió á los Calidonios una embriaguez que los puso enfurecidos. Despechados como estaban, enviaron á consultar al oráculo de Dodona, el cual respondió: « Que Baco irritado contra ellos solo podia apaciguarse con la sangre de Calliroe, sacrificada en el altar por su gran sacerdote Coreso, ó bien con la muerte de alguno que quisiese morir por ella.» Para cumplir con el oráculo, prendieron á Calliroe, y convidaron á presentarse al que quisiese sufrir la muerte en su lugar: como ninguno se presentó, la llevaron al sacrificio: caminaba pálida, trémula y fuera de sí. Coreso respirando venganzas esperaba su víctima: ella se acercó; él levantó los ojos, vió sus lágrimas, su palidez, y su hermosura todavía encantadora: conmoviósele el corazon, calmósele el resentimiento, y en su lugar le inflamaron y le instaron la piedad y el amor juntos. Tenia en sus manos el cuchillo sagrado: titubeó un poco, volvió á mirar á aquella desgraciada, y súbitamente se hirió con el cuchillo, y cayó á sus piés. Calliroe, despechada por la muerte de un amante tan tierno y tan generoso, abominó de la ingratitud con que habia pagado tanto amor, y fué á matarse junto á una fuente, que despues tomó su nombre.

Afirmaba á mi madre en sus preocupacio-

nes un sacerdote anciano de Cibeles, que era nuestro único trato. Dabale mi madre sus ahorros, y solíamos privarnos de lo necesario para enviar ofrendas y víctimas á la madre de los Dioses.

Me educó con estas ideas, y me infundió el terror del cielo y del infierno; de manera que yo estaba tan penetrada de todas estas cosas, que cuando me veía sola en el campo, al acercarse la noche, se me aparecían en el aire Dioses y Genios. Un dia pasé un miedo mortal. Divisé un toro blanco que venia ácia mí: yo sabia la metamórfosis de Jupiter en un toro de este color, para robar á la bella Europa. Parecióme que aquel Dios me perseguía: espantada pues, y sin fuerzas, doblé las rodillas, le pedí perdon de mis faltas y de mi tibieza en su culto, y le prometí sacrificarle un cabritillo á quien yo amaba mucho. El toro Dios oyó sin duda mis ruegos, y se conmovió de ver mi inocencia, porque echó por otro camino; y yo, como una paloma perseguida del gavilan, me refugié al materno seno. Ya estaba yo para cumplir los quince años de mi edad, acababa de tomar la cintura (a), empezaba á desenvolverse: mi estatura era entonces, á poco mas ó menos, la

(a) Las jóvenes no tomaban la cintura hasta la edad de la pubertad.

misma que hoy; pero mi cándida sencillez era proporcionada á los pocos años de una muchacha educada en una soledad por una madre piadosa.

Teníamos licencia para ir á cortar juncos á un parage que estaba á las orillas del Meandro, adonde yo iba muy á menudo. Cierta dia oí los sonidos melodiosos de una lira: presté atencion, y miré á todas partes sin ver cosa alguna: maravillada del prodigio, imaginé que era el mismo Apolo, que invisible tocaba su lira. Encantada estaba yo, cuando repentinamente salió de entre unas cañas no sé que Dios, bajo la figura de un mortal. Retrocedí asustada, pero me llamó y me dijo: « Detente, graciosa Teofania, destierra tu temor. » — Soseguéme algun tanto al oírle, y levanté los ojos para verle: ceñia su cabeza una corona de hojas de caña, y tenia en sus manos una lira, y un ramo de rosas que me presentó. La sorpresa, y no sé que otro movimiento mas, suspendieron mis ideas, y me dejaron en mi puesto como una estatua. El Dios se compadeció de mi cortedad, y me dijo con dulzura: « Tranquilízate, Teofania hermosa, porque yo disto mucho de causarte ningun sinsabor. — ¿Pues, quien sois? le pregunté balbuciendo: ¿ como sabéis mi nombre? — Soy el río Meandro, me respondió: habito en ese palacio de cristal, en lo mas

hondo de las aguas: conozco lo presente, lo pasado y lo futuro: tengo los ojos puestos en tí: he visto que tu virtud, tu inocencia y tu piedad son iguales á tus gracias, y así he resuelto colocarte entre mis nayades. Luego que te veas en aquella clase suprema, no tendrás que temer las enfermedades, las penas, ni la horrorosa muerte; y siendo inmortal como yo, conservarás eternamente tu belleza y juventud.» — Dí gracias al Dios avergonzada, y le añadí que hablaria de ello á mi madre. — «No, me replicó: no es tiempo todavía: nuestros misterios no se pueden revelar á los profanos. — Pero ¿que debo hacer, le pregunté, para merecer la honra de volverme nayade? — Es menester, me respondió, por tres dias seguidos purificarte mañana y noche con agua lustral, invocando cada vez á Neptuno, Dios del mar; y ademas de esto ayunar, y por la noche no comer mas que legumbres, leche y miel. Espirados los tres dias, volveréis á este sitio, donde me llamaréis por tres veces: entónces me levantaré sobre la superficie de las aguas, y con mi aliento purificaré vuestro cuerpo de cuanto tiene de perecedero y de terrestre: os animaré con este principio de vida, el cual, de mortal que sois, os convertirá en una felicísima nayade.» Dicho esto, me dió un beso, me ayudó á cortar un manojo de juncos, y desapareció.

Maravillada, reflexiva, y agitada de gozo, de esperanza y de temor, me volví á paso lento á mi casa: oculté á mi madre aquel augusto secreto, y observé fielmente los mandatos del Dios Meandro.

El cuarto dia, al apuntar la aurora, me encaminé al lugar de mi cita, y no sin alguna conmocion; pero sostenian mi valor la religion y la curiosidad. Así que llegué á la orilla del río, llamé por tres veces al Dios: á la tercera oí unos sonidos, y noté que se movian las hojas: apoderóse de mí el miedo: cerré los ojos, y cuando volví á abrirlos, encontré junto á mí al Dios mas resplandeciente que en la aparicion primera: las tiernas cañas que circundaban su cabeza estaban entretejidas de rosas: exhalaba un olor suavísimo: su ropage era superiormente blanco; y finalmente el Dios me deslumbró. Dijome: «Fuísteis fiel á mis preceptos, y no habeis revelado el secreto de los Dioses. Neptuno, padre mio, me permite que recompense vuestra piedad, y que os sublime á la clase de nayade: seguidme hasta aquel asilo, donde va á obrarse el misterio (64).» A estas palabras, me llevó á una gruta poco distante, á la cual ocultaban unas parras silvestres: las paredes interiores estaban tapizadas de yedra, y en lo mas hondo habia una cama de hojas frescas y de yerbas odoríferas. Parecia la caverna aquella que

preparó el Dios Pan para recibir á la bella Siringa. El rio Meandro me mandó sentar sobre aquella cama, y se puso á mi lado: ni me atrevia á hablar, ni á mirar; pero él ciñendome en sus brazos me dijo: « Voy á iniciaros en un misterio al que los Dioses solo admiten á sus elegidos, y á daros nueva existencia. » Diciendo esto, desata mi cintura y me cubre de besos. ¡Ah cruel! ¡como abusó de mi simplicidad! Yo lloré, yo me resistí; pero él estuvo sordo á mis lágrimas y ruegos.

Al salir de la gruta, me dijo: « Bellísima y amada Teofania, he empleado todo mi poder para hacer de vos una nayade: la metamorfosis está muy adelantada, porque ya tenéis la hermosura, las gracias y la lozanía de la amable Galatea, aquella de quien Polifemo estaba tan ciegameamente prendado. Neptuno, á quien voy á implorar, acabará mi obra. Pero el sol se acerca á nuestro zenit: sé por mi prevision que vuestra madre empieza á tener inquietud por lo largo de vuestra ausencia; es preciso separarnos. Prometedme que vendréis pasado mañana; y con la segunda conferencia se acabará de purificar vuestro cuerpo de cuanto le pueda quedar de terrestre y de impuro. Idos, bella Teofania, y cuidad con que estéis siempre sometida á los Dioses, y con que seais fiel á sus secretos. »

De vuelta á mi casa pensé mucho en aquella

aventura, que á mi entender era una mezcla de cosas divinas y humanas. No obstante, una cierta inquietud templaba la deleitosa impresion de que mi alma gozaba todavía. Aunque yo estaba muy persuadida de la divinidad de mi amante, me reprochaba tácitamente mi facilidad en obedecerle, y los medios de que él se habia valido para hacer de mí una nayade. Abstuveme, con todo, de hablar de ello á mi madre; y como ví que mis remordimientos callaron á la vista de los atractivos del placer, hice diversas romerías á la misteriosa gruta, que era muy diferente del antro de Trofonio. Pero el amor es un arbusto fértil, que despues de haberse coronado de flores produce amargos frutos. Mi amante fué el primero que sospechó que ocultaba yo algun nuevo fruto en mi seno; hablóme de ello, y dióme á conocer mi situacion, y la necesidad de ocultarsela á mi madre especialmente. « Seguid mis consejos, me dijo, y saldréis de inquietudes: vuestra madre está bien penetrada del espíritu de su religion, y conozco su piedad. A media noche, fingiréis que os despertais sobresaltada, daréis un gran grito, y diréis á vuestra madre que Palas se os acaba de aparecer sobre su carro tirado por buhos; que os ha mandado que os hagais recibir en el número de sus sacerdotisas, é ir con ella, al amanecer, á las orillas

del río Meandro, donde estará un sacerdote anciano de Minerva, con encargo de llevaros á Atenas, al Partenon, que es su templo. Y añadiréis que la Diosa, para consolarla y recompensar su piedad, la da un talento que encontrará oculto en el jardín, al pié de su estatua. — ¿Y quien dará ese talento? repliqué: ¿donde encontraréis ese anciano sacerdote? — El talento, me satisfizo el Dios, es un don de Minerva: lo sé muy bien; y en cuanto al anciano, seré yo, porque tengo, á semejanza de Vertumno, la facultad de tomar cuantas formas quiero. — Ya veis, pues, que mi amante era un Dios tan entendido y tan astuto como el mensajero del Olimpo; seguí el plan que me propuso. Despertéme sobresaltada á la media noche, y conté á mi madre mi vision fingida. Juzgo que la creyó, porque apenas amaneció cuando fué en busca del talento. Por mí, confieso que me atreví á dudar del presente de Minerva; pero mi madre, que me precedia, exclamó: ¡Hele aquí! Echóse súbitamente á los piés de la Diosa para darla gracias, y asegurarla de su agradecimiento eterno. Yo hice lo mismo, maravillosa del milagro. Aquel dia lo pasámos entre júbilos y entre ejercicios piadosos; quemámos incienso delante de la Diosa, la ofrecimos tortas, miel, aceite, é higos secos, y la coronámos de ramos de oliva. Pero mi

madre no pudo determinarse á dejarme partir, porque mi separacion affligia sobradamente su alma. Yo misma tampoco hubiera podido resolverme á tanto sacrificio, si mi situacion no me lo hubiera mandado. Dí parte al río Meandro de la perplejidad de mi madre. Dijome que la habia previsto, pero que obraria un prodigio que fijaria sus irresoluciones. « Anunciadla de parte de Minerva, añadió, que si dentro de tres dias no cumple con sus órdenes, se eclipsará el sol, dos horas ántes de mediodia, y os rodearán las tinieblas; y si no partis inmediatamente para presentaros á mis orillas, no volveréis mas á gozar de la vista de aquel astro, porque cubrirá la tierra una eterna noche. »

Aunque era yo tan crédula y sencilla, me reí de aquella prediccion: notólo mi amante, y me dijo con gravedad: « Pudiera desde ahora castigar vuestra incredulidad, y mandar al sol que ocultara sus rayos; pero quiero esperar hasta el tercer dia, y entónces conoceréis lo estendido de mi poder. Pero, con todo, anunciad á vuestra madre, de parte de Minerva, el terrible castigo á que su desobediencia la espone. » No obstante de que mi fé era titubeante, le prometí obediencia.

Quedó mi madre asustada de las amenazas de Palas; pero forzada de la ternura con que me amaba, aguardó el dia fatal para deter-

minarse : llegó aquel dia. Toda la mañana tuvimos los ojos fijos sobre el sol, siguiendo su camino : dos horas ántes de mediodia empezaron á apagarse las orillas de su disco, fué insensiblemente creciendo la sombra; apoderóse de nosotras el espanto, y nos pegamos estrechamente una á otra. Creció prontamente la oscuridad, aumentóse nuestro miedo, lloramos, nos prosternamos á los piés de Minerva, imploramos su clemencia, y solicitamos su perdon. Hecha esta oración, exhorté á mi madre á que me dejara votar al culto de la Diosa, y á que me acompañara á las orillas del río; en lo que consintió. Salimos cuando mas espesas eran las tinieblas. Iban siguiendo á mi madre el remordimiento y el terror; y ella se acusaba á sí misma de aquel trastorno de la naturaleza. En fin, á medida de como nos acercábamos al río, se iban disipando las sombras, de manera que no tardó el sol en mostrarse con todas sus luces. Renació la alegría en nuestras almas, y dirigimos á Minerva las gracias mas expresivas. Yo tenia embrolladas mis ideas, sin poder concebir aquel prodigio. Parecíame mi amante un hombre como todos los demas; pero sin embargo veía que mandaba en los astros y en la noche. — « Vuestro amante, interrumpió Dion, no era mas que un pícaro instruido y astutísimo, que sabia que á tal hora de tal

dia debia haber un eclipse de sol. — Eso mismo supe despues (a). »

Al llegar cerca del río, continuó Teofania, divisé un anciano sentado al pié de un chopo, con un libro en la mano, y con aire de estar absorbido en la meditacion. Salíonos al encuentro asi que nos sintió. Cubria la mitad de su rostro una barba blanca : sus cabellos y cejas eran blancas como la nieve : andaba á paso lento, con el cuerpo encorvado, y apoyado sobre un báculo. Le miré atentamente sin poder conocerle. Mi madre le preguntó ¿ si era sacerdote de Minerva? — « Ya veis, la respondió, que tengo sus vestidos sagrados : sé lo que os trae aquí, porque me lo ha revelado Palas : por poco no ha causado vuestra imprudencia un grandísimo desorden en la naturaleza toda. El sol á la voz de la Diosa ocultó sus rayos; pero en fin habeis reparado vuestra falta : entró el arrepentimiento en vuestra alma, y han vuelto á brillar las luces del astro del dia. »

Desde las primeras frases, reconocí en su voz, aunque bajo los vestidos de un anciano, que era mi amante. Mi madre, que estaba familiarizada con los milagros, y que se sorprendió poco de ver á un sacerdote confidente

(a) Verisimilmente fué el mismo eclipse que asustó tanto á Xerces, cuando marchaba contra los Griegos.

de Minerva, le dijo que ella se sometia á las órdenes de los Dioses, y le confiaba el destino de una hija tan amada. A estas palabras, me abrazó tiernamente, no sin verter un torrente de lágrimas, y las mias no cesaban de correr. Muchas veces estuve ya para retractarme; pero la presencia y las señas del sacerdote falso, y la memoria de mi situacion, reprimiéron aquellos movimientos de sensibilidad.

Fuimos á Mileto. Filon, porque al fin mi amante no era mas que un hombre mortal, me alojó magníficamente. Parecióle que mi voz era buena, y me proporcionó maestros de música. Tomé aficion á esta arte, é hice en ella muchos progresos.

Seis meses despues parí una niña de tan linda figura, que hubiera podido pasar por obra de un Dios. No quise que una muger estraña la alimentase; y llegó en mí á tanto este modo de pensar, que estando un dia con calentura, y advirtiendo que una muger daba de mamar á mi hija, me arrojé de la cama, tomé á mi hija, y la hice vomitar la leche que habia tragado (65).

Creí asegurada mi felicidad con su nacimiento. Amaba yo á Filon, adoraba á mi hija, disfrutaba de los favores de la fortuna; enviaba frecuentes socorros á mi madre, y no tenia que desear; pero es una sola línea

lo que separa á la felicidad de la desgracia.

Apénas tendria cuatro meses mi hija, cuando Filon me dió á entender que convenia separarla de nosotros, confiandola al cuidado de alguna muger de bien. La proposicion me enojó mucho, y él mudó de conversacion. Al instante eché de ver que nunca se sonreia con la niña, que la rehusaba sus caricias, y aun tambien que la desviaba de sí con desabrimiento. Yo estaba pasada de pena, y al fin me quejé. Respondióme con dureza que hijos semejantes no merecian apego alguno. — « ¡Pues como! le repliqué: ¿no habla la naturaleza á tu corazon? ¿no eres padre suyo? — ¡Quita allá! me repuso: esa palabra naturaleza es una palabra que nada significa: la preocupacion, la costumbre, y mas que todo el amor propio, es el solo vínculo que une los padres á los hijos: separaos de ellos al nacer, y la naturaleza callará. La naturaleza á mi ver solo es costumbre. »

Contesté á tan despreciable metafísica con los llantos de una madre, y con los repetidos y tiernos besos que dí á mi hija. Cierta dia, ¿podréis creer tanta barbarie? me estaba acariciando, y mi hija estaba junto á nosotros; yo le dije: Mirala bien, ¿que bonita es! — Sí, me replicó: seria lástima envenenarla (66). — ¡Que proposicion! toda temblé de horror. Desde aquel dia pasé mi vida entre

lutos y temores: entró en mi corazón el odio, y aborrecí á Filon; pero peleé cuanto pude contra aquel sentimiento importuno. ¡ Podia olvidarme de que era el padre de mi hija!

Una mañana entró en mi cuarto con encapotado ceño, y me dijo: « Esa niña origina frialdad entre nosotros, y te absorbe toda entera: quiero absolutamente ponerla en otras manos; no temas nada: la cuidarán, y tendrá una educacion análoga á su existencia futura.» Yo estaba callando, y mirándole de hito en hito. — « ¿ Me entiendes, Teofania? — Sí, te entiendo; pero el bárbaro Filon ántes me arrancará el corazón que mi hija: ¿ me entiendes tambien? » — Se fué sin responderme, y estuvo ausente tres dias. ¡ Que dias! ¡ que siglos! las ansias, los terrores, la soledad, el amor materno, me agitaban y me destrozaban alternativamente.

Al tercer dia, un poco ántes de anoche- cer, volvió, y me preguntó con semblante sosegado y afectuoso por mi salud: díjome que habia dado algun dinero á mi madre, y luego me añadió que entrase con él á mi gabinete, para ayudarle á descolgar un cuadro que queria enviar al pintor para reparar algunos defectos que tenía. Mi hija estaba durmiendo: yo nada sospeché, y le seguí. Arrimó una escalera á la pared, y me encargó que la tuviese firme: parecia como que

le costaba trabajo el descolgar el cuadro. En aquel instante mismo gritó mi niña: oí pasos en el cuarto, y corrí allá; pero ¡ que fué lo que ví! una enorme megera que se la llevaba. Arrojéme á ella, y la agarré por los cabellos, gritando: « ¡ Monstruo infernal, no te escaparás! » Presentóme un puñal la infame: yo se lo cogí sin miedo y con fuerza: quiso desasirlo de mi mano, y nos pusimos á luchar. La rabia, el furor, y la presencia de mi hija, aumentáron mis fuerzas, y vigorizáron mi espíritu: empezó á correr sangre de mi mano herida, pero nada se me dió; resistí, me abalancé, y dí espantosos chillidos. Entró por último Filon: sin duda tuvo miedo de que mis voces descubrieran su atrocidad: ¡ y aquel monstruo era el padre de mi hija! Hizomela volver, y temblando de ira salió con su cómplice.

Llamé á mis esclavos, mas ninguno respondió: víme totalmente sola, pero estaba con mi hija, á la que dí mil besos; la inocente infeliz se sonreia con mis caricias, y me alargaba sus tiernos braecitos. Advertíla bañada en sangre, y entónces pensé en curarme la herida.

Pero la noche me iba trayendo mayores espantos. Resolví pues escaparme, y buscar algun asilo en que pudiese hallar conmiseración para una madre. Acudí á la puerta de

la casa; pero el nudo que la cerraba estaba tan bien hecho, que no pude desatarlo (a). Aquella precaucion acrecentó mis sospechas y terrores. Anduve de cuarto en cuarto, des-pavorida y trémula, y formando mil proyectos que mutuamente se destruian. Puseme á medir la altura de las ventanas, y me arredró por demasiada. Tenia yo un jardinillo cercado de tapias bastante altas, y me atreví á formar el proyecto de echarme por ellas. Era la noche oscura, pero me favorecian las sombras. Ar-rastré al jardin una escalera grande, pusela sobre la tapia, y con mi ceñidor me até sobre la espalda á mi hija. Al subir, me temblaban los piés; pero no era por mí por quien temblaba. Así que estuve en lo alto de la tapia, me senté, acaricié á mi niña, y apreté mi ceñidor. Traspasé la escalera al otro lado, y no sin trabajos y esfuerzos bajé lentamente con mi carga. Luego que tomé tierra, lo primero que hice fué arrodillarme para dar gracias al cielo. ¡Que resorte tan poderoso es el amor materno! Desviéme á paso acelerado, y caminé rodeada de temores y de sombras, pareciendome siempre que venian detras de

(a) Los Lacedemonios fuéron los que inventáron las llaves. Antes de esta invencion, se cerraban las puertas con nudos tan enredosos, que solo podia des-enredarlos quien tenia el secreto.

mí Filon y sus satélites. Pero ¡ay! abandonáronme las fuerzas, y caí desmayada junto á una cerca; allí, casi sin pulsos, demudada y palpitante, prestaba toda mi atencion á cualquier graznido de los pájaros nocturnos, y al ligero movimiento de una hoja. Súbitamente oí pasos de hombres: puseme á escuchar con el mayor cuidado: acercóse el ruido, y yo me resolví á salvar la cerca, pero caí en un lodazal. ¡Que idea tan tétrica me ocupó entonces! llegaron dos hombres, y se pararon. ¡Ay! ¡como me palpitaba el corazon! cuajóseme la sangre en las venas, y me quedé casi sin respiracion: lo que mas temia yo eran los lloros de mi hija. Decian aquellos hombres: « ¡Adonde habrá huido? mucho camino ha andado en pocas horas: sigamosla con todo, y la alcanzaremos. » Algunos instantes despues me envió á Bion aquel Dios que vela sobre los desgraciados. ¡Ese que veis ahí es mi salvador! ¡cuanto agradecimiento y fidelidad le debo! El me ha reconciliado con los hombres á quienes yo mortalmente aborrecia.

Nunca se ha desmentido su generosidad, su complacencia, y su tierno cuidado. Por él he olvidado mis penas: hoy es dichosa mi vida, y no tengo otros deseos que formar, que los de hacer la suya tan afortunada como lo es la mia. — Preguntámosla por su hija y

por su madre, y nos respondió que habian ido á Anfisa por algunos dias.

Hecha la antecedente narracion, se levantó Bion, y nos dijo: La noche ha estendido su velo: el sueño ha salido ya de su antro sombrío, y nos aguarda á las cabeceras de nuestras camas: vamos á gozar de sus beneficios; y para esparcir vuestros ánimos, os contaré en el camino una aventurilla que yo presencié, y que tiene mucha relacion con la del Dios Meandro y la de Psiquis.

Viajaba yo por la Troada para visitar las ruinas de Troya. En aquellas comarcas prescribe la religion á las vírgenes ir algunos dias ántes de su himeneo á bañarse en las aguas del Escamandro, y á ofrecer sus primicias al Dios del río. La bella Tais, conforme á aquel uso piadoso, fué al parage dicho con su nodriza, dos dias ántes de su casamiento, y se sumergió en sus aguas clamando: « Dios del Escamandro, ven á coger mi virginidad, si esta oferta puede serte agradable. — Yo la acepto, » respondió el Dios, saliendo del centro de unos cañares, con la cabeza rodeada de sus hojas. Inmediatamente tomó de la mano á Tais, y la llevó bajo una vasta roca, circundada de mil arbustos que la hacian sombra. Salió de ella encarnada como la rosa que va á abrirse, y fué á buscar á su ama que la aguardaba á la orilla del río.

La jóven desposada, vestida gallardamente, pero mas hermosa por sus atractivos naturales, siguió el dia de la boda una procesion que se hacia en honor de Venus, y entre la turba de los jóvenes conoció improvisamente al dios Escamandro. « ¡Ay Cleona mia! esclamó, hablando con su nodriza: ¡ved allí al Dios Escamandro, á mi esposo del otro dia! » Descubrió la nodriza el fraude, voceó, pidió socorro, y quiso que prendieran al fingido Dios; pero por fortuna suya tuvo tiempo para escaparse.

Bion se apartó de nosotros diciendonos: Un pastor debe estar levantado cuando aun brilla la estrella matutina. Mañana comeremos en la isla de la Amistad. La vida se me va acabando, y cada sol que me alumbra puede ser el último. Debo imitar al labrador que, mientras mas cerca está la noche, mas trabaja.

Cada dia es un bien del cielo pío;

Gozo, pues, de este dia que me ofrece:

No es mas del tierno jóven, que lo es mio;

Y el de mañana á nadie pertenece.

NOTAS.

(1) *Pág. 11, l. 25.* — TENIAN los antiguos tanta afición á las coronas, que los convidados se ponian hasta tres de flores, una sobre la cabeza, otra al derredor de la frente, y la tercera en el cuello; y las ponian tambien sobre las puertas, sobre los bufetes, sobre las botellas y sobre los vasos. Vivian los Griegos persuadidos á que las flores sobre las cabezas, en el pecho, y aun en los vasos, precavian la embriaguez. Por último, las coronas llegaron á ser premio de la destreza y del valor. Hebreos, Egipcios y Gentiles, llevaban cuernos en señal de honor y de poder. Moises llevaba cuernos. A Jupiter Ammon se le adoraba bajo la forma de un carnero. Nuestros caballeros antiguos, para hacerse mas temibles en las batallas, llevaban cuernos en sus cascós. Atabanselos sus mugeres cuando iban á la guerra; mas se disgustaron de ellos, porque diéron ocasion á burlas, y porque se los dió un nombre que recordaba la licencia de sus mugeres durante su ausencia.

(2) *Pág. 25, l. 10.* — Dadas estas noticias sobre las comidas de los Atenienses, no será enojoso conocer las de los Romanos. Su comida principal se verificaba entre tres y cuatro de la tarde, y esta era la mas agradable y suntuosa. En los primeros tiempos comian en sus vestibulos á la vista de todos. Despues tuvieron bellas salas para comer. Primero fué la mesa de madera, y cuadrada; no tenian manteles. En lo sucesivo

empleáron el marfil, la concha de la tortuga, y la madera del limonero; engastáron piedras preciosas, y cubriéron las mesas de láminas de oro. A los principios comían sentados en bancos, y luego recostados sobre unas camillas voluptuosas y magníficas. Los convidados pasaban á comer, al salir del baño, con un vestido destinado solo para esto. Los hombres se quitaban los zapatos al ponerse á la mesa, pero las mugeres no. Cuando no habia baño, se les daba agua para que se lavasen manos y piés. Los convidados llevaban sus servilletas, y esto duró hasta mucho tiempo despues de Augusto. Presentaban á cada convidado coronas de flores ó de yedra, á las que se atribuía la propiedad de impedir con su frescura la subida de los humos del vino. Conservaban las coronas miéntras la comida, y no se las ponían hasta haberse empapado el pelo con esencias odoríferas. Daban á cada convidado la lista de los manjares, y de cuantas veces habia de cubrirse la mesa. Estas se cubrían por lo regular tres veces, y en ocasiones hasta siete. Primero venían los huevos, y luego venían las ensaladas, las lechugas, las ostras del lago Lucrino, y las aceitunas. El segundo cubierto se componía de asados y de carnes sólidas, con las cuales se mezclaban algunos platos de pescado. El tercer cubierto consistía en pastas y en frutas de toda especie, y esto era de suma magnificencia; y se aguardaba este cubierto para hacer las últimas libaciones. Derramaban, ántes de beber, un poco de vino de la copa, en honor de alguna divinidad, ó del Emperador, ó del genio de alguna persona; y aquellos eran los instantes de la ale-

gría. Entónces empezaban los brándis. El amo de casa mandaba traer una copa mas grande y mas rica que las otras, para beber á la redonda á la salud de las personas de su cariño. Cuando se brindaba por la salud de alguna dama, solíase por galantería beber otras tantas copas como letras tenia su nombre. Y habia criados que en el verano servían únicamente para espantar las moscas con unos grandes plumeros.

Solíase tambien lavar las manos otras tantas veces como la mesa se cubría. Si traían algun pescado ú pájaro de mucho precio, era tocando flautas ú oboeses. Admitíanse en aquellas comidas cantarinas y músicos, ó bien los suplían los mismos convidados. Había mimos y pantomimos, y se representaban escenas mudas. Había tambien contadores de cuentos chistosos, que lo eran de oficio. Y á veces se leían obras de ingenio, ó se presentaban gladiadores. Acabábanse las comidas con libaciones á los Dioses. Bebiase brindando por la prosperidad del amo de casa, ó por la del Emperador; despues de lo cual se lavaban las manos con una pasta hecha espesamente para ello. Finalmente, los convidados, al despedirse de sus huéspedes, recibían de ellos algunos regalos.

(3) Pág. 25, l. 30. — Era un templo consagrado á Minerva.

(4) Pág. 28, l. 25. — La Venus de Medicis dicen que es una copia de la Venus de Praxiteles: se atribuye al estatuario Cleomenes, que no era de aquellos artifices de primera clase.

(5) Pág. 29, l. 15. — Los mas de los ciudadanos de Atenas tenían su sepultura en sus casas de campo. El

Ceramico estaba destinado para los que morian en las batallas, ó hacian á la patria grandes servicios.

(6) *Pág. 30, l. 21.* — La misma aventura sucedió á Gasendi; viajó, desde Paris á Grenoble, con un hombre de talento, sin descubrir quien era. Así que llegaron, se apartó de él el compañero para andar por la ciudad. Encontróse con un amigo suyo, quien le dijo que iba á ver al célebre Gasendi que acababa de llegar. Replicóle el Parisiense que tendria muchísimo gusto en conocer á un hombre tan grande, y que así queria acompañarle. Quedó maravillado de encontrarse con Gasendi su compañero de viage.

(7) *Pág. 32, l. 22.* — Se puede creer que el Papa Clemente VIII no desechaba el sistema de Platon. Habia acompañado á Marsella á Catalina de Medicis, su sobrina, para casarla con el Duque de Orleans, hijo segundo de Francisco I^o; y es fama que la dijo al despedirse de ella: *Fate figlioli in ogni maniera.* Hay muchas apariencias de que Catalina siguió este consejo, porque el Condestable de Montmorency decia que de todos los hijos de Enrique II solo se le parecia una hija natural.

(8) *Pág. 39, l. 18.* — Leoncio el Filósofo, padre de Atenais, la instruyó en las bellas letras y en las ciencias. Formó en ella un filósofo, un gramático y un retórico. Sobre tantos conocimientos, tenia todas las gracias juntas de su sexo, sin que faltase la solidez del sexo contrario. Creyó su padre que con tanto mérito, unido á su hermosura, no necesitaba su hija de bienes, y por tanto la desheredó. Luego que murió su padre, quiso ella recobrar sus derechos; pero se opu-

sieron sus hermanos. Atenais fué á Constantinopla á pedir justicia á Pulqueria, hermana del Emperador Teodosio II. Pero dicha Princesa, admirada de su sabiduría y belleza, pudo casarla con su hermano. Sucedió esto en el año 421 de nuestra era.

Rehusó Focion cuantos regalos le hizo Antipater, Rey de Macedonia; y uno de sus amigos le dijo: «Acepta á lo menos para tus hijos. — Si mis hijos, le replicó, se me parecen, tendrán bastante con lo que les queda; y si quisieren ser licenciosos, no debo contribuir á sus escesos.»

(9) *Pág. 65, l. 30.* — Congregabase regularmente el Arcopago sobre una colina, en una sala abierta que tenia una techumbre rústica. No era determinado el número de los jueces; pero los nueve arcontes lo eran de derecho. Conocian de asesinatos, de incendios, de envenenamientos, y de cuanto concernia á la religion. Este tribunal condenó á Socrates. Hallabase situado enfrente de la ciudadela. Dicese que Orestes compareció en él por su matricidio, de que fué absuelto. Habia en la sala dos escalones de plata, donde se sentaban el acusador y el acusado: el uno era el sitio de la injuria, y el otro el de la inocencia. El templo de las Euménides estaba muy inmediato, y los que quedaban absueltos iban á sacrificar á él. En el recinto del Arcopago estaba el sepulcro de Edipo.

(10) *Pág. 75, l. 21.* — Los Griegos filosofaban paseandose, y elegian para escuelas lugares propios á este fin. Platon daba sus lecciones en la Academia, que era un campo con muchos árboles, á la orilla del Iliso. Aristoteles enseñaba en el Liceo, que era un

lugar espacioso, adornado de árboles: sus discípulos fueron llamados Peripatéticos, porque filosofaban andando. Un vasto pórtico, ó galería pintada por Polignoto, era la escuela de Zenon. Epicuro filosofaba en los jardines.

(11) Pág. 81, l. 3. — Antenor no pudo prever que la naturaleza formaría un segundo Xenocrates. Pero, en el año 1184, Roberto de Arbrisel, despues de haber arrastrado tras sí á muchos prosélitos de ámbos sexos, formó en Fontevrault, en Anjou, una comunidad cuyo generalato obtuvo una muger. Asegurase que este santo varon, para probar su continencia, dormía frecuentemente entre dos canonesas, sin sucumbir á la prueba.

(12) Pág. 81, l. 13. — Caton el Censor aprendió el griego á los setenta años: á los ochenta y seis fué acusado, y él mismo defendió su causa.

(13) Pág. 85, l. 4. — Mucho tiempo se creyó que la vida de las cornejas era de dos ó tres siglos. Hoy se sabe que es un error.

(14) Pág. 86, l. 26. — El cipres y el olmo estaban consagrados á los muertos, porque no dan frutos.

(15) Pág. 89, l. 2. — Los Griegos le hacen hijo de Isis y de Osiris. Representabasele bajo la figura de un jóven medio desnudo, con una capa sembrada de ojos y de orejas, y sobre la cabeza una mitra egipcia, un dedo sobre la boca, y en la otra mano un cuerno. Colocabasele á la entrada de los templos. Se le había consagrado el melocotonar, porque la hoja de este árbol tiene la forma de una lengua. Los Romanos llamaban á este Dios Harpocrates.

(16) Pág. 92, l. 30. — El Odeon era un teatro de Atenas, en que se ejecutaba mala música; estaba rodeado de las habitaciones de todas las cortesanas. Habia en este teatro mimos que hacian gestos indecentes, y representaban danzas lascivas y escenas de amor; sin embargo asistian á él las gentes honradas de Atenas. Fué construido este soberbio teatro en el Ceramico por orden de Pericles. Interiormente estaba decorado de estatuas, y guarnecido de sillas. Nombrañanse jueces para adjudicar el premio á los concurrentes, y se daban en él fiestas anualmente. No convienen todos los autores en que fuese un teatro de mala música y de mala sociedad.

(17) Pág. 94, l. 8. — La fiesta de Eleusis ó de Ceres era una de las mas célebres de Atenas: llamabasele por excelencia *los misterios*. Todos los Atenienses de uno y otro sexo se hacian iniciar en ella pronto. Leíanse en la fiesta libros misteriosos; se oían voces extraordinarias y truenos; se veían espectros, y se sentía temblar la tierra. Dicese que pasaban en ella espantosos desórdenes. Duraba nueve días, y se renovaba de cuatro en cuatro años. Los iniciados que habian sido bañados en las aguas del Iliso, y conducidos despues en procesion al santuario de Ceres, debian habitar despues de esta vida bosques afortunados en los Campos Elísios, y gozar allí placeres inefables y eternos, miéntras que los no iniciados debian ser abismados en lo hondo del Tenaro.

(18) Pág. 95, l. 21. — Cabrias, general ateniense, fué enviado al socorro de los Tebanos contra los Esparciatas, y aunque abandonado por sus aliados sos-

tuvo solo con su tropa el choque de los enemigos. Hizo poner á sus soldados el uno contra el otro, una rodilla en tierra, cubiertos con sus escudos, y alargando sus picas. Agesilao, aunque vencedor, no pudo romperlos. Los Atenienses levantaron una estatua á Cabrias, en la actitud en que habia combatido.

(19) Pág. 98, l. 27. — En Francia se anulaba un matrimonio por causa de impotencia; pero eran necesarias pruebas, y para hallarlas se ordenaba la inspeccion material. M.^r de Lamoignon, primer presidente, hizo abolir este uso indecente bajo Luis XIV.

(Nota del traductor.) En España se ha practicado esta prueba desde el derecho de las decretales, y aun no está abolida; y lo mas particular es que estas causas eran de la competencia de los tribunales eclesiásticos, y se dirigian y decidian por jueces tambien eclesiásticos, hasta la última revolucion.

(20) Pág. 116, l. 7. — Los Heliastas son magistrados del tribunal mas importante y numeroso de Atenas. Su funcion principal era velar en la conservacion de las leyes, é interpretar las oscuras. Eran ciento y cincuenta, y se les elegia entre los magistrados de los demas tribunales, que habian cumplido el tiempo de sus encargos.

Cuando lo permitia el tiempo, se celebraban las juntas en campo raso; y si hacia frio, se les permitia á los jueces el fuego. Abriase la sesion al salir el sol, y se cerraba al ponerse; pero ante todo debian los sacerdotes observar las entrañas de las víctimas. Los Heliastas prestaban un juramento que acababa con estas palabras: « Juro por Jupiter, por Neptuno y por Ce-

res, á quienes ruego que, si violo mis juramentos, envíen su castigo sobre mí y sobre mi familia; pero tambien les suplico que me concedan toda suerte de prosperidades, si fuere fiel á mis promesas. »

(21) Pág. 124, l. 19. — Distinguian los Griegos cuatro cosas en el hombre: el cuerpo, que se resuelve en polvo; el alma, que pasaba al Tártaro ó á los Campos Elisios, segun sus méritos; el simulacro, que habitaba en el vestibulo de los infiernos; y la sombra, que andaba errante en torno del sepulcro, á la cual se llamaba tres veces, y por la cual se hacian libaciones, como tambien á los Dioses Manes que eran los genios de los muertos. Estos Dioses cuidaban de las sepulturas y de las sombras que andaban por allí vagando.

(22) Pág. 133, l. 1. — Si algun General moderno se parece en algo á Epaminondas, es el Mariscal de Catinat. La noche que siguió al día de la batalla de Marsalla, que acababa de ganar, pasó la noche en el bivac al frente de sus tropas. Durmió embozado en su capa, en medio de su cuerpo privilegiado de caballería. Los individuos de este cuerpo, que habian tomado veinte y ocho banderas al enemigo, idearon circundar al General con aquellos trofeos. Los demas regimientos agregaron á aquellas las banderas que habian tambien tomado al enemigo. Amaneció; despertó Catinat, y se vió circundado de los trofeos de su conseguida victoria, y saludado por las aclamaciones del ejército.

(23) Pág. 136, l. 18. — Cuando era el marido que pedia la separacion, volvia la dote, ó pagaba una pension alimentaria. Cuando era la muger, perdía sus

derechos; y ella misma presentaba su pedimento á los magistrados.

(24) *Pág. 143, l. 12.* Servianse, para las purificaciones, del agua del mar; pero con mas frecuencia del agua lustral: esta era agua comun en la que apagaban un tizon ardiendo, tomado del altar. Cuando en él se quemaban víctimas, con aquella agua se llenaban todos los vasos ó tazones que estaban en los vestibulos de los templos; y un sacerdote, que estaba junto á ellos, ofrecia de dicha agua á los que pasaban para que se purificasen. Poníase tambien el agua lustral junto á los ataúdes. Los Druidas entre los Galos hacian una agua lustral con muérdago de encina. Por medio de esta ceremonia religiosa anunciaban el año, acompañados de los magistrados, y del pueblo que gritaba: *Al muérdago del año nuevo.* Iban á un bosque á buscar una encina que tuviese muérdago; y así que la hallaban, daban alegres gritos, y disponian al derredor del árbol un altar triangular, y grababan sobre la encina los nombres de los Dioses que creian mas poderosos; despues un Druida, vestido con una túnica blanca, subía á la encina, y cortaba el muérdago con una podadera de oro, mientras que los demás Druidas, puestos al pié del árbol, le recibian en un lienzo; con gran cuidado de que no cayese en tierra. Metian despues aquel nuevo muérdago en el agua, y lo distribuian al pueblo, persuadiendole á que aquella agua era eficacísima contra los sortilegios, y que curaba tambien muchas enfermedades.

(25) *Pág. 147, l. 18.* — Creian los antiguos que el rayo nunca caía sobre el laurel.

(26) *Pág. 149, l. 24.* — Bodino, autor célebre por su libro de la República, murió de una enfermedad pestilencial que él no quiso evitar, llevado de la opinion vulgar de que, pasados los sesenta años, no deben ya temerse los males contagiosos: lo que prueba que tanto debe desconfiarse de las preocupaciones que espantan, como de las que tranquilizan.

(27) *Pág. 154, l. 20.* — Solon hizo esta ley para impedir que el hermano, casandose con su hermana uterina, no reuniese la herencia de su padre y los bienes del primer marido de su madre.

(28) *Pág. 165, l. 9.* — Los Androginos tenian dos sexos, dos cabezas, cuatro brazos y cuatro piés. Muchos Rabinos enseñan que Adán fué criado hombre y muger á un mismo tiempo, y que Dios separó luego los dos cuerpos reunidos.

(29) *Pág. 175, l. 2.* — Los Griegos eran muy amigos de la hospitalidad. Tenian comisionados revestidos de un carácter público, llamados Proxenes, que acompañaban á los extranjeros por la ciudad, les proporcionaban alojamientos, y cuantas comodidades dependian de ellos.

(30) *Pág. 177, l. 18.* — Sanson es el Milon y el Hercules de los Judíos; pero con la diferencia de que la fuerza del atleta judío estaba en sus cabellos, y era fuera de esto mas sociable y entendido que Milon.

(31) *Pág. 178, l. 15.* — Cuentase que un dia hizo Hercules una apuesta de voracidad con un cierto Lepreo. Tratabase de comerse un buey entero. Sirviéron á cada uno el suyo, y ámbos lo devoraron; pero se adjudicó la victoria á Hercules, porque acabó de co-

mer primero. Mas como ámbos antagonistas bebiéron en razon de lo que devoráron, se dijéron algunas injurias, las que terminó Hercules machacando con su maza á Lepreo.

(32) *Pág.* 181, *l.* 11. — Hesiodo nació en Cumas, en Eolide; pero fué educado en Ascera, en Beocia. Dicese que vivió treinta y siete años ántes que Homero. Fué el primero que escribió sobre la agricultura: intituló su poema *las Obras y los Dias*, porque la cultura de la tierra pide que se observen puntualmente los tiempos y las estaciones. Sirvió de modelo á Virgilio para sus *Geórgicas*.

(33) *Pág.* 182, *l.* 8. — La Mothe-le-Vayer decia como Hesiodo: « Pareceme la vida tan indiferente, por no decir mas, que no queria yo volverla á empezar. No trocaba yo los tres dias calamitosos que me quedan que vivir, por los largos años y placeres que se prometen los jóvenes. » Pues, con todo eso, gozaba aquel filósofo de cuanto puede hacer gustosa la existencia.

(34) *Pág.* 185, *l.* 5. — El Pnyx era el sitio donde se juntaba el pueblo para deliberar sobre los negocios públicos, y estaba circundado de asientos. Al derredor del tribunal, que estaba erigido en medio de aquella plaza, habia un reducido círculo de terreno, atajado con cuerdas, para que la multitud no incomodase á los jueces. Estaba cerca una gran piedra, sobre la que se subia el pregonero para imponer silencio; y mas lejos habia un cuadrante solar, y al cabo del Pnyx se veia un templo dedicado á las Musas.

(35) *Pág.* 186, *l.* 20. — En Grecia se quedaba el ama

de leche en casa por toda su vida, despues de haber acabado de dar el pecho á su cria.

(36) *Pág.* 186, *l.* 26. — El Gineconomo era un magistrado cuyas funciones se reducian á informarse de la vida y costumbres de las mugeres de Atenas. Castigaba á las que atropellaban las leyes de la modestia y del pudor, y hacia que se escribiesen sus nombres en la plaza pública. Habia diez Gineconomos.

(37) *Pág.* 189, *l.* 11. — Igual aventura acació despues al sabio Haller, famoso médico de Berne.

Un gran pintor, nombrado Juan Jouvenet, quedó paráltico de la mano derecha, y consiguió á fuerza de trabajo pintar igualmente bien con la mano izquierda.

(38) *Pág.* 191, *l.* 5. — Los Esenos, entre los Judíos, tenian el mismo respeto al sol. Cuando tenian que acudir á alguna necesidad natural, se desviaban, hacian un agujero en tierra, y se envolvian cuidadosamente con sus vestidos; y asi que habian acabado, tapaban el mismo agujero con la tierra que habian estraído.

(39) *Pág.* 192, *l.* 21. — Decia Empedocles, que se acordaba de haber sido muger, despues hombre, árbol, pájaro, y finalmente Empedocles.

Los Bramanes hacen tambien transmigrar sus almas por diferentes cuerpos. La del hombre benigno pasa al cuerpo de un pichon, la de un tirano al de un buitre, y asi de los demas. A consecuencia de esto, respetan sumamente á los brutos, les han fundado hospitales, y rescatan los pájaros que los Mahometanos cogen.

(40) *Pág.* 194, *l.* 17. — San Francisco-Javier renovó este milagro, pues se halló á un mismo tiempo sobre

dos navíos maltratados de la borrasca, y distantes uno de otro sesenta leguas, y salvó á ámbos navíos.

(41) Pág. 198, l. 4. — Era una preocupacion de los Atenienses: tenian al juéves por día de mal agüero, como nosotros y los Turcos tenemos al viérnes.

(42) Pág. 198, l. 4. — Un Emperador del Japon mandó destruir muchísimos monasterios de bonzos y de bonzas, siguiendo aquel principio de que siempre que hubiese un hombre que no trabajase y que no se ocupase, era preciso que alguno padeciese el frío y la hambre en su imperio: La Diosa Bapta es la Diosa de la lubricidad.

(43) Pág. 205, l. 13. — Las cartas que los particulares se escribían eran sobre unas tablitas delgadísimas y enceradas, las cuales se envolvían en lino, y se cerraban con greda ó con cera de Asia.

Al empezar sus cartas, ponían siempre estas palabras: *Alegría y prosperidad*; al acabarlas: *Pasadlo bien, y sed feliz*; despues firmaban. Los Atenienses ponían despues de sus nombres, cuando firmaban, el de sus padres y el país de su nacimiento; por ejemplo: *Demostenes de Peanea, hijo de Demostenes*.

(44) Pág. 219, l. 12. — En el Talmud se lee aquella fábula que trata de que no quiso Dios criar á la muger, porque previó que el hombre se quejaría pronto de su malicia. Aguardó á que Adán se la pidiese, lo cual hizo; pero Dios tomó todas las precauciones posibles para hacerla buena. No quiso sacarla de la cabeza, temeroso de que no saliese con el alma y el entendimiento poco sólidos; ni de los ojos, porque no guiñase é hiciese gestos; ni de la boca, porque no

hablase demasiado; ni de las orejas, porque no se pudiese á escuchar á las puertas; ni del corazón, porque no fuese zelosa; ni de las manos ni de los piés, porque no fuese andariega ni ladrona; pero, por mas que Dios hizo, salió la muger con todos estos defectos juntos, sin embargo de que la sacó de una parte sólida y decente del hombre.

(45) Pág. 221, l. 18. — Los sacerdotes de Apolo atraían de todos los pueblos de la Grecia un monton de desgraciados, cuya muerte era obra suya; y como se aprovechaban de sus despojos, empleaban toda suerte de supercherías para saciar su avaricia; y á fin de que la vista del precipicio no alcanzase á contenerlos, los obligaban por un juramento.

(46) Pág. 224, l. 24. — Las mugeres la acusaron de una aficion vivísima é ilícita á su sexo.

(47) Pág. 226, l. 13. — Era una señal de deferencia lo de coger por la barba; y al despedirse, se servían de esta fórmula cortísima: *A dios, hasta la vista*. La costumbre de besar las manos era tambien un acto de urbanidad.

(48) Pág. 258, l. 5. — El estadio es de ciento veinte y cinco pasos geométricos.

(49) Pág. 240, l. 14. — Es la hermosa oda traducida por Catulo, y despues por Boileau: de la traduccion de este es la que sigue.

¡Feliz quien junto á tí por tí suspira,
Quien goza del placer de oír tu habla,
Quien vé que te sonríes al mirarlo!
¿La de los Dioses á esta dicha iguala?
Siento de vena en vena sutil fuego

Discurrir por mi cuerpo, al ver tu cara;
 Y es tal de mi pasión la fuerza activa,
 Que no encuentro la voz para explicarla.
 Estiendese una nube por mis ojos:
 Pierdo el sentir, oprímenme las ansias;
 Y pálida, sin pulsos, sin aliento,
 Me hielo, me estremezco, exhalo el alma.

(50) *Pág. 242, l. 7.* — El calor de Mercurio, según Newton, es siete veces mayor que el calor de la tierra en el más cálido verano.

(51) *Pág. 245, l. 11.* — Meton fué el primero que halló que al cabo de diez y nueve años volvian el sol y la luna á un mismo punto, con la diferencia de hora y media.

(52) *Pág. 245, l. 19.* — Se les ponía á los pobres en la boca un óbolo que valía tres sueldos, y á los ricos una moneda de plata.

Hoy día, en Rusia, pone el sacerdote entre los dedos del muerto un papel para que le sirva de pasaporte en el otro mundo. El papel está concebido en estos términos:

« Yo, el abajo firmado, obispo ó sacerdote de N....,
 » reconozco y certifico por la presente, que N....,
 » portador de dicha carta, ha vivido siempre como
 » buen cristiano, profesando la religion griega; y
 » aunque ha pecado frecuentemente, se ha confesado
 » de sus culpas, y ha recibido la absolucion y la co-
 » munion en remision de ellas. Ha honrado á Dios y
 » á sus Santos, ayunado y orado en las horas y en
 » los tiempos prescriptos por la Iglesia. Se ha con-
 » ducido bien conmigo, que soy su confesor, y de

» manera que no he puesto dificultad en absolverle de
 » sus pecados. En fé de lo cual le espedimos la pre-
 » sente certificacion, para que San Pedro, al verla, le
 » abra la puerta de los gozos eternos. »

(53) *Pág. 246, l. 18.* — Estaba prohibido poner ornamento alguno en los sepulcros, á no ser alguna columna ó cipo de tres codos de alto, ó bien estatuas, ó alguna simple mesa.

(54) *Pág. 246, l. 26.* — Creian los paganos que las sombras de los muertos vagaban al derredor de los sepulcros, y que los Dioses Manes velaban sobre ellas y sobre las sepulturas.

(55) *Pág. 258, l. 25.* — Esta invencion del vidrio por la fundicion del nitro es un cuento fenicio, transmitido por Plinio. ¿ Como suponer que unos mercaderes ignorasen la naturaleza del nitro, y que habiendose fundido sus morillos, no se habria derribado su olla? La invencion del vidrio y del cristal sube á la más remota antigüedad, aunque el uso de ellos no estaba esparcido. Los Judíos tenian vidrierías, y de ellos pasó esta invencion á Fenicia y Egipto. El vidrio era tan estimado entre los Romanos, que bajo el imperio de Neron se diéron seis mil sestercios por dos grandes copas. Los vidrios no empezaron á emplearse en las ventanas hasta el cuarto siglo de nuestra era. Los antiguos, para defenderse de las intemperies del aire, se servian de celosías, de rejas de alambre, de pieles dadas de aceite y de otras materias.

(56) *Pág. 259, l. 3.* — No era permitido á los Espartanos, cuando los sorprendian lluvias ó mal tiempo, meterse bajo de cubierto.

(57) Pág. 265, l. 1. — El Pitagórico Clinias era muy propenso á la cólera. Cuando conocia que le iba á enagenar, tomaba su lira, tocaba algo, respiraba, y decia con satisfaccion: «¡ Ay! ya conozco que me apaciguo.» Tambien contribuye la música para la curacion de algunas enfermedades. Cura á los mordidos de la tarántula, que es una araña grande que se halla no solamente en Tarento, en la Pulla, que es donde ha tomado su nombre, sino tambien en otras partes. Poco tiempo despues de la mordedura, sobreviene á la parte un dolor agudísimo, y pocas horas despues un entorpecimiento: cae seguidamente el mordido en una melancolía profunda, respira con dificultad; se le debilita el pulso, cesa el movimiento, y se muere, á menos de no ser socorrido. Cuando alguno se halla en el estado dicho, ha de tocarle algun músico diversas sonatas; y así que el mordido ha encontrado aquella cuyo tono y modulacion le convienen, empieza á menearse algo: primero mueve los dedos en cadencia, despues los brazos y las piernas, y por grados todo el cuerpo, hasta que por último se pone en pié, y se abandona al baile, aumentando sin cesar la actividad y la fuerza. Los hay que danzan seis horas sin descansar. Despues de esto, se les acuesta; y cuando se les juzga bastante repuestos de su primer baile, se les saca de la cama para otro nuevo, bien que en el mismo tono y compas. Dura este ejercicio de siete á ocho dias á lo mas, hasta que el enfermo no se reconoce ya en estado de bailar mas, lo cual anuncia su curacion; pues miéntras el veneno obra sobre él, bailaria, si se quisiera, continuamente, y

moriria de desfallecimiento. El paciente recobra luego sus fuerzas y conocimiento, volviendo en sí como de un profundo sueño, sin acordarse de lo que le pasó en su acceso, y ni aun de la danza.

Cuando Saul se veia atormentado del espíritu maligno, David se lo espelia al instante tocando el arpa.

(58) Pág. 266, l. 10. — La escolía era una cancion que se cantaba en la mesa, formando coro, y en un mismo tono. Este era el género de poesía mas antiguo entre los Griegos, y probablemente entre todas las naciones de la tierra. Los Atenienses fuéron célebres en ella, y sus canciones alabadas por su inocente sencillez subian hasta la mas remota antigüedad. Dicen que Terpandro fué el inventor. Alceo, Anacreon, Melito, acusador de Socrates, y cuatro mugeres, Eripania, Clitagora, Praxiles y Safo, fuéron los poetas y poetisas que se distinguieron mas en dicho género. Habia escolias morales, mitológicas, históricas, báquicas, y amorosas.

(59) Pág. 267, l. 9. — Si es que podemos comparar alguna muger moderna á la celebrada Safo, es Luisa Labbé, llamada *la hermosa Cordelera*. Nació en Leon, en 1526. Bien que de nacimiento humilde, fuéron sus talentos tan felices que escitaron á sus padres á cultivarselos. Apenas habia salido de la infancia cuando ya era escelente en la música. Fué dotada tambien de una voz muy seductora. Sabia ya el griego, el latin y el español. Se habia perfeccionado en los ejercicios guerreros, y sobre todas estas prendas era hermosa.

Por la lectura de sus obras se vé que su corazon era tierno y bondoso, su alma fuerte y elevada, y todos

sus gustos pasiones. Primero tuvo la de la música, caza y guerra. Vivía tan enamorada de la gloria humana, que se dedicó á las armas. A la edad de diez y seis años se pasó al ejército francés que estaba sitiando á Perpiñan, y allí dió pruebas de gran valor, bajo el nombre del Capitan Loys. Entre una turba de amantes que tuvo, distinguió y amó á un guerrero jóven. Sacrificóle Luisa su pasión á las armas, y se volvió á su país para darse toda entera al amor.

Duró poco su felicidad. Esperimentó Luisa crueles persecuciones; pero no fué culpa de su amante, cuya tierna memoria conservó toda su vida.

Las Musas suavizaron sus penas. Diose á conocer en el público primeramente con una comedia. Compuso tambien diferentes piezas en verso, griegas, latinas, italianas, españolas y francesas. Se le debe la mejor fábula moderna, *el Amor guiado por la Locura*. El triste estado en que se veía la obligó á casarse con un hombre de edad avanzada, que se habia enriquecido con el comercio de cables y sogas, de donde vino á Luisa el nombre de la hermosa Cordelera. Abrió su casa á los sabios, á los poetas, á los extranjeros, y á la mejor sociedad de Leon. Su trato era las delicias de infinitas gentes. «Re-
» cibia, dice Duverdier, por medio de targetas, músicos
» de instrumentos y de voces, porque era muy diestra
» en la música: se leían buenos libros, latinos, espa-
» ñoles, é italianos, de que estaba copiosamente pro-
» vista su biblioteca; y ademas tenia, para agasajar
» á todos, escelentes dulces.» Miraba con particular predileccion á los poetas y á los sabios, y los preferia á los grandes señores, atendiendo á aquellos, mas

bien gratis, que á estos por cantidades crecidas. «Bas-
» taba, añade Duverdier, ser poeta, para conseguir de
» ella el don de amorosa merced.» Murió en el año de 1568, á los cuarenta años de su edad.

(60) Pág. 271, l. 2. — La hospitalidad era muy ejercitada entre los Griegos. La miraban como una virtud capital, y sumamente agradable á los Dioses. Los Dioses protectores de la hospitalidad eran Jupiter, Venus, Minerva, Hercules, Castor y Polux.

Cuando llegaba un extranjero, no se cuidaba de preguntarle el negocio que le llevaba. El dueño de casa le tomaba por la mano derecha en señal de fidelidad, y le iba precediendo. La primera de sus obligaciones era hacerle bañar, y despues mandar que le lavaran los piés. La primera funcion correspondia á las hijas de la casa, y la segunda á las criadas; y despues de esto regalaba á su huésped nueve dias el amo de casa. Pero ántes de acabar aquel término, y segun las reglas de la urbanidad que entónces se usaba, no podia preguntarsele cosa alguna relativa á su viage. Y sobre todo lo dicho se le daba muy buena cama, y tambien vestidos y túnicas para mudarse.

(61) Pág. 276, l. 26. — En Grecia era permitido el concubinato, y se mostraban sin vergüenza los hijos que provenian de él; pero no heredaban, y solo tenian de la sucesion de su padre lo que sus hermanos legítimos querian darles.

(62) Pág. 277, l. 21. — Psiquis en griego quiere decir *alma*: era la Diosa del deleite, y la representaban con una mariposa al derredor. Apuleyo y la Fontaine han escrito su historia.

(65) *Pág. 312, l. 5.* — Hombres de todas edades y países han prestado fé á los talismanes. Los Egipcios dejaron muchos, y los llevaban al cuello en forma de unos cilindros, y adornados con figuras y geroglíficos.

Hacian tambien grandísimo uso los Griegos de los remedios supersticiosos: atribuian propiedades sobrenaturales al laurel, al sauce, á los arbustos espinosos, al jaspe, y á casi todas las piedras preciosas. Los Tesalienses, los Ilienses y los Tribales eran célebres por sus hechizos. Los últimos, segun Plinio, podian matar animales y niños solo con sus miradas. Para destruir pues tan perniciosos efectos, colgaban al cuello de los niños talismanes hechos en figura de priapos. Hacianse tambien con el mismo objeto collares con conchas de mar, con piedras preciosas y con corales.

Temian los antiguos las miradas de los envidiosos, así para ellos mismos como para sus hijos: por eso colgaban al cuello de estos los mismos talismanes, y aun tambien los ponian en los marcos de las puertas; de manera que al abrirlas se agitaban con el movimiento los talismanes, y sonaban unas campanillas que pendian de ellos.

No puede la filosofia negar que los ojos envian emanaciones. Citanse animales á quienes pasman y perturban las miradas de otros animales. La ojeada de un hombre arrebatado, apasionado ú colérico, puede producir, por medio de sus eyaculaciones, impresiones fuertes sobre quien fije sus ojos en los suyos.

(64) *Pág. 317, l. 25.* — Estas revelaciones y estos matrimonios místicos se hallan en todas las religiones.

Santa Catalina de Siena veia á la Virgen cara á cara: se habia casado con Jesucristo, y llevaba estigmas como el seráfico S. Francisco de Asis. Ciertos frailes quietistas del monte Atos, apoyando su barba sobre el pecho y contemplando su ombligo, veian la luz del Tabor, y esta luz segun ellos era increada.

(65) *Pág. 324, l. 25.* — Blanca de Castilla, madre de San Luis, hizo lo mismo en circunstancias semejantes, diciendo: « ¡ Yo habia de sufrir que me quitarasen el título de madre que me han dado Dios y la naturaleza! »

(66) *Pág. 325, l. 29.* — Caligula amó ciegamente á su última muger, llamada Cesonia, y la decia muy á menudo, acariciandola: « Inmediatamente que lo mande yo, será cortada esta hermosa cabeza. » Otras veces la decia tambien: « Que le daban tentaciones de ponerla en el tormento, para que confesara por que la amaba tanto. » Dicese que, en el furor de su libertinage frenético, tenia gusto en esponerla desnuda á la vista de sus privados.

Museo Polanco

TABLA
DE LOS CAPITULOS

DEL TOMO I.

<i>Prólogo del traductor francés</i>	pág. v
<i>Prefacio de Antenor</i>	xiiij
<i>Advertencia sobre esta traduccion</i>	xvij
CAP. I. <i>Su pais. Su nacimiento milagroso. Su educacion. Su partida para Atenas</i>	1
CAP. II. <i>Sus estudios en Atenas. Sus observaciones. Su presentacion á Aristipo. Su retrato</i>	4
CAP. III. <i>Comida de Aristipo</i>	11
CAP. IV. <i>Enamorase Antenor de Lastenia. Sus conversaciones y correrías con ella</i>	25
CAP. V. <i>Historia de Híparquia y de Crates. Retrato de Lastenia</i>	38
CAP. VI. <i>Acusacion y juicio del filósofo Cleanto. Noticias sobre Aristipo</i>	43
CAP. VII. <i>Modo de pensar de Lastenia sobre el amor. Compone Antenor una tragedia para agradarla</i>	48
CAP. VIII. <i>Historia de Isicrates y de Eudoxia</i>	61
CAP. IX. <i>Lucha Antenor con un tero. Esperanza lisonjera</i>	69
CAP. X. <i>Papel enojoso de Lastenia. Conversacion de Antenor con el filósofo Xenocrates</i>	71
CAP. XI. <i>Papel anónimo, mas consolador que el primero. Consecuencias del papel. Muerte de Teofrasto</i>	81

R

CAP. XII. <i>Va á alojarse en casa de Polifron. Conducta de Eucaris, muger de este</i>	92
CAP. XIII. <i>Otra muger muy adicta á las leyes de Solon sobre los deberes de los maridos</i> ...	99
CAP. XIV. <i>Sentencia pronunciada contra Focion: bella accion de Lastenia</i>	102
CAP. XV. <i>Discurso y pasco de Lastenia. Encuentro de Diogenes. Desayuno en el campo sobre la yerba</i>	106
CAP. XVI. <i>Fiestas de Baco. Desgracia de Antenor</i>	112
CAP. XVII. <i>Su encuentro al llegar á Oropa. Carta á Lastenia. Respuesta</i>	119
CAP. XVIII. <i>Diocles, para consolarle, le cuenta su historia</i>	123
CAP. XIX. <i>Interrumpe Diocles su historia. La continúa á la mañana siguiente</i>	141
CAP. XX. <i>Aficion de Crisila por su hermano. Consecuencia de ella</i>	153
CAP. XXI. <i>Carta de Lastenia</i>	157
CAP. XXII. <i>Pasa el invierno en casa de Diocles. Ceremonia del Tauróbolo. Querella entre los dos esposos. Historia de Arquias</i>	164
CAP. XXIII. <i>Su llegada á Tebas. Hazaña de Milon de Crotona</i>	174
CAP. XXIV. <i>Visita el monte Helicon. Encuentro que allí tuvo</i>	178
CAP. XXV. <i>Historia de Fanor</i>	184
CAP. XXVI. <i>Acogida y retrato del Pitagórico. Sus máximas y su filosofia</i>	188
CAP. XXVII. <i>Continuacion de la historia de Fanor</i>	197
CAP. XXVIII. <i>Costumbres de los Pitagóricos al salir el sol. Máximas de Pitagoras</i>	206

CAP. XXIX. <i>Fenómenos del Egipto. Partida de ámbos amigos</i>	208
CAP. XXX. <i>Descripcion de Leucades. Allí encuentran á Safo y á dos Griegos infelices</i> ...	219
CAP. XXXI. <i>Da Safo el salto de Leucades</i>	230
CAP. XXXII. <i>Historia de los amores de Safo y de Faon</i>	234
CAP. XXXIII. <i>Interrumpese la lectura. Exequias de Safo</i>	245
CAP. XXXIV. <i>Continuacion de la historia de Safo</i>	247
CAP. XXXV. <i>Accion arrojada sobre el Nilo. Del Fénix</i>	249
CAP. XXXVI. <i>Máximas de Tales. Pasages de Solon. Invencion del vidrio. Sabe Safo el nombre de su competidora. Fin de la narracion</i>	256
CAP. XXXVII. <i>Proyecto de viage de los dos amigos. Su morada en casa de un filósofo escéptico</i>	269
CAP. XXXVIII. <i>Llegan á casa de Bion. Sus costumbres y su filosofia. Son presentados á Teofania</i>	274
CAP. XXXIX. <i>La comida. Creacion de Psiquis</i>	281
CAP. XL. <i>Como encontró Bion á Teofania</i>	288
CAP. XLI. <i>Historia de Bion</i>	293
CAP. XLII. <i>Historia de Damocles</i>	296
CAP. XLIII. <i>Continuacion de la historia de Bion</i>	298
CAP. XLIV. <i>Historia de Teofania</i>	310
NOTAS.....	333

NUB

LIOTE